

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Posgrado

Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales

**“Mujer bonita es la que sale a luchar.
Experiencias de vida de mujeres participantes del Frente Popular
Darío Santillán Corriente Nacional de Berisso”**

Autora: Juliana Agustina Díaz Lozano

Directora: Silvia Lorena Elizalde

Codirectora: Andrea Andújar

Ensenada, 15 de noviembre de 2018



ÍNDICE

Agradecimientos	6
------------------------------	----------

Resumen	8
----------------------	----------

Introducción. Experiencias de vida de mujeres en organizaciones populares. Prácticas individuales y colectivas para la reproducción de la vida	9
---	----------

Mujeres y organizaciones populares en América Latina.....	13
La movilización de mujeres en Argentina post dictadura militar.....	15
Las mujeres en organizaciones autogestivas y piqueteras	19
Sobre la dimensión territorial y las experiencias cotidianas.....	21
El foco de la investigación: desde adentro y desde las mujeres.....	23
Fundamentos epistemológicos y metodológicos	25
Definiciones epistemológico- políticas: sistema de dominación múltiple.....	32
Metodología	37
Herramientas teóricas y conceptuales	46
La necesidad de “sostener” la vida: base para construcción comunitaria.....	49
Problema y organización de la tesis	56

PARTE I

Capítulo I. Sobre el Frente Popular Darío Santillán: Anticapitalistas y Antipatriarcales. Definiciones políticas y prácticas cotidianas.....	61
---	-----------

El Frente	63
El arraigo barrial: “de piqueteras a territoriales”	67
La centralidad de las mujeres desde el piquete al barrio	69

Definirse “Anticapitalistas y Antipatriarcales”	72
De la asamblea de mujeres piqueteras a un Espacio de Mujeres	73
La vida atrás del piquete	82
 Capítulo II. Donde pisan las mujeres	83
 Celina y Berisso	84
Mapa ubicación de calle Nueva York y barrio Villa Argüello en Berisso	89
Mapa de recorrido con Luz por el barrio Villa Argüello	90
Luz y Villa Argüello	93
Zona residencial. Comedor “Juanito Laguna”: Entre las doñas y “la vagancia” ..	102
Zona Intermedia. Comedor “Los Amigos”: trabajo, familia y chamamé	108
En “el fondo”. “Madres Unidas”: peruanas, bolivianas y paraguayas	116
Mujeres, territorio vivido y participación política	123
 PARTE II	
 Capítulo III. Todos los trabajos, el trabajo.	127
 Apartado 1. Trabajos femeninos: en casa, en el barrio, en otras casas	128
Desestructuración del mundo del trabajo y políticas sociales para el sector “desempleado”.....	129
“Y después conseguimos las cooperativas”	131
¿Y las mujeres?... Las condiciones de vida de las mujeres de sectores populares en el neodesarrollismo	132
El trabajo que sostiene todo	136
Más allá de las jornadas laborales	141

Apartado 2. El Comedor comunitario: colectivización y politización de los cuidados ..	143
Parar la olla	143
La cocina del corte de ruta y la asamblea	150
La “pollada”: de las peruanas a Villa Argüello; de Villa Argüello al Frente	154
“Lo hacíamos allá, ahora lo hacemos acá”	161
Obligación y saber: La “potente ambivalencia” de los cuidados	165
 Capítulo IV. El trabajo autogestionado: El trabajo de conseguir, mantener, (auto) gestionar el trabajo	166
Cooperativa sin punteros. El “trabajo de conseguir trabajo”	170
El “trabajo de mantener el trabajo”	176
“Productivos”: otros sentidos de la (auto) gestión	180
Dar vuelta a las políticas: el trabajo de (auto) gestionar el trabajo	184
La (auto) gestión del trabajo y la autonomía en lógica femenina	188
 Capítulo V. La Asamblea	190
La incomodidad de la asamblea	197
La división sexual del trabajo militante. Varones y mujeres en las asambleas	201
La construcción de “referencias”	204
Ser mujer “referente”: hacer de todo en todas partes	208
Diversas formas de ser mujeres en el Frente	213
Política en Femenino	214

Capítulo VI. El Espacio de Géneros: “Mujer bonita es la que sale a luchar” ... 217

Biografías	220
1. Caty y Vivi, “referentes” y feministas	222
2. Mariela y Mirta. Participación política y violencia de género	229
3. Patricia y Marta, en el Frente y en la Iglesia	239
Mujeres y participación política: más allá de las dicotomías	247
“Hago todo esto por mis hijos” / “no puedo participar por mis hijos”	250
Ver “todo, todo”	254
Feminidades populares en tensión	258
Reflexiones finales	261
Referencias bibliográficas.....	271
ANEXO I. Observaciones y talleres realizados.....	299
ANEXO II. Entrevistas realizadas	305

Dedico esta investigación a mi papá Guillermo, a mi abuelo Jorge y a mi tía Cristina porque el recuerdo de su confianza en mí hizo que pudiera escribirla.

Y a Mercedes Gudano, que descreía de las tesis, pero creía en la fuerza de las mujeres para revolucionarlo todo.

Agradecimientos

En primer lugar a las mujeres de Villa Argüello y del Frente de Berisso que se tomaron el tiempo de narrar sus vivencias y me permitieron seguir sus recorridos: Luz, Caty, Emilce, Vivi, Patricia, Mirta, Anabela, Débora, Estefanía, Romina, Norma, Mariela, Dominga, Antonia, Margarita, Rosa, Ruth y Charo.

A mi mamá Anahí, a mi abuela Ana y a mi hermano Mariano por estar ahí firmes a pesar de los pesares. También a Gisela, Camila, Sofía, Pamela, Nico, Julio, Silvana y Abigail.

Muy especialmente a mi directora, Silvia Elizalde y codirectora, Andrea Andújar por compartir generosamente sus saberes y ofrecerme a un tiempo, guía y libertad.

A mi amiga de siempre, Cintia Gómez Roleri, a quien volví loca con esta tesis. A Florencia Fajardo, con quien compartimos amistad, los procesos de lucha y tesis palmo a palmo, intercambiando materiales, angustias y alegrías. Junto con Flor, a Clarisa Elgarrista, María Eugenia Marengo, Daniela Sosa, amigas y compañeras de “Condenadas al Éxito”, junto con las que aprendí a ser feminista. A Celina, maestra, bruja, piquetera, madre política.

A mis compañerxs del Frente y de los Frentes. Y dentro de ellxs, especialmente a las integrantes del Espacio de Mujeres y de Géneros a través del tiempo. A mis compañerxs de Radionauta y de la Red Nacional de Medios Alternativos por seguir estando ahí comunicando las luchas. A las “Brujis” Eliana Negrete, Adriana Pascielli, Viviana Miño, Alejandra Andreone, Florencia Vespignani, Zulema Aguirre, Lourdes Ojeda. A lxs compañerxs de la Cátedra Libre Virginia Bolten con quienes construimos una experiencia cada vez más libre y menos cátedra.

Muy especialmente a lxs compañerxs del Centro de Investigaciones Geográficas (FaHCe- UNLP) con quienes compartimos agobios y alegrías personales y académicas. Sin nuestros almuerzos, chistes, debates, hacer una tesis hubiera sido una experiencia menos colorida: Violeta Ventura, Lucía Matteucci, Alida Dagnino, Mariana Relli, Mariano Félix (gracias por el aguante), Alicia Migliaro, Daiana Melón, Christian Torno, Nicolás Trivi. Trabajar junto a ellxs en la Universidad Pública da fuerzas para intentar hacer de la investigación una apuesta lo más colectiva posible y disputar las lógicas excluyentes y competitivas de la mercantilización del conocimiento. Igualmente importante fue para mí poder haber contado con una Beca Doctoral de CONICET que me permitió dedicarme a este trabajo con la responsabilidad que amerita. Asimismo, agradezco al Instituto

Interdisciplinario de Estudios de Género por la libertad y a Doctorado en Ciencias Sociales de la UNLP por el seguimiento a mi trabajo.

Asimismo, a Elisabeth Iglesias, amiga que realizó una tesis que aportó muchísimo a la mía. A Daiana Melón, por su gusto extraño por la edición de las referencias bibliográficas. A Lucas Ramírez, que me dio una mano experta para hacer los mapas. A mis amigxs y compas Euge Marengo, Eliana Negrete y Sebastián Fajardo por sus fotos. A Flora Partenio porque me ayudó cuando no podía armar el problema de investigación. A Silvana Sciortino por la lectura. A Clarisa por guardar las viejas cartillas del Espacio de Mujeres. A Raúl García Torres, “Raulo”, con quien viajamos a dedo a la Patagonia para hacer nuestra tesis de grado. A amigxs que me padecieron en la empresa cotidiana de la escritura Ayelén Rodríguez y Matías Depascuale. A “cumpa-amigxs” con quienes que compartí inquietudes, idas y venidas de este proceso: Christian Torno, Melina Deledicque, Dulce Chávez, Gisela Di Mateo. A todas las amigas de la danza y especialmente a las que me leyeron: Ana Julia Arrechaga y María Eugenia Lasala. A Traicy Carhuamaca, Cristian Prieto, Andrea Terceros, María José Rodríguez porque me soportaron hablando de esta tesis en momentos desubicados. A Pablo Fernández quien considera que se ganó un lugar en los agradecimientos por el apoyo psicológico brindado.

A Silvia Federici, referente académica y política, con quien compartí mis preguntas de investigación y me contactó con Raquel Gutierrez, Lucía Linsalata y Mina Navarro, de Puebla, México, donde aprendí sobre los estudios de lo común.

Con nostalgia a mis amigxs de Puebla, que me abrieron sus casas, sus saberes y sabores, y me dieron un lugar pleno de afecto para realizar una parte de este proceso de investigación.

“Mujer bonita es la que sale a luchar”

Experiencias de vida de mujeres participantes del Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional de Berisso

Resumen

Esta investigación analiza los modos en que las mujeres a partir de prácticas cotidianas van construyendo relaciones sociales que modelan el mundo popular. Como parte de este conjunto de experiencias femeninas que componen lo popular, nos interesa pensar los procesos de subjetivación política de las mujeres, atravesados por la participación en una organización de inserción barrial, el FPDS CN en Berisso.

Por consiguiente, nuestra pregunta es sobre los modos en que estas mujeres que integran o han integrado ese colectivo configuraron diversos recorridos biográficos, y definieron su cotidianeidad, a partir de la elaboración subjetiva de esta participación territorial en relación con sus múltiples experiencias vitales.

Para ello se toman en consideración las prácticas y tácticas individuales y colectivas puestas en juego por las participantes para la reproducción de la vida. Como elementos transversales de análisis se consideran las dinámicas de usos del tiempo, la gestión de los cuidados y las definiciones en torno a la feminidad y las relaciones de género que se fueron dando estas mujeres a través de su participación territorial, configurando múltiples formas de vivenciar y significar las relaciones desiguales de clase, género, y raza.

La investigación –llevada a cabo entre los años 2012 y 2018, no constituye un estudio sobre movimientos sociales, sino que el foco diferencial son las experiencias biográficas y colectivas cotidianas de las mujeres de sectores populares en su participación en una organización barrial. Por lo tanto, no asume una perspectiva de la sociología histórica ni de la ciencia política, sino que se nutre desde aportes producidos desde perspectivas inscriptas en los estudios de géneros, la economía feminista, los estudios culturales, la antropología y los feminismos decoloniales como miradas que permiten abordar estas experiencias cotidianas arraigadas en un territorio popular específico. Coherente con esto, la estrategia metodológica asumida es fundamentalmente etnográfica, en base a entrevistas en profundidad, individuales y grupales, observación participante, reconstrucción de circuitos a partir del seguimiento sostenido de los itinerarios cotidianos de las mujeres, y la puesta en juego de modos participativos de indagación.

Palabras claves: mujeres, experiencias de vida, participación política.

Introducción

Experiencias de vida de mujeres en organizaciones populares¹. Prácticas individuales y colectivas para la reproducción de la vida.

Esta investigación aborda los modos en que las prácticas cotidianas y las relaciones sociales, subjetivas y afectivas que construyen las mujeres modelan el mundo popular. Como parte de este conjunto de experiencias femeninas que componen lo popular, se piensan los procesos de **subjetivación política** de las mujeres, atravesados por la participación en una organización territorial. Para ello se analizan las prácticas y experiencias de las mujeres de barrios populares que participaron o participan actualmente en el Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional (FPDS CN) en la zona de Villa Argüello, Berisso, atendiendo a los múltiples aspectos que constituyen su experiencia vivida, configurada no sólo por sus tránsitos por los espacios colectivos “públicos”, sino por todo el conjunto de actividades que las mujeres realizan y definen como su cotidianeidad.

Este trabajo no está enfocado en las definiciones políticas públicas de las organizaciones, sus dinámicas organizativas, ni en lo que ocurre sólo en los espacios colectivos, aunque sí los incluye. En cambio, intenta reconstruir la complejidad de los tránsitos vitales que llevan a las mujeres a “entrar” y “salir” (en palabras nativas) de esas tramas colectivas, a tomar de allí lo que les hace sentido con sus necesidades y anhelos, sus marcos de percepción previos, pero también aquellas experiencias, prácticas y argumentos que les permiten cuestionarlos y poner en juego transformaciones en su subjetividad que pueden tener tanto sentidos liberadores como presentarles núcleos emergentes de tensión entre “viejas” y “nuevas” pautas culturales (Hoggart [1957] 1990).

Nos situamos en un territorio particular, un barrio llamado Villa Argüello en la localidad de Berisso, un espacio donde se manifiestan procesos históricos comunes a otros de la región, -como las transformaciones operadas con la desindustrialización y desafiliación de amplios sectores del mundo del trabajo y de las estructuras sindicales-, con

¹ En este trabajo se utilizarán indistintamente los términos “movimientos populares” u “organizaciones populares”, para hacer referencia globalmente a “una variedad de formas organizativas desde las cuales [los subalternos] articulan voluntades y esfuerzos para hacer frente a la resolución de problemas comunes o para hacer viables proyectos y utopías compartidas” (Torres Carrillo, 2006). En cambio, se prefiere no utilizar el concepto de Movimiento Social, debido a que es objetivo de esta investigación, retomar los largos –e interesantes-, debates sobre las fronteras del mismo para pensar la acción colectiva en las últimas décadas. Sobre ellos, se puede revisar Diani, Mario (1992), Gutiérrez, Raquel (2013) y Vilas, Carlos (1995).

la característica de reunir diversos procesos migratorios, y contener una diversidad de instituciones y organizaciones barriales en una tensa coexistencia. Nuestras interlocutoras son mujeres de sectores populares que viven y construyen este barrio, y que en un momento de sus vidas integraron las asambleas, cooperativas y emprendimientos productivos del Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional (FPDS CN)².

En este barrio dicha organización desarrolla su trabajo militante desde el año 2002, promoviendo entre otras actividades ligadas a la supervivencia de las familias, instancias específicas para mujeres o con perspectiva de género, tomando en cuenta también la conformación de instancias grupales específicas para las jóvenes. La focalización en este territorio permite analizar las experiencias de diferentes mujeres que transitaron la organización entre los años del trabajo de campo 2012-2018³ y para las que la participación política en el Frente fue una de las vivencias significativas, en diálogo con otras múltiples actividades y determinaciones vinculadas, por ejemplo, con su condición de género, clase, étnica y/o nacional.

El FPDS CN constituye un colectivo con una particularidad interesante para pensar las experiencias de las mujeres que lo conforman, ya que además de tener como definición política el Anticapitalismo, fue la primera organización popular mixta en Argentina que, luego de un proceso interno de disputa impulsado por mujeres de la organización, se autoproclamó como una organización de vocación antipatriarcal. En este proceso, destacamos la conformación, desde los primeros años de existencia de los Movimientos de Trabajadores/as Desocupados/as que luego dieron origen al FPDS CN, de un espacio específico de articulación de las mujeres de la organización: el Espacio de Mujeres del Frente. Desde este colectivo se fueron impulsando las discusiones y prácticas que permitieron la definición del antipatriarcado en 2007⁴. La asunción de esta definición política aparece aquí, pues, como un elemento interesante para explorar los modos de vinculación que se establece entre este postulado, las prácticas organizativas y las

²El FPDS CN surge en 2013, cuando una serie de movimientos de base y organizaciones que componían el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) deciden conformar una organización aparte, adicionando “corriente nacional” al nombre de la misma. Por consiguiente, en ese momento, las organizaciones enraizadas en Berisso -sin sufrir cambios en su conformación- modificaron su denominación de FPDS a FPDS CN.

En la actualidad, a pesar de ser organizaciones separadas, el FPDS CN articula en un espacio político común con el FPDS que mantiene esta denominación y sigla desde su conformación en 2004. En este estudio, que atravesó durante su trabajo de campo ambas denominaciones, vamos a referirnos a la organización en cuestión como “el Frente” o el “FPDS CN”.

³ En relación con el recorte temporal, la gran parte del trabajo de campo fue realizado durante el período definido por algunos/as autores/as como neodesarrollismo (Féiz 2014 y 2017), correspondiendo en nuestro país a los gobiernos de Cristina Fernández (2007-2015). Si bien se realizaron entrevistas en los años posteriores, 2016 y 2018, éstas fueron mayormente a efectos de reconstrucción de procesos colectivos, y aportaron a completar información al momento de la escritura de esta tesis.

⁴Este proceso de debate y disputa interna fue analizado por diversos estudios (Cross y Partenio, 2011; Iglesias 2012).

experiencias concretas de las mujeres. Precisamente, el título de este trabajo “Mujer bonita es la que sale a luchar”, recupera una frase de una canción del grupo musical “Condenadas al Éxito”, conformado por integrantes del Espacio de Mujeres y como parte de la intervención política del mismo hacia el interior del Frente. Esta frase es el nombre de una canción donde se establecen, pensamos, algunos elementos normativos de promoción de cierta feminidad popular, ligada a la construcción barrial, la lucha y el ideario feminista que están presentes en la propuesta hacia las mujeres por parte de esta organización popular y que son significados de formas dispares por las mujeres que transitan el colectivo.

A partir de la revisión de los materiales de campo fuimos configurando tres ejes analíticos principales: los usos del tiempo, la gestión de los cuidados, y las construcciones y definiciones de feminidad, los cuales permitieron organizar en trabajo de análisis de las experiencias y las biografías de las mujeres. La exposición está hilada a partir de una primera parte que nos sitúa en el barrio y en el Frente, y cuatro escenas significativas, que reconstruyen diversos momentos colectivos cotidianos protagonizados por las mujeres. De esta forma, el comedor, el trabajo autogestionado, la asamblea y las propuestas del Espacio de Géneros constituyen focos que ayudan a hilvanar diferentes aspectos de nuestro problema. Entre ellos, analizamos las concepciones de trabajo en disputa, los modos de involucramiento político de las mujeres, la división genérica del trabajo militante, los conflictos intergéneros y las feminidades en tensión.

Desde de la escena del comedor, abordamos la centralidad del trabajo de cuidados que constituye el sostén familiar y comunitario realizado fundamentalmente por mujeres como parte de un continuo de trabajo donde se solapan diversas tareas cotidianas. Las mujeres ponen a disposición del comedor sus saberes vinculados a los cuidados, en el caso de las mujeres migrantes reactualizando prácticas comunitarias de otras latitudes en el marco colectivo del comedor, como una de ellas expresa “lo hacíamos allá ahora lo hacemos acá”⁵. Reflexionamos que la colectivización de parte de estos trabajos en el marco del Frente los visibiliza y genera un espacio de encuentro que horada el aislamiento femenino que impone los cuidados en el hogar. De esta forma, la resolución de los cuidados aparece en un doble sentido, como responsabilidad –u obligación- femenina, y cómo “experiencia histórica” (Carrasco, 2017: 32) que posibilita y fundamenta lo colectivo barrial, pero además sostiene otras prácticas colectivas como la asamblea y las movilizaciones.

En la escena del trabajo autogestionado se analiza la vinculación de las mujeres con el trabajo remunerado logrado a partir de la gestión de las políticas públicas para el sector desempleado y/o barrial. En este proceso se entrelazan diversos trabajos: el de conseguir, el de mantener y el de autogestionar el trabajo; ubicados en la tensión entre las exigencias de

⁵ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

los programas estatales y la búsqueda de ciertos márgenes de autonomía propuestos por el Frente. Aquí realizamos una lectura interesada sobre cómo los procesos de lucha por la autogestión gravitan y son influidos por las prácticas femeninas de organización del tiempo y el cuidado, en este caso, a partir de la importancia que tiene poder decidir sobre el lugar y los horarios de trabajo cooperativo y poder rehuir al control de la asistencia por parte de agentes del Estado.

La escena de la asamblea fue elegida por constituir una instancia promovida desde el Frente como ámbito de decisión y organización de la cotidianeidad colectiva. Participar semanalmente en este ámbito constituye un “criterio”, en términos nativos, es decir, una “obligación recíproca y compartida” (Linsalata, 2015: 144) de pertenencia⁶, por lo que todas las mujeres asisten a las asambleas como requisito para formar parte del Frente. El lugar significativo de la asamblea como ámbito de deliberación es avalado por los y las integrantes, es común escuchar “porque no tenemos jefes, decidimos entre todos”⁷, por lo que, además de asistir, las personas son impelidas a participar a partir de la escucha y la palabra. La práctica de la asamblea permite acceder a los diferentes modos de elaboración subjetiva de la toma de la palabra por parte de las mujeres, “me animé a hablar”, “pude abrir la cabeza”, “poder hablar en una asamblea, como que empezaba a sentirme bien conmigo misma por esos logros, esos pequeños logros que tenía tan incorporado en mí que no lo merecía”, son algunas de las expresiones de las mujeres valorando positivamente esta instancia, pero también afirman otras “me fui cansada de discutir”, o “se habla mucho y se hace poco”. Es que la asamblea como práctica novedosa en la vida de las mujeres se torna en un espacio clave para ver los modos en que cada una elabora la experiencia de la participación política. Además, pone sobre la mesa las tensiones entre varones y mujeres y entre las propias mujeres derivadas de la división sexual del trabajo en general y del trabajo militante, en particular, que se ven con claridad en el proceso de construcción de referencias al interior del Frente.

La última escena, el Espacio de Géneros, se aborda cómo las mujeres elaboran las propuestas desde el Frente en clave antipatriarcal, resultando en diversos modos de construir su feminidad. En este marco, se aborda la agencia de las mujeres a partir del paso por un colectivo que insiste en la desnaturalización de las desigualdades de géneros, impulsando en algunos casos la relectura de sus vidas desde nueva clave, y en otros la elaboración crítica y selectiva de esta propuesta, reafirmando concepciones en torno a la feminidad en tensión con las propuestas “despatriarcalizadoras” del Espacio de Géneros. A su vez, se da cuenta de cómo esta propuesta de ruptura de las concepciones patriarcales se

⁶ En su trabajo sobre los sistemas comunitarios del agua en Cochabamba, Bolivia, la autora utiliza el término de “reglas compartidas” (Linsalata, 2015: 144) con un sentido similar al que pensamos tienen los criterios en el sector territorial del Frente.

⁷ Entrevista colectiva “Juanito Laguna”, 16/4/2015.

entrelaza con la necesidad de sostén colectivo del Frente que descansa, fundamentalmente, sobre el trabajo femenino. En las biografías de las mujeres, se analizan los sentidos en torno a la maternidad y los cuidados como claves para comprender la diversidad de procesos, conflictos, renegociaciones que se producen en cada caso. En definitiva, pensamos cómo la participación política en el Frente atraviesa las biografías influyendo en la construcción dinámica de estas feminidades populares. A efectos de esta pregunta, la mirada entonces debe abarcar la totalidad la experiencia de las mujeres.

Mujeres y organizaciones populares en América Latina

Con el objetivo de situar esta investigación, sintetizamos en el presente apartado antecedentes que informan este trabajo en lo concerniente a la participación de las mujeres en la construcción de organizaciones o movimientos populares en Argentina y el resto de América Latina. Se retoman, entonces, para esta indagación, tanto los productivos trabajos locales como algunas investigaciones latinoamericanas recientes preocupadas tanto por recuperar las experiencias de las mujeres en tanto “la mitad invisible de la historia” (Vitale, 1987), como por abordar las diferencias de género en su potencial no sólo analítico y epistémico, sino también político.

Las mujeres constituyen para algunos/as autores/as un Movimiento, es decir, “un fenómeno social o político de cierta trascendencia, el cual puede derivarse tanto en su fuerza numerosa como de su capacidad para provocar algún tipo de cambio, ya sea legal, cultural, social y político” (Molyneux, 2003: 225). Como plantea Maxine Molyneux, un movimiento de mujeres “no precisa tener una expresión organizativa única y puede caracterizarse por una diversidad de intereses, formas de expresión y ubicaciones espaciales” (2005: 225). A pesar de esta diversidad, se pueden rastrear y reconstruir una historia de luchas de las mujeres, desde la colonización a la actualidad, que hace referencia a la lucha dentro de la lucha (Gutiérrez, 2015) de quienes cuestionan su lugar de género en el cruce de otras situaciones de dominación de clase social, etnia o raza.

Elisabeth Iglesias (2012) especifica tres corrientes históricas de lucha en el continente, en las que la participación de las mujeres fue invisibilizada o, al menos, subvalorada: las luchas antirracistas afrodescendientes, las luchas indígenas y las de las organizaciones político-militares.

En relación con el primer caso recuperamos las luchas de las mujeres afrodescendientes en América Latina y sus planteos de desigualdad social por su condición

de color, “relacionando categorías como la ‘raza’ al sexo/género, demostrando cómo el patriarcado tiene efectos diferentes en las mujeres cuando estas categorías les atraviesan” (Curiel Pichardo, 2009 en Belucci, 2016). Estas mujeres discuten la generalización del concepto Mujer, planteando las experiencias específicas derivadas de una historia larga de esclavitud y colonialismo. Para ellas, reafirmar su cultura tiene como objetivo poder crear un debate que cuestione el sentido común nacional del país en el que habitan, donde “ser negra” tiene como consecuencia ser “desvalorizada y despreciada”, además de ser de los grupos sociales más pobres en la estructura económica (Curiel Pichardo, 2005:12). Esta situación se profundiza en los casos donde la orientación sexual es otro motivo de discriminación.

En el caso de las mujeres indígenas, segunda corriente mencionada por Iglesias se señala a la matriz colonial de división racial y sexual del trabajo, y al correlato en las sociedades latinoamericanas actuales donde sufren una triple exclusión por ser pobres, mujeres e indígenas.

Otras autoras que estudian a las mujeres indígenas plantean que existe una imbricación de opresiones (Masson, 2011) o “urdimbre” y “entretrama” (Lugones, 2008: 80), que se manifiesta en violencias específicas en los cuerpos de estas mujeres que muchas veces encabezan los reclamos de sus comunidades en defensa del territorio. Resulta interesante, entonces, valorar que existen experiencias de organización autónoma de las mujeres indígenas al interior de las comunidades que generan mejores condiciones para la disputa contra las desigualdades y opresiones en diferentes ámbitos. En este sentido, además de los estudios de Sabine Masson sobre las indígenas en Chiapas, Silvana Sciortino (2012 y 2017) trabaja en torno a la participación de las mujeres originarias dentro de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina, visibilizando al mismo tiempo, su condición de mujeres y su participación en la lucha de sus pueblos, así como los cuestionamientos femeninos en relación con los roles de género en sus sociedades. Gladys TzulTzul (2016) indaga en las luchas de las mujeres indígenas en Guatemala, haciendo énfasis en las estrategias femeninas de defensa de lo común. Allí la autora resalta que las mujeres indígenas están al frente de la defensa de lo común desde tres lugares: la defensa del territorio ante el extractivismo, contra la expropiación de la decisión autónoma y autogobierno de las comunidades, y contra el despojo simbólico de los cuerpos y los símbolos. Y recupera la experiencia acumulada históricamente por las mujeres en una “forma femenina de hacer política, gozosa, creativa, subversiva y muy potente” cuyo centro es la defensa de la vida colectiva. Esto mismo está en el corazón de la obra de Margara Millán (2001) en torno al lugar de las mujeres en la configuración de una nueva política en el marco y más allá del movimiento zapatista en México.

El tercer caso mencionado por Iglesias es el de las mujeres en las organizaciones político-militares de las décadas de los '70 y '80, en un contexto de expansión de esta metodología en el continente. Frente a una desigual división sexual y genérica de los roles y tareas en estos colectivos, la autora señala que en algunos casos las mujeres generaron procesos de organización interna y cuestionamiento.

Las tres corrientes mencionadas para América Latina tienen en común que apuntan a las reivindicaciones de género o cómo mujeres de manera interseccional con otras referidas a la denuncia de las desigualdades raciales y de clase fruto de una posición específica en las relaciones capitalistas y coloniales. Además, en todos los casos, estas mujeres realizaron una interpelación al interior del propio movimiento social hacia los varones y entre las mujeres, en el sentido de que generaron instancias propias de las mujeres dentro de colectivos mixtos. Estos casos dan cuenta de que en el continente existe una tradición de luchas que une lo popular y la lucha de las mujeres de profundo espesor histórico y experiencial.

La movilización de mujeres en Argentina post dictadura militar

Para la caracterizar el movimiento de mujeres y feminista reciente en Argentina⁸, Graciela Di Marco (2010) menciona tres vertientes: la participación en los movimientos de derechos humanos (Madres y Abuelas de Plaza de Mayo), las acciones colectivas de las mujeres de los sectores populares (que se organizaron para enfrentar las duras condiciones de vida, especialmente durante el ajuste de la década de los '90) y las mujeres del movimiento feminista, con un fuerte componente en sus orígenes y estabilización de mujeres de sectores medios (Di Marco, 2010). A lo largo de las últimas cuatro décadas estas vertientes tuvieron puntos de encuentro y desencuentro en relación con la construcción de demandas y la creación de articulaciones.

Durante la primera mitad de la década de los '70, momento de auge de la movilización obrera y armada de la que las mujeres formaron parte importante, aunque poco visibilizada, se conformaron paralelamente diferentes organizaciones de mujeres como la Unión Feminista Argentina (UFA), el Movimiento de Liberación Femenina (MLF), el Movimiento Feminista Popular (MOFEP), entre otras. Este momento de auge del feminismo en Argentina, según afirma Belloti (2018: 42), fue interrumpida por el golpe militar de 1976. Según comenta, aún durante la dictadura, “muchas mujeres se reunían -en

⁸Decidimos iniciar esta síntesis en la década de los '70, sin embargo, se podría ir atrás en el tiempo para recuperar experiencias de organización de mujeres en nuestro país. Entre estos trabajos, Andrea Andújar (2014 y 2018); Barrancos (2007); Fernández Cordero (2017), entre muchas otras.

grupos pequeños- a discutir, reflexionar, pensar, e incluso algunos tenían cierta actividad legal” (Ibidem). De esas reuniones surgieron proyectos como el de la Patria Potestad indistinta y el Divorcio que verían la luz con la vuelta democrática. Al retomar la calle, en los primeros años de la década de los `80, este incipiente movimiento de mujeres se vio fortalecido por el regreso del exilio de mujeres militantes con diversas formaciones feministas que plantean la necesidad de fortalecer la conformación de grupos con reivindicaciones específicamente de género. Según plantea Marcela Nari (1996 en Iglesias, 2012) uno de los debates entre las mujeres en ese momento tenía que ver con la doble militancia en grupos de mujeres y en organizaciones populares o partidos políticos, que cada una resolvió de forma diferente, manteniendo ambos espacios y optando por alguno de ellos.

Según Di Marco (2010) en esa década se comenzó a instalar desde las colectivas de mujeres el debate acerca de la ciudadanía de las mujeres para exigir reformas legales y programas estatales. Fue un período, además, de “reflexión crítica que permitiría la desnaturalización de la subordinación, de las violencias ejercidas contra ellas, del acoso sexual” (2010:53). Consecuentemente, se comenzaron a demandar medidas para ampliar los derechos. Para Belloti, “fue una época en que se hablaba de sexualidad, de violencia, de trabajo, de educación, de derechos civiles, de anticoncepción, de aborto y empezaba a discutirse la heterosexualidad obligatoria como una institución política de control de las mujeres” (2018: 44). La autora señala que en este momento la calle fue un espacio público privilegiado para el accionar de las mujeres.

El movimiento de mujeres de la década de los ´80 tuvo puntos de encuentro con las Madres de Plaza de Mayo, colectivo que surge denunciando las desapariciones durante la dictadura y reclamando la aparición con vida de sus hijos/as desaparecidos/as. Si bien las Madres no se definían como feministas, su experiencia de lucha y organización es estudiada por la politización que realizan de los roles tradicionales de las mujeres, en este caso, aquel referido a la maternidad y los cuidados (Iglesias, 2012).

En 1986 se realizó el primer Encuentro Nacional de Mujeres (ENM) en Buenos Aires, precedido por distintas experiencias de articulación y debate por parte de diversas organizaciones, y activistas que habían participado de instancias internacionales como el Foro de Naciones Unidas en Nairobi y el 3º Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Brasil en 1985, que según Belloti (2018) permitieron el encuentro con otras experiencias continentales como el movimiento de mujeres negras. Como explica Di marco, refiriéndose a la importancia de los ENM “Son autónomos, se realizan una vez al año en una provincia elegida por las participantes y es organizado por una comisión ad-hoc de la misma. La concurrencia a estos eventos fue creciendo desde dos mil mujeres en el

primero, para llegar a una cifra de alrededor que supera en muchos Encuentros las 20.000 participantes” (2010:54).

En la década de los '90, además del surgimiento de numerosas organizaciones sólo de mujeres fundamentalmente en la capital del país y en la provincia de Buenos Aires (Di Marco, 2010), se produce también, según Belloti (2018), la institucionalización de una porción del movimiento y se conforman Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) con perspectiva de género, procesos que generaron debates al interior del feminismo y la constitución de dos posturas: autónomas e institucionales. En este marco, uno de los principales logros que señala la autora para este periodo fue la Ley de Cupos (1991) que hace a la representación de las mujeres en el Poder Legislativo.

A partir de mediados de la década se señala la incorporación de las mujeres de las incipientes organizaciones de desocupados/as surgidas al calor de las luchas antineoliberales a los ENM, configurando lo que Di Marco (2010) denomina el “feminismo popular”, que integraron en los encuentros con más fuerza las demandas referidas a la situación económica, el trabajo, la tierra y los derechos sociales. En coincidencia, Belloti expresa que “Los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) continúan y cada vez más van ampliando sus fronteras de clase y sexuales. Se incorporan en mayor medida mujeres de sectores populares que a la vez que traen su esfuerzo cotidiano y colectivo por la sobrevivencia, muestran también cómo avanza en sus movimientos y en sus barrios la conciencia y las formas de lucha contra la violencia que se ejerce sobre las mujeres. También es mayor la presencia de talleres sobre lesbianismo y el papel del feminismo” (2018:48).

En los primeros años de 2000, junto a la creciente masificación de los ENM el movimiento de mujeres comenzó a fortalecer la demanda por los derechos sexuales y reproductivos, llegando en 2004 a conformarse la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito (CNDALSG), que tomó como símbolo el uso de pañuelos de color verde, para identificarse a favor de la legalización del aborto, “se inspiró en los pañuelos blancos de las Madres de Plaza de Mayo, lo cual también indica la articulación con algunos sectores de Madres” (Di Marco, 2010: 55). Según la autora esta exigencia, junto con las reivindicaciones vinculadas a la violencia contra las mujeres y la demanda por trabajo digno, son los tres derechos fundamentales que demandaban las mujeres de los sectores populares.

En los años siguientes, se profundizó la masificación del movimiento de mujeres y feminista en general, situación que se evidenció en el crecimiento de los Encuentros

llegando en 2018, según algunos medios de comunicación, a 50.000⁹. A partir de 2015, la denuncia de la violencia de género y los femicidios comenzó a tomar relevancia mediática y social sin precedentes -atizada por un contexto general de crecimiento de las luchas feministas-, llegando a generarse “la movilización más grande de la historia contra los ‘femicidios’ y la violencia hacia las mujeres” bajo la consigna “Ni una Menos” (Laudano, 2017)¹⁰. En 2017 se realizó, en la fecha del Día Internacional de la Mujer Trabajadora, 8 de marzo, un “Paro Internacional de Mujeres, Lesbianas y Trans” con actividades callejeras en más de 50 países, actividad que se reiteró en 2018. Según María Alicia Gutiérrez (2018) estos paros “propusieron formas asamblearias de organización y debate que recuperan la tradición feminista y sus principios internacionalistas. Los contenidos de los diferentes documentos que fueron leídos en las plazas de todos los lugares del mundo recogieron la agenda feminista histórica y las nuevas temáticas: violencia, trabajo, cuidado, salario, diversidad sexual, educación, salud, legalización del aborto, críticas al neoliberalismo y sus políticas de ajuste y represión, entre tantas” (Gutiérrez, 2018). Como nota saliente de los Paros, señalamos que apuntaron a visibilizar el trabajo pago y no pago realizado por las mujeres cotidianamente, bajo la consigna “nosotras movemos el mundo, ahora lo paramos (Alfonso, Díaz Lozano y Ruiz, 2018).

A modo de balance de este sintético recorrido, podemos expresar que los sectores populares y los movimientos de mujeres y feministas tuvieron momentos de mayor o menor encuentro en la historia reciente de nuestro país. Pero pueden rastrearse procesos de mutua influencia, donde, por ejemplo, los feminismos generan cuestionamientos en las organizaciones populares mixtas, o en las que las mujeres de sectores populares organizadas amplían y subvierten las reivindicaciones y las formas de construcción de los activismos de géneros. Dentro del movimiento de mujeres y feminista, además, diversas articulaciones como la citada CNDALSG y otras coordinaciones con ejes específicos como la lucha contra la violencia machista, la trata y la prostitución, de promoción de los derechos sexuales, de visibilización de disidencias de género y siempre, los ENM. Estos espacios constituyen lugares de encuentro y confluencia de mujeres y feministas de diversos orígenes políticos y orgánicos.

En el caso que nos ocupa, como veremos en el capítulo II que sucede en el Frente, se conjuga una gama amplia de sectores y tradiciones, las luchas de las activistas feministas y/o de Derechos Humanos, de los movimientos de desocupados y desocupadas, confluencia que aporta a explicar cómo las demandas de género y feministas aparecen cada vez más en

⁹ <https://www.infobae.com/sociedad/2018/10/15/encuentro-nacional-de-mujeres-mas-de-40-cuadras-de-marcha-en-trelew-concentraron-lucha-emocion-y-sororidad-feminista/>

¹⁰ Esta consigna refiere a la exigencia del cese de los “femicidios” o asesinatos de mujeres por razones de su género.

los posicionamientos del Frente entrelazadas con aquellas vinculadas al trabajo y la supervivencia en los barrios populares.

Las mujeres en organizaciones autogestivas y piqueteras

Recuperamos a continuación una serie de trabajos locales y latinoamericanos en relación con la participación de mujeres en organizaciones populares organizadas alrededor de la búsqueda de la supervivencia, entre las que incluimos a los movimientos piqueteros y territoriales.

Valiosos trabajos locales, haciendo foco en los roles contruidos por las mujeres en el marco de fenómenos de protesta social y/o de organizaciones más estructuradas a lo largo del tiempo, analizan las articulaciones entre participación política y subjetividad, así como las interacciones y disputas inter e intragenéricas por el reparto de tareas y márgenes de acción en estos procesos (Chejter y Laudano, 2002; Di Marco 2003; Bidaseca, 2003; Masson, 2004; Masson, 2004; Andújar, 2005 y 2006; Partenio, 2006).

Entre ellas se destacan, para Argentina, las contribuciones de Andrea Andújar (2005) sobre las mujeres en las organizaciones piqueteras, su incidencia en las instancias de responsabilidad y dirigencia, y la posibilidad de instalar sus agendas propias en las organizaciones. Al analizar las mujeres dentro de las organizaciones piqueteras esta autora reflexiona sobre los procesos de construcción de nuevas feminidades en el marco de la protesta y el barrio. Plantea que a pesar de que entre el 60 y el 70 por ciento de las personas que integran las organizaciones populares territoriales son mujeres los estudios sobre estas organizaciones, producidos mayoritariamente desde la sociología y la antropología y, en menor medida, la historia, no han dado cabal cuenta, salvo excepciones, de la presencia femenina más que en términos numéricos o testimoniales. En efecto, la diferencia de género, en tanto diacrítico clave en estas formaciones, ha sido frecuentemente invisibilizada. Al respecto, estas operaciones de obliteración y/o invocación reduccionista de la distinción de género pueden, de algún modo, interpretarse como el efecto ideológico que Elizalde (2006 y 2011) identifica en las operaciones analíticas que trabajan con y desde el presupuesto androcéntrico que considera tácitamente a los varones como sujetos de referencia universal y a las acciones de orden público como implícitamente masculinas.

Para Andújar, las mujeres en el marco de luchas sociales en nuestro país “desarrollaron y ejercieron un concepto de democracia antagónico al propuesto tanto por la clase política como por los grupos dominantes, constituyéndose (...) en un dispensario de formas de organización y participación igualitarias” (2005:6). Además, estas reconfiguraciones de las concepciones de construcción y ejercicio del poder alentadas por

los movimientos piqueteros, según la autora, también comenzaron a visibilizar la “doble naturaleza social” de la opresión, como factor intrínseco de las relaciones de producción en tanto capitalistas y patriarcales. El territorio barrial, además, como espacio privilegiado de desenvolvimiento femenino, resulta el marco propicio para el activismo de base y el aprendizaje político de las participantes. Por otra parte, resalta el proceso de politización de las mujeres a partir de la enunciación de roles tradicionales, como madre de familia o esposa, lugares a partir de los cuales las mujeres fundamentan su participación en la protesta y en las organizaciones (Svampa y Pereira, 2003), pero que luego trascienden y disputan en el espacio público. En las prácticas contemporáneas de las mujeres, como ya mencionamos, referencias como Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, son revisitadas como parte de la genealogía histórica de este activismo femenino.

Cecilia Cross (2008) trabaja sobre las formas de politicidad que implica la participación de las mujeres en los movimientos territoriales en la zona metropolitana de Buenos Aires. Florencia Partenio (2005), por su parte, aborda las prácticas de las mujeres en el proceso de recuperación de empresas en Argentina, sus usos del tiempo y la redefinición de sus roles en diversos espacios de sus vidas. Mencionamos también el trabajo de Lola Luna sobre las mujeres en los movimientos de supervivencia en Lima (1989) y en general las luchas de las mujeres de sectores populares a partir de los cambios en la división sexual del trabajo en este contexto, así como la necesidad de la recuperación historiográfica de estos combates. Para todas estas autoras el activismo en los movimientos populares puede producir una redefinición de las feminidades, en algunos casos permitiendo la deconstrucción de las lógicas patriarcales en la vida de las mujeres.

Juan Marco Vaggione y Gerardo Avalor (2007) estudiaron el proceso de feminización de la pobreza en la década de 2000 en Argentina y el rol de las mujeres en los diversos movimientos piqueteros de Córdoba. Allí destacan a estos movimientos en su anclaje barrial y cotidiano, como espacios subjetivantes que habilitan en sus participantes mujeres traspasar las barreras entre lo doméstico (privado) y lo político (público). En una línea similar, Cecilia Cross y Ada Freytes Frey (2007) trabajan en torno a la construcción de liderazgos y las tensiones de género que se dan en este proceso en las organizaciones piqueteras, pensando la división sexual de las tareas.

También en cuanto a las relaciones y lógicas genéricas en la organización, se cuenta el trabajo de Cecilia Espinosa (2009), que explora los mecanismos de reproducción/transformación de las relaciones entre varones y mujeres en esta organización. Para la comprensión de su dinámica y posible modificación la autora rastrea las experiencias previas de militancia de las mujeres de esta organización en agrupaciones feministas.

Además, se consultaron los trabajos de Partenio (2011) sobre la conformación del espacio de Mujeres dentro del FPDS y de Elisabeth Iglesias (2012) acerca de las prácticas de formación de las mujeres dentro del FPDS. Roxana Longo (2012) trabajó sobre el protagonismo de las mujeres en diversos colectivos y organizaciones campesinas, asamblearias y territoriales, entre las que consideró el FPDS. Fernando Longa (2017) estudia la asunción de definiciones públicas del FPDS en relación con las cuestiones de género y feminismos y su relación con las prácticas cotidianas al interior del colectivo. Para eso, utiliza la idea de *ethos militante* y hace hincapié en la tensión entre prefiguración y pragmatismo en el desarrollo de las prácticas políticas de la militancia.

Este recorrido por estudios recientes permite advertir que aquellos que abordan las relaciones genéricas y específicamente el lugar de las mujeres en las organizaciones piqueteras y territoriales se han ampliado en los últimos años. Sin embargo, la gran mayoría de estos trabajos se centran en lo que ocurre al interior de la estructura organizativa de los movimientos, es decir, miran las disputas intra-organización, o en el marco de la protesta. Si bien esto constituye un aporte fundamental para pensar los modos de hacer política y las estrategias de mujeres en espacios colectivos mixtos, en esta investigación apuntamos a trascender los porosos límites de las instancias orgánicas para re-politizar la totalidad de la experiencia vivida por las mujeres que han decidido organizarse.

Sobre la dimensión territorial y las experiencias cotidianas

Una serie de trabajos recientes se interesan por las dinámicas territoriales que conforman la vida popular y que son la malla móvil sobre la que se erigen las organizaciones sociales y políticas (Grimson, 2003; Ferraudi Curto, 2014; Quirós, 2006; Manzano, 2007a y 2009; Lindón, 2000; Massey, 2005; D'Amico, 2009), iluminando toda una serie de prácticas cotidianas que entrelazan, amplían y subvierten lo político.

Desde esta perspectiva, es interesante el desplazamiento que propone Gabriel Vommaro (2006) desde el estudio de las organizaciones al abordaje de la dimensión territorial para pensar la politicidad de los sectores populares. En su trabajo destaca las relaciones de intercambio, conflicto y cooperación en un barrio específico, pensando aquí el papel de los programas sociales que generan una forma específica de tramitar este vínculo entre territorio y política.

En la misma línea, Cecilia Ferraudi Curto (2014) estudia las tramas relacionales que se configuran territorialmente luego del 2001 a partir del análisis de las experiencias de personas atravesadas por la participación en organizaciones de desocupados/as.

En la apuesta por correr la mirada de las organizaciones específicas y de sus referentes, se valora el trabajo de Julieta Quirós (2006), que propone un abordaje de la cuestión piquetera que la reinserta en las relaciones sociales cotidianas en los barrios populares. Se toma para este trabajo el enfoque desde el cual la autora piensa el territorio donde investiga -cita para esto el concepto de mapa figuracional de Elías (1991 en Quirós, 2006)-, no delimitado por las fronteras formales, sino que piensa un barrio reconstruido a partir de las relaciones configuradas entre sus habitantes. Nuevamente aquí uno de los focos está puesto en la circulación de recursos del Estado -la autora habla de territorios donde los planes tienen “una omnipresencia palmaria” (2006:152)-, en las obligaciones y derechos, y en la circulación de las personas en base a la búsqueda de resolución de necesidades básicas. Igualmente relevante, es en análisis en relación a las continuidades con relaciones del mundo laboral que estas lógicas de asignación de recursos comportan.

Sobre la potencialidad de pensar la politicidad de lo cotidiano, superando la distinción entre lo social y lo político, se considera el trabajo de Victoria D’Amico (2009), quien aborda la política en su dimensión vivida en los territorios populares. Si bien las políticas estatales hacia los sectores populares son tomadas en consideración en base a la trama relacional que sustentan, la autora plantea que estos vínculos actualizan significaciones que exceden los promovidos desde el Estado. Es valiosa para esta investigación la pregunta que formula en relación a la posibilidad de emergencia de otras subjetividades subalternas a partir de estas tramas.

Los trabajos de Virginia Manzano (2006, 2007a y 2016) desde una antropología de los movimientos populares, también descentran la mirada de las organizaciones como actores políticos y buscando mostrar cómo se construyen subjetividades políticas al interior de estas organizaciones estructuradas en torno a la supervivencia y a la apropiación común de recursos. Si bien sus estudios abordan organizaciones que se distinguen a la que nos ocupa aquí en relación a los principios políticos y la forma organizativa, resulta muy interesante la reconstrucción que la autora realiza de las tramas relacionales cotidianas que las sustentan. Dentro de ellas, valoramos la recuperación de las dinámicas afectivas y de “contención” en el marco de estos colectivos que nos permite pensar en nuestro caso cómo influyen en la participación política de las mujeres en el Frente.

También desde una mirada de antropología política, Mabel Grinberg propone estudiar los modos de organización de los sectores populares a partir de un enfoque relacional “que recupere y articule en el análisis las modalidades de prácticas sociales y políticas históricas y las experiencias de vida cotidiana” (2009:91). De esta forma, al mirar cómo procesos históricos se articulan en el entramado de las experiencias, se evita una mirada que señale sólo los padecimientos de los sujetos subalternos, y en cambio se puede relevar cómo

explican, interpretan y actúan individual y colectivamente en vinculación con estos condicionamientos.

El foco de la investigación: desde adentro y desde las mujeres

Valorando estos aportes construimos nuestro enfoque y problema de investigación. Compartimos la crítica realizada a aquellas investigaciones sobre organizaciones populares que ponen la mirada en las personalidades y referentes públicos, soslayando las tramas políticas y sociales cotidianas sobre las que estas se construyen. Desde una mirada también androcéntrica¹¹ optan por ensalzar referentes (varones en su mayoría), discursos oficiales y documentos orgánicos que poco dicen acerca del modo concreto en que se construye políticamente en el día a día (Faría, 2003; Andújar, 2005).

En algunos casos, los enfoques centrados en los momentos extraordinarios de la lucha, es decir aquellos de enfrentamiento o estallido social, tienden a ocultar las tramas de la reproducción cotidiana de la vida, encarnada en espacios feminizados, familiares y comunitarios. Esto configura una visión más episódica y estática de las posibilidades de transformación social, porque despolitiza lo cotidiano como materia prima y territorio de encarnación de acción política (Vaggione- Avale, 2007).

El foco en las vidas de mujeres trabajadoras precarias y cooperativistas obedece, al menos, a dos motivos. En primer lugar, se acuerda con Dalla Costa (1972) en que comprender la situación de la mujer trabajadora es fundamental para entender las condiciones de vida y la posición de las mujeres en una determinada sociedad. Por otra parte, porque los relatos de experiencia de estas sujetas suelen estar ausentes de los análisis sociales de la protesta y la organización barrial, o invisibilizados en su espesor político, a pesar de constituir las principales participantes (en número) y las dinamizadoras de las tareas diarias de estas organizaciones (Andújar, 2014; Causa, 2007; Cross y Partenio, 2004, entre otras). Efectivamente, en nuestro campo vemos que, incluso sin advertirlo así, las mujeres son quienes sostienen el entramado comunitario que garantiza aquellos momentos

¹¹ Autoras/es como Svampa y Pereira (2003) y Andújar (2014) han señalado que, en las últimas décadas, fundamentalmente desde los '90, la crisis de las formas políticas y organizativas tradicionales (partidos políticos burgueses, partidos marxistas-leninistas, sindicatos) y el cuestionamiento a sus formas de liderazgo y toma de decisiones permitió la emergencia de colectivos que volvieron a pensar la centralidad de los/as sujetos populares en los procesos de organización política. De esta forma, las mujeres y los jóvenes, sujetos muchas veces subordinados en las construcciones políticas, con sus estructuras masculinizadas (Faría, 2003) emergieron como caras visibles de los movimientos piqueteros pero también como dinamizadoras/es de su movimiento interno.

de deliberación política, como las asambleas, y también los episodios donde se escenifica y se materializa el conflicto social, como los piquetes y movilizaciones.

Según nuestra perspectiva, entonces, no son las organizaciones populares las que **contienen** o agrupan a las mujeres, sino que son las mujeres quienes que ponen a disposición de lo colectivo sus saberes, su fuerza de trabajo, su tiempo y deseos para co-tejer lo colectivo, dialogando con interpelaciones, definiciones y criterios que la organización va generando supra individual e históricamente. Esto se manifiesta con claridad, en el caso de las mujeres que alternan su participación en el Frente con otras pertenencias y actividades barriales en iglesias o clubes, por ejemplo. O cuando las integrantes del comedor “Madres Unidas” del Frente explican la organización del comedor como una táctica más de sostenibilidad de la vida como mujeres migrantes en un nuevo territorio ocupado. Estas mujeres, además, luego traen a esta experiencia colectiva saberes organizativos de sus vivencias previas, incorporando a las actividades del Frente las *mingas*, *aynis* y “polladas”, que reconstruimos en el capítulo III. Este desplazamiento supone leer lo político desde abajo y desde las mujeres, empobrecidas y racializadas, pero activas en la construcción de lazos sociales para la sostenibilidad de la vida (Federici, 2013 b; Gutiérrez, 2017; Pérez Orozco, 2014). En todos estos casos, las experiencias de las mujeres desbordan y moldean lo que ocurre en el Frente, que constituye un colectivo donde ellas se encuentran con otras y con una propuesta, a la que, en parte, aportan a reconfigurar.

Se impone, entonces, una mirada atenta al lugar central de las mujeres y de las relaciones de género en la construcción de esta cotidianeidad compartida, que al tiempo que sostienen sus vidas, sostienen lo común. Poner en el centro a las mujeres posibilita mirar desde la sostenibilidad de la vida, cuestionando dicotomías y fronteras modernas: lo público y lo privado, el trabajo productivo y el trabajo reproductivo, lo social y lo político, y también lo individual y lo colectivo. Al correr la mirada hacia la sostenibilidad de la vida y la producción de lo común (Gutiérrez, Linsalata y Navarro, 2016; Linsalata, 2015) se exhibe el problema del cambio social desde un nuevo ángulo, con frecuencia ausente en los análisis académicos y políticos. El objetivo, cabe aclarar, no es idealizar estas prácticas o el rol de las mujeres como si fueran el único espacio y el mejor para hacer y, por tanto, para verificar las transformaciones, sino hacer presente un lugar desde donde mirar lo social y lo político que no suele estar valorizado o habilitado en otras perspectivas.

Proponemos entonces, desplazar la mirada de lo que sucede dentro de las organizaciones como espacios políticos delimitados, pero también correr el foco de las lógicas y relaciones generadas a partir de la búsqueda y gestión de recursos por parte de los sectores populares. Ambos aspectos son tenidos en cuenta aquí, pero como parte de los tránsitos y apuestas cotidianas de las mujeres que en algún momento de sus biografías participan políticamente para sostenerse en sentido amplio: resolver necesidades materiales,

afectivas y de reconocimiento que permiten la reproducción de la vida (Pérez Orozco, 2017).

Planteamos, entonces, reposicionar la vida cotidiana como terreno de construcción colectiva de formas de reproducción de la vida, con las mujeres como sujeto central. Este proceso se da con fuerza en los barrios populares, donde las mujeres transitan, trabajan, forman familia, generan relaciones sociales nuevas, y vivencian condicionamientos específicos de clase, género, y raza que desafían el desarrollo pleno de sus vidas. Como parte de este accionar, se organizan en movimientos donde también disputan, aprenden, se transforman, generando formas comunitarias de lo político. Aquí enfocamos lo **comunitario femenino** en tanto conjunto de prácticas, entramados y relaciones sociales que, debido a que se instauran para la sostenibilidad de la vida en común, tienen potencialidad para cuestionar las lógicas sistémicas individualizantes de despojo y explotación (Federici, 2013 a y b).

Como parte de esa trama cotidiana donde se configura lo común, nos interesa especialmente cómo vivencian, entre todas sus experiencias y en cruce con ellas, la propuesta antipatriarcal del Frente. Muchas de las mujeres de esta investigación describen cambios en su forma de construir su feminidad y de pensarse en el mundo, cuando comenzaron a releer sus vidas desde esta perspectiva política: “vi todo, todo”, “soy otra”, “había estado ciega”, son algunas de las frases esgrimidas para señalarlo. Otras, eligen definirse en oposición o en tensión con aquella propuesta. A través de sus palabras, recorridos y prácticas es posible entrever esa compleja trama que van tejiendo y destejiendo, que abre la posibilidad de cambios en sus biografías y su comunidad, y llegan incluso a prefigurar formas otras de politicidad.

Fundamentos epistemológicos y metodológicos

“Ninguna pretensión de universalidad puede prescindir de la mitad de la humanidad”

Diana Maffia (2016:153)

La construcción de la mirada epistemológica fue uno de los desafíos más importantes a lo largo de la investigación, y constituyó un proceso continuamente interrogado y

reelaborado¹². Puedo aglutinar estas dificultades en tres preguntas (para nada novedosas) que, con diferentes formulaciones, volvieron una y otra vez a presentarse:

¿Para qué investigo?, ¿Cómo debería ser la relación con los sujetos con/sobre o desde los que realizo mi indagación? ¿Cómo se construye conocimiento sobre lo social estando “adentro” /siendo parte?

Estoy relacionada con mi problema de investigación de muchas formas: en tanto militante, integro la organización por la que transitaron y/o participan estas mujeres; en tanto vecina, comparto los territorios que se visitan en esta investigación, y en alguna medida, la cotidianeidad de lo colectivo. Es decir, mis preguntas iniciales surgen desde la reflexión en torno a una práctica militante en la que estoy inserta y prefiguradas por esta experiencia.

Desde finales de 2002, luego de participar en diversas experiencias de trabajo barrial con niños/as y adolescentes en comedores populares, me integré al entonces MTD de Berisso, en plena formación. Mi actividad militante comenzó como integrante del área de formación desde donde impulsábamos talleres semanales en las asambleas de Villa Argüello con participantes del MTD, donde, estoy segura, aprendí mucho más de lo que pude aportar a otros/as. Igualmente desempeñé tareas de prensa y comunicación y me integré –con escasos conocimientos sobre temáticas de géneros y feminismos aún- a las asambleas, talleres y campamentos que dieron origen al Espacio de Mujeres y luego de Géneros del Frente. Participé y fui conmovida por los debates que posibilitaron la definición del Frente como organización “antipatriarcal” en 2007 y continué formándome en la problemática de géneros en el marco del EG, desde donde continuamos realizando experiencias de formación en diversos territorios, fundamentalmente el barrial. En esos años, aprendí mucho de compañeras mayores que tenían otras trayectorias en el activismo feminista, y también de quienes tenían interrogantes parecidos a los míos, sobre, por ejemplo, cómo se articulaba la lucha por “Trabajo, dignidad y cambio social”¹³ con la lucha feminista. En este proceso, el diálogo con mis compañeras organizadas en los barrios, fueron claves para ir conformando respuestas colectivas a estas preguntas, y sobre todo, para ir aprendiendo a correrme de interpretaciones cerradas o teóricas sobre lo que “deberían” ser los efectos liberadores del feminismo en nosotras.

Luego de mudarme a Villa Argüello pude participar con más asiduidad en las actividades de los comedores del Frente en el barrio. Paralelamente, trabajé poco más de un año en la cooperativa textil de la organización en el Centro Social y Cultural Olga Vázquez,

¹² Este apartado está escrito en primera persona del singular porque incluye menciones explícitas a la implicación personal de esta investigadora.

¹³ Consigna común a la corriente autónoma de las organizaciones piqueteras. Ver capítulo I.

donde decidimos impulsar un espacio de capacitación en el oficio para jóvenes. A pesar de estar situado en la localidad de La Plata, las jóvenes convocadas eran en su totalidad de Berisso, mayoritariamente de Villa Argüello. En estos talleres, donde además de la enseñanza del oficio textil trabajábamos temáticas de géneros y sexualidad comenzaron a surgir en mí preguntas, todavía muy “pegadas” a la práctica cotidiana sobre cómo las jóvenes construían sus decisiones de vida y qué lugar tenía la participación en la instancia colectiva que proponíamos, en su biografía. Claramente se trataban de preguntas que surgían de reflexiones colectivas entre las mujeres de la organización en torno a cómo mejorar nuestra propuesta política hacia las jóvenes en pos de que continúen integrando la organización y también habilitar cambios “liberadores” –en nuestros términos feministas– para ellas en aspectos vinculados a las relaciones de géneros.

Este período coincidió con la finalización de mi carrera de grado y los inicios de cursada de la Maestría – y Doctorado- en Ciencias Sociales donde empecé a volcar mis inquietudes para darle forma a un problema de investigación. En este momento, las preguntas iniciales, comenzaron a enriquecerse a partir de lecturas -sobre todo de teorías de géneros y feministas-, y se fueron corriendo de una búsqueda de respuestas para aplicación práctica inmediata, empezando a transformarse en preguntas de investigación social.

Efectivamente formar parte de algunos de los espacios colectivos que las mujeres transitan inspiró los modos de formulación de interrogantes y objetivos. Aquí se presentó un primer momento de confusión en relación con la tarea que decidí emprender, que puede sintetizarse en la pregunta ¿desde dónde estoy mirando lo que quiero estudiar? Fueron útiles aquí algunos aportes desde epistemología feminista y la etnografía en clave de géneros. Por ejemplo, Graciela Alonso (2012) me permitió pensar -desde una mirada de epistemología feminista- que tengo una posición específica en las relaciones sociales y un vínculo particular con las mujeres de este estudio, relacionada con “la materialidad de ser mujer” (2012:79). Por ejemplo, con muchas de ellas compartí asambleas, marchas, encuentros, confidencias, complicidades que tienen que ver con vivencias comunes en términos de género dentro de un colectivo mixto, aunque diferenciales en términos de otras experiencias de clase, nacionalidad, edad, etc.

Lejos de creer en una relación sujeto-objeto canónica o positivista, en una búsqueda individual donde quienes conocemos nos situamos fuera del problema, alejado/a y ajeno/a, la dificultad consistió durante todo el proceso en construir un abordaje riguroso de una realidad de la que formo parte, en donde me encuentro implicada, y por tanto necesité “descotidianizar” (Lins Ribeiro, 1989) o como plantea Semán (2009) “desfamiliarizar”.

En este marco, el corrimiento de “compañera” y “militante” hacia un papel de escucha atenta de los relatos de las mujeres me llevó, al mismo tiempo a entender, algo que

ahora me resulta obvio, pero no completamente asumido hasta ese momento: las mujeres actúan (y relatan) en sus propios términos, más allá de las propuestas de tal o cual organización y de mis intenciones militantes y/ o científicas. Esta asunción fue transformando mi lugar en relación con ellas y, claramente, mis preguntas.

En relación con esto, Marcela Lagarde (2005) desde la antropología feminista, propone la idea de Estancia con Mujeres (tomando distancia de la metodología de observación participante) para definir que el hecho de entrevistar, observar, pero además compartir con mujeres, con su sola presencia influye en la investigación y que, simultáneamente, quien investiga es observada, analizada, investigada por las mujeres. Una parte del conocimiento es elaborado en este diálogo. El hecho de ser una mujer hablando con mujeres, genera en quien investiga un vínculo de empatía por algunos condicionamientos que comparte, dice Lagarde, se encuentra en ellas y las encuentra en sí misma (2005: 55).

Rosana Gúber (2014) desde los estudios etnográficos, aborda la cuestión de la reflexividad en las investigaciones realizadas por mujeres, específicamente, atendiendo a los procesos de construcción del campo realizada desde quien enuncia a partir de sus propias posiciones, las transformaciones que este trabajo de involucramiento produce en su subjetividad, a partir de los condicionamientos específicos de género. En mi caso, por ejemplo, esta vinculación con las mujeres bajo términos diferentes generó inquietudes sobre cómo era yo percibida mientras realizaba este trabajo, proceso que renovó una pregunta que me realizara tiempo antes, cuando comencé a participar políticamente en el territorio sobre cómo era leída por los vecinos y vecinas que se integraban a una organización en su propio barrio y con búsquedas que no parecían ser iguales a los míos. Pero además este encuentro con las mujeres en nuevos términos y reconstruyendo relatos biográficos impulsó preguntas sobre mis propios itinerarios y decisiones sobre el trabajo, los cuidados, los afectos, la participación política, entre otros.

Si bien la cercanía con el objeto de investigación soslayó dificultades en el acceso y trabajo en el campo, también generó preguntas en torno a la influencia de esta vinculación con las respuestas de mis interlocutoras (¿me responden lo que creen que quiero escuchar en tanto militante?) y en el análisis posterior de los materiales (¿encuentro sólo lo que reafirma mis ideas previas o mis convicciones políticas?). Además, contrario a lo que esperaba, el hecho de formar parte resultó al inicio un escollo para obtener entrevistas de quienes eran mis “compañeras” o “excompañeras” o “vecinas”, por ejemplo, quienes no entendían al inicio, por qué era necesario “conversar” en un marco específico diferente al que compartíamos cotidianamente. En este momento preliminar, además en mí se presentó un temor doble, a ser desvalorizada como militante, por el hecho de volcar esfuerzos al

trabajo académico; y también, ser señalada en el ámbito académico por investigar algo de lo que formo parte.

En este punto, comparto las reflexiones realizadas por María Inés Fernández Álvarez (2010) en relación con las características singulares que cobra la investigación de organizaciones sociales que se convierten en “objetos calientes” (2010:88). Fundamentalmente, en este caso, mi preocupación consistió en modular mis decisiones de indagación y fundamentalmente de análisis y escritura entre “dos extremos” no deseables. Por una parte, utilizar mi privilegiado acceso al campo como una posibilidad de “meter el dedo en la llaga”, dicho coloquialmente, o de brindar a la academia un objeto “diseccionado” -me animo a decir-, que sólo atine a mostrar contradicciones entre posicionamientos públicos y prácticas cotidianas, por ejemplo, sesgando el objeto en nombre de un abordaje “crítico”. Aquí retomo a Ariel Petruccelli (2013) en su preocupación sobre los estudios sobre organizaciones sociales que, muchas veces debido a requerimientos académicos y de aprobación entre pares, pueden perder el horizonte inicial y tener un muy escaso proceso de ida y vuelta con los movimientos investigados (Petruccelli, 2012: 19).

Pero, el otro riesgo, consistía en que mi involucramiento y práctica militante impidiera ver contradicciones, dilemas y tensiones, y en pos de “cerrar filas” o blindar lo colectivo ante los ojos de la academia, construyera sólo una postal, una imagen propagandística del problema a abordar.

Con el tiempo llegué a la conclusión de que debía correrme de ambos opuestos, que impiden propiciar procesos de auto-reflexión, revisar las prácticas políticas y visibilizar problemáticas ocultas.

Como decíamos antes, la tensión militancia-investigación, presente con más fuerza al inicio del trabajo de campo, nunca se resolvió, por el contrario, fue una de las incomodidades que nutrió este proceso de investigación, que nunca me encontró en un rol cristalizado. Sin embargo, fui tomando algunas decisiones en pos de la construcción del objeto y el rigor del trabajo de investigación. Entre ellas, fue clave distanciar mi participación militante durante alrededor de dos años, de las instancias más vinculadas a los tránsitos femeninos que buscaba reconstruir, para poder re pactar con las mujeres con el espacio otra modalidad de encuentro y abordaje. Esto me permitió, luego de un período de corte, con una mirada “fresca”, más alejada y crítica llegar a desfamiliarizar aquello que tiempo antes también había sido mi cotidianeidad.

Además, para lidiar con las dificultades derivadas de mi cercanía, valoré, de forma permanente y paralela a todo el proceso, las lecturas de colegas tanto del material de campo

como de los productos derivados del análisis, como forma de obtener un contrapunto de mis asunciones.

En medio de estas dificultades, sin embargo, descubrí lecturas aliadas para fortalecerme en este proceso de investigación. En este recorrido plagado de complejidades las herramientas más valiosas fueron aportadas por las teorías decoloniales, la epistemología feminista y el feminismo marxista, que sintetizo a continuación.

Desde la epistemología feminista, Diana Maffia (2007) realiza una crítica a la supuesta universalidad y neutralidad científicas y denuncia la relación entre ciencia y desigualdades sexo-genéricas. Plantea des-ocultar el velo que esconde el sexo (masculino) de la ciencia, que se manifiesta en la invisibilización de lo femenino en los procesos sociales e históricos, pero también en formas sexistas naturalizadas en el lenguaje de la ciencia. Además, plantea la falsa universalidad de un conocimiento androcéntrico y sesgado, y a una práctica de conocimiento que busca la neutralidad valorativa de un investigador que domina su subjetividad. Este abordaje en particular centra su compromiso con la visibilización de las mujeres como sujetos sociales, generando abordajes y análisis que tomen en cuenta las sucesivas opresiones y dominaciones de las que son objeto (Harding, 1998).

Claro que esta perspectiva no excluye la necesidad de un examen crítico de los presupuestos presentes también en los conocimientos y posiciones subyugados, los cuales, como plantea Haraway no deben estar exentos de

“re-examen crítico, de descodificación, de deconstrucción ni de interpretación, es decir, de los dos modos hermenéuticos y semiológicos de investigación crítica. Los puntos de vista de los subyugados no son posiciones ‘inocentes’. Al contrario, son preferidos porque en principio tienen menos posibilidades de permitir la negación del núcleo interpretativo y crítico de todo conocimiento” (1995:28).

Autores como Quijano (2007) y De Souza Santos (2006) también han cuestionado, desde el pensamiento decolonial, la pretensión de universalidad del conocimiento científico. Estos referentes denuncian la instalación de la ciencia como un dispositivo de poder constituido históricamente sobre jerarquías duales: hombre/mujer, blanco/no blanco, occidente/el resto del mundo, y postulado como único conocimiento posible y verdadero de lo real. El pensamiento moderno, al configurar un modelo de ser humano - también de científico- deseable (varón blanco, occidental, heterosexual, propietario) ha subalternizado los saberes producidos desde los márgenes de la vida comunitaria, cotidiana y popular. Como consecuencia, se construyó históricamente el privilegio epistémico del hombre occidental, no como persona de carne y hueso individual, sino como lugar social, como

punto de vista desde donde es posible enunciar problemas, caracterizar relaciones sociales, interpretar el presente y el pasado y presentar alternativas al orden social imperante en el proceso de producción de conocimiento científico (Alonso, 1977). Por ello, no cuestionar las lógicas de esta producción nos enfrenta al riesgo de reproducir esta colonialidad del saber (Quijano, 2007) aun cuando nuestros temas de investigación se centren en América Latina, o en cuestiones de género y etnia¹⁴.

Este tema fue trabajado por teóricos como de Souza Santos (2006), denunciando la amputación de formas de saber que no son las hegemónicas y Grosfoguel (2013) habla a su vez de “epistemicidios”, señalando así procesos históricos de genocidios que silenciaron a distintas poblaciones en la instalación de la modernidad. Estos actos de conquista y violencia planificada fueron además parte de un proceso de negación y eliminación de formas de saber y conocimiento que se perdieron en nombre de la primacía del saber científico occidental como única forma válida de comprensión del mundo.

Posicionarnos desde estas críticas feministas y decoloniales vuelve imprescindible revisar los presupuestos y categorías que utilizamos, así como explicitar nuestra *implicación* (Haraway, 1995) como investigadores/as. Esto es, construir una objetividad situada, parcial, vinculada con el propio lugar de quien investiga en las relaciones sociales de poder de clase, étnicas, de géneros y sus motivaciones humanas, académicas y políticas. Desde la perspectiva feminista, la vida personal, la propia posición son datos inseparables de la producción académica y la actividad política.

Las preguntas y objetivos parten también desde allí, por lo que el proceso de investigación fue alimentado por el diálogo permanente con los espacios y prácticas colectivas, así como con ámbitos académicos específicos. La producción de conocimiento vista desde esta óptica es un proceso social, siempre colectivo y parcial.

En mi caso, los relatos de experiencia de las mujeres me llevaron a reformular preguntas iniciales, ancladas en preconceptos e intereses que no asignaban centralidad a la agencia femenina. Por ejemplo, los relatos de migración donde la organización entre mujeres, familiar, comunitaria, o religiosa estaba presente como un elemento cotidiano. O aquellos que narraban la incorporación al frente como motivada antes por un lazo personal o barrial que por una búsqueda individual de la persona o una propuesta de un militante.

¹⁴ Aníbal Quijano, referente de esta perspectiva, define la colonialidad como “un patrón mundial de dominación dentro del modelo capitalista, fundado en una clasificación racial y étnica de la población del planeta que opera en distintos ámbitos”. Según el autor, la colonialidad es una estructura de dominación y explotación que se inicia con el colonialismo, pero que se extiende hasta hoy día como su secuela (2007: 323).

Estos y tantos otros fueron claves para cuestionar esta mirada y re-posicionar a las sujetas en un lugar activo, más allá de las condiciones de vida y las desigualdades de clase, género, raza, efectivamente afrontadas.

En síntesis, considero a la investigación social como un campo de disputa de poderes donde, sin dejar de reconocer los privilegios epistémicos, académicos y materiales a la hora de enunciar, pueden construirse formas de abordaje no extractivas (Davila Legerén- Huici Urmeneta, 2017; Grosfoguel, 2015), que no obturen ni silencien formas de entender el mundo de los sujetos y, por ende, no reproduzcan en el análisis las mismas desigualdades de las que son objeto en el contexto social más amplio.

Definiciones epistemológico- políticas: sistema de dominación múltiple

Como parte del posicionamiento epistemológico caracterizamos algunos rasgos de las relaciones dominantes que en relación dialógica constituyen y son constituidas y resistidas por los sujetos en su experiencia cotidiana. Definimos al sistema de dominación actual como una articulación de relaciones múltiples (Valdez Gutiérrez, 2001), de clase social, género y raza, fundamentalmente. Pensar en términos de un sistema de dominación múltiple implica definir un sistema articulado: capitalista, patriarcal y colonial, construido históricamente sobre separaciones y desigualdades que se experimentan con matices en cada contexto.

En este sentido, Hartmann (1980) define al Patriarcado como un sistema de solidaridad, un contrato, entre varones con base material e inescindible en la actualidad de la forma de dominación de clase¹⁵. No hay un “capitalismo puro”, como tampoco hay un “patriarcado puro”, ya que los dos deben coexistir necesariamente. Desde su concepción, el patriarcado y el capitalismo se retroalimentan. La base material sobre la que se asienta este sistema está en el control de la fuerza de trabajo de las mujeres.

Autoras denominadas feministas marxistas, examinaron fundamentalmente el significado y papel del trabajo doméstico en la reproducción de capitalismo. Como referente de esta corriente mencionamos a Mariarosa Dalla Costa (2009), y Dalla Costa y

¹⁵ En palabras textuales de Hartmann: “Podemos definir el patriarcado como un conjunto de relaciones sociales entre los hombres que tienen una base material y que, si bien son jerárquicas, establecen o crean una interdependencia y solidaridad entre los hombres que les permiten dominar a las mujeres. Si bien el patriarcado es jerárquico y los hombres de las distintas clases, razas o grupos étnicos ocupan distintos puestos en el patriarcado, también les une su común relación de dominación sobre sus mujeres; dependen unos de otros para mantener esta dominación. Las jerarquías “funcionan” al menos en parte porque crean un interés personal en mantener el *statu quo*” (1980:12).

Selma James (1972), quienes jerarquizan a las mujeres en las luchas contra el capitalismo al nombrarlas como productoras de plusvalor y parte de la clase trabajadora. Silvia Federici (2011), y nuevamente, Dalla Costa y James (1972), entre otras, estudiaron la centralidad del trabajo reproductivo no remunerado en la economía capitalista. Para Federici, la teoría feminista “confirmó que el capitalismo no es necesariamente identificable con el trabajo formal y asalariado, sino que es en esencia trabajo no libre y reveló la conexión umbilical entre la devaluación del trabajo reproductivo y la devaluación de la posición social de las mujeres” (2013b: 47). Por consiguiente, poner el trabajo reproductivo en el centro de la explicación del sistema capitalista permite, por una parte, comprender que este descansa sobre la producción de un tipo particular de trabajador, de familia y sexualidad, cuya reproducción involucra mucho más que el mero consumo de mercancías. Por la otra, entonces, posibilita redefinir la esfera privada como una esfera de relaciones de producción y un terreno de lucha anticapitalista.

El patriarcado, desde esta perspectiva, es definido como un sistema que se asienta sobre la explotación del trabajo de las mujeres y la dominación económica, pero también sobre la explotación sexual, la heterosexualidad obligatoria y la quita de libertades y posibilidades de decisión sobre la vida propia (Rubin, 1975; Chaneton, 2007; Rowbotham, 1979; Amorós, 1985; Hartmann, 1985; Haraway, 1995; Millet, 2010).

Asimismo, Hartmann reconoce la necesaria articulación del capitalismo y del patriarcado con otros sistemas de opresión como la raza, la nacionalidad, la orientación sexual, la edad (1980: 14-15). Federici (2011) por su parte, plantea la necesidad de incorporar la racialidad y colonialidad, al retomar críticamente el concepto de acumulación primitiva de Marx “la acumulación primitiva no fue, entonces, simplemente, una acumulación y concentración de trabajadores explotables y capital. Fue también una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora, en la cual las jerarquías construidas a partir del género, así como las de raza y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de la clase y de la formación del proletariado moderno” (2011:90).

Nos interesa pensar aquí, sin embargo, las particularidades del capitalismo en América Latina, este capitalismo colonial y las relaciones que lo sustentan.

Desde los feminismos comunitarios latinoamericanos, Lorena Cabnal (2010) aporta otra perspectiva al proponer la idea de “entronque patriarcal” para explicar la existencia de un “patriarcado originario ancestral” en las culturas originarias que, a partir de la colonización, “se re-funcionaliza con toda la penetración del patriarcado occidental, y en esa coyuntura histórica se contextualizan, y van configurando manifestaciones y expresiones propias que son cuna para que se manifieste el nacimiento de la perversidad del

racismo, luego el capitalismo, neoliberalismo, globalización y más” (2010:15). Es decir, Cabnal prefiere hablar del patriarcado como un sistema universal que se reforzó y *aggiornó* con la conquista en nuestro continente. Es interesante esta idea porque nos permite pensar que la existencia de relaciones comunitarias no regidas completamente por lógicas mercantiles, de por sí no aseguran la inexistencia de vínculos de desigualdad y opresión, por ejemplo, de géneros.

En nuestro caso, a efectos de analizar las experiencias situadas de las mujeres como creadoras de lo comunitario en los sectores populares, fue necesario pensar las relaciones de género construidas históricamente a partir de la colonización. Para ello recuperamos algunos aportes decoloniales.

Desde el planteo de Aníbal Quijano (2014) el racismo nombra un proceso histórico de jerarquización de las personas a escala mundial, a partir de la conquista y el genocidio en América y la formación del capitalismo. De esta forma, las razas son definidas como construcciones intersubjetivas, producto de la dominación colonial por parte de los europeos, asumidas por las personas, sin embargo, como categorías objetivas, como fenómenos biológicos por fuera de la historia de poder. Primariamente con un papel instrumental y funcional “para la extracción de riqueza inicialmente en los territorios conquistados y más tarde en la extensión planetaria” (2014:31) y que avanza a partir de la “colonización del imaginario de los dominados”.

Una de las consecuencias del colonialismo como proyecto propio de la modernidad, fue la manera en que se constituyeron las naciones latinoamericanas: la homogeneización con una perspectiva eurocéntrica fue la propuesta nacional a través de la ideología del mestizaje y del crisol de razas, que aspiró a lo europeo como forma ideal. Rivera Cusicanqui (2010) hablará de la “herida colonial”, como concepto central para pensar América Latina y se preocupará por las formas de colonialismo interno (concepto que retoma de González Casanova), una forma de estudio del indigenismo funcional a las lógicas de “inclusión” dentro del Estado Nación.

Como sugiere Chandra Mohanty (2008:3) “la colonización en casi todos los casos implica una relación de dominación estructural y una supresión, muchas veces violenta, de la heterogeneidad del sujeto o sujetos en cuestión”. La diferencia racial y cultural fue clasificada como atraso, inferioridad e incapacidad, es decir, devino en desigualdad social. Ese complejo es lo que conocemos como “racismo”. Como los vencedores fueron adquiriendo durante la Colonia la identidad de “europeos” y “blancos”, las otras identidades fueron asociadas también ante todo al color de la piel, “negros”, “indios” y “mestizos”. Esa es la idea que comanda y preside, desde el momento inicial de la conquista,

el establecimiento de los roles sociales, inclusive de actividades, asignados a los no-europeos en América.

Rita Segato se referirá al carácter histórico de la racialización y de la raza como el signo en los cuerpos de una posición en la historia y de su asociación con un paisaje geopolíticamente marcado (Segato, 2007- c y 2010). En este trabajo se utiliza la noción de **raza** como una decisión teórica que no desconoce los profundos y prolíficos debates en su torno, así como en relación tensa con la categoría de etnia. De allí, pues, su peso como significantes sociales para definir, clasificar, nombrar la diferencia entre personas, creando y reforzando la desigualdad.

En este caso, donde la investigación se centra en las experiencias de mujeres de sectores populares como creadoras de lo comunitario, surge el interrogante sobre cómo dialoga nuestro quehacer científico con otros saberes históricamente silenciados que corremos el riesgo de invisibilizar. Autoras como Silvia Federici (2011), Karina Bidasca (2011), Rita Segato (2007), Gloria Anzaldúa (1987), han señalado la forma de producción histórica del silenciamiento y hasta del exterminio de los saberes de las mujeres en Europa y América desde la modernidad.

Desde aquí, otras pensadoras latinoamericanas han avanzado en la teorización de la llamada colonialidad de género (Lugones, 2008) según la cual, la invención de las mujeres como categoría “reconocible, definida anatómicamente y subordinada al hombre en todo tipo de situación, resultó, en parte, de la imposición de un Estado Colonial Patriarcal” (2008: 68). La autora caracteriza el sistema de género colonial/moderno, viendo la extensión y profundidad histórica de su alcance destructivo y su capacidad de romper solidaridades entre las víctimas de la dominación explotación colonial. Desde un enfoque interseccional, Lugones plantea la mutua co-constitución entre el sistema colonial y el sistema de género moderno, que permean todos los aspectos de la organización social del trabajo, la autoridad, y también la construcción del conocimiento. Comparte con las perspectivas ya citadas la crítica a los feminismos blancos y occidentales en relación con la invisibilización y silenciamiento de las desigualdades raciales y clasistas.

De esta manera el feminismo decolonial ha denunciado el modo en que las experiencias de las mujeres pobres latinoamericanas han sido sistemáticamente soslayadas en la producción académica, por razones de dominación de clase, raza y de género. En nuestro continente, este debate lo retoma Bidasca (2010) planteando el carácter múltiple y contradictorio del sujeto del feminismo. Señalará en este sentido una crítica a los feminismos blancos y occidentales que “encontraron que la categoría de patriarcado era una forma de dominación masculina universal, ahistórica, esencialista e indiferenciada respecto de la clase o la raza” (2010:66) y por tanto, invisibilizaron la existencia y la agencia de las

mujeres del llamado tercer mundo. Una perspectiva planteada desde los '70 por las feministas negras que negaron la universalidad del concepto de género que oculta otras desigualdades sociales articuladas, asentadas en la raza, clase, sexualidad, fundamentalmente. Desde una crítica común, Silvana Sciortino (2017) plantará la necesidad de desarmar las tramas coloniales que perduran al interior del feminismo, a partir de generar desde los feminismos no hegemónicos cuestionamientos a los “modelos preestablecidos de mujer, de formas de lucha y prácticas de liberación, desde experiencias y saberes situados” (2017: 1). Entonces, esta mirada atenta a las formas de construcción situadas de las mujeres de sectores populares, en nuestro caso, permite captar la creatividad, la forma específica en que se organizan, debaten y lidian con las desigualdades.

Desde un enfoque también decolonial, Boaventura De Souza Santos propone realizar una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias, para hacer presentes este “desperdicio de experiencias sociales” (2010:19). Estas formas de abordaje permiten relevar las experiencias sociales que no estaban disponibles ni consideradas por la ciencia occidental, vinculadas a otras concepciones del tiempo y del espacio, del trabajo y la producción, entre otras.

Ahora bien, visibilizar o relatar experiencias otras, no es suficiente para producir conocimiento descolonizado, así como tampoco lo es, por sí solo, integrar otras sujetas a la enunciación científica.

En este sentido, nos propusimos recuperar las experiencias, intentando reconstruir el marco de significaciones de nuestras interlocutoras, sin soslayar las marcas de las múltiples dominaciones clase, género y raza. Pero al mismo tiempo, sin obturar, negar, aquellas prácticas y expresiones que no son sólo resistencia, contestación, búsqueda de la liberación, o que lo son, pero en una forma diferente a la esperada por nuestra parte. Por ejemplo, cuando relevamos que las mujeres distribuyen su tiempo en la participación en organizaciones e instituciones con sentidos y definiciones políticas contradictorias, e incluso propuestas opuestas en relación con el lugar social de las mujeres; o cuando nos encontramos con procesos de negociación en las relaciones de género en los marcos familiares dilatados en el tiempo, con idas y vueltas, alternando cuestionamientos y aceptación de vínculos que enuncian como opresivos. Efectivamente, en estos casos, consideramos la potencialidad de valorar las tensiones y ambigüedades que las experiencias y relatos de las personas tienen, entendiendo a lo ambiguo con Bartolomé (2003) como espacio que posibilita el cambio y donde se visualizan las marcas de la historicidad de los procesos.

Como consecuencia, el diseño de la metodología es una apuesta en este sentido, aceptando la responsabilidad de la enunciación en esta investigación, pero intentando

generar ámbitos donde emerjan las experiencias de las mujeres y se problematicen los sentidos que les dan, potenciando y jerarquizando la vinculación preexistente con el problema de estudio.

Metodología

Cabe, pues, señalar que la focalización de esta investigación está puesta en la humana, entendida como las “posibilidades de la acción como intervenciones en los procesos por los cuales se transforma continuamente la realidad y se ejerce el poder” (Grossberg, 2012: 168) que tienen los sujetos en determinados contextos y en interacción con otros. Por consiguiente, este trabajo se realizó en base a una metodología cualitativa (Sautú, 2003), centrada en pensar cómo la acción social se produce en relación con las condiciones de vida o realidad social e histórica más general. En ese marco, con el objetivo de reconstruir procesos cotidianos y recorridos biográficos reconociendo la perspectiva de los sujetos se trabajó desde un enfoque etnográfico (Gúber, 2001), con el acento puesto en recuperar las dimensiones originales de cada biografía en la voz de los/as protagonistas (Vallés, 1997). El enfoque etnográfico así entendido, busca reconocer los "marcos de interpretación" (Gúber, 2001: 6) dentro de los cuales los sujetos les dan sentido a las acciones y supone la tarea de la investigadora, en este caso, es interpretar y describir la acción considerando en sus propios términos, lo que dicen y hacen los sujetos.

A efectos analíticos definimos abordar dos dimensiones:

1. Los recorridos biográficos que fueron reconstruidas a partir de los relatos de experiencia de las mujeres, puestas en relación con las condiciones sociales históricas de vida.
2. La vida cotidiana o cotidianeidad de las mujeres, en su tránsito por espacios “públicos” y “privados” y con negociaciones y resignificaciones de los usos del tiempo, reconstruida a partir de los relatos anteriormente citados, pero fundamentalmente desde el análisis de las prácticas, interacción y tránsitos observados y compartidos en el territorio común.

La distinción de ambas miradas fue meramente analítica, debido a que ambos aspectos son inseparables, y permiten abordar el modo en que procesos de participación política se interceptan en la totalidad de las experiencias vividas por las mujeres. Este enfoque de reconstrucción de experiencias y recorridos biográficos impide señalar para el

objeto un recorte temporal definido. Cabe señalar, empero, que las vivencias cotidianas fueron reconstruidas a partir de prácticas y relatos relevados en un momento determinado (entre los 2012 y 2018), condiciones que sin dudas influyen en cómo las mujeres definen y relatan sus experiencias.

La metodología construida articuló entrevistas en profundidad, individuales y grupales, y la observación etnográfica, con modos participativos de indagación como la puesta en juego de espacios de educación popular y no formal. Esta forma de abordaje permitió trabajar con grupos clave que surgen del colectivo organizado (Montero, 2006) y fueron formatos que convocaron al diálogo y la intervención de parte de las sujetas con las que trabajamos.

En cuanto al universo de estudio abordado nos centramos en las mujeres que participaron y participan en el Frente. Teniendo en cuenta el conocimiento previo de la organización y de los sujetos participantes, definimos un conjunto inicial de entrevistadas que, aunque sin pretensión de exhaustividad o representatividad, se fue ampliando a lo largo de la investigación. Entrevistamos a mujeres de entre 16 y 60 años, tomando como criterio, además de la diversidad generacional (tomando de referencia la clasificación nativa del Frente entre “jóvenes” y “adultas” según sus espacios de participación), la amplitud en relación con la conformación de su familia, países de nacimiento y distintos períodos de permanencia en el FPDS CN. Pero fundamentalmente, apuntamos a mujeres con diferentes perfiles, tareas y responsabilidades en la organización. También tuvimos en cuenta que hubieran integrado diferentes asambleas o comedores dentro de Villa Argüello. Todas estas mujeres vivían en Villa Argüello o en una zona intermedia entre este barrio y Villa Nueva cuya jurisdicción no está claramente definida por el municipio (sus límites están en tensión, como se trabajará más adelante), por lo que transitaban las mismas instituciones barriales. Las que continuaban participando de la organización al momento de las entrevistas compartían a su vez un espacio semanal de asamblea del Frente. Además, definimos también entrevistar a mujeres que ya no participaban en el colectivo.

El derrotero del trabajo de campo podría ordenarse en tres momentos.

El primero entre abril de 2012 y julio de 2013 a partir del cual se terminó de delinear las preguntas iniciales de la investigación y las preocupaciones a abordar. Allí se realizaron observaciones del barrio, algunas de ellas a partir de trayectos compartidos con las entrevistadas, y observación en espacios colectivos del Frente. Entre estos espacios, los principales fueron la asamblea del comedor “Juanito Laguna” (entre agosto y diciembre de 2012); la reunión de “mesa” y espacios de “discusión política” del Frente en Berisso (entre febrero y octubre de 2013) y jornadas de trabajo en el citado comedor (en tres oportunidades durante 2013).

En relación al modo de realizar la observación de los diferentes espacios, definí mirar tres momentos: antes, durante la reunión y después de la misma, para poder analizar la gestación cotidiana de estos espacios (y del “temario” del debate) y los diferentes papeles en esa instauración, la dinámica de desarrollo de los encuentros y lo qué ocurría una vez que la instancia de deliberación se clausuraba. En todos los casos observé el reparto de los trabajos, los usos de la palabra, y los nudos de tensión que aparecían. Así mismo, con la observación sostenida en el tiempo de un mismo espacio de trabajo colectivo o de reunión intenté visualizar y anotar cambios en los acuerdos colectivos, y también en las producciones subjetivas manifestadas en prácticas y opiniones. Para citar un ejemplo, mirar este devenir me permitió notar los diferentes sentidos que algunas mujeres daban a través del tiempo a la práctica asamblearia, y los cambios en las formas de participar en ella.

Además, en esta etapa se realizó una primera serie de entrevistas en profundidad a mujeres “jóvenes” y “adultas”. En esta primera etapa, la pregunta por lo generacional tenía un peso importante, que se fue perdiendo a lo largo del proceso posterior, debido a las dificultades que encontraba la intrusión en un campo de estudios específico y complejizar aún más el análisis que ya abordaba como diacríticos importantes la clase social y el género. Por lo tanto, se definió postergar el interrogante sobre la edad y la generación para futuros trabajos y abordar en cambio a las mujeres consideradas “adultas” desde la organización.

Un segundo momento del trabajo de campo se realizó entre octubre de 2013 y noviembre de 2015 durante el cual se realizó la segunda serie de entrevistas en profundidad a las mujeres adultas que participaban del Frente, pero además se encuestó a aquellas que ya no formaban parte del colectivo. Se hizo énfasis en abordar los recorridos biográficos de las mujeres, considerando a la participación política como práctica que atravesó este devenir. Además, se realizaron observaciones en la asamblea del comedor “Madres Unidas”.

Un giro importante en el trabajo de campo lo produjo el encuentro con trabajos sobre sostenibilidad de la vida y construcción de lo comunitario que llevó a poner mayor énfasis en la observación y descripción pormenorizada de la participación de las mujeres más allá del Frente. Esto se dio de la mano de reformulación de objetivos y preguntas hacia una mirada que buscó enlazar las prácticas de búsqueda de sustento encarnada por las mujeres con su proceso de organización colectiva y sus construcciones subjetivas sobre la feminidad¹⁶.

¹⁶Este cambio se produjo a partir del encuentro con trabajos de investigación que abordaban el dilema de lo común y la construcción de entramados comunitarios populares. La apertura a esta perspectiva se produjo durante una estancia doctoral en Puebla, México, al vincularme con la línea de trabajo del Área de

Este giro en el enfoque descentró la mirada de lo que ocurría al interior de las dinámicas del Frente hacia abordar los tránsitos de las mujeres en el barrio y a su vez sus recorridos biográficos, lo cual supuso la construcción de una mirada más fértil en relación a poder iluminar los ricos entramados cotidianos y menos tensionada con mi propia participación política. Este movimiento generó cambios metodológicos. Entre ellos, supuso una marginación (a necesidades puntuales) de las técnicas participativas que inicialmente habían sido pensadas como centrales para desnaturalizar las dinámicas colectivas. Por consiguiente, en este momento las observaciones estuvieron enfocadas en actividades barriales dentro y más allá del Frente como ferias, “polladas” y mingas. Además, realicé observaciones de campamentos de géneros y seguimiento de las experiencias de algunas mujeres antes, durante y después de los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) de 2014 y 2015.

Entre los años 2016 y 2018, en paralelo con la escritura, se culminaron las entrevistas colectivas, que permitieron reconstruir desde las vivencias femeninas, los procesos históricos de conformación de cada comedor barrial. Estos espacios, si bien fueron estructurados a partir de algunas preguntas comunes, ¿Por qué surgió un comedor en el barrio? ¿Cómo se fue armando? ¿De quién fue la idea? ¿Quiénes estaban? ¿Cómo se integró el resto? ¿Qué actividades iniciales hicieron y cuáles después? ¿Cómo consiguieron los recursos? ¿Cómo es la relación con el resto de los/as vecinos/as?, en cada comedor la entrevista colectiva se organizó en base a una dinámica propia, donde la intervención desde la investigadora estuvo centrada en profundizar y repreguntar cuando se presentaron diversas interpretaciones sobre un mismo aspecto. En este período además, se integraron las observaciones de las movilizaciones con el foco en la actividad de las mujeres en ellas.

Los talleres participativos que se realizaron entre 2012 y 2016, es decir a lo largo de gran parte del proceso de trabajo de campo, pensados en momentos específicos para relevar sentidos naturalizados en torno a las relaciones de género y a impulsar la puesta en palabras de diferentes modos de construir la feminidad. Si bien más abajo nos explayaremos sobre la forma en que se llevaron adelante, cabe acotar que estos talleres participativos fueron instancias específicas organizadas a efectos de este trabajo, que se distinguen de todas aquellas instancias colectivas del Frente –muchas con formatos participativos también- que fueron observadas como materiales de campo.

En total se realizaron entrevistas en profundidad individuales a veintidós mujeres, seleccionando -a partir de los criterios de diversidad citados-, a participantes de los tres comedores del FPDS CN en Villa Argüello, además de entrevistar a seis vecinas del barrio

que ya no participan y con quienes se pudo retomar contacto. Dentro de las entrevistas, se cuenta una realizada a una mujer coordinadora del espacio para mujeres jóvenes en el Frente, otra realizada a una impulsora del trabajo barrial en Berisso que antecede al de la citada organización, y dos a mujeres integrantes del Espacio de Géneros (EG) del Frente. En estos casos, se apuntó a la reconstrucción de la historia colectiva y barrial precedente a la incorporación de las mujeres al FPDS CN¹⁷ y a entender la propuesta de géneros desde el citado EG.

Las entrevistas se realizaron a partir de, al menos, dos encuentros con cada mujer entrevistada. En todos los casos, se organizó en base a un recorrido cronológico biográfico de las entrevistadas, desde su nacimiento hasta la actualidad. En el primer encuentro se privilegió recuperar la lógica del relato de la entrevistada, con los hitos que definió, las relaciones que entablaba, los saltos en el tiempo, etc. En el segundo (y tercer) encuentro, en cambio, optamos por focalizar en los momentos de relación con lo colectivo, lo barrial y organizativo. Dos dimensiones estuvieron presentes en la búsqueda que guió las interlocuciones: los recorridos biográficos y la cotidianeidad.

La técnica de la entrevista en profundidad permitió indagar el sentido que las mujeres dan a sus actos, para conocerlos en sus propios términos y expresiones. Se recurrió a esta técnica, pensándola como una oportunidad para la conversación y no como un mero intercambio de preguntas y respuestas. Nos hacemos eco en este sentido, de las preocupaciones ya señaladas de Grosfoguel en función de no realizar procedimientos de “extractivismo epistémico” (2015:38), es decir, investigaciones y trabajos de campo “extractivos” de los saberes y sentidos de los/as sujetos con quienes trabajamos¹⁸. Extiendo mi reflexión sobre la entrevista, porque considero que este espacio fue una oportunidad para las mujeres de hablar de sí mismas, de narrarse, donde se puede atender a los modos de agenciamiento femenino en este contexto específico. En lugar de pensar en términos de “informantes claves” preferimos entender a las entrevistadas como interlocutoras, entendiendo que los relatos son inseparables de la relación social que produce la entrevista (Bartolomé, 2003), y de una dimensión ética, afectiva y de generación de confianzas que posibilitan los relatos. La entrevista etnográfica, en este sentido, es una “compleja experiencia afectiva en que el análisis conceptual no excluye la vivencia personal” (2003: 219).

Esta técnica no sólo tiene un valor testimonial, sino también analítico, ya que permite relevar conceptos significativos para los sujetos, comprender sentidos de los discursos. En

¹⁷ Las entrevistas colectivas se realizaron el 16 de abril de 2015 en el Comedor “Juanito Laguna”, el 19 de septiembre de 2015 en el Comedor “Los Amigos” y el 14 de julio de 2016 en “Madres Unidas”. Se pueden ver todas las fechas en Anexo Entrevistas realizadas.

¹⁸Esta preocupación también fue abordada por Davila Legerén, Andrés y Huici Urmeneta, Vicente (2017).

estas instancias no surge la “verdad” o la evidencia sobre el sujeto, sino que las relevamos en tanto narración realizada intencionalmente por los/as entrevistados/as en determinada situación o contexto de enunciación.

Precisamente, la recuperación del marco de enunciación le da inteligibilidad a la experiencia, en su doble condición de experiencia vivida y percibida (Thompson, 1984) desde los sujetos. En este sentido, fue importante la recuperación en el análisis no solo de “lo que se dice”, sino de los lenguajes no verbales presentes en el marco de la situación de entrevista, que constituyen formas complejas de enunciación¹⁹ y también de las condiciones en que se produce el relato. Por ejemplo, cuando una de las entrevistadas señala a otras mujeres como “cómodas” o “no comprometidas” con las instancias colectivas, esta afirmación no necesariamente describe una realidad en el campo, sino que visibiliza una clasificación específica desde la cual la propia entrevistada elige leer su propio lugar y desempeño. Lo mismo ocurre cuando otra mujer explica su activismo sólo a partir de fundamentos colectivos y valores solidarios que no casualmente coinciden con los valores expresados en el Frente.

Dialogar en las entrevistas, considero, fue asimismo una posibilidad de resignificar y darle inteligibilidad a la propia biografía para las mujeres, de repensarse y sentirse protagonista de un proceso más amplio sobre el cual eran interrogada. Porque la entrevista, como se plantea desde la teoría de géneros y la epistemología feminista en tanto experiencia singular y situada, es también transformadora de la mirada de quien investiga y de las mujeres entrevistadas. Este proceso fue patente por ejemplo, cuando Patricia, una de las entrevistadas que ya no participa del Frente afirmó que “pensándolo bien, siempre pongo de excusa a mis hijos para no salir de mi casa”; o en el caso de Mirta, cuando reconstruye su biografía y dice “¿que sería un acto feminista, lo que hice yo de dejar a mi marido porque me pegaba?”, o cuando asume, luego de relatar distintos episodios de su juventud, que “pasé del control del colegio al control de mi marido”. Viviana, al relatar su niñez elige nombrar a su padre como “el patriarca” y comprende entonces cómo sus cuestionamientos de género en el marco del Frente la conducen a repensar su organización familiar. En otra oportunidad, Rosa recuerda su paso por una organización comunitaria en los suburbios de Lima y lo advierte como un antecedente de su participación actual en el comedor “Madres Unidas”, del mismo modo en que Luz advierte que aprendió en el club de Voley en que participaba durante la adolescencia a “motivar” e “ir todos para adelante”, o Margarita, cuando se da cuenta, en plena entrevista que cambió la relación con su marido cuando dejó de tener miedo a quedarse sola, gracias a conocer “otras madres solteras que estaban tranquilas”.

¹⁹La totalidad de las entrevistas fueron grabadas, luego desgravadas y volcadas sus referencias en una matriz para permitir la comparación en base a ejes significativos y su posterior análisis.

Los diálogos con las mujeres significaron además una interrogación a mi propia tarea militante y académica. Si pensamos como (Taylor y Bogdan, 1996: 101) que “el/la propio/a investigador/a no es un recolector de datos, sino el instrumento de investigación y no lo es un protocolo o formulario de entrevista”, inevitablemente –en mayor o menor medida- nos ponemos en juego en cada conversación, como analizamos en el apartado anterior al referirnos a la reflexividad en las investigaciones desde y con mujeres.

Además de las entrevistas individuales, se realizaron un total de cinco entrevistas colectivas para la reconstrucción de la experiencia compartida en cada uno de los tres comedores del FPDS CN en el barrio Villa Argüello, y para narrar la experiencia de dos grupos de mujeres participantes de espacios para jóvenes.

Las observaciones fueron claves para analizar la división por inter e intragénero del trabajo militante dentro de la organización, así como las formas de elaboración subjetiva de las interpelaciones del Frente por parte de cada mujer. Siguiendo las consideraciones de Gúber (2009:9 [2001]) en torno a la observación participante, podríamos postular que esta técnica se implementó desde el rol de “participante observador”, es decir, desde una persona que desempeña uno o varios roles locales explicitando el objetivo de la investigación. Pero, además, fue necesario tramitar el pasaje desde una participación más o menos plena en el entorno colectivo, previo a la investigación, hacia un rol más anclado en la observación. Esto supuso, un proceso de permanente reconceptualización de los ámbitos conocidos como campo de estudio, al mismo tiempo que se renegociaban los términos de la relación con el campo y los sujetos. En concreto, consistió en un proceso reflexivo por parte de mi persona y la explicitación más o menos recurrente también hacia mis interlocutoras de mi actividad, según las necesidades del modo de participación y observación que se realizaba y de los objetivos de cada práctica.

En estos términos, se observaron las dinámicas de sociabilidad en el barrio, el tránsito de las mujeres en instituciones como Iglesia Católica, Cáritas, e Iglesia Evangélica, Centro Deportivo y Recreativo Villa Argüello y Club Nueva Villa Argüello, Centro de Salud, Delegación Municipal y Escuela N°8 de Berisso. En el caso de las mujeres que participaban en la organización al momento de contactarlas se observó su desenvolvimiento cotidiano en el marco de los espacios del FPDS CN: huerta comunitaria, comedores “Los Amigos”, “Juanito Laguna” y “Madres Unidas”, Biblioteca Popular Juanito Laguna, tambo y taller de costura, asambleas semanales; y el modo en que sus relaciones familiares y de amistad se presentaban en todos estos ámbitos. Se planificó la observación semanal de las tres asambleas barriales del Frente en el barrio, y del taller de costura, a fin de poder describir las dinámicas de funcionamiento de los ámbitos colectivos mencionados y las instituciones barriales, buscando visualizar a las protagonistas inmersas en su vida cotidiana, sus condiciones concretas de existencia, interacciones y prácticas en espacio público y privado.

Esta técnica fue utilizada también para observar distintos momentos y actividades -como marchas, talleres, “campamentos de formación”, plenarios, encuentros, viajes y reuniones de organización de actividades comunitarias- a partir de una guía de observación en la cual se consideraron una serie de ejes propuestos en los objetivos y la elaboración de un registro de campo para saber cuál es el lugar que ocupan las mujeres y cómo se disponen dentro y fuera del mismo.

En conjunto con las entrevistas, la observación tuvo una importancia fundamental como instrumento clave para la reconstrucción de las dinámicas colectivas, y los tránsitos barriales de las mujeres. Asimismo, poniendo a dialogar los materiales resultantes de ambas técnicas se pudo reconstruir el uso del tiempo de las mujeres, las decisiones en relación al cuidado de otras personas y cómo actúan frente a las tensiones de la participación en diferentes espacios e instituciones. El análisis del cruce de lo que las mujeres hacen y dicen que hacen reveló los cambios y continuidades en las formas en que participaban políticamente, así como su gravitación en las decisiones sobre su vida cotidiana y sus definiciones de feminidad.

Además, y de forma complementaria, en esta tesis se incluyeron los procesos de investigación acción participativa (IAP), investigación colaborativa o investigación militante²⁰ articulada al estudio etnográfico. Tomamos a Fals Borda quien caracterizó la IAP como un “complejo proceso que incluye la educación de adultos, el diagnóstico de las situaciones, el análisis crítico y la práctica como fuentes de conocimiento para ahondar en los problemas, las necesidades y las dimensiones de la realidad” (1985: 125). Si bien a partir de la puesta en marcha de técnicas específicas se apuntó a tensionar la relación asimétrica entre sujeto y objeto, para ampliar la participación (Fals Borda, 1985: 130), esta opción de investigación colaborativa no abarca al conjunto del proceso investigativo sino que se circunscribió a determinados momentos. Estos espacios de investigación participativa apuntaron a relevar tensiones y sentidos naturalizados en relación con el género, la clase, la raza, que fueron puestos en relación con el análisis de los demás materiales relavados durante el trabajo de campo. La metodología en la que se enmarcaron estos espacios retoma la perspectiva de la educación popular basada en la pedagogía de la pregunta (Freire, 1986) en tanto herramienta fundamental en los procesos de investigación-educación que contemplan a los actores investigados como sujetos que forman parte del proceso de producción del conocimiento y como sujetos de su propia transformación. Estos espacios fueron útiles para la reconstrucción de episodios considerados como hitos significativos para las integrantes, así como para relevar problemáticas comunes y los sentidos en tensión entre las mujeres sobre las prácticas que realizaban cotidianamente. Se realizaron entre mujeres, por lo que se

²⁰ En Valles (1997) los autores plantean errado llamarlo como otra estrategia de investigación, sino que se trata de un campo de aplicación de la metodología cualitativa. Para ver una reflexión sobre estas formas de producción de conocimiento ver Fajardo, Longa y Stratta (2012).

obtuvo un material que facilitó ver los sentidos que ellas construyen sobre una cotidianeidad compartida con otros géneros, en lo colectivo y comunitario. De esta forma se pudieron rastrear regularidades, pero también singularidades en relación a cómo se experimenta la condición femenina en el ámbito colectivo. Asimismo, fueron claves para recuperar las voces de las mujeres que no quisieron ser entrevistadas formalmente pero acordaron en participar y dialogar con otras en estos espacios.

Además, con el objetivo de completar y contrastar la información en relación con la historia de la organización, sus debates y definiciones históricas se consultaron **fuentes secundarias**. Se analizaron diarios, documentos producidos por la organización, tanto para la difusión externa como interna, como cartillas de formación, volantes, documentos y videos para la reconstrucción de la historia de la misma. Este corpus, está compuesto por una parte por materiales que editó el FPDS CN –manuales de formación, comunicados, folletines, diarios, etc.- y por la otra, la información de sus sitios electrónicos de las páginas de Internet. En relación con los documentos internos, permitieron reconstruir el proceso de cambio en las definiciones políticas, y la condensación de debates al interior de la organización y los principios y opiniones que definió expresar en cada momento. A su vez se realizó una búsqueda sistemática de los comunicados y las notas publicadas en la web, en la página del FPDS y luego del FPDS CN y en su sitio web de “prensa alternativa” denominado “Prensa de Frente”. Otra parte de los documentos está formada por las cartillas del “área de formación”, particularmente las publicadas sobre “Poder popular” y “Formación Latinoamericana”.

Otra serie de materiales son los específicamente dedicados a las problemáticas de géneros. En este sentido, se utilizaron los volantes distribuidos en movilizaciones por el 8 de marzo o el 25 de noviembre de 2012 y 2013. Otra serie de documentos provienen de las notas publicadas en la solapa “Género” del sitio web “Prensa de Frente” y Marcha (marcha.org.ar) en el período del trabajo de campo.

Asimismo, se analizaron documentos que acompañaron los talleres de la “Escuelita de Formación de Formadorxs en Géneros”, los cuales exponen parte de las actividades que realizaron en conjunto el Espacio de Géneros con otros espacios interesados en trabajar cuestiones vinculadas al feminismo y el antipatriarcado. Los mismos se editaron por módulos en el año 2010²¹.

Para el análisis, se realizaron matrices para facilitar la lectura de los todos los materiales recolectados, de acuerdo con momentos y temas que habían emergido como importantes, entre ellos: participaciones colectivas, maternidad y familia, migraciones, integración al Frente, tareas en la organización, relación con propuesta antipatriarcal. Este

²¹Al respecto consultar el apartado bibliográfico.

proceso estuvo atravesado por el dialogo con las lecturas teóricas que permitieron construir las preguntas que les fui haciendo a este corpus, en un proceso, quizá asimilable al descrito por Pablo Semán como “una actividad etnográfica que, más que describir o ilustrar categorías pre-hechas, las desestabiliza obligando, en espiral, a la reelaboración conceptual” (2009:1047).

En las entrevistas se apuntó a identificar momentos claves en los relatos biográficos, así como advertir la reiteración de temas y nudos problemáticos en relación con la participación política. Este material se trabajó en diálogo con la lectura de las observaciones, donde se miraron recurrencias de situaciones en los ámbitos colectivos desde en función de las relaciones entre las personas, los acuerdos y conflictos. Se incorporaron las notas de sistematización de los espacios participativos para recuperar sentidos que forman parte de consensos colectivos y otros nodos conflictivos abiertos. Posteriormente, se analizaron los materiales reconstruyendo las escenas claves, y repensando cómo se interceptaban con los ejes analíticos que habíamos definido: gestión de los cuidados, usos del tiempo y construcción de feminidad.

Herramientas teórico- conceptuales

Con el objetivo de afrontar nuestras preguntas sobre la subjetivación de las experiencias políticas en las mujeres, y a requerimiento de las necesidades e inquietudes generadas en el trabajo de campo, se conformó un abordaje teórico permanentemente revisitado en el proceso de investigación.

Las experiencias de vida de las mujeres dan cuenta, al mismo tiempo, de condiciones de vida estructurales relacionadas con cómo se viven las desigualdades de clase, género y raza en un contexto específico, pero también de las prácticas, decisiones, deseos, cuestionamientos que las mujeres van encarnando individual y colectivamente para resistir y sostener sus vidas. Por consiguiente, articulamos diversos aportes para configurar un abordaje integrador. Se consideró la epistemología feminista en relación con la construcción de la mirada de investigación y a pensar nuestra implicación en lo que indagamos, así como perspectivas críticas del marxismo, los estudios feministas y lecturas sobre lo decolonial y reflexiones aportadas por la economía feminista. Se incluyeron, también, estudios que analizan los modos en que las personas en sus relaciones sociales encarnan y cuestionan esas relaciones hegemónicas poniendo en el centro la reproducción de la vida y la reconstrucción de lo común y lo comunitario (Raquel Gutiérrez, 2015).

En este trabajo, se considera al **género** como una perspectiva teórico-epistemológica transversal a todo el proceso de investigación. En este sentido, se toma en cuenta el valor analítico del género como herramienta para abordar el carácter social e histórico de las relaciones en nuestra sociedad. Consideramos, por una parte, la definición de Haraway (1995) “Género es un concepto desarrollado para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha. La teoría y práctica feministas en torno al género tratan de explicar y de cambiar los sistemas históricos de diferencia sexual, en los que los hombres y las mujeres están constituidos y situados socialmente en relaciones de jerarquía y antagonismo”, que apunta a desnaturalizarlo como proceso histórico de jerarquización. También consideramos las discusiones en torno a las interpretaciones biologicistas sobre el sexo y los aportes posestructuralistas sobre la necesidad de deconstrucción y desnaturalización también de las categorías de macho y hembra como un binomio heterosexual, que también es fruto de una construcción histórica (Kate Millet, 1975; Joan Scott, 1996; Judit Butler, 2007; entre otras). Según esta concepción que suscribimos, la dominación masculina se ejerce no sólo contra las mujeres, sino contra todo sujeto feminizado que no cumpla con el estereotipo de varón, burgués, occidental, blanco, adulto, heterosexual y propietario (Haraway, 2004; Lorde, 2003; Segato, 2013)²².

Por lo tanto, pensamos que la idea de “mujeres” no es un atributo biológico, sino que es fruto de una construcción histórica y cultural en el marco del patriarcado. Pero, además, en este trabajo se piensa a las mujeres con las que se dialoga de forma **interseccional**. Es decir, desde el reconocimiento de su historicidad y de la recursividad de sus posicionamientos identitarios situados y contextuales en tanto mujeres de sectores populares, latinoamericanas, migrantes, jóvenes y adultas, trabajadoras, militantes, pero también considerando sus conocimientos, experiencias y estrategias individuales y colectivas. La perspectiva interseccional procura avanzar sobre la trama compleja de las relaciones sociales y en consecuencia sobre las cuestiones del poder. El concepto de interseccionalidad posibilita enfocar cómo las formas de dominación (entre ellas las de raza, género, clase, y generación) se imbrican necesariamente. Es decir, operan tanto estructural como históricamente (Alonso, 2012). Esta perspectiva resulta fértil siempre que no se la utilice desde la ciencia para clasificar opresiones, o fijar identidades de sujetos, sino por el contrario cuando permite ver cómo se juegan en lo concreto esas relaciones

²² Esta investigación está escrita en un lenguaje binario (masculino/femenino) debido a que desde este enfoque fue diseñado el problema y el trabajo de campo hace varios años. Desde esta perspectiva-reconocemos, sesgada-, se formularon las preguntas y gran parte de los análisis, por lo que se mantiene también en la escritura de esta forma. Sin embargo, reconocemos la necesidad de avanzar en una producción de conocimiento que no invisibilice las disidencias y la diversidad de los géneros, y que, por tanto, valoramos los trabajos desde estas miradas que incorporan el uso, por ejemplo, de la X, la @ o la letra E para nombrar e incluir a la totalidad de las personas, llevando al terreno académico las propuestas y debates en torno al lenguaje impulsados por el movimiento feminista al calor de las luchas de los últimos años.

complejas. Reconociendo los debates en marcha sobre el uso de esta perspectiva²³, aquí no se utiliza como herramienta clasificatoria, ni como forma de descripción de una sumatoria de carencias, sino como clave de análisis de las experiencias femeninas y populares, atravesadas por una complejidad que no se puede abordar sólo preguntándonos por las diferencias de género, o las de clase, o raza, de manera fragmentada.

En esta investigación se habla de mujeres de **sectores populares**. De esta forma, se utiliza un término que señala a un sujeto/a complejo y diverso, que se encuentra en una relación de subalternidad con respecto a las clases dominantes, política, cultural y económicamente. Ciertamente, lo popular es un universo cada vez más heterogéneo en nuestro país, complejizado a partir de la desestructuración del mundo industrial y las reformas neoliberales (Campione y Rajland, 2006), que aún puede pensarse, como plantea Miguel Mazzeo (2006: 43) a partir de una oposición que opera como fundamento “vivir del trabajo propio o de la explotación del ajeno”. Aquí no pensamos en una clase trabajadora esencializada que una lectura economicista del marxismo podría definir a partir de condiciones objetivas vinculadas con la relación salarial. De hecho, si se amplía la mirada a América Latina, el trabajo formal asalariado no ha sido históricamente el eje principal o único de demarcación de relaciones de poder. Cuando se habla de sectores populares, entonces, se piensa en un sujeto amplio, que, a partir de esta oposición fundamental, también presenta tensiones y antagonismos de lenguajes, creencias, valores y modos de vida. En este sentido, se considera a las culturas populares como universos complejos y conflictivos de representaciones y prácticas no sólo consistentes con la posición estructural de los actores sociales ligada a la necesidad o carencia, ni limitadas a responder a la situación de dominación (Míguez y Semán, 2006) sino también resultado de su capacidad creativa. Desde aquí, entonces, se puede hablar de una variedad de culturas populares, “que representan la gama posible de representaciones y prácticas construibles por actores situados en una misma condición estructural y pautados por una misma matriz cultural” (Ibidem: 22). Pero además, las diferencias de género organizan y atraviesan lo popular, mundo corporizado en sujetos generizados, lo cual plantea que, por ejemplo, para las mujeres e identidades feminizadas en los sectores populares la carga de explotación de su trabajo es doble, por el capital y por los varones, pero que a su vez posiblemente han desarrollado tácticas y saberes diversos sobre cómo ser sujetas populares en esta situación determinada.

Precisamente, con el objeto de cuestionar miradas académicas y políticas sobre estas mujeres de sectores populares -miradas que ponen el eje en las carencias-, se aborda aquí el rico mundo de las prácticas concretas, más allá de las definiciones políticas, discursos oficiales y las estructuras. De esta manera se pueden comprender a los/as actores desde sus

23 Una síntesis de los debates en torno a la interseccionalidad puede encontrarse en el trabajo de Viveros Vigoya (2014).

modos de acción, entendiendo que la integración a un colectivo comporta, para las mujeres de este estudio, una opción positiva de intento de resolución de las problemáticas cotidianas. En este marco, la **vida cotidiana** es pensada a partir de la conceptualización propuesta por Rosana Reguillo (2000), en tanto espacio donde se entrelazan las prácticas y las estructuras, terreno histórico de la reproducción y simultáneamente, de la innovación social; del orden impuesto y de su ruptura. Desde este enfoque se jerarquiza a la vida cotidiana como terreno político, público y lugar de transformación y (re)producción de las relaciones existentes (Virginia Vargas, 2008). En relación con lo anterior, para Juan Marco Vaggione y Gerardo Avalle, lo cotidiano “puede entenderse como el tiempo donde se localizan, generan y reproducen las condiciones, prácticas y modos de vida compartidos que tienen el carácter distintivo de lo comunitario como principio rector” (2007: 816). En esta cotidianidad Hugo Zemelman (1999) advierte también la posibilidad de poner en el foco al sujeto; sujeto que, para el autor, debe erigirse como constructor de la historia desde todos los días, en los micro tiempos y micro espacios. La historia como devenir, entonces, es “un desafío constante, diaria y permanente” (1999: 223). Suscribiendo aquello, abordar y reconstruir esta cotidianidad como espacio de desarrollo de **tácticas** de los/as dominados/as, en palabras de Michel De Certeau, es decir, prácticas muchas veces veladas que dan cuenta de “posibilidades de juego, de resistencia y de escapes en el interior de un espacio controlado” (1986:64).

La necesidad de “sostener” la vida: base para construcción comunitaria

Una vez reconocida la politicidad de lo cotidiano, es necesario pensar los modos en que los sujetos vivencian este devenir. Para ello resulta pertinente el concepto de **experiencia**. Pensar las experiencias permite relacionar la noción de sujeto con el proceso histórico social que lo forma, reconstruyendo de esta manera la complejidad de la vida social. Según este enfoque, los sujetos no son pensados como “individuos libres”, sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, “elaborando luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura (...) por las vías más complejas (...), y actuando luego a su vez sobre su propia situación” (Thompson, 1981:253). En consonancia con lo anterior, desde la teoría feminista se señala a la vida personal como terreno político, público y lugar de transformación y (re)producción de las relaciones existentes (Vargas, 2008) y se retoma a la experiencia como zona de elaboración de formas variables de conciencia práctica y subjetiva (Thompson, 1981; De Lauretis, 1992; Alcoff, 1988; Scott, 1991; Elizalde, 2008) y **modos de agencia** (Grossberg, 1992), al tiempo que plantea que “el cambio en las relaciones de género está íntimamente ligado al cuestionamiento de la existencia de las esferas “pública” y “privada” y los lugares de

pertenencia que se asigna a las mujeres y a los varones en ellas” (Andújar, 2005). Sergio Caggiano (2008) aborda la categoría desde Scott (1999) para dar cuenta del carácter de construcción discursiva de la experiencia y plantear que el género configura una forma particular de significar la experiencia y su carga política (2008: 39).

En los estudios de géneros y feministas existe, de hecho, un debate que deja aportes significativos a los desarrollos en torno a la Experiencia. Por una parte, como ya se mencionó, en relación a la figura del propio investigador o investigadora, y a sus experiencias, partiendo de la afirmación de que quien conoce es alguien que está en una determinada situación, posición o circunstancia (Andújar 2005).

Por otra parte, autoras como Mary Nash han señalado la utilidad de la categoría experiencia para pensar las vinculaciones entre las vivencias personales con los procesos históricos y los recorridos de las mujeres en tanto colectivo social dinámico. Esta autora se refiere a los “procesos de aprendizaje histórico” de las mujeres en sus trayectorias de lucha y en las relaciones de poder de género [Nash, (1994) en Elizalde (1998)]. En nuestro caso, por ejemplo, iluminó la idea de la experiencia histórica de las mujeres en relación con los cuidados, trabajada, como dijimos, por la economía feminista.

Más allá de las fructíferas discusiones dentro de la teoría feminista en relación con esta categoría compleja²⁴ y polisémica, nos interesa pensar la centralidad de la experiencia cotidiana de las mujeres como *locus* de una agencia resistente a los sistemas abstractos y las regulaciones hegemónicas (De Lauretis, 1992).

Según De Lauretis la experiencia es el proceso continuo e inacabado que permite constituir la subjetividad a partir del compromiso personal en las “actividades, discursos e instituciones que dotan de importancia (valor, significado, y afecto) a los acontecimientos del mundo” (De Lauretis, 1992: 54-55). Como plantean Cross y Partenio (2004) esta idea de experiencia posibilita un enfoque que aborde las luchas sociales desde la praxis cotidiana y las experiencias de las personas que las sostienen, evitando generar perspectivas racionalizadas del vínculo político.

Desde las perspectivas descolonizadoras antes mencionadas, la experiencia también aparece como categoría clave para la visibilización de aquellas narrativas que han sido ignoradas desde los relatos patriarcales y androcéntricos imperiales, y pueden expresar formas resistentes a lo hegemónico (Anzaldúa, 1987; Hooks, 2004; Mohanty, 2008). Cabe aclarar sin embargo que no asignamos una relación directa entre el lugar subalterno ocupado por estas mujeres y el hecho de que generen experiencias de transformación o

²⁴Para una revisión exhaustiva sobre el abordaje feminista de la noción de experiencia, ver: Elizalde, Silvia (2008).

cuestionamiento al sistema imperante (Elizalde, 2008). Por otra parte, esta experiencia no es de por sí transparente para quienes investigan, sino que, en tanto material complejo, habilita capas o niveles de lectura donde pueden interpretarse formas de continuidad, pero también de impugnación de las lógicas dominantes.

A pesar de estas complejidades, desde un enfoque desde la experiencia puede accederse a los modos de agencia de las mujeres, desde sus relatos y discursos, pero también desde las formas en que se materializan estas relaciones en sus cuerpos y prácticas sociales. En esta investigación, se aborda a las experiencias de las mujeres de sectores populares de una manera cercana a la definida por Ramiro Segura, en tanto “modos de hacer y sentir por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que, en sus vidas cotidianas se vinculan lo articulado y lo vivido” (2015: 26); enfatizando en la reconstrucción de las mismas, aquellos sentidos que nos permiten desentrañar las vivencias particulares de ser mujeres de sectores populares que decidieron organizarse para la sostenibilidad de sus vidas.

En esta indagación, anclada en la vida cotidiana de las mujeres en los territorios populares, resultó asimismo clave el encuentro con los trabajos que reflexionan sobre la **producción de lo común** desde América Latina (Gutiérrez- Linsalata- Navarro, 2016; Linsalata, 2015). Lo común o comunitario²⁵ no es una cosa, es decir, no alude a un referente empírico como una asamblea, una organización, un emprendimiento, etc., sino, una relación social. Como la capacidad de los/as sujetos de dar forma, de autodeterminar fines, ritmos y formas de la vida práctica colectivamente, bajo lógicas que no están totalmente mediadas por la lógica del capital. Esta perspectiva piensa a la comunidad como condición de existencia indispensable para los seres humanos, interpelados a producir y reproducir sus vidas de forma social, a partir de relaciones de interdependencia. En esto estriba según Bolívar Echeverría la politicidad básica de todas las personas, (1998) que Lucía Linsalata (2015) relaciona a su vez con una subjetividad política creada desde lo comunitario y basada en las prácticas concretas de organización. Desde estos planteos se denominan **formas comunitarias de lo político** a las “dinámicas asociativas o lógicas de reproducción de la vida colectiva cuya reiteración en distintos contextos y momentos de la vida social nos permiten distinguir con claridad los rasgos de una forma peculiar de la política” (Ídem, 2015:16).

Esta perspectiva pone en el centro de su crítica a la modernidad capitalista, donde el proceso de la reproducción de la vida humana y no humana en conjunto se centra en la lógica de la producción de valor, lo cual deja de lado su finalidad primaria, la de garantizar

²⁵Existen debates acerca de la traducción más precisa de la palabra inglesa *Commons*, por lo que aquí optamos por utilizar indistintamente común y comunitario. En el trabajo de Caffentzis (2016) se recupera parte de la genealogía del concepto.

la reproducción de los sujetos. Entonces, el capital es definido como relación social de explotación y despojo de lo común (Linsalata, 2015). Una mirada de este orden, centrada en la acción colectiva de los sujetos para reproducir la vida, propone concebir lo político más allá del Estado y del mercado, ámbitos modernos dominados por lógicas masculinas y que reproducen la división entre lo privado y lo público, lo reproductivo y lo productivo.

Según Federici, en nuestra contemporaneidad estas prácticas resistentes son expresión de un mundo donde los lazos comunales aún son poderosos (2013b). Es decir, pensar desde la lógica de la producción de lo común expresa las inestabilidades de las relaciones capitalistas incapaces de mercantilizarlo todo.

Los estudios sobre los comunes tienen un lazo fuerte con los estudios feministas debido a que la construcción de lo común está centrada en la búsqueda de formas colectivas de reproducción de la vida a partir del trabajo reproductivo y la interdependencia comunitaria, ambos ámbitos de desempeño tradicionalmente femenino. “Son las mujeres quienes han liderado los esfuerzos para colectivizar el trabajo reproductivo como herramienta para economizar los costes reproductivos para protegerse mutuamente del a pobreza, del a violencia estatal y de la ejercida de manera individual por los hombres” (Federici, 2013:155). En este cruce, Raquel Gutiérrez (2015) propone el término **política en femenino** para relanzar la comprensión de la politicidad de los procesos cotidianos y extraordinarios de defensa y cuidado de la vida.

Tomando de referencia esta perspectiva comunitaria para entender la política, en este trabajo se define la **participación política** como práctica cotidiana de involucramiento en términos de construcción de lazos entre personas, en este caso, el marco de determinadas organizaciones sociales en base a sus necesidades y las demandas que expresan como organización (Cross, 2008). Ponemos el foco aquí en las diferentes modalidades de involucramiento y participación por parte de las mujeres en las organizaciones territoriales, en vinculación con la posibilidad que dicha participación habilite el cuestionamiento por parte de las mujeres de los roles tradicionales y/o genere herramientas para transformar su condición de subordinación (Guadarrama Olivera, 2001)²⁶.

La categoría de **trabajo** es central en esta investigación para pensar las biografías y experiencias de vida de las mujeres, pero a partir de una redefinición de sus términos, apuesta encabezada por los esfuerzos de la Economía Feminista. En primer lugar, una ampliación en tanto categoría poniendo la reproducción social en el centro. Desde este enfoque se considera la totalidad del trabajo realizado por las mujeres como un continuo, que entrelaza diferentes actividades remuneradas, de cuidados o reproductivos y

²⁶ Así entendida la participación política realizada por las mujeres, a lo largo del trabajo también se utilizarán los términos participación comunitaria y /o territorial.

comunitarios. Esta enorme carga de labor femenina fluctúa en función del contexto económico, social y político y también de las prácticas individuales y colectivas desplegadas por las mujeres. Esta concepción del trabajo rompe su correspondencia con la idea ligada a la remuneración de las tareas y la amplía a todo el conjunto de trabajos que las mujeres realizan, incluidos –y, sobre todo– los que no son valorados socialmente como tales. Sólo recientemente las perspectivas feministas han empezado a ponderar, retomando luchas previas de las mujeres, la relevancia crucial de este tipo de trabajos que aquí se nombran como “de **gestión de cuidados**” (Amaia Pérez Orozco, 2014; Cristina Carrasco, 2017; Corina Rodríguez Enríquez, 2015). Se trata de ese conjunto de actividades físicas, intelectuales y emocionales que se realiza para abordar las necesidades físicas de reproducción de la vida, pero también aquellas necesidades emocionales fundamentales que se satisfacen a través de los afectos y el reconocimiento (Carrasco, 2017: 28). La gestión de los cuidados, que descansa fundamentalmente sobre cuerpos y tiempo de las mujeres e identidades feminizadas, son precisas para reproducir y mantener la vida, no para producir en el circuito de valorización de capital” (Pérez Orozco, 2014: 94). A lo largo de esta tesis la forma en que las mujeres gestionan individual y colectivamente los cuidados, sus estrategias y sentidos de género asignados a esas tareas, será uno de los focos a relevar y analizar. Especialmente, se indaga sobre la gestión de los cuidados desde la idea de usos del tiempo que discute la noción hegemónica de tiempo mercantilizado, es decir analizado en función de su mercantilización.

La **división sexual del trabajo**, concepto clave desarrollado desde diversas perspectivas del feminismo, entre ellas la economía feminista (Carrasco, 2017; Anzorena, 2013; Pérez Orozco, 2014; Rodríguez Enríquez, 2015b) señala justamente la existencia de una separación entre el llamado trabajo productivo en el mercado, terreno privilegiado de los varones, y el trabajo reproductivo y de cuidados que se asigna “naturalmente” a las mujeres. Esto implica una división del trabajo y también de los espacios por sexo “las mujeres en casa y los hombres en el mundo público” (Carrasco, 2017: 30). Según Danièle Kergoat (2000) la división sexual del trabajo tiene dos principios que la organizan: el principio de separación (hay trabajos de hombres y trabajos de mujeres) y el principio jerárquico (un trabajo de hombre “vale” más que un trabajo de mujer).

La naturalización de la feminización del trabajo de cuidados (invisibilizado en tanto trabajo) limita fuertemente las posibilidades de acceso de las mujeres al mercado de trabajo, profundizando la segregación por género en el mercado laboral, colocando a las mujeres en situación de vulnerabilidad y precariedad: la menor tasa de actividad y la mayor tasa de desocupación femenina, la segregación ocupacional y la sobre-representación de mujeres en espacios de vulnerabilidad laboral (como el empleo en el servicio doméstico, el trabajo a tiempo parcial, sectores informales y menos ingreso), generando una “pobreza específica de mujeres” (Carrasco, 2017:28). Se pueden señalar dos tipos de segregación por género

horizontal y vertical. La primera se refiere a distribución por sector de actividad, es decir que hay actividades con fuerte concentración de varones o mujeres. La vertical se produce dentro del mismo sector de actividad, por la concentración de las mujeres en los puestos más bajos, y de varones en los niveles superiores de la escala (jerarquía y calificación). La segregación está ligada a normas sociales y pautas culturales arraigadas socialmente que asocian a las mujeres a tareas históricamente consideradas femeninas. Lo mismo sucede al interior de los hogares donde se produce una sobrecarga de las mujeres (Wainerman, 1996).

Desde otro campo teórico, Judith Butler afirma que la división sexual del trabajo no puede ser entendida al margen de la reproducción generizada de las personas. Plantea: “la regulación de la sexualidad estuvo sistemáticamente vinculada al modo de producción apto para el funcionamiento de la economía política” (2000: 116), al reproducir la familia tradicional.

Como una aplicación de la idea de división sexual del trabajo, Jules Falquet (2007) utiliza el concepto de “división sexual del trabajo revolucionario” en su estudio sobre el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador, donde analiza las posiciones que las mujeres desempeñaron en el campo de batalla. Falquet señala que las mujeres estaban segregadas a cierto tipo de profesiones dentro de la lucha armada vinculada con sus supuestos dotes naturales: cocineras, brigadistas de salud, y responsables de educación y propaganda. Es decir: trabajaron más o menos en los mismos sectores en que las mujeres trabajan en la vida civil, según la división sexual del trabajo “clásica”. Pero además tuvieron una posición subordinada, bajo la autoridad de varones, y realizando las tareas más monótonas y parceladas. Este concepto es clave para nuestro trabajo, debido a que permite iluminar cómo las mujeres del FPDS CN experimentan la distribución de roles, actividades, lugares entre varones y mujeres en la práctica política cotidiana. Pero al mismo tiempo, permite abordar la posibilidad de disputa y transformación de la misma a partir de la propia actividad y subjetivación política de las mujeres. Aquí hablaremos de **división sexual del trabajo militante**, utilizando la palabra “militante” en lugar de “revolucionario”, debido a que es una clasificación nativa para definir el activismo en el Frente.

En vinculación con lo anterior, recuperamos la perspectiva de **usos del tiempo**, que aborda el tiempo que las personas dedican a actividades mercantilizadas y no, a partir de valorar que no todas las relaciones humanas están exclusivamente gobernadas por el tiempo mercantilizado, no todos los tiempos son iguales ni todo tiempo de trabajo es remunerado. Según Carrasco (2003: 132) “Existen otros tiempos constituidos en la sombra de la economía, no calculables en términos monetarios, razón por la cual tradicionalmente se habían hecho invisibles, al estar fuera de las relaciones de empleo”. Son fundamentalmente las investigaciones feministas las que abordan estos tiempos necesarios para la vida:

cuidados, afectos, mantenimiento, gestión y administración doméstica, relaciones y ocio que constituyen tiempo vivido, difícilmente cuantificable. Suman a esta perspectiva las revisiones analíticas de Valeria Esquivel (2009) y de Vivian Milosavljevic y Odette Tacla (2007). De particular relevancia es lo que estas autoras denominan como “la reproducción intergeneracional de la división sexual de roles desde la temprana edad” (2007:13) que pone el acento en el vínculo entre clase social, género y edad, así como en sus articulaciones complejas con la división de las tareas remuneradas y no remuneradas y los usos del tiempo. En esta línea, en nuestro país, Eleonor Faur (2014) estudia la organización del cuidado infantil en relación con las desigualdades sociales, y plantea que dicha organización reproduce desigualdades entre mujeres y niños/as de diferentes grupos socioeconómicos. Además, aborda el modo en que las políticas sociales, profundizan estas diferencias. Partiendo de estos antecedentes valiosos, creemos que pensar en términos de cómo las mujeres usan y/o modifican sus usos del tiempo permite analizar cómo la dedicación a las actividades de cuidado y mantenimiento de la vida, vienen determinadas básicamente por razones de género.

En esta investigación se utiliza la idea de **recorridos biográficos** para dar cuenta de itinerarios que implican simultáneamente condicionamientos y posibilidades de agencia de los sujetos como constructores de lo social (Thompson, 1958, Grossberg, 1992). Las ideas de recorrido y de biografía pretenden dar cuenta de la condensación de estas prácticas y sentidos a lo largo del tiempo, configurando distintos momentos en la vida de las mujeres que pueden identificarse y reconstruirse a partir de sus relatos, pero que no constituyen etapas predefinidas o estancas sino en pleno movimiento. Esta concepción de recorrido supone reconocer diversos modos de reapropiación y cuestionamiento del contexto por parte de los sujetos. Igualmente, posibilita interrogar las maneras en que el género, la raza, la edad y la generación influyen en las formas en que las mujeres actúan y se piensan cotidianamente en relación con esa participación política y a las múltiples modalidades de interpelación que la organización realiza hacia ellas.

Junto a esto, resultó relevante indagar en lo que Pablo Vommaro (2012) llama “**procesos de subjetivación**”, en tanto procesos prácticos y activos, que “implica[n] una interacción, el establecimiento de un vínculo con el otro” que se produce dinámicamente y de manera situada en un territorio y momento singulares. El autor, siguiendo a Foucault (1999) plantea que “los procesos de subjetivación, entonces, son una instancia de resignificación y de reapropiación material y simbólica” (2012: 64). En efecto, en su estudio sobre las organizaciones territoriales autónomas Vommaro (2012) afirma que las organizaciones sociales de base territorial se convirtieron en espacios de emergencia de formas políticas alternativas a las dominantes y de producción de procesos de subjetivación que potenciaron las posibilidades de insubordinación y resistencia. Sobre esta base, esta misma presunción aquí está focalizada en cómo estos procesos de subjetivación están

atravesados por los diversos modos de vivenciar las relaciones de géneros, así como las posibilidades de reproducción y cuestionamiento hacia las mismas por parte de las mujeres estudiadas, a partir de su participación política territorial.

De esta forma, atendiendo al registro situado de las experiencias y de los procesos de subjetivación vivenciados por las mujeres de este estudio fue posible, a su vez, reconstruir sus pasajes por instituciones religiosas, estatales, organizaciones populares, en los cuales diversos y contrastantes posicionamientos identitarios femeninos se fueron articulando complejamente en cada contexto: mujer, madre, esposa, hija, militante, trabajadora, referente. Al igual que sus contradictorios tránsitos, que combinan lo colectivo y lo individual, en un juego dinámico entre determinación y acción. Esta diversidad de posibilidades, decisiones e interpelaciones cobraron sentido, pues, en la configuración de recorridos biográficos que tanto reproducían ciertas tradiciones como cuestionaban y subvertían valores, lugares asignados y normas sociales, señalando muy notoriamente la carga de **politicidad** (Cross, 2008) de estas prácticas y tránsitos cotidianos.

Se hace evidente aquí no sólo la gravitación que adquiere para las mujeres “entrar” y “salir” (en palabras nativas) de los espacios construidos tradicionalmente como femeninos (tránsito permanente que permite incluso cuestionar la existencia de esferas separadas), sino la capacidad de resignificación personal de las propuestas que realizan las diversas instituciones, organizaciones y espacios colectivos en general.

En este devenir situado la **feminidad** no es un dato dado ni esencial, sino un proceso simultáneo de permanencias y cambios, como una entidad “que no es fija, [sino] un proceso activo, complejo, variable, que implica contradicciones y redefiniciones” (Guadarrama Olivera, 2001: 88). Como consecuencia, esta definición dinámica permite indicar la posibilidad abierta por las intervenciones políticas de habilitar la creación de herramientas subjetivas para superar la subordinación de género. En este trabajo se hace especial hincapié en las chances y oportunidades reales de definición y redefinición de la feminidad por parte de las mujeres cuyas biografías son atravesadas por la participación en espacios colectivos con interpelaciones específicas en clave de géneros.

Es pues, este entramado conceptual el que aquí articulado da forma y sostén al tejido argumentativo y reflexivo que organiza esta tesis. En diálogo permanente con el trabajo de campo se conformó el problema, ubicado en la compleja intersección entre experiencias femeninas y lógicas de construcción comunitaria.

Problema y organización de la tesis

La pregunta que guió este trabajo es sobre los modos en que las mujeres que integran o han integrado el FPDS CN en Berisso configuraron diversos recorridos biográficos, y definieron su cotidianeidad, a partir de la elaboración subjetiva de esta participación política en relación con sus múltiples experiencias vitales. Se considera particularmente, dentro de la propuesta política del Frente, su definición de organización antipatriarcal. Para ello se tuvieron en cuenta, como dimensiones transversales del análisis, las dinámicas de los usos del tiempo, la gestión de los cuidados, las definiciones en torno a la feminidad y las relaciones de género que se fueron dando estas mujeres a través de su participación territorial, configurando múltiples formas de vivenciar y significar las relaciones desiguales de clase, género, y raciales. Al analizar las experiencias femeninas, creemos que también se aporta a desentrañar las lógicas de construcción de lo político comunitario en un territorio popular.

En relación con la exposición de la tesis, ésta tiene dos partes. La primera, está compuesta por dos capítulos. En el primero, se caracteriza al FPDS CN, reconstruyendo las experiencias colectivas de las mujeres que han ido moldeando a esta organización. Entre ellas, se privilegia desandar el proceso de construcción de un espacio específico para mujeres en el marco del Frente que alentó la definición de la organización como “antipatriarcal”.

En el capítulo II, se reconstruye el barrio Villa Argüello de la localidad de Berisso, a partir de los itinerarios cotidianos de las mujeres, las relaciones que establecen y los sentidos de los que dotan a las diferentes instituciones y sujetos con quienes se vinculan. En el relato se incorporan también datos históricos y demográficos en los casos en que se consideran valiosos para situar a los/as lectores/as.

En un primer apartado, se aborda la caracterización de Berisso, la localidad de la que Villa Argüello forma parte y cuya historia trama antecedentes en el desarrollo del barrio y también de la organización. El relato de Berisso se escribe a partir del itinerario de Celina, una persona cuya experiencia militante en la localidad, en el feminismo y los DDHH, permite visualizar formas de organización previas que tienen hilos de continuidad en el Frente y en la organización de las mujeres. En el apartado posterior, a partir del recorrido de Luz, una mujer migrante que integra en la actualidad del Frente, se describe el barrio Villa Argüello, se visitan los comedores del Frente en la zona y se presentan a varias de las mujeres con las que dialogamos en esta investigación.

En la segunda parte de la tesis, se analizan a partir de escenas o episodios cotidianos significativos, los sentidos que se ponen en juego en las prácticas compartidas de las

mujeres, las tensiones y transformaciones en sus dinámicas de uso del tiempo, de gestión de los cuidados y definiciones de feminidad en y desde sus atravesamientos políticos.

Se construyen estos episodios o escenas protagonizadas por mujeres dentro y fuera de la organización, tomando de referencia lo trabajado por Diana Milstein (2009) en su etnografía sobre la escuela, para pensar cómo la reconstrucción de ciertos episodios “dramáticos (...) muestran en detalle las formas de hacer y estar en la política” (2009: 18). Estos episodios son reconstrucciones realizadas a partir de trabajo etnográfico que permiten mostrar a las personas y las tramas de relaciones que se establecen de forma recurrente en el territorio que habitan.

Estas escenas permiten visualizar en su diversidad, contradicción y dinamismo, los procesos subjetivos y las estrategias construidas por las mujeres al calor de la participación política.

En los capítulos III y IV, se aborda desde diferentes escenas y episodios un aspecto central en el andamiaje de la misma: los trabajos femeninos. Para ello, a partir de episodios relacionados con el comedor barrial y el trabajo autogestivo se analizan las tácticas cotidianas femeninas para la sostenibilidad de la vida abordando las prácticas de colectivización de cuidados, usos del tiempo, y los sentidos y tensiones que esta labor colectiva genera. En la base del análisis se encuentra una reconceptualización del concepto de trabajo, -no acotado a las actividades retribuidas monetariamente- que lo amplía desde una perspectiva propuesta por la economía feminista a todas las actividades que sostienen la vida.

Además, se reconstruyen las dinámicas de trabajo de las mujeres en las Cooperativas y emprendimientos productivos en el marco del FPDS CN, para visualizar cómo repercute este trabajo remunerado en la gestión de cuidados y sus usos del tiempo. Para esto se presta especial atención al vínculo de estas formas de trabajo con las políticas sociales, las estrategias autogestivas en el Frente y las posibilidades de disputa por los tiempos propios de las mujeres.

El capítulo V a partir de la escena de la asamblea, se atiende a los modos de participación de las mujeres en este espacio, pero además a cómo experimentan las tensiones y conflictos cotidianos vinculados a la división sexual del trabajo militante y su lugar en las prácticas de deliberación política.

En el VI, se aborda el Espacio de Géneros, como una instancia que condensa las iniciativas y propuestas de la organización en clave de géneros hacia las mujeres, -sintetizada en el título de la tesis-, para analizar los modos en que las mujeres experimentan la participación política en una organización que propone prácticas para la transformación

social desde una perspectiva antipatriarcal. Por consiguiente, se indaga sobre cómo esta participación se entreteje con decisiones, estrategias y otras prácticas femeninas ancladas en el territorio, configurando diversos y contrastantes modos de producción de feminidad.

Por último, se exponen algunas conclusiones y nuevas preguntas para pensar la relación entre mujeres de sectores populares, género y política.

PARTE I

Capítulo I

Sobre el Frente Popular Darío Santillán: Anticapitalistas y Antipatriarcales

En este capítulo se reconstruye el proceso de conformación histórica del FPDS (y luego del FPDS CN), sus definiciones públicas y se describen las dinámicas organizativas que nos resultan relevantes a efectos de la investigación. Esta tarea es alimentada por el relevamiento y análisis de las dinámicas colectivas protagonizadas por las mujeres que han ido moldeando a esta organización. Entre ellas, se privilegia desandar el proceso de construcción de un espacio específico para mujeres en el marco del Frente (“Espacio de Mujeres” devenido luego en “Espacio de Géneros”) que alentó la definición de la organización como “antipatriarcal”.

...

Mujeres con rasgos indígenas con niños y niñas en cochecitos, tomados/as de sus manos o arropados/as en coloridos aguayos constituyen el grueso de la columna del Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional que se moviliza hacia el Ministerio de Desarrollo Social. Detrás de la gran bandera roja y negra con dibujos de colores caminan charlando y secándose el sudor con papeles y pañuelos. Cargan también bolsas con comida elaborada para el almuerzo, picante de pollo con arroz y ensalada, o tallarines verdes, o pollo frito con chuño y cebolla morada, que cocinaron la noche anterior o en la madrugada en el comedor y que van a servirse en rondas por barrio durante la concentración bajo un árbol mientras se espera que los/as encargados/as de gestión “bajen” del Ministerio. Además de la bandera grande, hay otras más pequeñas con la sigla MTD seguida del nombre de alguna localidad: Lanús, Quilmes, Matanza, Brown. Algunas mujeres con vestimenta que remite al altiplano boliviano, con sus *abarcas* (sandalias típicas), sombreros, polleras y aguayos venden durante la movilización rosetas de maíz, pochoclos y demás golosinas dentro de la misma columna, mientras los/as niños/as improvisan un “fulbito” en la calle ya cortada por otros integrantes del Frente, mayoritariamente los varones más jóvenes, con viseras, pantalones anchos y piel marrón. También puede verse a chicas jóvenes en la línea de seguridad, que visten pantalones de algodón ajustados y colores brillantes. Con un enorme termo, una mujer recorre la línea de seguridad cebando

tereré. Bajo un árbol, en un costado, unas veinte personas sentadas en ronda llevan adelante la reunión de Administración, dedicada a gestionar los programas de cooperativas, la entrega de mercadería a los comedores y todo aquello que tiene que ver con la distribución de los recursos a nivel nacional. A menos de 50 metros de esta línea y enfrente, se encuentra el cordón policial, con unas cuatro docenas de efectivos vestidos de azul con cascos, escudos y armas, que custodian la puerta del Ministerio, sacan fotos y hablan por *handie*.

Dentro de la columna, otros varones y mujeres de mediana edad, usando jeans y remeras con slogans políticos agitan banderines con la sigla de la organización o *wiphalas* (bandera representativa de pueblos originarios) y cantan reclamos de “Trabajo sin punteros”. Reparten revistas y volantes que se leen mientras se sirven los platos de comida, se reta a los niños/as, se conversa y se ríe, y se espera sobre el asfalto como tantas veces antes. Luego de varias horas saldrán los compañeros y compañeras de gestión, se les mirará la cara, a ver si están animados o desmoralizados, se hará ruido llamando a la asamblea, y luego del informe se pedirán opiniones para definir si levantar el corte o seguir un poco más.

Esta escena, reconstruida a partir de notas de campo de movilizaciones de octubre de 2014, presenta rasgos recurrentes en las dinámicas de movilización del FPDS CN, una de las organizaciones populares surgidas al calor de las luchas por trabajo en la última década. La movilización, marcha o piquete, para estos colectivos es un terreno fundamental porque manifiesta la corporalidad del enfrentamiento, del reclamo y del riesgo, también porque recrea y teje en la espera y la caminata los hilos de diversos itinerarios para mostrar un sujeto colectivo, una demanda y una propuesta. Constituye un paisaje de acceso abierto a estas organizaciones, un aspecto público de la práctica política que no llega a develar la compleja trama cotidiana, no tan transparente o expuesta, que produce la vida de los movimientos populares. El piquete es al mismo tiempo una acción de protesta y una espera, que se extiende durante varias horas, y en momentos extraordinarios, más de un día. Durante esa acción se realizan reuniones organizativas, surgen espacios de recreación, dinámicas de cuidados más o menos organizadas para los/as niños/as, dinámicas de agitación política, entre muchas otras prácticas. En los entretelones de la protesta pueden apreciarse un conjunto de prácticas de sostenimiento y gestión cotidianas sobre la cual estos piquetes se asientan. Con una mirada atenta en la movilización se pueden entrever formas de trabajo colectivo barrial que la sostienen, en la gestión de mercadería y elaboración de alimentos, el debate de petitorios, el armado de banderas e instrumentos musicales, la organización de la seguridad. En definitiva, la vida cotidiana en movimiento detrás del piquete.

En la construcción cotidiana de las organizaciones barriales, las mujeres de sectores populares, migrantes, trabajadoras, indígenas, desempleadas, campesinas, constituyen el componente de mayor fuerza, tanto numéricamente como por constituir el sostén diario de numerosas actividades productivas, de cuidados colectivos, administración, y de autogestión comunitaria. A pesar de aquello, raramente ellas representan la imagen pública de las organizaciones, tanto en los medios de comunicación como en los actos o gestiones frente a autoridades nacionales. Por detrás de lo visible, por dentro de las dinámicas colectivas las mujeres viven la vida, atravesadas por lo colectivo, pero también por las familias, los múltiples trabajos, los vínculos barriales, los deseos y proyectos, certezas y preguntas, en un movimiento cotidiano que hace que la experiencia de lo colectivo se viva sin calco ni copia en cada una.

Utilizando de puerta de entrada esta escena, vamos a caracterizar al Frente, una organización que plantea públicamente la necesidad de un cambio de sistema político, económico y cultural a partir, entre otras cuestiones, de la construcción de relaciones de género diferentes.

El Frente

Según sus definiciones²⁷, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) es un *movimiento político-social* que surge en 2004, como resultado de un proceso histórico que se renueva en las luchas contra las políticas neoliberales que se dieron con virulencia extrema en Argentina durante la década de 1990, momento donde se iniciaron los primeros movimientos de trabajadores/as desocupados/as (MTD). Estos colectivos nuclearon a una gran masa de trabajadores y trabajadoras expulsadas del mercado formal, pero también a mujeres y jóvenes que nunca fueron asalariados, pero ante la crisis y la pauperización, se vieron forzados/as a organizarse para buscar un sostén económico (Cross y Partenio, 2011: 191).

Estos movimientos irrumpieron en la escena política del país con un (no tan) novedoso método de lucha: los piquetes. Por ese entonces, cortar las rutas fue la metodología retomada de las luchas de los obreros en los años '70, utilizada para bloquear las entradas a las fábricas en días de huelgas. Esto quizás muestra ese hilo de continuidades entre la historia de luchas del pueblo y los repertorios de acción (Auyero, 2002b) que evidentemente fueron y siguieron siendo efectivos ya que es una de las metodologías que

²⁷ Para esta reconstrucción utilizamos como fuentes Frente Popular Darío Santillán (2004 y 2007).

en al menos ocho años desde iniciados los primeros cortes de ruta en Salta y Neuquén se ha mantenido como uno de los formatos con mayor presencia en las protestas de Argentina²⁸.

Aunque los movimientos de trabajadores/as desocupados/as que confluyeron en el FPDS mantenían distintos perfiles ideológicos, coincidían en el “antiimperialismo”, el “anticapitalismo”, la construcción del “poder popular”, y en la necesidad de transitar un proceso de unidad basado en el desarrollo de prácticas comunes y reflexión compartida (Iglesias, 2012). En esa confluencia coinciden en que el sujeto impulsor del cambio ya no puede limitarse a la clase obrera “sino que abarca a un conjunto de sectores sociales que son víctimas directas o indirectas del capitalismo y que sólo pueden realizarse como tales en tanto protagonicen cambios revolucionarios, por lo que decimos que el sujeto es plural o multisectorial, y lo denominamos como pueblo trabajador, o como pueblo” (Frente Popular Darío Santillán, 2010a). En noviembre de 2004 se conforma así el FPDS producto de la unión del Movimiento de Trabajadores/as Desocupados/as Aníbal Verón, otras organizaciones de matriz piquetera, sectores estudiantiles y de militancia sindical y la coordinación con organizaciones ambientales y campesinas. Esta concepción multisectorial²⁹ está presente en el documento que las organizaciones fundadoras lanzaron como convocatoria a conformar un Frente Popular:

“... no es conveniente que políticas que afectan a derechos sociales y políticos del 80% de los habitantes del país sean enfrentadas desde un solo sector o fragmentadamente. Tenemos que hacer un esfuerzo por unir todas y cada una de las expresiones de la resistencia popular y los esfuerzos que hace nuestro pueblo para construir una sociedad más justa, más democrática y más libre. Y esa unidad empieza entre aquellos que desde prácticas compartidas vamos creciendo en confianza y verificando acuerdos sobre los caminos para ir construyendo un poder del pueblo.” (Frente Popular Darío Santillán, 2004).

²⁸ En los '90 el piquete comenzó a usarse como una manera de cortar el tránsito de la mercancía por las rutas argentinas y luego se extendió al conurbano bonaerense cortando rutas, puentes, accesos principales a la Capital Federal. Es decir, a lo largo de los años y entrado ya en el nuevo siglo, fue extendiéndose y diversificándose en los escenarios donde se presentaba (ya no sólo la ruta, sino también la puerta de un municipio, calles y avenidas, frente a un supermercado, un banco o una empresa), así como en los sujetos sociales de las luchas que lo tomaban. Destacándose primero las manifestaciones y marchas, siguiendo los paros y huelgas y luego los cortes de rutas. Para más información consultar GEPSAC (2006).

²⁹ Numerosos trabajos han analizado al FPDS, muchos de ellos preguntándose sobre la articulación multisectorial en su interior. Entre ellos se cita el de Francisco Longa (2012) sobre la relación entre las generaciones militantes en el FPDS; el de Mariana Vila (2011) sobre las experiencias conjuntas de “militantes” y “participantes de base” al interior del Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Plata (integrante del FPDS); Lucas Alzugaray (2008) sobre el desarrollo del capital social y el capital militante en el marco del MTD. En relación con las relaciones y lógicas genéricas en la organización, citamos el trabajo de Cecilia Espinosa (2009), que estudia los mecanismos de reproducción/transformación de las relaciones entre varones y mujeres en esta organización.

A pesar de su vocación de multisectorialidad, el dinamismo y masividad del sector de los/as trabajadores/as desocupados/as en el contexto de surgimiento del FPDS³⁰, influyó en la centralidad de este sujeto en la estructura organizativa, la construcción política y simbólica de la organización, constituyendo además el actor de mayor visibilidad pública en las movilizaciones y en la cobertura mediática.

Como parte del campo de las organizaciones autónomas, el FPDS, al menos en el período estudiado, planteaba el rechazo a los procesos electorales como lugares privilegiados de la participación política popular, la reivindicación de lo social inseparable de lo político y la “prefiguración”³¹ en las prácticas colectivas actuales de las prácticas y valores de la sociedad que se busca construir³². Además del método de lucha principal heredado de los MTD, el piquete, el FPDS incluye entre sus principios organizativos y políticos el trabajo colectivo sin patrón, la inserción barrial, la formación política de todos/as sus integrantes y la asamblea como lugar desde donde gestar la política y tomar decisiones.

El nombre de la agrupación, Darío Santillán, es retomado de un joven de 21 años integrante de los primeros MTD que luego confluyeron en el FPDS, que fue asesinado durante una represión de la protesta durante la corta presidencia de Eduardo Duhalde, el 26 de junio de 2002 junto a otro joven piquetero, Maximiliano Kosteki, de 19 años. Desde las organizaciones populares se comenzó a denominar este hecho como la “Masacre de

³⁰ Fueron los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) pertenecientes a la Coordinadora Aníbal Verón que se conformaron en los primeros años del 2000, como sujeto de gran dinamismo y masividad en esos años, quienes a partir del 2004 convocaron a organizaciones estudiantiles y sindicales a confluir en el actual FPDS (Cieza, 2012).

³¹ Con este término se hace referencia a generar experiencias actuales a partir de valores deseables en una sociedad futura (FPDS, 2004).

³² Svampa y Pereyra (2003) caracterizan en el arco piquetero, además de la variable autónoma o autonomista representada por los MTD, a aquellas organizaciones que remiten a un *modelo-matriz de tipo sindical* (Federación de Tierras y Viviendas dentro de la Central de Trabajadores Argentinos), y aquel *agrupamiento en la línea de los partidos* políticos como el Polo Obrero dentro del Partido Obrero, el Movimiento Territorial de Liberación dentro del Partido Comunista, entre otros. Mientras que desde las organizaciones ligadas a partidos de izquierda los movimientos se desarrollaron en relación con las definiciones y posicionamientos políticos pensados desde la estructura partidaria, en la variante autónoma, se comenzaron a generar cuestionamientos a esta separación social y política, y se conceptualizaron nuevas formas organizativas ligadas a la construcción de poder popular, la prefiguración y la democracia de base (Mazzeo, 2006). Además, los/as autores/as citados/as en este período incluyen a de estas organizaciones “piqueteras” dentro de un conjunto de “movimientos sociales” en el continente, agrupados en las nuevas izquierdas. Según ellos/as, al igual que otras experiencias latinoamericanas (el Movimiento Sin Tierra de Brasil, el Zapatismo en México, indígenas organizados en Ecuador y Bolivia) “nuestro país contribuyó a otorgar espesor y materialidad, continuidad y persistencia a las otras dimensiones de la acción, tanto en lo que se refiere a la dinámica asamblearia, como a la reconstitución del lazo social a través del trabajo comunitario y la apuesta en el desarrollo de una economía social solidaria” (Svampa y Pereyra, 2003:232).

Avellaneda” (Burkart y Vázquez, 2009). Ambos jóvenes, pero sobre todo Darío por su lugar de referente en el movimiento, es retomado desde estos movimientos y gran parte de la izquierda argentina, como una referencia de la juventud comprometida con los valores de la solidaridad, y la lucha por el cambio social (Alainez, Fajardo y Sacco, 2008).

El surgimiento del Frente en 2004 coincidió con el inicio del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007). Durante la década siguiente, dominada por el mismo signo político, (Cristina Fernández 2007-2015) el mapa de las organizaciones piqueteras y territoriales se estructuró en parte en función a su posición con estos gobiernos. De esta forma, combinó sectores asimilados a la estructura estatal, la creación de nuevas organizaciones fomentadas desde el gobierno y la división de los sectores de oposición partidaria y autónoma³³. El FPDS, posicionado dentro del sector opositor autónomo, señaló la falta de transformaciones profundas durante Kirchnerismo de la situación de los sectores populares y la discriminación de las organizaciones no oficialistas en relación con el reparto de recursos derivados de las políticas sociales para el sector desempleado y barrial.

A pesar de algunos intentos de unidad entre organizaciones del espacio, se produjo un proceso de fragmentación importante en este sector autónomo durante la década (Cieza, 2012). Los debates fundamentales hacia el interior del sector de izquierda autónoma devenida en “independiente” o “nueva izquierda” (Nicanoff, 2014; Seta, 2014) se vincularon en este período a la herramienta política que se revelaba como necesaria (forma de organización, relación entre lo social y lo político), concepción sobre el poder como relación social y el poder en el Estado y la disputa institucional-electoral (Stratta, 2014). Entre estas rupturas se encuentra hacia el final de la década kirchnerista, la fragmentación del FPDS, que en 2013 se divide en dos: el FPDS y el FPDS Corriente Nacional.

Desde su surgimiento el FPDS es una organización que se insertaba en diferentes provincias de la Argentina, encontrándose representada (en el período de trabajo de campo 2012-2017) en Santa Fe, Jujuy, Salta, Tucumán, Formosa, Chaco, Río Negro, Neuquén, Buenos Aires, San Luis, Córdoba y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, agrupando alrededor de 5000 personas, en su gran mayoría jóvenes y mujeres³⁴.

³³En la explicación de este proceso existe un contrapunto entre miradas que ponen el foco en los mecanismos de fragmentación, criminalización y/o disciplinamiento de organizaciones por parte, fundamentalmente, del gobierno encabezado por Néstor Kirchner (Svampa, 2009), y aquellas que señalan la eficacia del kirchnerismo para articular lógicas políticas en diferentes niveles en relación con los movimientos sociales, combinadas con una estrategia de aislamiento de las organizaciones que se colocaron como opositoras al gobierno (Retamozo, 2011).

³⁴ Además de ser mayoritaria la participación femenina, al observar una marcha, un plenario u otras actividades organizativas del FPDS puede notarse que en promedio el 70 % de la organización está constituida por personas menores a los 35 años (Alainez, Fajardo y Sacco; 2008).

El federalismo como principio organizador se materializaba en la conformación de núcleos por región denominados “regionales” que constituyen los espacios de definición que llevan sus posiciones y propuesta a instancias nacionales. Durante gran parte del período relevado, esta delegación por “regionales” se evidenció en encuentros masivos varias veces por año, con “plenarios nacionales” de alrededor de cien personas, “campamentos de formación política”, de “formación en géneros” y de jóvenes. Los plenarios nacionales son las instancias de síntesis política de la organización, aunque como afirman los integrantes del FPDS “lo más importante de estos plenarios y campamentos es que se da un cruce por abajo, se conocen los compañeros, se crea confianza y la mística de la organización”³⁵. La simbología “piquetera” está presente en estas actividades, a partir de la introducción de cánticos, banderas, pañuelos y pequeñas actuaciones colectivas donde se encienden gomas y se simulan momentos de confrontación barriales y en el marco de las protestas³⁶.

Para el desarrollo cotidiano, el Frente se organiza en áreas de trabajo (comunicación, formación, finanzas, entre otras) y espacios (géneros, bienes comunes, cultura y jóvenes), que atraviesan nacionalmente a la organización y a los sectores que la componen (estudiantil, barrial y sindical).

El arraigo barrial: “de piqueteras a territoriales”

A pesar de que el Frente se define como una organización multisectorial, el grueso de su trabajo político se centra en las periferias urbanas de Argentina y su base social está compuesta por familias de sectores populares, sin trabajo o con trabajo precario y participación creciente de trabajadores/as inmigrantes de países limítrofes como Perú, Bolivia y Paraguay.

La inserción barrial (o “territorial” en palabras de sus integrantes) de la organización se produce cotidianamente a partir de lo que desde los/as militantes definen como “trabajo de base”. Entendiendo que el mismo “se da en varias dimensiones, territorios, aspectos, acciones y espacios (...) es tan integral como la vida” y que tiene como objetivo mejorarlas condiciones materiales de vida. La “organización es la herramienta para construir el proyecto de sociedad que proponemos” (Área de formación FPDS, 2009: 71).

³⁵ Entrevista a Celina, 15/03/16.

³⁶ Cecilia Espinosa (2009) trabaja sobre las prácticas de formación en el FPDS, donde analiza el modo en que lo político y lo cultural se entrelazan en las prácticas compartidas en estos espacios plenarios de formación y decisión, haciendo énfasis en la disposición delo que denomina los cuerpos “militantes”.

Los enclaves de la organización surgen a partir de un conocimiento previo del barrio y de sus habitantes por parte de otros/as integrantes o “militantes”, por lazos familiares o de amistad con vecinos/as de otros barrios o localidades, y tienen como rasgo distintivo la autogestión de un espacio físico para realizar tareas comunes. En general estos locales son contruidos en terrenos tomados, prestados o cedidos por vecinos/as o en instituciones abandonadas. Entre estas actividades que se realizan, aquellas destinadas a la resolución de necesidades básicas como comedores, copas de leche, roperos y pequeños emprendimientos como huertas o panaderías, tienen un lugar primordial y presente en todos los territorios. Además, se realizan reuniones semanales de todos/as los/as participantes, denominadas “asambleas”, principal órgano de definición de estos colectivos y espacio desde donde se delega la presencia en las instancias de articulación regional y nacional del Frente.

En relación con el ingreso monetario, además de la gestión de los llamados Planes de Empleo destinado a personas sin trabajo formal (Vommaro, 2006) realizada desde los inicios del MTD y luego en el Frente, se generan toda una serie de iniciativas de subsistencia gestionadas desde los vecinos y vecinas. Entre ellas, se desarrollaron emprendimientos productivos “sin patrones”, destinados a generar algún ingreso más allá de los recursos estatales gestionados por la organización. Estos “productivos”, como son denominados por sus impulsores/as, generalmente se desempeñan en las ramas de alimentación, carpintería, herrería, serigrafía y costura, entre otras, e incluyen como aspecto importante la capacitación en oficios y en valores cooperativos del trabajo. Si bien los emprendimientos continúan existiendo como experiencias aisladas en algunos barrios, en su gran mayoría tuvieron dificultades para sostenerse³⁷. Desde el 2007, el FPDS (así como otras organizaciones del espacio de izquierda) comenzó a movilizarse para lograr puestos en Programas municipales y nacionales de cooperativas, que con posterioridad serían enmarcadas en el Programa Nacional Argentina Trabaja³⁸, y luego por la autogestión de esos recursos en relación con poder definir lugares de trabajo, organización de los tiempos y de la asistencia, así como la conformación de los grupos por actividad.

Con los años, en los núcleos barriales del Frente se fueron complejizando las actividades comunitarias en relación con las necesidades y condiciones generadas por el contexto político y económico más amplio, pero también como fruto de la articulación multisectorial dentro del FPDS. Este pasaje es aludido en las asambleas como un traspaso de lógicas “piqueteras a territoriales”. Las iniciativas incluyen capacitaciones en oficios, salud, talleres recreativos y culturales para jóvenes, niños/as, agroecología, derechos humanos, cooperativismo, jornadas de formación política, festivales, la construcción de

³⁷ Entrevista a Luz, 15/08/2017.

³⁸La lucha por la asignación de recursos estatales aparece en la literatura política y en los documentos internos del FPDS entrelazada con la discusión sobre la autonomía de las organizaciones populares, temática ampliamente abordada también desde las ciencias sociales (Thwaites Rey, 2004, Mazzeo, 2005, Nicanoff, 2014). Este debate es retomado en el capítulo IV de esta tesis.

medios de comunicación populares, centros culturales y centros de educación primaria y secundaria, o la disputa en espacios preexistentes como comisiones directivas de clubes y bibliotecas barriales. Además, se realizan de forma permanente talleres de formación política. Las reuniones de mujeres y los espacios de formación en géneros son también una constante en el devenir histórico de esta organización, desde el 2003, como analizaremos más adelante.

La centralidad de las mujeres desde el piquete al barrio

A partir del análisis de documentos y entrevistas puede sugerirse que desde los orígenes del Movimiento de Trabajadores/as Desocupados/as se construyó una representación del protagonista del cambio social en tanto sujeto joven y predominantemente masculino. En el caso del FPDS, el propio nombre de la organización, que retoma la identidad de un joven militante, es recuperado como símbolo de estos movimientos y las novedosas prácticas que apuntan a generar. En consonancia, numerosos trabajos sobre las Puebladas de los `90 y el surgimiento de los MTD aluden a ciertos valores como la valentía, la acción directa y el “poner el cuerpo” (D’Atri y Escati, 2008), características frecuentemente identificadas con los jóvenes varones que ocupan las primeras líneas de seguridad de las organizaciones piqueteras.

En los últimos años, sin embargo, se han realizado destacados análisis que reponen el papel central de las mujeres en las puebladas y levantamientos provinciales de la década de los `90 que precedieron a la conformación del movimiento piquetero, y en la generación de los núcleos barriales (Bidaseca, 2003; Auyero, 2002; Andújar, 2005 y 2014; Partenio, 2005, 2006 y 2008; Iglesias, 2012; Crossy Freytes Frey, 2007; Vaggione y Avalor, 2007, entre otros). Estas investigaciones señalan tanto la preponderancia en número durante las protestas como en los entramados organizativos.

Diferentes elementos confluyen para explicar esta participación femenina en la protesta y en las organizaciones populares en los barrios. Uno de ellos es la posición de las mujeres como “variable de ajuste económico” en los momentos de crisis económica y desempleo (Félez y Díaz Lozano, 2018), lo cual las convierte en sujetos siempre con ligaduras más débiles con el mercado formal de trabajo. Es decir, como elementos prescindibles ante la aplicación de medidas de retracción de la producción y los mercados, además de ser las personas en las que recae el trabajo invisible que implica tratar de compensar la falta de ingresos y los recortes en la provisión estatal en salud y educación, por ejemplo.

Para las mujeres de sectores populares la profundización de las políticas neoliberales en las últimas décadas significó, entre otras cosas, una sobrecarga de trabajo, con múltiples actividades superpuestas. Por una parte, por la necesidad de conseguir empleos precarios o autogenerarse formas de ingreso informales (Fraser, 1997). Ante los recortes estatales en servicios y derechos, las mujeres pobres y trabajadoras se vieron en la obligación de reforzar su carga de trabajo reproductivo en los hogares y la comunidad, para garantizar cuidados básicos: alimentación, educación, salud, entre otros. En el caso de las migrantes internas o de países limítrofes, se insertaron en tareas esenciales para la reproducción, invisibilizadas y en condiciones de precariedad e informalidad que no variaron significativamente hasta la actualidad (Magliano, 2015). Esta sobrecarga de trabajo se profundiza en el caso de los hogares monoparentales con jefa de hogar. Asimismo, en aquellos hogares donde hay un varón, éste se dedica a conseguir “changas” (empleos temporarios de baja calificación), mientras a las mujeres les “corresponde” “rebuscárselas en el barrio” para no descuidar las tareas domésticas (Partenio, 2008).

Las condiciones de vida particularmente precarias de las mujeres no bastan, sin embargo, para explicar su participación mayoritaria en las protestas y organizaciones por la supervivencia. El rasgo comunitario y multisectorial de las protestas por trabajo ponen en escena procesos ligados a la gestión preponderantemente femenina de las redes barriales. Precisamente, la centralidad del territorio (Merklen, 2005) en las mismas posibilitó el desempeño protagónico de las mujeres que se desenvolvían, relacionaban y trabajaban allí de manera cotidiana (Vaggione-Avalle, 2007). En medio del crecimiento de la pobreza y la indigencia, las mujeres, principales responsables de la supervivencia de las familias, ocuparon calles y plazas, participando activamente de cada espacio de la protesta. Esta intervención femenina muchas veces se dio a partir de la politización de los roles tradicionales de “madre” o “ama de casa” (Andújar, 2005; Jelin, 1985) en la medida en que estos operaron antes socialmente como los fundamentos que motorizaron la necesidad y elección de salir a protestar.

Por caso, un estudio de Andrea Andújar (2005) que reconstruye el papel de las mujeres en las puebladas de Cutral C6- Plaza Huíncul y Mosconi- Tartagal sostiene que “ellas, con experiencias de participación política previa dispar y con disímil pertenencia de clase, no solamente habrían hostigado las normativas demarcadoras de la ocupación de los espacios públicos, impugnando con su práctica tanto las fronteras de lo político como la circulación del poder. También habrían retado su posicionamiento en la esfera de la domesticidad cuestionando, con su práctica, los roles de género instituidos socialmente” (2005: 1). En este sentido, otros estudios rescatan también que el anclaje territorial de estas luchas permitió un fuerte activismo femenino en pos de la resolución individual y colectiva de las necesidades.

Ahora bien, las mujeres participantes del Frente esgrimen razones vinculadas a lo cultural y a la división por género del trabajo en las familias para explicar la feminización de las organizaciones barriales:

Dice Luz, “Con la desocupación, mientras los hombres estaban en las casas deprimidos, fuimos las mujeres y los hijos quienes salimos a la calle para conseguir algo para vivir”³⁹. “Culturalmente el hombre siempre fue el proveedor de la casa y la mujer como que se organizó para sostenerla, la mujer tiene más estructuralmente eso, lo tiene incorporado, le cuesta menos relacionarse con el barrio y reaccionar ante los problemas. El varón tiende a deprimirse, la mujer se activa, sale, pide, se organiza”, señala Evangelina⁴⁰.

El relato más extendido entre las entrevistadas resalta la figura de la “mujer piquetera” como “luchadora”. Frente al desempleo de los varones, sumidos en la depresión, las mujeres salieron a “pelear el pan de los hijos” y el suyo propio. Así, el acercamiento de las mujeres a lo colectivo es interpretado por ellas en clave de lucha.

En relación con el Frente, a través de los años del trabajo de campo (2012-2018) puede observarse un aumento sostenido en la proporción de mujeres en el sector territorial que supera los dos tercios de su composición total, llegando a conformarse asambleas barriales de mujeres solamente⁴¹.

El protagonismo femenino en la vida barrial trasciende lo cuantitativo. La transformación paulatina de los movimientos autónomos, cada vez más abocados a gestionar aspectos más amplios de la reproducción de la vida en los barrios, es inseparable del lugar de las mujeres como gestoras y dinamizadoras de lo comunitario: relacionando instituciones, organizando a vecinos/as para protestar por problemáticas barriales, pasando la voz sobre las necesidades de las familias. En este marco comunitario se apunta a reconstruir los modos en los que las mujeres del Frente transitan el conjunto de prácticas militantes propuestas por la organización, reproducen o cuestionan los roles y lugares asignados, y agencian la participación política en su vida cotidiana. Se busca responder de qué modo interactúan estas formas de participación femenina comunitaria con la totalidad de la experiencia vivida por estas mujeres de sectores populares, dentro de la cual la gestión del trabajo y especialmente los cuidados, los usos del tiempo y las definiciones de feminidad se revelan como elementos claves.

³⁹Nota de campo N°5, 06/09/12.

⁴⁰ Nota de campo N°9, 20/09/12.

⁴¹Este dato atraviesa no sólo al Frente sino a las organizaciones populares de base territorial en general, donde las mujeres tuvieron una presencia mayoritaria desde los albores del 2000 (Partenio, 2008), y se han ido feminizando en su conformación en los últimos años.

Definirse “Anticapitalistas y Antipatriarcales”

“Un proyecto de emancipación social que persigue el proyecto ecologista, socialista y feminista del siglo 21 aspira a liberar a la sociedad de la dominación que ejercen los capitalistas sobre los grandes medios de producción, comunicación y servicios, apoyando formas de propiedad de interés social”

(Espacio de Mujeres del FPDS, 2008: 5)

“Algunos y algunas que se plantean como anticapitalistas no incorporan la lucha antipatriarcal y muchos feminismos sostienen que la pelea no es contra el capitalismo, sino primero contra el patriarcado (...) Nosotras queremos un feminismo que nos involucre a todos y a todas, que sea combativo, activo, antipatriarcal, anticapitalista, en las calles y por el cambio social”

(Espacio de Mujeres del FPDS, 2008: 6-10).

Desde su formación el FPDS se define como anticapitalista, antiimperialista y autónomo del Estado, los partidos políticos, iglesias y sindicatos. Pero desde junio de 2007, luego de un debate impulsado por las mujeres de la organización, también asume, entre sus definiciones políticas públicas, la de ser antipatriarcal.

Si bien en la actualidad numerosas organizaciones populares incorporan este postulado, la especificidad del proceso de debate y disputa interna que generó esta auto-nominación y su condición inaugural entre organizaciones de su tipo en todo el país recibió la atención de diversos estudios (Cross y Partenio, 2011; Iglesias 2012). De acuerdo con esas investigaciones, la adopción de esta definición política es incomprensible sin la combinación de diferentes sectores sociales, tradiciones y prácticas políticas que culminó en 2003 en la conformación de un Espacio específico de Mujeres en el marco de la organización mixta.

De la asamblea de mujeres piqueteras a un Espacio de Mujeres

El sol de octubre calienta el asfalto sobre el Puente Pueyrredón. La escena se repite con matices desde junio de 2002, el día 26 de cada mes. De un lado, un inmenso cordón policial, del otro, una línea de jóvenes con pañuelos y bastones con los que arman una hilera. En el medio, una decena de gomas prendiéndose fuego, humeando, como una frontera social, política, cultural. Detrás de la línea de autodefensa piquetera miles de personas con banderas, bombos dispuestas a pasar el día allí, reclamando justicia por los asesinatos de Kosteki y Santillán, o de Darío y Maxi, como dicen los cánticos.

Pero este 26 de octubre de 2003, algo importante va a suceder. Un volante circula de mano en mano: “¿Hablás en las asambleas? ¿Decidiste sobre tu maternidad? ¿Sabes cómo cuidarte? ¿Representas a tu movimiento fuera del barrio? A las 13 hs. Asamblea de Mujeres delante del Piquete”. El papel es recibido de diferentes maneras, con interés o duda, pero también con risas o sarcasmos. Algunos varones hacen chistes o se enojan porque dicen que “estas cosas dividen la lucha” o “acá venimos a reclamar por nuestros compañeros, esto ¿qué tiene que ver?”.



Asamblea de Mujeres, Puente Pueyrredón, Avellaneda. Año 2004, archivo personal.

Una ronda de mujeres desafía incluso la geografía del piquete, y se va instalando cerquita de las gomas. Al principio la ronda es pequeña, integra a un conjunto de mujeres

de mediana edad, trabajadoras, de clase media algunas quizás, que “agitan”, aplauden, invitan. Pero minuto a minuto muchas se acercan, instadas, alentadas por otras que recorren las banderas de las delegaciones de cada región, Lanús, Brown, Quilmes, Lugano, La Plata. La ronda se hace más grande, mujeres sentadas, paradas, espiando, los varones son invitados a retirarse. Mujeres con sus niños/as, de tercera edad, jovencitas. Una de las mujeres más grandes toma la voz “Nos juntamos en esta asamblea de mujeres en el Puente Pueyrredón para hablar sobre nuestros temas de mujeres. Algunas de nosotras vamos a los Encuentros Nacionales de Mujeres, donde empezamos a formarnos sobre nuestras necesidades y derechos. También se hicieron algunos talleres en los barrios sobre salud, sexualidad y reproducción, y violencia. Nos parece importante que empecemos a tener estos espacios entre nosotras, de confianza, en nuestro puente, donde nos juntamos todas cada mes, donde vienen muchas organizaciones”. Y otra agrega “y que sea un espacio sólo de mujeres”. Se escuchan murmullos, de aprobación, de duda, de desacuerdo.

Este relato intenta recuperar los recuerdos que, en tanto activista, registré ese 26 de octubre de 2003, espiando, escuchando impactada, confundida, en esa primera asamblea de mujeres piqueteras en Avellaneda. Los hechos, las palabras, las sensaciones que se describen retoman esas impresiones, pero también coinciden en los puntos fundamentales con la narración de las integrantes del Espacio de Mujeres del Frente sobre ese momento iniciático. Recuerda Adriana, “todos los 26 nos juntábamos en el Puente Pueyrredón para pedir justicia para Darío y Maxi desde las 11 de la mañana hasta las 5 de la tarde. Eran muchas horas, así que hacíamos muchas reuniones. Así nació la Asamblea de Mujeres. Creo que se sumaron las experiencias históricas que se acumulaban y las necesidades de las compañeras de los barrios”⁴². Esta primera asamblea surgió ligada a la participación de integrantes del entonces MTD en los Encuentros Nacionales de Mujeres. Relata Adriana: “Ese año (2003) el Encuentro de Mujeres se hizo en Rosario. Fueron tres compañeras. Cuando vuelven, una de ellas vuelve re agitada, con la bandera de la diversidad. Y un aerosol. Y decía: tenemos que hacer algo” y pintaba el puente (...) Hicimos cosas que no sabemos si eran conscientes, pararnos frente al piquete, porque nos visibilizaba. Estaba claro que ahí estábamos”⁴³.

Zulema, otra de las mujeres promotoras de esa primera asamblea, enfatiza las repercusiones de ésta en los varones de la organización. “Muchos de los compañeros, principalmente muy referentes de nuestros MTD que una vez que nos pusimos en ronda, empezamos a convocar a asambleas a viva voz, aplaudiendo, se acercaban `sacando pecho´,

⁴² Para la reconstrucción de los inicios del EM se realizaron entrevistas a mujeres de otras localidades, debido a que la mayoría de las entrevistadas de Berisso no estuvieron presentes en esos momentos. Asimismo, consideramos los testimonios de Celina y Adriana, impulsoras de esta experiencia, que fueron recuperados por Korol (2016).

⁴³ Entrevista a Adriana en Korol, 2016: 258-259.

merodeando la asamblea, y diciendo, `qué onda, qué están haciendo`. Algunas explicamos que queríamos organizarnos las mujeres y algunos dijeron `pero si ya están organizadas, qué más quieren, qué buscan´ como desconfiando que era lo que estábamos planteando”⁴⁴.

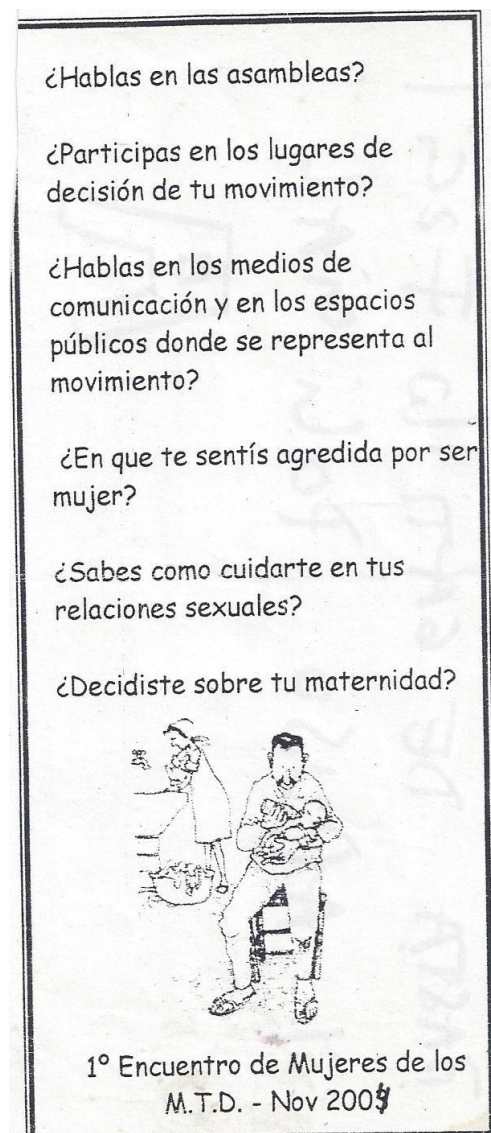
A pesar de estas resistencias, las asambleas de mujeres en el Puente Pueyrredón se siguieron realizando los 26 de cada mes, y convocaron cada vez a más mujeres de los movimientos de desocupados/as y a activistas feministas que no pertenecían a los mismos. A partir de esa primera asamblea, se multiplicaron los talleres de géneros en los barrios, se realizaron encuestas para las mujeres de los movimientos, las primeras cartillas y materiales, y se comenzó a participar sistemáticamente de los Encuentros Nacionales de Mujeres.

El Espacio de Mujeres (EM) nació entonces –según lo enuncian sus integrantes- “al calor de las gomas quemadas” (Korol, 2016). En 2003 el FPDS aún no existía como organización, y el EM surgió en una experiencia territorial que precedió a la conformación del Frente: la Coordinadora Aníbal Verón. Para Zulema la configuración de un espacio de mujeres dentro de una organización popular mixta fue un momento histórico. “Nosotras tampoco teníamos la dimensión de lo que estábamos haciendo. Hoy en día, no muy lejano, porque cuando me pongo a pensar no es mucho en el tiempo el proceso q se hizo en el movimiento de mujeres, no teníamos la dimensión de lo que estábamos planteando. Al principio fue un poco difícil, porque eran muy pocas las compañeras que venían de la década de los ´70, algunas estudiantes universitarias, sociólogas, trabajadoras sociales que tenían más leído sobre el tema, pero el grueso éramos compañeras de barrio, que algunas ni siquiera la primaria tenían, algunas apenas habíamos terminado el secundario pero con una lectura muy raquítica, así que creo que fue el germen necesario para que el movimiento feminista en Argentina tuviera la composición que tiene y la diversidad que tiene. Ahí estamos las mujeres de los barrios⁴⁵.

La gestación del EM implicó la problematización de las desigualdades de género en el interior del movimiento por parte de las participantes, la división del trabajo, y entre ellas, comenzar a desnaturalizar la triple jornada laboral de las mujeres militantes: el trabajo doméstico, el trabajo remunerado y el trabajo militante. Según Adriana, “habíamos problematizado algunas cosas: que éramos el 70 por ciento mujeres y nos representaban varones. Hubo muchos talleres de mujeres, porque de hecho la vida cotidiana la atendían las mujeres. Los comedores los atendían las mujeres. Los roperos los atendían las mujeres” (Korol, 2016: 258-259). El EM funcionó entonces como un ámbito disparador de estas reflexiones desde las propias mujeres que, luego, en alguna medida, fueron puestas a dialogar con los varones y otras mujeres de la organización. Los principales

⁴⁴ Entrevista a Zulema, 27/08/2018.

⁴⁵ *Ibídem*.



**Encuesta para Mujeres,
MTD Aníbal Verón, 2003.
Archivo personal.**

cuestionamientos que se enunciaban en el EM en sus inicios tenían que ver el hecho de que son las mujeres quienes mayoritariamente desarrollaban las tareas de cuidado de los/as otros/as (niños/as, adultos/as mayores, personas enfermas) y las que estaban asociadas a la reproducción material en sus casas, en el barrio y en el movimiento. Es decir, la reproducción de roles tradicionalmente concebidos como “femeninos” al interior de la organización.

La conformación de un Espacio propio les permitió a las mujeres mantener la autonomía desde el principio, frente a otras “áreas” del movimiento. El no estar ligadas (como Espacio) a la “orgánica” del Frente les dio un margen de movilidad e independencia para plantear demandas “desde afuera” de esa órbita. Por ejemplo, instalar la demanda por la legalización del aborto e integrarse a la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto desde el inicio.

Otra de las características que tenía este EM, según las entrevistadas, era la heterogeneidad. Al respecto es relevante recordar que Partenio identifica tres vertientes a partir de las cuales provienen las mujeres que participan del espacio de mujeres del FPDS. La primera vertiente son las mujeres ‘nativas’ de los barrios. La segunda vertiente es la estudiantil y está conformada por mujeres jóvenes de sectores medios; mientras que la tercera está compuesta por “mujeres que provienen de experiencias de militancia en derechos humanos y del activismo en grupos feministas” (Partenio, 2008: 15). En particular, el Espacio de Mujeres del Frente se constituyó con un carácter multisectorial y se destacó tempranamente por ser un ámbito abierto a la participación de mujeres que no tenían tareas orgánicas en el colectivo y que incluso eran integrantes de otras organizaciones o colectivas feministas.

En los primeros años de existencia, las mujeres del EM no se definían como feministas, sino como “Mujeres Luchadoras y Piqueteras, por el cambio social”. Para poder desarrollar esa lucha contra el “Patriarcado y el Capitalismo” (Espacio de Mujeres, 2007). Sin embargo, articulaban actividades con otros grupos de mujeres feministas realizando acciones en conjunto, como marchas o “campamentos de formación en géneros”.

Las “prácticas de formación” fueron, según las mujeres, un factor esencial para la problematización de las desigualdades (Espinosa, 2013). Para el EM “El término prácticas de formación hace referencia a los campamentos y charlas en donde se puedan dar debates que instalen problematización de las desigualdades que se establecen entre varones y mujeres” (EM, 2007: 2). A los talleres barriales le sucedieron, desde el 2007, los llamados Campamentos de Formación, donde las mujeres de diferentes regiones compartían sus vivencias en largas jornadas de debates. Según Adriana el asistir a estos últimos “implicaba que las mujeres estuviesen fuera de su casa el fin de semana, lo cual significaba que se desprendían por dos días de las tareas habituales del hogar. Otras de las características de estos espacios es que no existía la mirada intimidatoria de los varones lo que facilitaba la expresión de las mujeres”⁴⁶. El primer Campamento de 2007 en Glew es recordado como un episodio clave: “tratamos de que viniera la mayor cantidad de compañeras del interior del país, donde el temario era Patriarcado, feminismo, historia de mujeres luchadoras. En este recorrido, en un momento cayó de maduro: ¿Por qué la organización no es antipatriarcal?”⁴⁷. A partir de los debates en estos encuentros, las integrantes del EM decidieron reconocerse como “feministas”, entendiendo al feminismo “como un movimiento social y político que denuncia las valoraciones diferentes entre las mujeres y los varones, y encabeza luchas históricas por la liberación de la opresión que padecen las mujeres en el sistema dominante”¹⁷. Pero, plantean que adscriben a una forma particular de comprender el feminismo “combativo, activo, antipatriarcal, anticapitalista, en las calles y

⁴⁶ Entrevista a Adriana, 27/08/2018.

⁴⁷ Ibídem.

por el cambio social” (EM, 2007: 10), e inseparable de otras demandas como sectores populares: Vivienda, tierra, trabajo digno, educación, salud.

La trayectoria del EM permitió motorizar una serie de discusiones en el interior del colectivo FPDS que condujo a que, en 2007, en un plenario nacional de la organización, el FPDS se declara como una organización antipatriarcal, siendo la primera en Argentina que formalmente agrega la lucha contra el patriarcado a sus definiciones políticas. Celina, otra integrante del EM, recuerda el proceso: “Hicimos una cartilla, hicimos *lobby*. Trabajamos con las delegadas y delegados. Fue un laburo. Si no lo hubiéramos trabajado con cuidado, no salía” (Korol, 2016: 262). En ese mismo encuentro, se elaboraron una serie de definiciones como “propuestas de lucha”, en las cuales se incluyó la necesidad de “garantizar la participación orgánica igualitaria entre varones y mujeres a través de la atención de niños/as durante las diferentes actividades de la organización y cumplir con los cupos de participación en actividades de formación; potenciar la lucha antipatriarcal a través de la multisectorialidad del FPDS; mantener el ‘Espacio de Mujeres’ pero a la vez impulsar instancias mixtas que incluyan diferentes identidades de género; generar espacios donde los varones puedan compartir problemáticas; modificar el lenguaje de canciones que signifiquen insultos para la mujer; incorporar en los documentos públicos y conversaciones las terminaciones ‘os/as’ para referirse a ‘compañeros y compañeras’; impulsar el debate sobre la despenalización del aborto en los distintos sectores y organizaciones; que el debate y las acciones de géneros sean transversales a los espacios, áreas y otras instancias del movimiento; y trabajar sobre la contención de mujeres que padecen violencia doméstica”⁴⁸.

Este proceso de definición de la organización como antipatriarcal⁴⁹ constituye un marco que puede propiciar el cuestionamiento de las lógicas organizativas y políticas. Como dice Evangelina, una de las mujeres adultas que participan en la cooperativa, “Lo de ser antipatriarcales es parecido a decir que trabajamos sin patrón en los productivos. Es lo que decimos, lo que nos gustaría, pero, así como estamos acostumbrados a que nos manden, de definirnos contra el machismo a practicarlo hay mucho trecho”⁵⁰.

Según sus integrantes, el desafío del EM fue desde sus inicios transversalizar el postulado antipatriarcal en el Frente, trabajando en todas las áreas, sectores y espacios del movimiento las problemáticas de género para poder profundizar en la práctica cotidiana la construcción de relaciones más igualitarias. Como en otros documentos del Frente, en los

⁴⁸ Notas del Plenario Nacional julio de 2007 en Cross y Partenio, 2011: 198.

⁴⁹ Este proceso de debate fue investigado en profundidad por Florencia Partenio (2005 y 2006). También puede consultarse la tesis de grado realizada por Elisabeth Iglesias (2012). Allí se recupera el proceso del Espacio de Mujeres del FPDS para llegar a la definición del antipatriarcado, en un Plenario Nacional de la organización entre el 14 y el 15 de Julio de 2007 en la Ciudad de Mar del Plata, luego de medio día de discusión abierta.

⁵⁰ Nota de campo N°10, 27/09/12.

posicionamientos del EM aparece la idea de la “prefiguración” de ciertos principios político-organizativos (democracia de base, protagonismo popular, oposición a las formas de dirigencia vertical), y la convocatoria a que las mujeres dejen de lado mandatos y roles subordinados, sus lugares socialmente acordados, para tomar otros espacios y tareas en la organización barrial.

En el marco del EG surgió a fines de 2006 una banda musical llamada “Condenadas al Éxito”, compuesta íntegramente por activistas del citado ámbito. Este grupo, que realizaba presentaciones en las actividades internas del Frente, pero además en otros ámbitos de reunión de mujeres y feministas como los ENM, compuso una serie de canciones que retoma el ideario del EG⁵¹. Entre ellas, rescatamos un fragmento de la canción “*Pretty woman*”, donde se define los atributos y características que debe tener una mujer, para ser considerada “bonita”:

“Pretty woman no me jodan más

Pretty woman creo que voy a estallar

Con el mandato familiar

Del sistema patriarcal, aal, aaal, aaaa...

Pretty woman, te tenés que depilar

Pretty woman, y de los hombres gustar

También tenés que adelgazar

Para poder encajar

En esta, en esta, en esta sociedad...

Pretty Woman muchos hijos tendrás

Pretty woman y en la casa estar

También tenés que demostrar

⁵¹ Entrevista a Florencia, 06/11/2018.

Que tu familia es normal
Muy normal, muy normal, normal, normal....
Mujer bonita es la que sale a luchar
Mujer bonita, por trabajo y dignidad
Cuando una mujer avanza
Ningún hombre retrocede
Jamás, no sé, jamás, no sé, jamás, no sé, no sé....
Mujer bonita sale a trabajar
Y como todas precarizada está
Mujer que en cada barrio está
Creando poder popular
Y cambio, y cambio, y cambio,
Social, social....
Mujer bonita te empezaste a organizar
Ya no querés ninguna muerte más
Por aborto ilegal de la iglesia patriarcal”⁵².

Retomamos este material debido a que, por ser una canción volcada en los materiales orgánicos como revistas, cartillas y “cancioneros”, constituye un posicionamiento del EG en relación con la feminidad.

Florencia, integrante del EG y una de las autoras de la canción explica “Fue un tema que salió con poco pensamiento, con cosas que veníamos trabajando en el Espacio de

⁵² Canción “*Pretty woman*”, Condenadas al Éxito, en “Cancionero de mujeres que luchan”, 2010, archivo personal.

Géneros”. Según comenta, planteaba “Una rebelión a un tipo de mujer, y el intento de no ser la mujer que el sistema patriarcal y la familia te dicen que tenés que ser: flaca, depilada, con una familia perfecta, y en la casa estar, es decir, habitar el mundo de lo privado”. En contra de esta “*pretty woman*”, desde la letra proponían una “Mujer bonita”. Esta idea “se vinculaba al proceso de lucha y resistencia en el continente, por eso ‘mujer bonita’ es la que sale a luchar, por trabajo y dignidad, cruzando los ejes políticos que teníamos en el FPDS y también vinculándolos con la frase ‘cuando una mujer...’, traída del Movimiento Sin Tierra de Brasil. Y decíamos ‘no sé, no sé’, eso se asociaba con que cuando rompíamos con lugares establecidos hay varones que se sienten incómodos con esos lugares que las mujeres tomamos”. Además, Florencia manifiesta que con la alusión a la precarización laboral apuntaban a la situación de la gran mayoría de las trabajadoras. Por último, afirma que la inclusión de la lucha por el aborto legal tenía que ver con que “era el momento en que se estaba constituyendo la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto, nosotras estábamos ahí, estábamos con los pañuelos verdes (símbolo de la Campaña) y tenía que ver justamente con tratar de conjugar en una canción varias de las consignas políticas que las mujeres siendo protagonistas de las luchas estábamos asumiendo”⁵³.

Consideramos que esta canción sintetiza eficazmente un ideario desde el cual el EG se interpela al conjunto de los/as integrantes del Frente. Por una parte, realiza una crítica a ciertos estereotipos femeninos al tiempo que ensalza otros rasgos ligados al trabajo y al activismo político en los barrios, además de señalar reivindicaciones específicas de los feminismos como el derecho al aborto.

En la “Cartilla de Formación en Géneros” un material tanto de circulación interna como hacia afuera del Frente, el EG define la vinculación entre el cambio social al que aspira y su correlato en las vidas íntimas: “*Lo privado es político porque el patriarcado y el capitalismo lo son y están entre nosotras y nosotros en la vida social, más allá de las paredes de la casa. Se trata de dar una lucha política general que ayude a modificar las relaciones de pareja y todas las relaciones sociales vinculares*” (Espacio de Mujeres FPDS, 2008: 11). Esta preocupación del EM en relación con la necesidad de cuestionar las relaciones patriarcales en “las plazas, en las casas y en las camas” (EM, 2008) se manifiesta en iniciativas de intervención y propuesta hacia afuera y adentro de la organización, de forma más sistemática hacia las mujeres. En el citado material definen su actividad hacia el Frente con el término “transversalizar” el antipatriarcado en la organización e implica una serie de actividades que realizan o a las que son convocadas las mujeres de esta investigación.

⁵³ Entrevista a Florencia, 06/11/2018.

La vida atrás del piquete

En este capítulo se abordó al Frente más allá de sus manifestaciones públicas, caracterizando la trama barrial que lo sustenta. En ella, las mujeres constituyen el sujeto más relevante no sólo por ser el más numeroso sino también –y fundamentalmente– por las tareas de sostenimiento cotidiano que realizan. Para desandar los debates internos sobre las dinámicas de funcionamiento intergenérico en dicha organización se reconstruyó el proceso de conformación, en su seno, de un espacio constituido únicamente por mujeres que de manera voluntaria se integraron para trabajar problemáticas referidas al género. El surgimiento del denominado Espacio de Mujeres (EM) es una marca distintiva de la participación femenina dentro de este colectivo mixto, como instancia que impulsa discusiones y transformaciones en el conjunto de la organización. Entre esos debates se destaca centralmente la inclusión del antipatriarcado como una de las auto-definiciones políticas del Frente.

Además, la reconstrucción de la historia del EM evidencia que existe una interpelación específica en clave de géneros hacia las mujeres del Frente. El EM (denominado EG desde 2009) es la punta de lanza de esta propuesta de llevar a la práctica el postulado político que asumió formalmente toda la organización. Aquí es clave preguntarse entonces cómo las mujeres, que se integraron a una construcción barrial desde una vocación que incluye la supervivencia, experimentan estas propuestas. Para responder esto es necesario explorar la totalidad de la experiencia cotidiana de las mujeres, tarea a la que nos abocamos en el desarrollo subsiguiente de esta tesis. Para ello vamos a recorrer en los capítulos que siguen distintas escenas de desenvolvimiento cotidiano de las mujeres, para finalizar en el capítulo VI, analizando cómo esta interpelación en clave de géneros en el Frente es vivenciada y significada por las mujeres, influyendo en la configuración de construcciones de feminidad muy dispares y dinámicas, donde los sentidos sobre el trabajo, los usos del tiempo y la gestión de los cuidados son dimensiones claves.

Capítulo II

Donde pisan las mujeres

En el capítulo anterior caracterizamos al Frente en tanto organización popular de la que participan o participaron las mujeres de esta investigación. En el presente capítulo se presenta a algunas de ellas y el territorio donde transitan cotidianamente: el barrio Villa Argüello. Entendemos, como plantean diversos autores (Merklen, 2005; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Vommaro, 2006) al territorio barrial como espacio clave para analizar la politicidad en los sectores populares.

...

Los insumos para su escritura consisten en la reconstrucción de dos caminatas que realizamos como parte del trabajo de campo, en que se acompaña a dos mujeres, primero Celina y luego Luz, en su recorrido por la calle Nueva York y por el barrio Villa Argüello, respectivamente. Durante las mismas se grabaron las conversaciones a partir de las cuales se realizó el relato, en combinación con entrevistas realizadas a ambas mujeres en otros momentos⁵⁴. La biografía Celina, cuya experiencia militante en la localidad, en el feminismo y los DDHH desde tiempos de la última dictadura, permite visualizar formas de organización previas que tienen hilos de continuidad en el Frente y en la organización de las mujeres. En oportunidad del registro de este recorrido, ella estaba mostrándole “la Nueva York” a la historiadora feminista Silvia Federici, que se encontraba visitando experiencias de organización popular en Argentina y dando una serie de charlas sobre su libro *Calibán y la Bruja*⁵⁵.

Por su parte, el recorrido de Luz, una mujer migrante que integra en la actualidad el FPDS CN, en pos de organizar una feria, posibilita interiorizarnos sobre los comedores del Frente en la zona y presentar a varias de las mujeres con las que dialogamos en esta investigación. Para ello, le solicitamos permiso para caminar junto a ella en su trayecto cotidiano entre el límite de la ciudad de La Plata, -donde lleva diariamente a su hijo al

⁵⁴ La entrevista a Celina se realizó el 15/03/2016 y la observación durante el recorrido se realizó el martes 14/04/2015, y corresponde a la nota de campo N°46. La entrevista a Luz se realizó el 15/08/2015 y la observación el viernes 11/11/2015 y corresponde a la nota de campo N°57.

⁵⁵El día 27 de abril de 2015 Silvia Federici participó de un Conversatorio en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de La Plata, en el marco de la Cátedra Libre Virginia Bolten para presentar su libro *Calibán y la Bruja*, mujeres, cuerpo y acumulación originaria (2015, Buenos Aires: Tinta Limón).

colegio-, por una porción importante del barrio Villa Argüello, hasta llegar a su casa, ubicada en el asentamiento más reciente.

Cabe destacar, que, si bien se incorporan mapas para mejorar la comprensión de los/as lectores/as en torno a la ubicación de Berisso y Villa Argüello, nos interesa fundamentalmente la reconstrucción del territorio vivido y construido a partir de las relaciones configuradas en este caso por las mujeres de la investigación⁵⁶. La experiencia femenina y popular, en su corte generizado y de clase, sin dudas influye en los tránsitos que ellas realizan, los vínculos que establecen allí y cómo relatan estos itinerarios

Celina y Berisso

A pesar de haber nacido en Otamendi, un pueblo de la Provincia de Buenos Aires, la biografía de Celina está ligada a Berisso desde sus 18 años. En el momento en que la entrevistamos y recorrimos con ella “la Nueva York”, como le llama a la calle histórica de Berisso, tiene casi 60 años. Formó parte de la militancia político- armada de la década de los ’70 con inserción en el barrio Obrero de Berisso, sobrevivió a una detención en el Centro Clandestino de la ESMA⁵⁷, y tiene una larga trayectoria de activismo de base en Berisso que la llevó a fines de los ’90 a impulsar la conformación del movimiento de desocupados/as en la localidad. Según define, en el primer Encuentro Nacional de Mujeres, en 1986 “me hice feminista” y poco después formó parte de la fundación de la Casa de la Mujer Azucena Villaflor⁵⁸. Esa convicción la llevó a participar como impulsora de la Asamblea de Mujeres Piqueteras en el marco de los cortes en el Puente Pueyrredón en 2003. Esta Asamblea dio impulso al proceso de debate relatado en el capítulo precedente, que llevó a que el Frente se convirtiera en la primera organización popular argentina en definirse como Antipatriarcal⁵⁹. Este camino unió dos militancias de su vida “el feminismo y el barrio”, afirma, y desde esa imbricación sigue integrando el sector territorial en Berisso y el Espacio de Géneros.

⁵⁶ En este sentido, retomamos el uso que hace Julieta Quiroz del concepto de mapa figuracional de Norbert Elías (1991 en Quirós, 2006), no delimitado por las fronteras formales, sino que piensa un barrio reconstruido a partir de las relaciones configuradas entre sus habitantes.

⁵⁷ La ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) fue uno de los Centros Clandestinos de Detención más grandes durante la última dictadura militar argentina (1976-1983), donde fueron encarceladas y torturadas más de 5000 personas, muchas de las cuales se encuentran desaparecidas hasta la actualidad (CONADEP, 1984).

⁵⁸ Esta agrupación feminista retoma el nombre de una Madre de Plaza de Mayo asesinada durante la Dictadura Militar en diciembre de 1977.

⁵⁹ Este proceso fue reconstruido detalladamente por Cross y Partenio (2011) e Iglesias (2012).

Este martes fresco y soleado, sobre los adoquines flojos y torcidos de la calle Nueva York, caminamos con Celina que muestra el barrio a Silvia Federici. “Cada vez que llega una persona de otra provincia u otro país a conocer la experiencia de la organización en el territorio, -le comenta Celina a Federici- la traigo a conocer la zona histórica de Berisso, la calle Nueva York, porque acá se entienden muchas cosas que pasaron en el país”.

Las tres mujeres vamos dibujando un camino sinuoso al evitar los baches y charcos de agua podrida. De un lado de la calle están los viejos galpones abandonados de los frigoríficos y saladeros. Del otro las casas de chapa oxidadas, tipo conventillos, con pasillos y muchos cuartos, hay perros en las puertas y niños jugando en la vereda. Algunos jóvenes en la esquina conversan tomando cerveza y fumando marihuana. Aproximadamente cada media cuadra nos detenemos para saludar gente y para sacar fotos de edificaciones en ruinas. “Esta calle era un mar de gente en la época de los frigoríficos, ahora nos cuesta imaginarlo”, dice Celina al tiempo que señala las casitas derruidas. Hace referencia a los dos principales frigoríficos de la zona, el Swift y el Armour, ambos de capitales norteamericanos e instalados en los primeros años del siglo XX⁶⁰. De esta forma, Berisso se construyó no alrededor del puerto como su localidad vecina, Ensenada, sino alrededor de la industria cárnica. Y en este caso no es exagerado decir que más de la mitad de su población original provenía de los barcos⁶¹.

De la “época de oro” de la Nueva York, como define Celina al momento de ebullición obrera en fábricas y espacios públicos, señala en una esquina la construcción del Bar Inglés, “donde iban los obreros –varones- después de la jornada laboral”, y la fachada de la Mansión de Obreros, que tiene un grabado en piedra con la fecha de su construcción, 1921, y que consistía -según cuenta- en una pensión para trabajadores. Explica Celina a la visitante: “se alquilaban camas para dormir ocho horas, y luego se levantaba el trabajador para cumplir sus ocho horas de trabajo en el frigorífico y se acostaba otro. Por eso le decían sistema de camas calientes”. La feminista italiana sonríe y pregunta: “¿y las mujeres?”. Celina le explica: “Los frigoríficos tenían muchas empleadas mujeres, en los empleos menos calificados como limpiar las vísceras y cortar la carne. Y por supuesto, cobraban menos que los varones que hacían la misma cantidad de horas”.

La historiadora Mirta Lobato (1990) también se ha preguntado por las mujeres en el Armour entre los años 1915 y 1969 en que funcionó el frigorífico bajo capitales

60 La industria frigorífica en Berisso se inició en 1904, la primera planta era propiedad de la sociedad *The La Plata Cold Storage Company* cuyas dos terceras partes pertenecían a capitales sudafricanos. Hacia 1907 la reconocida empresa norteamericana Swift compró tres cuartas partes de las acciones y para 1914 inició sus actividades el frigorífico Armour (Bretal, 2016).

61 De acuerdo con el Censo Nacional de 1914, vivían en Berisso 8.847 personas que se duplican en 1947, como resultado de la expansión de la actividad de los frigoríficos. La población extranjera que alcanzó un porcentaje del 59% en 1914 disminuyó a un 30% en 1947 (Lobato, 1990).

norteamericanos. Según su investigación, en ese período trabajaron 64.940 personas de las cuales unas 12.695 fueron mujeres. Desde que el frigorífico inició sus actividades y hasta la década del treinta, predominaron las trabajadoras extranjeras y entre ellas las que habían llegado de Polonia, Rusia, Italia y España. En años posteriores se fue produciendo la nacionalización de la mano de obra, entre otras cosas, por los cambios en los flujos migratorios. Pero, de todas maneras, durante todo el período de funcionamiento, el Armour reunió a una comunidad heterogénea de mujeres, con diferentes idiomas y experiencias, que además padecía una enorme movilidad de puestos y secciones de trabajo.

Por un criterio de calificaciones que manejaba la empresa, las mujeres estaban empleadas en pocas secciones, como tripería, picada, conserva, entre otras, y en tareas de cortado, limpieza y acondicionamiento de carnes y tripas, todas tareas relacionadas con actividades que también realizaban en el hogar. En estas faenas estaban sometidas a ambientes contaminados, húmedos y al contacto con químicos y ácidos que dañaban su salud. Por otra parte, eran continuamente cambiadas de puesto y se producía su egreso e ingreso a la fábrica con frecuencia, debido a los avatares de la situación doméstica que, según Lobato, las mujeres seguían priorizando. Resulta interesante, como plantea la historiadora y recuerda Celina, que, a pesar de la dureza del trabajo y los bajos salarios, las mujeres trabajaron en los frigoríficos de Berisso como parte de una estrategia propia y familiar de resolución de necesidades básicas. En este marco, formaron parte activa de las huelgas y protestas reivindicativas del sector, muy fuertes desde la década de los '40. Parte de este proceso es reconstruido por Daniel James (2004) en su trabajo sobre Doña María Roldán, primera delegada gremial de la planta de Swift y protagonista de las huelgas impulsadas en esa década por el gremio de la carne.

El trabajo de las mujeres en este ámbito fabril también implicaba, según la bibliografía citada, la negociación de roles en lo doméstico, la sobrecarga de trabajo y la organización de los esfuerzos familiares, vecinales y de asociaciones nacionales de inmigrantes para resolver el cuidado. Todas estas vivencias también forman parte de la experiencia histórica de la localidad y sus mujeres.

Con la demanda de fuerza de trabajo del frigorífico Armour y el más antiguo Swift se produjo el crecimiento poblacional de Berisso que pasó de ser una región dentro del partido de La Plata a una localidad y partido específico. De esta forma, la ciudad se configuró alrededor de los frigoríficos como industria predominante, a los que luego se adicionó la instalación, a mediados de la década del veinte, de la destilería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) y la Hilandería de *Pattent Knitting Co.* Por todo esto, la localidad fue un polo de atracción de inmigrantes primero de otros países y luego internos⁶² (Lobato, 1990).

⁶² Sería un represor de la última dictadura militar, el entonces gobernador de facto de la provincia de Buenos Aires, Ibérico Saint Jean quien en 1978 declararía a Berisso como la Capital Provincial del Inmigrante, título

El epicentro de esta dinámica fue la calle Nueva York, plena de movimiento, espacio donde vivían y consumían los miles de trabajadores y trabajadoras y sus familias, y fue irradiando población y actividad para sus adyacencias, de modo que barrios como el que nos interesa en esta investigación, Villa Argüello, (pero también Villa Zula, Barrio Obrero, entre otros), surgieron como asentamientos de obreros de las citadas industrias en las décadas siguientes.

Más adelante, también relata Lobato (1990), en la segunda mitad del siglo XX, en plena política de sustitución de importaciones, en Berisso como en otras ciudades grandes de Argentina, se fortaleció una clase obrera con importantes niveles de integración en la sociedad y una organización gremial consolidada, alimentada, como dijimos, por flujos migratorios esta vez desde las provincias argentinas. En este sentido, esta ciudad, o por lo menos su zona histórica, es considerada el “Kilómetro cero” del Peronismo, como dice el monolito emplazado en la calle 2 (o Calle Nueva York) por ser la región desde donde partió la movilización de obreros y obreras de los citados frigoríficos encabezada por Cipriano Reyes el 17 de octubre de 1945 y que constituyó un hito en la historia de configuración política y simbólica del régimen encabezado por Juan Domingo Perón. Los frigoríficos, junto a otras empresas de Berisso y de la localidad vecina, Ensenada, fueron epicentro de un fuerte activismo clasista hasta la última dictadura militar e incluso durante la misma, período en que los frigoríficos fueron nacionalizados y funcionaron bajo la órbita federal (Bretal, 2016).

Precisamente, entre estos/as activistas de la década de los ´70 en la región se encontraban quienes impulsarían la conformación de los Movimientos de Trabajadores/as Desocupados/as (MTD) a fines de los ´90 en Berisso. Entre ellos y ellas, estaba Celina, que ni bien culminó la dictadura militar, comenzó a realizar junto a otros/as militantes de la resistencia peronista de Berisso una tarea cultural y barrial que desembocó en 1983 en fundación del Centro Cultural de Berisso en Barrio Obrero, con el objetivo, explica, de “recuperar los lazos sociales, todo lo que se había roto por la dictadura”. Al año siguiente comenzaron a organizar un Taller Infantil con niños, niñas y jóvenes, con quienes realizaban talleres culturales, microemprendimientos y apoyo escolar.

Según recupera Florencia Fajardo (2018) en su investigación sobre este proceso de militancia en la zona, la definición de trabajar con niños y niñas tenía como objetivo establecer nuevas relaciones, rescatar los vínculos intergeneracionales, la posibilidad de

que formalizaba y condensaba toda una simbología presente en la zona sobre el origen europeo, pero también proletario de la ciudad. De hecho, hasta 2014, las entidades de inmigrantes y descendientes reconocidas por la Asociación de Entidades Extranjeras (AEE), son las de albaneses, alemanes, sirio-libaneses, armenios, bielorrusos, búlgaros, caboverdianos, croatas, checos, eslovacos, eslovenos, españoles, griegos, irlandeses, italianos, judíos, lituanos, polacos, portugueses, ucranianos, montenegrinos y serbios; integrándose recién en ese año a las representaciones de colectividades latinoamericanas (Municipalidad de Berisso, 2014), disponible en <http://www.berisso.gov.ar/noticia/nuevas-colectividades-se-integran-a-la-asociacion-de-entidades-extranjeras>

transmitir las vivencias, memorias, y sueños de toda una generación que quería transformar la sociedad. La experiencia organizativa del Taller Infantil inició en 1984 en el centro de Berisso en un primer momento para luego mudarse al Barrio Nueva York y posteriormente al barrio Villa Progreso, donde se asentó de manera permanente en su sede que tomará el nombre de Carlos Lebed, uno de los militantes promotores, fallecido en 1995.

A esos espacios de encuentro, recuerda Celina, “los jóvenes traían todo el tiempo sus historias familiares, los padres, las madres que habían trabajado en los frigoríficos, que habían estado en huelgas, en luchas y que en esos momentos iban quedando sin trabajo”. Desde el surgimiento del Taller hasta 2002 se trabajó colectivamente en relación con valores como la solidaridad, la igualdad, el respeto mutuo. Se abordaban temas como la sexualidad, géneros, los derechos de los niños, la lucha por derechos humanos, el trabajo, entre otros (Fajardo, 2018). Con el paso de los años, dirá Fajardo, las problemáticas de los y las jóvenes estuvieron cada vez más relacionadas con la falta de trabajo y la pobreza. Con el cierre de los frigoríficos en los tempranos ‘80 y la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) y otras empresas de la zona, al principio de los ‘90, como sucedió en el resto del país, creció la desocupación y la pobreza en Berisso, afectando fundamentalmente a los/as jóvenes y las mujeres (Fajardo, 2018)⁶³.

Para la última década del siglo XX, aquellos niños y niñas que habían participado desde mediados de los ‘80 del Taller Infantil en los barrios Villa Progreso y Nueva York de Berisso, eran jóvenes desempleados/as que “hacían changas” e intentaban terminar el secundario (Giorgetti y Fajardo, 2015). De esos años Celina recuerda que “empezamos a buscarle la vuelta a lo laboral”. La situación de empobrecimiento y desocupación de los y las jóvenes de Berisso con quienes trabajaba Celina, se da en el marco del crecimiento de las necesidades materiales apremiantes en los barrios populares y periferias urbanas en el país⁶⁴.

En ese momento, hacia fines de los ‘90, las búsquedas y preocupaciones de este colectivo berissense se articuló con un proceso de lucha general que se había iniciado en las

⁶³ Lo que sucedía en Berisso, sin dudas se explica en un contexto mayor. Era un emergente de un proceso de desmantelamiento del modelo de sustitución de importaciones y del mercado interno, que, si bien se había iniciado con la dictadura militar, se profundizó en la década de los ‘90. Esto significó una dinámica creciente de erosión y crisis de los marcos sociales y culturales que habían estructurado tradicionalmente al mundo obrero industrial, en gran medida signado por la experiencia peronista que había provisto a los sectores populares urbanos de ciertos elementos laborales (Svampa y Pereyra, 2003).

⁶⁴ A partir de un nuevo proceso de migraciones internas y de países limítrofes a fines de la década de los ‘90 y comienzo de los 2000, se volvió a generar un nuevo crecimiento de las periferias urbanas. A los sectores pobres, que ya vivían en la zona sur del Gran Buenos Aires y Gran La Plata, se sumaron los “nuevos pobres” (Galassi, 2011): alrededor del 60 % de la población del Gran Buenos Aires quedó bajo la línea de pobreza hacia 2002.

zonas petroleras del país, encabezado por poblaciones enteras que se levantaban contra la desocupación y ponían en escena novedosos repertorios de lucha: el piquete y la asamblea (Auyero, 2002b). En este sentido, recuerda Celina que el MTD en Berisso se conformó entonces en 2002 con quienes habían sido los y las jóvenes del Taller Infantil, ahora sin trabajo: “Fue algo natural como se dio, toda la experiencia anterior de organización en los talleres terminó en el movimiento piquetero”.

El recorrido que le propone la activista por la calle Nueva York a la visitante continúa bordeando enormes galpones de chapa oxidada: “eso es lo que queda de los frigoríficos” y hacia el fondo señala “esas grúas que ves ahí, son del puerto de contenedores, todo eso es nuevo”, explica. Efectivamente, detrás de los galpones y las casas de chapa que bordean el empedrado de la Nueva York sobresalen gigantescas grúas de metal anaranjado. Es que, en el nuevo siglo, Berisso se fue alejando cada vez más de su origen obrero y su matriz industrial (Dagnino Contini, 2017). En consonancia con la instalación del neodesarrollismo en el país (Félez, 2007 y 2012), los últimos gobiernos municipales profundizaron los rasgos de la economía primarizada y extractiva, desmontando una amplia zona de la costa ribereña y construyendo un puerto de contenedores concesionado a la multinacional Tec Plata S. A. para convertir a Berisso en un gran puerto para la exportación de materias primas y la importación de otros productos que ya no se producen en el país⁶⁵. Sin embargo, en “la Nueva York”, le explica Celina a la visitante, “los viejos siguen hablando de los años dorados, de pleno empleo, inmigrantes llegando de todas partes y hablando distintos idiomas, la calle llena de negocios, de huelgas, de vida”. En acuerdo con la afirmación de Celina, para Dagnino Contini, esta referencia a otros momentos está presente también en la juventud de esta zona de Berisso “El trabajo aparece como un organizador del pasado histórico del barrio (es el eje transversal para poder contar la historia de la calle Nueva York) pero en el presente aparece como algo móvil, como un espacio sin asidero material o concreto” (2017: 8). Es decir, aquella referencia al trabajo industrial continúa presente en las nuevas generaciones y además sirve de contrapunto para definir lo que no existe – prácticamente- en las experiencias laborales actuales de los y las berissenses. En el próximo capítulo trabajaremos sobre las diferentes concepciones en torno al trabajo que se ponen en juego también en las demandas del Frente y en las vidas cotidianas de las mujeres

⁶⁵ El Puerto La Plata es parte de un proceso más grande que incluye la realización de proyectos de infraestructura: la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA). La nueva terminal de contenedores, ubicada en zonas aledañas al barrio Nueva York, fue construida por TEC - Plata S.A. a través de un acuerdo firmado con el gobierno provincial, y tiene por objetivo, entre otros, potenciar la circulación y el acceso a la refinería de YPF ubicada en el límite de los partidos de Berisso y Ensenada (Ortega y otros, 2013 en Dagnino, 2017). Según las autoridades locales, “la construcción de la obra portuaria más importante de Latinoamérica fue realizada en conjunto por los gobiernos nacional, provincial y municipal, y su concesión fue entregada por 30 años al grupo International Container Terminal Services Inc. (ICTSI)” (Municipalidad de Berisso, 2014).

La caminata nos lleva nuevamente a la entrada de la Mansión de los obreros donde la visitante se detiene para tomar una foto. En una de las casas de chapa que componen la antigua pensión está emplazado el Centro Cultural Mansión Obrera, que, dice Celina, “fue cedido por un vecino para seguir el trabajo con chicos”. Luego, avanzamos unos pocos metros, entre casillas de chapas, hacia una construcción antigua con un mural colorido que ocupa toda su fachada y anuncia “MTD Berisso. Frente Popular Darío Santillán. Por trabajo, dignidad y cambio social”. Al lado, otro cartel de chapa sobre la puerta dice: “FM La Charlatana”. El recorrido justamente culmina en la radio comunitaria donde una vecina se encuentra realizando su programa y propone a la historiadora realizarle una entrevista en vivo, para preguntarle “qué hace y por qué vino a la Nueva York”.

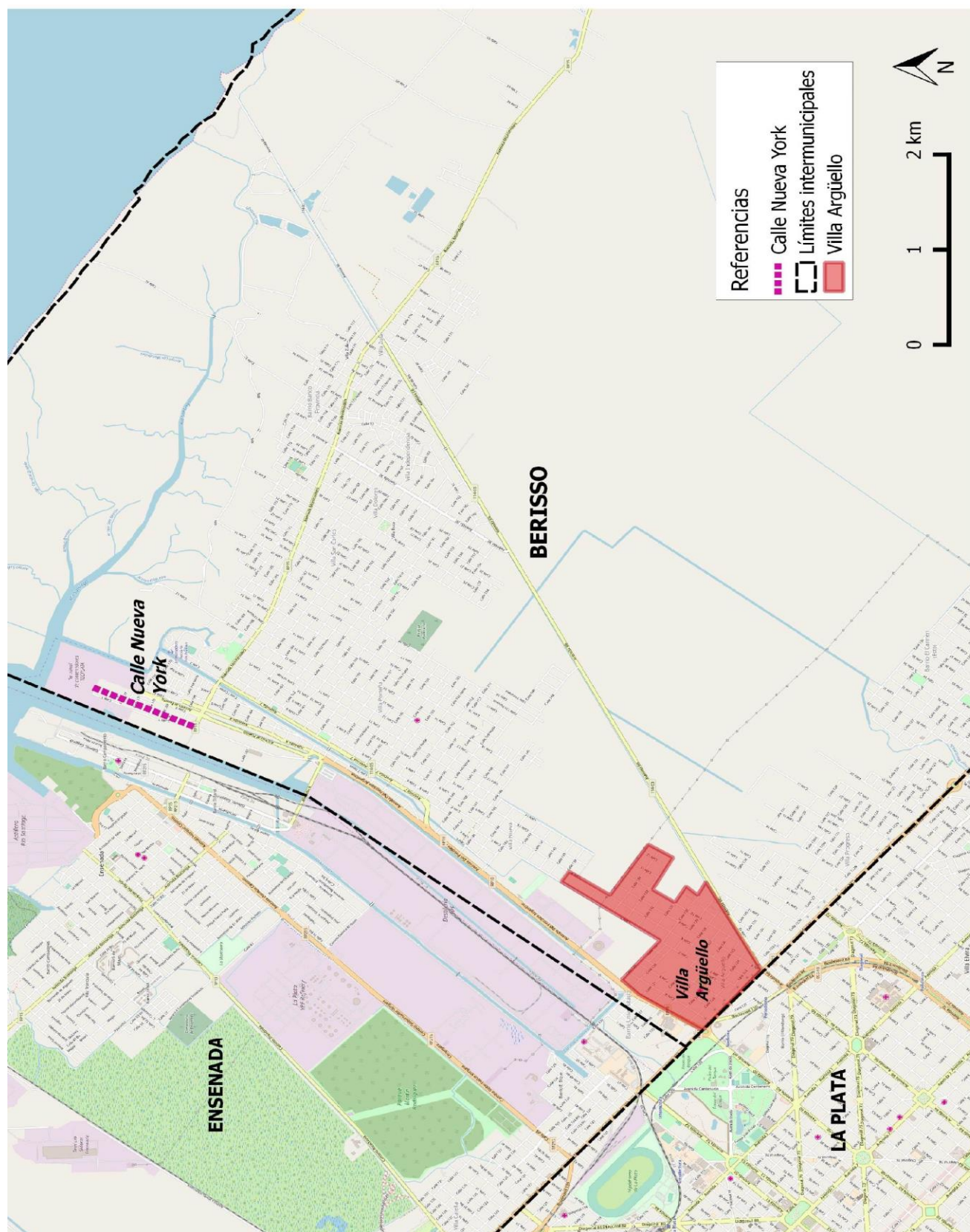
El recorrido con Celina permite reconocer en el territorio marcas de distintos momentos y procesos históricos y los hilos de continuidad entre ellos. En su figura podemos rastrear, en parte, el crecimiento y el declive de una localidad vinculada a la industria frigorífica, el pasaje de una situación de pleno empleo a la desestructuración profunda del mundo del trabajo como se conocía, y en ese marco, la ampliación de la distancia entre los relatos de las generaciones mayores y las condiciones de vida de las nuevas.

Pero además de la desocupación y el empobrecimiento de una parte de los y las habitantes, hay otros hilos que permiten seguir el recorrido de Celina, desde el auge de los frigoríficos al surgimiento de un Movimiento de trabajadores y trabajadoras desocupados/as en 2002. Estos otros hilos son los de la memoria de las luchas de los sectores populares en la región. Por una parte, aquel hilo que une las luchas vinculadas al movimiento obrero, y las luchas vinculadas con el trabajo, pero también, como afirma Iglesias (2012), en la organización comunitaria y territorial en la localidad durante los '80.

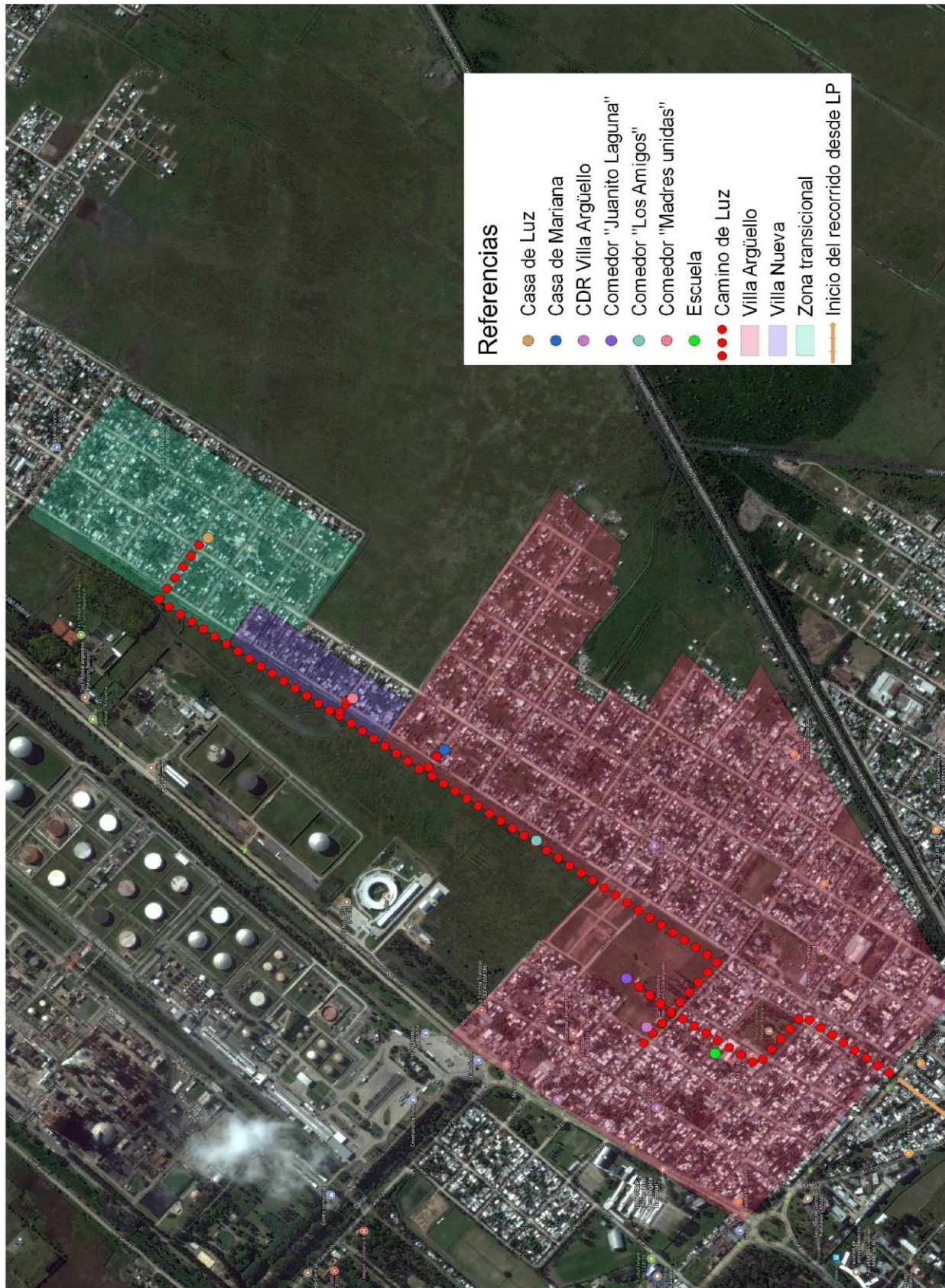
El MTD en Berisso (que confluirá luego en la organización del Frente) surge entonces desde un territorio atravesado por su historia de organización obrera, pero también, de experiencias colectivas de confluencia de militancia multisectorial en cultura, juventud, género y derechos humanos. Desde el barrio Nueva York, en pocos meses (fines del 2002 a principios de 2003) se expandió también a otros barrios de Berisso como Villa Progreso, Villa Nueva, Villa Argüello, entre otros⁶⁶. Esté último, Villa Argüello, o simplemente Argüello, como le llaman sus habitantes, se configuró como un barrio fruto del desborde industrial de Berisso a mitad de siglo XX, pero sus características actuales distan de aquellas fundacionales. Las migraciones, los cambios en el mundo del trabajo, la dinámica de las instituciones y las luchas de sus habitantes fueron forjando un territorio específico que hoy es vivido y transformado por las mujeres de nuestra investigación.

⁶⁶ Entrevista a Celina, 15/03/2016.

Mapa ubicación de calle Nueva York y barrio Villa Argüello en Berisso



Mapa de recorrido con Luz por el barrio Villa Argüello



Luz y Villa Argüello

Son las ocho menos diez de la mañana y realizamos con Luz un camino similar al que ella realiza cada día entre La Plata y Berisso. “Todos los días llevo a Junior a la escuela en el centro de La Plata, yo prefería que fuera al colegio del barrio, pero tuve que negociar con el papá. Dice que es mejor educación en La Plata”, explica. Diariamente entonces, Luz regresa a Villa Argüello luego de llevar a su hijo a estudiar. Ambas localidades son colindantes, por lo que suele hacer el tránsito a pie. Está cargada con una mochila tejida “que tiene de todo: papeles, productos de cosmética para vender, unos panfletos de la movilización del día anterior, un abrigo, un pedazo de queso, un cuchillo y el celular. Tengo de todo un poco, para todo el día”, comenta.

Durante el recorrido matinal “siempre repaso las tareas del día, lo que falta hacer, lo que no llegó, lo que voy a intentar completar”. Afirma que arma listados mentales, “de miles de cosas todas mezcladas, mezcladas”. Ante la pregunta sobre cómo es un día en su vida, hace una descripción detallada “hoy, por ejemplo, tengo que pasar por el club para hablar con Fernando sobre los materiales para la obra del club y sobre la feria del sábado, por Cáritas, el Centro Educativo y la Escuela [N°]8 para coordinar la visita de los estudiantes el sábado a conocer el movimiento, luego al comedor a cocinar y buscar la leche para elaborar los quesos en el emprendimiento productivo. Voy a incentivar para que se haga a horario la asamblea barrial, retirar a mi hijo del colegio, elaborar los quesos, hacer los deberes con Junior, ir al curso de electricidad que empecé a hacer en la universidad con otra compañera, Caty, luego miraré un poco de `tele`, capaz, limpio la casa, y me voy a hablar con las vecinas para organizar la feria del fin de semana para arreglar la calle, tengo que cocinar de nuevo, bañarme, organizar la ropa de Junior, decenas de mensajes de nuevo, un poco de tele y a dormir, tarde, seguro”. Es interesante como la descripción de las actividades de Luz coinciden con recorrer y generar vínculos en el barrio, entrando y saliendo de instituciones, organizaciones, relacionándose con diferentes actores barriales, como ella afirma “todo mezclado”, y dibujando un barrio que no siempre coincide con los límites formales de Villa Argüello.

El recorrido de Luz a pie desde La Plata hasta su casa comienza cruzando la avenida 122 y termina en el asentamiento del fondo. Si seguimos este recorrido, podemos observar cambios significativos en el paisaje, que en parte constituyen marcas de distintos momentos históricos de la localidad y hasta del país.

Según las jurisdicciones definidas oficialmente por la Municipalidad de Berisso (2018), Villa Argüello se extiende entre la avenida 122 y la calle 135, por un lado, y entre las avenidas 60 (o Avenida del Petróleo) y la avenida 66 bis (o Avenida Juan D. Perón), por el otro. La dinámica barrial cotidiana y la continuidad de las migraciones y nuevos

asentamientos muchas veces delinear otros límites, los extiende o acorta, por lo que existen zonas grises, que los/as habitantes llaman Villa Argüello y las delegaciones municipales nombran diferente. Sin embargo, hay al menos dos avenidas donde coinciden los límites formales y los simbólicos: la 122 y la 60.

La 122 no es sólo un límite geográfico que separa La Plata de Berisso y Ensenada. Es una avenida a la que se llega, en dirección noreste, luego de atravesar la zona universitaria, el bosque y el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. La ciudad de las diagonales, cuadrícula planificada por la mente moderna, masónica y de clase media, termina allí. Esta calle-ruta conecta también por uno de sus extremos con la Autopista La Plata- Buenos Aires y por el otro con la Ruta Provincial N° 11 hacia Punta Indio. Es una avenida transitada durante el día por camiones de YPF que entran y salen de la refinería, por los colectivos 202 y 214 que enlazan La Plata con el centro de Berisso, por el colectivo 275 que hace lo propio con la zona de Ensenada, la fábrica naval Astillero Río Santiago y el Puerto. La porción de la 122 entre las avenidas 60 y 66 está poblada de comercios pequeños y medianos, almacenes, kioscos, verdulerías, pequeños mercados, una bicicletería, talleres mecánicos y ferreterías. También está la imprenta “Grafitos”, emprendimiento iniciado por un sacerdote ligado al tercermundismo, Carlos Cajade, referente en la zona y que dejó una red de hogares y casas para jóvenes pobres o en situación de calle. En esta arteria hay además una cantidad creciente de restaurantes de comida peruana y hasta un predio de una manzana abierto de día como centro comercial y por la noche como discoteca de música de ese país llamado “Salsódromo”. Por eso, el perfume de la 122 es diferente al de La Plata, ajo mezclado con pollo frito y ají picante. El color de la piel de parte de los/as habitantes también es diferente, los rasgos mestizos, incluso algunos mulatos y los acentos de las palabras y los saludos tienen otro canto que, en el centro platense, pero también difieren de los rasgos y acentos de los habitantes de Berisso centro⁶⁷. Según comenta Luz “los peruanos tienen los negocios en la 122 pero viven ‘en el fondo’”, es decir, lejos de la zona residencial del barrio y alejados de las instituciones que encarnan el relato épico de su fundación.

La 122 constituye entonces un límite que los patrulleros y camionetas de la policía de la comisaría 4° de Berisso recorren permanentemente, señalando inclusiones y exclusiones, adentros y afueras, deteniendo, marcando, seleccionando edades, rasgos, acentos, ropas.

Cada paso que damos con Luz nos introduce más en un barrio no tan diferente a su Perú natal, con ferias y puestos callejeros, olor a pollo frito y hasta acentos semejantes a los que creyó renunciar veinte años atrás. Ella nació en zona de selva, vivió en distintas ciudades y pueblos donde trabajó de secretaria y vendedora casa por casa, luego migró en 1993 hacia Argentina, donde continuó trabajando. Poco antes de cumplir los 40, conoció a

⁶⁷ Notas de campo N°18, 24/12/2012 y N°58, 11/11/2015.

Eduardo, también migrante peruano y se fueron a vivir juntos a Villa Argüello, donde poco después nació el hijo de ambos, Junior. Con el hijo pequeño, y al mismo tiempo que trabajaba limpiando en casas, y vendiendo productos en condiciones informales, decidió integrarse a un comedor en su barrio, donde, le dijo una vecina, se podía conseguir comida y planes de trabajo.

Luz es parte de las migraciones recientes que, provenientes de Perú y otros países sudamericanos, fueron poblando las periferias de Berisso. Si bien tienen historias relacionadas, el barrio que ella recorre cada día –a 40 cuadras del centro de Berisso- no se adecúa a la descripción correspondiente a la zona que recorrimos con Celina, cercana a la Nueva York, la Municipalidad, al Puerto y a los viejos frigoríficos. Ni tampoco a la imagen de “ciudad del Inmigrante” que las autoridades despliegan en su fiesta anual de colectividades, donde las sudamericanas no tienen destinados aún *stands* oficiales.

Nicolás Deambrosi (2009) investigó sobre la historia de Villa Argüello, un barrio que surgió producto de la expansión de Berisso y de La Plata, terminando por unir a ambas localidades, pero con características que lo diferencian de los centros de ambas. Sus habitantes, según el autor, afirman que “Este barrio no es ni La Plata, ni Berisso, es Villa Argüello”⁶⁸. Una zona intermedia, que no se define por su historia obrera como Berisso ni por la composición estudiantil y de empleados/as públicos/as de la capital bonaerense. En consonancia con esta idea, durante el trabajo de campo registramos que en los espacios assemblearios y colectivos en el barrio se habla de “ir a Berisso” cuando es necesario trasladarse al centro histórico para gestionar en la Municipalidad o realizar una movilización.

Una característica interesante de Villa Argüello es que en pocas manzanas reúne pobladores provenientes de diferentes procesos migratorios que se encuentran diferenciados por zonas. Según los datos oficiales, en 2010 viven en el barrio 6989 personas, de las cuales un 5% nació en otro país, aunque este conjunto de personas migrantes vive concentrado en zonas específicas del barrio. Dentro de esta población, un 78% vino desde Perú, motivo por el cual al barrio se lo denomina coloquialmente “La pequeña Lima”⁶⁹. Además, entre los/as migrantes, 8% son de Paraguay, 4% de Bolivia y un 3% nació en Italia⁷⁰.

⁶⁸Esta cita directa es retomada como título de la tesis de grado de la Licenciatura en Sociología (Universidad Nacional de La Plata) de Nicolás Deambrosi (2009).

⁶⁹ Entrevista Colectiva en Madres Unidas, 14/07/2016.

⁷⁰ Estos datos poblacionales y sobre calidad de conexión a servicios públicos que se informan en este capítulo, provienen de un análisis propio en base a los resultados por Radio Censal, del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 del [INDEC](#).

En su reconstrucción histórica de Villa Argüello, Deambrosi (2009) afirma que pueden reconocerse cuatro momentos migratorios hacia el barrio. La primera ola migratoria se ubica en los años de la posguerra, que generó una pequeña burguesía terrateniente conformando así la zona residencial de Berisso en los años '50. Un segundo momento se produjo durante la década del '60, donde migrantes de provincias como Santiago del Estero y Chaco se mudan para insertarse en el trabajo fabril. El tercer momento es de migración también de origen interno y desde Perú hacia mediados y fines de la década del 80, “corridos por la miseria” (2009: 54), que se colocan en empleos precarios. Un cuarto momento es hacia fines de los '90 y comienzos del 2000: “son migrantes peruanos y peruanas que llegan sin dinero a asentarse en las zonas periféricas del corazón del barrio, y que en gran medida se integrarán a cooperativas de trabajo, comedores y emprendimientos municipales o dentro del Movimiento Piquetero” (Deambrosi, 2009: 54).

Un paseo como el que hacemos con Luz por Villa Argüello permite ligar esas diferentes migraciones, combinadas espacialmente en la forma de una ciudad fragmentada (Stratta, 2011), un concepto propuesto a efectos de pensar los territorios latinoamericanos como modelo disperso y segmentado que incorpora elementos espaciales, sociales y aspectos políticos. El acceso desigual al sistema de transporte, las dificultades en el acceso a la tierra y los servicios básicos, el desarraigo por la proveniencia desde otras provincias o países, tradujeron esta fragmentación en diferentes niveles de marginación territorial de los sectores populares, características que verificamos en este barrio.

Aquí resulta útil el trabajo de Ramiro Segura (2011) quien aborda las tramas relacionales en las periferias urbanas a partir de la dicotomía “establecidos y marginados” de Elías (1998 y 2000 en Segura 2011), reafirmando el lugar central del tiempo de residencia en la explicación de las condiciones de vida desiguales y también de las relaciones de poder entre los/as habitantes. En Villa Argüello se puede identificar la zona residencial, la más antigua y ligada al desborde del centro histórico de Berisso en las épocas de esplendor y una creciente periferia que presenta rasgos de gran heterogeneidad y, como plantea el autor, que evidencia un “degradé continuo” (2011:96) dentro de la periferia, que señala un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida a medida que nos acercamos a los asentamientos más recientes.

Al cruzar la avenida 122 hacia “adentro” del barrio, percibimos un descenso significativo del terreno, todavía de asfalto, por lo que para algunos/as es “fácil entrar al barrio y más complicado salir”⁷¹. En lo estructural este descenso se produce porque el vecindario se construyó sobre un bañado, terrenos inundables que fueron ocupados desde 1950 aproximadamente, como resultado de la saturación y crecimiento de ambas localidades limítrofes, La Plata y Berisso. Inicialmente, en aquella época, una pequeña

⁷¹ Entrevista a Gisela, 26/8/2015.

burguesía compuesta por descendientes de la inmigración europea de posguerra en Berisso con disponibilidad de comprar terrenos ocupó estas tierras bajas para hacer huertas, tambos o construir una casa de descanso. También la habitaron inicialmente obreros de YPF, frigoríficos y otras fábricas de la zona. Este comienzo de Villa Argüello está ligado a la construcción de la parroquia, la comisaría y al consorcio mancomunado de los/as primeros/as vecinos/as para conseguir el asfalto y los servicios públicos. El relato de este proceso forma parte de una “épica barrial” (Deambrosi, 2009), que tiene como sujeto protagónico este conjunto de vecinos y vecinas con vínculos con la iglesia católica, que fueron, según estos relatos, quienes fundaron el barrio.

Luz cuenta que conoce a mucha gente de la “zona residencial”, como la llaman sus habitantes⁷², porque ni bien se mudó al barrio vivía en una piecita en la casa de una señora a quien cuidaba. Pero en la actualidad vive en un terreno ocupado en “el fondo”, -como ella dice- y sus principales lazos con la zona residencial se asientan sobre la venta de los quesos de campo que produce junto a otras mujeres en el emprendimiento del Frente y que salen a vender por todo el barrio. “Luz de los quesos” o “los quesos de Luz ” son dos expresiones que desde el inicio del emprendimiento en 2007 se suelen escuchar entre quienes pueblan la zona y van a buscarla al Comedor⁷³.

Esta región más antigua de Villa Argüello, la zona residencial del barrio tiene una plaza propia circundada por las principales instituciones barriales: la Parroquia, Cáritas, la Escuela Primaria N° 8 General Martín Miguel de Güemes, el Centro Educativo, la Comisaría 4º, el Centro de Salud N°19 y muy cerca el Club de Abuelos y la filial del club de fútbol Gimnasia y Esgrima La Plata. En esta oportunidad, el recorrido de Luz se detiene en tres instituciones del barrio que rodean la Plaza principal: Cáritas, la Escuela y el Centro Educativo. En los tres casos, el objetivo es el mismo: invitar para la feria de quesos y verduras que realizará el Frente en la sede del Club Villa Argüello.

En estas manzanas que recorremos, cercanas a las arterias principales, las avenidas 122 y 60, todavía viven algunos/as de los/as primeros/as habitantes, con persistente acento italiano, o incluso de dialectos regionales, o en su defecto sus descendientes o inquilinos/as⁷⁴. Gisela, una vecina nacida en Villa Argüello de 35 años, recuerda la historia de su abuelo, que ilustra el proceso que mencionamos: “Mi abuelo llega desde Italia en el ’49 a Berisso porque un cuñado estaba viviendo acá y le dijo que había oferta laboral. Vino escapando de la hambruna italiana `con una mano atrás y otra adelante’. Primero fue a la Nueva York, a trabajar a los frigoríficos y después va a otros barrios de Berisso y a Villa

⁷² Ibídem.

⁷³ Notas de campo N°18, 24/12/2012 y N°58, 11/11/2015.

⁷⁴ A diferencia de otras zonas del barrio, sólo el 10% de los/as habitantes nació en otro país, y todavía conserva, entre los/as migrantes, una proporción alta (18%) de italianos/as, que constituye una población mayor a los 80 años.

Argüello llega en la década del '60. Vino solo y después fue a buscar a la familia, a mi padre y mi abuela y los trajo de Italia a Berisso”⁷⁵.

La “zona residencial” del barrio donde vivió Giácomo, el abuelo de Gisela está caracterizada por poseer una conexión casi total (de un 93%) a todos los servicios públicos, asfalto, casas de hasta tres plantas de material y propiedades en reparación para el alquiler o la venta, fenómeno creciente por la instalación cada vez mayor de Facultades en las inmediaciones del bosque y la consiguiente valorización del suelo. Es recurrente escuchar los compases del tango provenientes de alguna ventana de esta zona antigua, se repite el rito del asado del fin de semana y abundan las carnicerías, las fábricas de pastas, las casas chorizo y con patio al frente.

Desde quienes habitan esta zona del barrio, “todo lo demás es el fondo” explica Gisela, “no es parte del barrio”⁷⁶. Efectivamente, en diversas observaciones, pudimos comprobar que quienes habitan la zona residencial se consideran a sí mismos/as “los vecinos y vecinas” y utilizan los términos “abajo” o “fondo”, para referirse a los asentamientos más nuevos. Estas indicaciones espaciales están cargadas de significaciones sociales e históricas referidas a las características de quienes habitan ese “fondo”.

Además, cada día se producen tránsitos “unidireccionales” (Segura, 2011:97) de las personas que habitan los asentamientos precarios de “el fondo” hacia las instituciones de la zona residencial para resolver sus necesidades educativas, sanitarias, laborales y recreativas. “La mayoría de las mamás del fondo traen a sus hijos e hijas a la escuela de acá, y a la salita, porque en el fondo no hay, y la de Villa Nueva queda lejos”, explica Luz durante el recorrido por las instituciones que rodean la Plaza de la zona residencial.

Este tipo de tránsitos de los de “el fondo” hacia la zona residencial es recuperado en el trabajo de Morzilli (2014) sobre el impacto de la Asignación Universal por Hijo (AUH) en el barrio. Allí realiza una caracterización de algunos rasgos socio económicos de la mayoría de los/as 400 estudiantes que completan la matrícula de la Escuela N° 8 y afirma que, de la totalidad de la matrícula, aproximadamente el 75-80% reciben AUH⁷⁷. Recupera la preocupación de las autoridades de la escuela en torno al ausentismo, como una problemática muy presente en la institución, en donde se la vincula fundamentalmente a factores socioeconómicos, “ya que la mayoría de los alumnos que suelen faltar viven en asentamientos precarios, cuyas calles están sin asfaltar, en zonas absolutamente

⁷⁵ Entrevista a Gisela, 26/08/2015.

⁷⁶ Ibídem.

⁷⁷La Asignación Universal por Hijo fue sancionada por decreto en noviembre de 2009 como una política asistencial con intencionalidad universalista, intentando cubrir a los hijos e hijas menores de 18 años de trabajadores y trabajadoras desocupados y desocupadas, trabajadores y trabajadoras informales que cobren menos del salario mínimo, vital y móvil y monotributistas sociales.

vulnerables, donde existen situaciones de necesidades básicas insatisfechas, impidiendo a los niños concurrir al establecimiento educativo cada vez que llueve o incluso cuando otros factores se lo impiden. De los alumnos que presentan ausentismo, según las autoridades, la mayoría reciben la AUH” (Morzilli, 2014: 28)⁷⁸.

Como se dijo, la zona residencial es transitada cotidianamente por pobladores y pobladoras del resto de Villa Argüello, fundamentalmente niños, niñas, jóvenes y mujeres que se ocupan de su cuidado o trabajan en la escuela, el centro de salud o participan en la iglesia. Debido a que concentra estas instituciones, la plaza Manuel Belgrano se vuelve un epicentro de actividad y tránsitos que no siempre son recibidos con agrado con quienes allí viven. Como ejemplo de estas tensiones, reproducimos un fragmento de una nota de campo que hicimos un tiempo después del recorrido con Luz:

La plaza se ve abandonada luego de las elecciones, el que perdió ya no se ocupa y el nuevo ganador, el primer radical elegido intendente en Berisso, todavía no asume. A la salida del Colegio la plaza se llena de niños y niñas que se suben a los juegos antes de volver a sus casas. Sus familiares, en general madres, hermanas, tías, abuelas, los esperan mientras conversan en la esquina de la plaza más cercana a la Escuela N°8. Se ven grupos de mujeres más grandes acompañadas por niños y niñas más pequeños/as a quienes llevan de la mano o en cochecitos de regreso a la casa. Algunas de ellas viven en el “fondo”, otras en la zona más residencial. El monumento central de la plaza parece estar monopolizado por jóvenes más grandes que se quedan fumando en grupo. Algunas mujeres aprovechan el traslado a la escuela para hacer alguna compra en el almacén sobre la plaza antes de “volver al fondo”.

Un grupo de chicas adolescentes se acercan al resto de los/as vecinos/as con una encuesta elaborada en la escuela:

¿Qué opina de la inseguridad en el barrio?

¿Quién tiene la culpa?

⁷⁸ Como resultado de las entrevistas realizadas por Morzilli (2014) a las familias de los/as estudiantes, se mencionan como rasgos generales las formaciones monoparentales, donde los progenitores en su totalidad habían finalizado el primario, pero habían abandonado el secundario por razones económicas. En cuanto a la vivienda, la mayoría, viven en condiciones de hacinamiento, con diversos problemas y falencias en la infraestructura del hogar. Además, se trata en su mayoría de trabajadores/as no registrados, las mujeres empleadas domésticas, mientras que sus parejas realizan changas de mantenimiento o albañilería. El estudio agrega que, debido a los bajos ingresos de las familias, en su gran mayoría por debajo del salario mínimo vital y móvil, una parte significativa de las familias busca asistencia todas las semanas en la sede de Cáritas en la Parroquia San Miguel de Arcángel, ubicada en la misma cuadra de la Escuela.

¿Quiénes son los que roban?

¿Tiene que ver con la droga?

¿Qué hace la policía? ´

Según las jóvenes, decidieron con la docente realizar esta encuesta, debido al aumento de los robos en el barrio y la quema de coches, realizada -creen- por jóvenes “del fondo”.

Dos chicos adolescentes pasan por la esquina de la placita jugando a la pelota, bajan a la calle y siguen arrojándose la pelota de cordón a cordón.⁷⁹

El relato de la encuesta da cuenta de cómo opera la construcción simbólica en el espacio barrial, donde los/as habitantes del fondo son relacionados con el delito y la violencia, por lo que “vivir en el fondo” es sinónimo de ser peligroso. Además, de cómo se construyen estas significaciones desde las instituciones, en este caso, la escuela donde además asisten la mayoría de los y las jóvenes de esta área del barrio.

A lo largo del recorrido que hacemos con Luz por cada institución convocando a la feria, ella conversa con maestras, médicas, el sacerdote de la parroquia, las mujeres voluntarias en Cáritas. Se presenta como vecina e integrante de una “organización social” que trabaja en el “emprendimiento productivo de quesos del tambo de la Facultad”. Luego de las invitaciones, a la pregunta sobre por qué no nombra al Frente, Luz responde “hay prejuicio con los piqueteros y gracias a la feria, esta gente conoce lo que hacemos”.

A una cuadra y media de la Plaza Manuel Belgrano se encuentra el Centro Deportivo y Recreativo Villa Argüello (CDR VA), al que Luz, y otros/as habitantes, llaman “el club”. El CDR VA comparte manzana con los terrenos del Tambo y Huerta de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales “6 de Agosto”, donde funciona el Comedor “Juanito Laguna” del FPDS CN. Entre “el club” y el Frente se han observado articulaciones fluctuantes a lo largo del tiempo; cuando realizamos este recorrido desde el Frente se participaba de la gestión del mismo.

En el CDR VA nos encontramos con una decena de personas, varones y mujeres, que están realizando distintas actividades: cortando el pasto, marcando la cancha de fútbol con cal, juntando basura. Tienen una remera con la leyenda “Cooperativa en Lucha Juana

⁷⁹ Nota de campo N°59, 11/11/2015.

Azurduy- FPDS”. Entre ellos/as, está Fernando, -integrante al mismo tiempo del Frente de la Comisión Directiva del CDR VA- con quien Luz intercambia sobre los preparativos de la feria del sábado. En la asamblea del comedor “Juanito Laguna” de la semana anterior se había definido que la feria de quesos y verduras se realizaría en “el club” en lugar de en la sede del comedor, porque convocaba a más gente, permitía “abrirse más al barrio”. Entre los argumentos se esgrimieron que “el club” era más conocido y convocaba a vecinos y vecinas de las diferentes zonas del barrio⁸⁰.

La concepción de los y las integrantes del Frente que consideran que “el club” permite trascender fronteras al interior de Villa Argüello, coincide con lo analizado por Deambrosi (2009). Como parte de su estudio de las relaciones de poder históricas dentro de esta institución, plantea que, a partir de los vínculos con la militancia de base en el barrio, el CDR VA proyectó atraer a jóvenes de “el fondo” a través de actividades deportivas y culturales⁸¹.

En el recorrido con Luz, -habitante de “el fondo”-, por las instituciones de la “zona residencial” del barrio es habilitado por la pertenencia a un emprendimiento de una “organización social” y por la invitación a una feria en “el club”. Tanto en la elección del lugar para la feria, sumado a que la convocatoria que Luz realiza en las instituciones es desde “una organización social”, puede visualizarse una “táctica” -en términos de De Certau, (1996) como un recurso de habitar novedosamente un espacio demarcado desde lógicas de poder previas- de vinculación con sectores del barrio que normalmente no asistirían a una iniciativa de una organización piquetera. Esta táctica persigue la legitimación de un espacio y de una práctica política dentro del territorio.

El Frente tiene tres comedores en el barrio Villa Argüello. “Juanito Laguna” se llama el que está ubicado al lado del CDR VA, en el borde de la zona residencial; “Los Amigos”, emplazado en el sector del barrio intermedio; y “Madres Unidas”, en el asentamiento más reciente de “el fondo”. En el recorrido con Luz, nos dirigimos en primer lugar al “Juanito Laguna”, donde Luz terminará la primera parte de su recorrido de ese día y se reunirá con sus compañeros y compañeras para la asamblea semanal que comienza a las nueve de la mañana. Allí conoceremos a algunas de las mujeres que participan en cada uno de los comedores y que entrevistamos para este trabajo.

⁸⁰Nota de campo N°25, 17/05/2013.

⁸¹El fútbol infantil constituye el principal motivo de desplazamiento de decenas de jóvenes varones y mujeres desde diferentes zonas del barrio hacia la zona residencial. Además, en el CDR VA se realizan talleres artísticos y recreativos con niños/as y jóvenes, además de apoyo escolar. La historia de esta institución, de sus diferentes comisiones directivas y filiaciones políticas da cuenta de parte de las tensiones barriales, algunas de ellas vinculadas a la relación entre punteros políticos y organizaciones de vecinos/as, entre argentinos/as y migrantes, entre clase media y sectores populares, reconstruidas en profundidad en el citado trabajo de Nicolás Deambrosi (2009).

Zona residencial. Comedor “Juanito Laguna”: Entre las doñas y “la vagancia”

Para entrar al predio donde funciona el comedor tenemos que atravesar una vieja tranquera de madera que introduce a un paisaje rural, contrastante con las manzanas de casas y asfalto circundantes. En el ingreso puede leerse “Tambo y Huerta de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales ‘6 de Agosto’. Universidad Nacional de La Plata”. Del otro lado de la tranquera, barro profuso, ovejas, vacas, un ternero, gallinas. En el fondo, luego de un recorrido de unos 50 metros, nos topamos con una nueva tranquera que demarca el territorio que el Frente utiliza desde 2002. Allí hay dos construcciones de material: un comedor y un espacio de producción de quesos de campo. Enfrente, una casilla de madera con un cartel: “Biblioteca Infantil Juanito Laguna”. También hay un invernáculo de grandes dimensiones y parcelas de tierra arada alrededor. En el medio de este espacio y bajo un sauce llorón hay una mesa improvisada con una rueda de tractor de madera. Como dice Antonia, una de las integrantes del comedor, “Bajo aquel árbol se realizó la primera asamblea” y es el lugar donde, cuando el tiempo lo permite, se siguen haciendo estos encuentros semanales⁸².

En un video documental sobre este espacio llamado “Campo 6 de Agosto. Producción Sustentable con y para la comunidad” (FCAYF- UNLP, 2017) extensionistas de la Universidad cuentan la historia del predio donde se emplaza el comedor. Según allí relata Ramón Cieza, Secretario de Extensión de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, en el año 2002, docentes y estudiantes de la Facultad decidieron reactivar el trabajo en este predio⁸³ que “estaba subutilizado. Se venía de la crisis del 2001 y había todo un replanteo hacia universidades públicas sobre aportes a la sociedad”, agrega “y se decidió trabajar con organizaciones sociales”.

En un taller de reconstrucción de la historia del comedor⁸⁴, Leo, un integrante del Frente recordaba que “los chicos de la facultad nos cedieron un espacio para trabajar con el

⁸² Entrevista colectiva a integrantes del comedor “Juanito Laguna”, 16/4/2015.

⁸³ El Tambo y Huerta de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales “6 de agosto”, es un predio de casi ocho hectáreas pastorean vacas, se crían gallinas, se producen hortalizas en un enorme invernáculo, constituyendo también un espacio de prácticas para estudiantes universitarios. Este terreno está dividido en dos parcelas. En primer lugar, la ya citada de cinco hectáreas, donde se desarrollan actividades académicas y de extensión de la Facultad. Otra, de más de dos hectáreas baja densidad que ya fue cedida a la Asociación de Trabajadores Universitarios de La Plata para la construcción de viviendas para los trabajadores no docentes. Todo el predio limita con una superficie de más de 47 hectáreas, zonificada como de uso industrial, que se encuentra en construcción en la actualidad. Parte de su extensión tiene restricciones de uso ya que se encuentra lindera a las instalaciones de la refinería de YPF (Frediani, 2014).

⁸⁴ El taller consistió en dos encuentros realizados en el comedor y huerta “Juanito Laguna” el 25/4 y 9/5 de 2015, con la presencia 14 personas que participan o participaron del espacio desde 2002. El taller fue decidido en asamblea barrial, debido a que diferentes integrantes manifestaron la necesidad de reconstruir la historia del barrio y el movimiento. Salvo cuando se indique lo contrario, los testimonios transcritos a continuación fueron producidos en el marco de estos encuentros, cuyo contenido corresponde a las notas de campo N° 49 y 52.

MTD”. Según explica Celina, esta intención de una parte de la comunidad universitaria de la Facultad de Ciencias Agrarias, coincide con las del sector político que estaba impulsando los Talleres Infantiles en la calle Nueva York y en Villa Progreso⁸⁵, que empezaba a ver la potencialidad de la organización de los/as trabajadores/as desocupados/as en ese momento.

De esta forma, a fines de 2002, y en articulación con un sector de la UNLP, los y las militantes y jóvenes del Taller Infantil contactaron un grupo de vecinos y vecinas de Villa Argüello para trabajar en estos proyectos. Celina recuerda “Cuando llegamos a Villa Argüello algo de experiencia ya teníamos, no llegamos desde la nada, llegamos desde un grupo de militantes que habíamos hecho este recorrido: trabajo con niños y adolescentes, con mujeres, lucha por derecho al aborto, luchas electorales, como el Frente Grande, veníamos con esas experiencias. Y ya el surgimiento de los movimientos piqueteros en todo el país, en algunos casos como puebladas, en otros como un movimiento más chico, más fragmentando, así llegamos a Villa Argüello”⁸⁶.

Desde el sector impulsor del entonces MTD, si bien se reconoce el papel de la Universidad en la organización de los/as vecinos/as, se rescata como antecedentes las dos experiencias de conformación de este tipo de movimientos en otros dos barrios de Berisso: Villa Progreso y Nueva York. Estas historias previas, analiza Celina, permitieron que la “entrada” al barrio no se percibiera como algo “ajeno o desde afuera”. En su relato refuerza, entonces, la idea de que existían lazos previos con los vecinos y las vecinas del barrio, aclarando, además que los/as mismos/as jóvenes de los dos barrios citados fueron quienes activaron sus contactos familiares y de amistad para hacer una primera convocatoria a la organización. “No fue ‘desde afuera’ la presencia en Villa Argüello fue desde adentro de Berisso y del movimiento popular. Cuando llegamos a la casa de determinado compañero, fue porque habíamos hecho un recorrido previo muy importante en Berisso y en el país”⁸⁷. En este recorrido previo de militancia en Berisso descansa para este grupo la legitimidad de la inserción territorial en el barrio.

⁸⁵ Entrevista a Celina, 15/03/2016.

⁸⁶ *Ibíd.*

⁸⁷ *Ibíd.*



**Taller sobre la historia de
“Juanito Laguna”, 25/04/2015**

Todas las voces coinciden en que el nacimiento del MTD en Villa Argüello se produjo luego de la Masacre de Avellaneda y en un momento en el que el gobierno lanzó una enorme cantidad de subsidios de desempleo. Recuerda Leo, uno de los integrantes originales, que tenía alrededor de 20 años en el momento de fundación del MTD: “habían matado a nuestros compañeros, el gobierno estaba asustado, nosotros salíamos por trabajo, dignidad y cambio social, y nos dieron un montón de planes”. Por consiguiente, Guillermo, uno de los organizadores iniciales del comedor rememora que la convocatoria en el barrio “fue amplia” y para principios de 2003 la asamblea barrial llegó a estar formada por 90 personas, “divididas en dos turnos de participación y trabajo: mañana y tarde”.

Los y las integrantes más antiguos recuerdan este origen ligado a las amistades y confianzas previas generadas entre los jóvenes de los barrios donde ya había MTD. Guillermo explica: “No todos, pero un alto porcentaje de compañeros, se conocían porque habían estado presos, o en alguna movida. Eran todos del barrio, pero ese sector. Entonces cuando se empezaron a hacer las primeras reuniones acá, los vecinos del barrio estaban enloquecidos. Porque decían ‘¿qué están pensando estos?, ¿qué están preparando?’, decían ‘pero si estos son todos ladrones, ¿qué van a hacer?’, ‘estarán escondiendo algo’, empezó así”.

Durante el citado taller se realizó en papel una línea histórica para ubicar en ella el surgimiento del movimiento. Allí se señalaba como antecedente, a fines de la década de los ‘90, las “privatizaciones y cierre de empresas” y “la desocupación”. Según Celina, sin

embargo, en los primeros años del movimiento en el barrio, las referencias a la tradición industrial de Berisso y al trabajo formal eran lejanas en la mayoría de los jóvenes: “el menemismo había destruido económicamente a muchos sectores, fundamentalmente sectores donde el trabajo era una palabra lejanísima asociada al pasado: ‘mi tío trabajó en YPF’ podían llegar a decir... sobre todo los muy jóvenes, ya ni su familia había trabajado formalmente”, cuenta Celina. Esto podría asociarse a lo que algunos autores denominan la fragmentación de los imaginarios juveniles en relación con los itinerarios laborales, y a un desdibujamiento del trabajo como proceso articulador de lo colectivo, que va cediendo lugar a otros espacios como el barrial (Lozano, 2008). Estos jóvenes, en su mayoría varones, “amigos, con problemas con la ley” son los mencionados en el taller como uno de los sectores mayoritarios en la conformación inicial del MTD en el barrio.

Junto a los jóvenes, hubo una segunda vertiente que conformó, allí por 2002, el primer grupo promotor de la organización en “Juanito”. Se trataba de un conjunto de mujeres adultas, madres y abuelas, nacidas en Berisso o migrantes de otras provincias argentinas, algunas de las cuales tenían lazos de parentesco con los jóvenes. En el taller se nombraron a Antonia, Emilce, Norma como algunas de estas mujeres mayores (abuelas en su mayoría) que se integraron a trabajar en la huerta y el comedor en el inicio. Celina habla de las “doñas” que se sumaron en “la búsqueda de ganarse un mango” y que según ella traían una serie de experiencias colectivas y de resistencia previas ligadas a la supervivencia barrial, “todas las mujeres en algún momento algo estaban haciendo para parar la olla”⁸⁸.

Como veremos a lo largo de este trabajo, ese conjunto de experiencias previas: -el trabajo informal, las ventas callejeras, ferias, trueque, entre otras-, acercaría a estas mujeres a la posibilidad de integrar una organización social, al pensar esta participación como una estrategia más de sostenibilidad de la vida, de supervivencia individual y colectiva.

La relación entre los dos sectores mayoritarios, los jóvenes “marginales” o “la vagancia” (para las doñas), y las propias doñas, fue “muy compleja y contradictoria” (Celina). Ariel, que se asume como uno de los jóvenes “marginales” del comienzo, manifestaba en el taller, “por ejemplo, vecinas como Antonia, no lo podían creer, que nosotros queríamos armar algo”.

Estos dos sectores, los más afectados por el desempleo y la pobreza con el neoliberalismo debieron encontrarse en los territorios para resolver sus vidas. Y en esta tensión la organización es la que media, a partir del impulso a la construcción de “criterios”. Con esta palabra, tomada del propio léxico de los y las integrantes, nos

⁸⁸ Entrevista a Celina, 15/03/2016.

referimos a los acuerdos (no escritos) generados históricamente en el MTD primero y luego en el Frente en relación con la integración y permanencia de vecinos y vecinas en la organización. Estos “criterios”, algunos de ellos modificados a lo largo del tiempo, provienen de la deliberación colectiva, pero también son incorporados por la militancia desde experiencias previas. En este caso, en Villa Argüello recuerda Eliana, una de las impulsoras de la organización “copiamos algunos ‘criterios’ de las experiencias de Villa Progreso y Nueva York: para estar en el MTD hay que cumplir con el trabajo colectivo, hay que participar de la asamblea semanal, asistir a las marchas, participar de los talleres de formación semanales y pagar el fondo con el que se sostiene la compra de elementos para el comedor”. A cambio del cumplimiento de estos –“criterios”, los vecinos y vecinas se integraban al listado para obtener un subsidio de desempleo en el momento en que se obtuvieran dichos beneficios producto de la movilización, proceso que podía ser inmediato, o llevar varios meses, como recuerda Ariel “el principio fue duro. Muchos estuvimos meses marchando sin cobrar nada”.

Guillermo recuerda que se fueron generando otros “criterios” de funcionamiento específicos del barrio: “En las primeras asambleas discutíamos el tema del robo, entonces se aprobó en asamblea que cualquier compañero que robara a un pobre, no lo íbamos a defender, pero también estaba el problema de que a los compañeros les armaban causas permanentemente, entonces también se aprobó que si había una causa hacia algún compañero estaría todo el peso de la organización para defenderlo. Y eso se cumplía. Sobre esos valores en los cimientos, fue que se armó y creció el movimiento”. Sin embargo, estos mismos integrantes recuerdan que durante los primeros años se dio un proceso de diferenciación, entre los jóvenes que fueron incorporándose a la dinámica del MTD y aquellos que se fueron alejando o volvieron a tener problemas con la policía y tuvieron que mudarse del barrio. Coincide con lo evocado por Celina quien recuerda que quienes tuvieron mayor continuidad dentro del MTD “fueron y son las `doñas”, quienes además eran las que realizaban las tareas de reproducción y sostenimiento diarios: “el comedor, la copa de leche, el ropero, la huerta, puertas adentro del movimiento”. En cambio, “por lo menos en estos primeros momentos”, no solían tomar tareas de vocería en los medios o de gestión frente a las autoridades⁸⁹.

Entre las “doñas” que menciona Celina podríamos ubicar a Antonia, quien dijo en el taller “estoy en el comedor desde el primer día”, esto es, durante más de diez años al momento del citado encuentro. Antonia es tucumana, tiene más de 60 años, y vive en una zona intermedia del barrio. Comenta que se mudó desde Tucumán, primero a la ciudad de Ensenada y luego a Berisso buscando trabajo en la década de los `60. En los primeros años de 2000 ingresó al movimiento piquetero en conjunto con su marido, Tingo, trabajador de

⁸⁹ Entrevista a Celina, 15/03/2016.

la construcción, y, por tanto, con irregularidad en el empleo según el contexto. Mientras que, afirma Antonia, Tingo se alejó de la organización cuando mejoró el empleo en el sector de la construcción a mediados de los 2000, ella nunca dejó de participar en el Frente: trabajó en la huerta, en quesos, en conservas y pastas, en la biblioteca y cocinando en el comedor.

Esta persistencia de las mujeres en la organización barrial puede relacionarse con el hecho de que son las garantes de la mayor parte del trabajo de cuidados (Pérez Orozco, 2014), por lo que su participación en esta u otras instancias colectivas supone –más allá de los cambios económicos- la posibilidad de reproducir su vida y la de su familia.

Además del comedor, desde el principio se organizó un proyecto productivo de huerta orgánica en conjunto con la Facultad, donde los estudiantes realizaban parte de sus prácticas. Dice Luz “yo me integré a fines de diciembre de 2004, cuando ya se habían empezado otros proyectos como el de gallinas ponedoras, justo cuando se sumaron ‘los Juanitos’”. Se refiere a la Organización Barrial “Juanito Laguna”, que había sido expulsada del CDR VA y se acercaba al entonces MTD para proponer construir una Biblioteca Infantil (Deambrosi, 2009). Como recuerda Antonia: “Cuando estaban ‘los Juanitos’ se veía mucha vida, a través de los chicos permitía meterse más en el barrio, hacer actividades por fuera del campo. Permitía el intercambio con el barrio (...) estaba bueno salir a encontrarse con los vecinos”. Agrega Leo “la biblioteca empezó a cambiarle la imagen a la huerta” a partir de la concurrencia de niños y niñas a diferentes actividades en un espacio que anteriormente estaba asociado, como dice Ariel, al “comedor de los piqueteros”. Pronto el barrio comenzaría a autodenominarse “Juanito Laguna”, debido al nombre que tenía el citado colectivo de trabajo barrial infantil. Con la llegada de esta experiencia, y la ampliación de las actividades en el predio, la contradictoria relación entre “doñas” y “jóvenes marginales” se fue volviendo menos tensa.

En la línea de tiempo, se señala que en 2006 se inició la reactivación del tambo de la Facultad para la elaboración de quesos de campo, donde participa Luz con continuidad desde aquel momento⁹⁰. Otra de las participantes del Frente que trabaja elaborando los quesos es Viviana, a quien entrevistamos en distintas oportunidades. Nació en una zona semi rural de Florencio Varela en una familia “donde mi papá era el dirigente” o “el patriarca”. Durante su adolescencia y juventud participó en una cooperativa rural APF (Asociación de Productores Familiares) “pelando pollos” y en otra organización piquetera, el MIJD (Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados), cuyas demandas según Viviana “no entendía mucho en ese momento”. Se mudó a La Plata, a contramano de la voluntad paterna, a partir de un proyecto de la UNLP que impulsaba a jóvenes campesinos y campesinas para estudiar Agronomía. Allí se integró a la agrupación estudiantil

⁹⁰ Entrevista a Luz, 15/08/2015.

Cambium, entonces integrante del sector estudiantil del FPDS, y luego, a partir de 2009 comenzó a participar en el sector barrial “por necesidad y por convicción”.

Actualmente, Viviana vive en Villa Argüello, a tres cuadras del comedor, en una casa mitad material y mitad madera en un terreno tomado en conjunto con su hermano y su cuñada. Tiene un hijo de cuatro años, Rodrigo, y en el momento de las entrevistas es único sostén de hogar. Junto con Luz y Fernando, Viviana suele tomar un rol ordenador e impulsor de la asamblea semanal.

El día que realizamos el recorrido barrial con Luz, la hora convenida para la asamblea en “Juanito Laguna” encuentra a Antonia, Antonita y Rosita cocinando, Leo trabajando en la huerta junto a un estudiante de Agronomía y Marta junto con sus hijas entrando con una carretilla y dos baldes la arena que trajeron para la construcción. Entonces Viviana, luego de saludar a Luz que entra al comedor, va a buscar sobre la heladera el cuaderno donde se anotan las memorias de cada reunión y propone “armar el temario”. Luz plantea que la asamblea tendría que realizarse dentro de la cocina, para que puedan participar las cocineras, en pleno trabajo.

Luego de una asamblea- almuerzo de dos horas donde se conversan los temas: “comedor, mercadería, marchas, formación, mujeres, feria y aportes al fondo”, Luz, Viviana y Antonia se trasladan al local del tambo, hacen unos números, y Luz carga cuatro quesos grandes y dos pequeños en una canasta de mimbre. Luego de despedirse y volver a recordar el horario de la feria, Luz coloca la canasta de mimbre en un vehículo tipo triciclo que tiene un cajón trasero a modo de maletero y seguimos el derrotero barrial, a pie, pero llevando los productos para vender.

Zona Intermedia. Comedor “Los Amigos”: trabajo, familia y chamamé

Después de cruzar las dos tranqueras, comenzamos la caminata en dirección “hacia el fondo del barrio”. Mencionamos anteriormente que la zona residencial está ligada a la fundación del barrio, con una primera ola de migración europea de posguerra y la presencia de trabajadores/as de Berisso centro que hicieron sus casas de descanso en la zona, primando las grandes extensiones de tierra que actualmente fueron loteadas y vendidas o alquiladas. Rodeando el predio de la UNLP por la calle 64 transitamos con Luz por una zona del barrio más recientemente urbanizada, compuesta por pequeñas casas de material y que en algunos casos aún no tienen los todos los servicios, pero cuyos habitantes, a diferencia de quienes viven en “el fondo”, están asentados en el barrio desde hace décadas, y son más reconocidos por las familias fundadoras. Se trata de familias que provienen de una segunda ola migratoria, de carácter interno, de trabajadores/as de las provincias -

santiagueños, chaqueños, formoseños-, que se asentaron durante la década del '60 detrás de la consecución de puestos de trabajo en fábricas de la región, intentando mejorar la calidad de vida que llevaban en las provincias. Es recurrente, al recorrer estas calles, escuchar desde algún parlante el ritmo de un chamamé, encontrar en las casas altares al Gauchito Gil o a las Vírgenes tributadas en algunas provincias del noreste como Santa Catalina, y la realización de reuniones festivas donde nunca faltan la sopa paraguaya, el *chipá*, y el *tereré* con yuyos.

Esta migración coincide, según Deambrosi (2009), con la fundación, en 1964, de un espacio vecinal promovido por estos vecinos que se empleaban en las fábricas de la zona: el “Club Nueva Villa Argüello”. Obreros de Astillero Río Santiago, YPF, Frigoríficos o de la construcción conformaron las primeras comisiones directivas de este espacio, con actividades fundamentalmente orientadas a la población masculina: bochas, cartas, buffet, constituyéndose también en un lugar de debate sobre problemáticas barriales en su origen. El club está “afuera” de la 64, sobre el asfalto, pero lindante a los asentamientos sobre calles de tierra al fondo, donde casi no transitan autos, por lo que el ritmo parece más lento. Calles muy transitadas a pie, por grupos de mujeres con cochecitos, y niños y niñas, y bolsas de compras, en grupo, van y vuelven del colegio, salen a hacer diligencias, mandados, trámites. Luz decide no detenerse en el Club Nueva Villa Argüello para invitar a la feria, porque, afirma, es “el club de los punteros” (en referencia a vecinos/as identificados/as con el gobierno municipal) por lo que “no hay relación entre el Frente y este Club”.

Como otra frontera barrial, la 64 presenta un tránsito permanente de carros, bicicletas, motos y autos, y es la principal arteria que comunica la “zona residencial” de Villa Argüello con “el fondo”. En diferentes recorridos observamos que es un camino transitado cotidianamente por quienes salen por la mañana a trabajar al centro de La Plata o de Berisso y vuelven al final de la tarde, con la máquina de cortar pasto en la moto, o bicicleta, con herramientas, con pequeñas mochilas en las espaldas de las que sobresale un inflador o algún machete. También la caminan las decenas de mujeres, migrantes en su mayoría, que viajan al anochecer hacia el centro platense para trabajar cuidando alguna anciana o persona discapacitada durante la noche⁹¹. A ciertas horas pico, se observan grupos de mujeres de diferentes edades transitando desde el fondo hacia la zona de las instituciones. Los niños y niñas que van y vienen del colegio, del entrenamiento de fútbol, del Centro Educativo y de la placita también toman este camino, que bordeando el predio de la UNLP

⁹¹ Esta realidad puede entenderse dentro del proceso que algunas autoras han conceptualizado con matices, como división sexual e internacional del trabajo de cuidados, movilización nacional e internacional de mujeres de servicios (Tabet, 2004), hetero-circulación de las mujeres (Falquet, 2016), o externalización de tareas reproductivas (Sassen, 1991). Este proceso se vincula con que frecuentemente las mujeres migrantes de sectores populares suelen absorber parte de los empleos relacionados con el trabajo de cuidados de personas o doméstico en los países de destino.

los y las conecta con el fondo. También pueden verse cotidianamente grupos de varones de entre diez y quince años aproximadamente que caminan solos, vistiendo equipos deportivos, viseras, llevando una pelota de fútbol en la mano. Por ser una calle tan transitada, es común que las paredes en las esquinas o en casas abandonadas tengan murales de apoyo a algún candidato o de reivindicación del Club de fútbol Gimnasia y Esgrima.

Sobre esta avenida importante, la calle 64 y frente al citado predio de la Universidad, está situado un galpón de compra-venta donde los trabajadores/as cartoneros/as, llegan, luego de sus recorridos en el centro de La Plata, para pesar y vender cartones, botellas de plástico y papel. Puede observarse que en su gran mayoría quienes venden los materiales allí son varones que viven en determinadas zonas periféricas del barrio: en la zona comprendida entre las calles 64 y 66 bis, y la 122 hasta la 131. Al decir de las vecinas, la mayoría de los/as cartoneros/as son de origen argentino, debido a que los peruanos, paraguayos y bolivianos que habitan los asentamientos “del fondo” más lejano, “trabajan más en la construcción”⁹².

En referencia a la provisión de servicios públicos, la 64 constituye, al igual que la 122, un nuevo límite geográfico que demarca un adentro y afuera. Las calles paralelas en ascenso a la 64 están en muy mal estado o directamente no asfaltadas, son más bajas y se inundan permanentemente o mantienen charcos de verdín que impiden a los vecinos y vecinas bajar a la calle sin mancharse la ropa.

En la caminata sobre esta avenida, llegamos al fin del asfalto a partir de su cruce con la 131. En esos asentamientos intermedios entre la “zona residencial” y “el fondo” viven las personas que migraron aproximadamente en una tercera ola, desde la década de los ´80 en adelante, época en la que se produce un considerable aumento en la población del barrio: de 3.020 habitantes en 1980 pasa a tener 5.235 hacia 1991. En esta zona, se asienta una población migrante de diferentes provincias del noreste argentino sumadas a un 20% de migrantes de países limítrofes (80% Perú, 10% Paraguay y un 10% Bolivia y otros países), que llegaron desde la década de los ´90 en adelante (Deambrosi, 2009).

En esta zona intermedia, pero ya en calles de tierra, está ubicado el comedor “Los Amigos”, del FPDS CN. Hacia allí se dirige Luz en su recorrido para difundir la feria del sábado y conversar con su compañera y amiga Catalina. En la puerta del comedor encontramos a una decena de personas limpiando la zanja. Están vestidos/as con ropa de fajina, pero no utilizan los típicos chalecos naranja de la Municipalidad. Se trata de la cuadrilla de la “Cooperativa en Lucha Juana Azurduy” del FPDS CN que trabaja en esa zona, desmalezando, limpiando las calles y juntando basura. La mayoría de estos vecinos y

⁹² Entrevista a Evangelina, 05/04/13.

vecinas participan del comedor también, realizando, en el caso de las mujeres, tareas de cocina, y mantenimiento en el caso de los varones. En este espacio, se mantiene bastante inalterable, (aunque con alguna excepción clave) la división sexual del trabajo que impera en la mayoría de los hogares.

El comedor “Los Amigos” -cuenta Caty- se armó un año después que “Juanito Laguna”, en 2003, atrás de mi casa”⁹³. Caty y su marido Luciano se habían mudado desde Formosa a Villa Argüello en los ’90. El espacio es concurrido desde entonces principalmente por mujeres migrantes de Formosa, Chaco, Paraguay, y otras oriundas de la zona de Berisso, y realiza tareas de sustento colectivo como copa de leche, comedor, y otras actividades vinculadas a la finalización educativa y espacios de capacitación en forma de cursos breves⁹⁴. Celina, organizadora inicial del Frente en Berisso, define al grupo promotor del comedor como un grupo tradicional del interior, “un grupo de mucha estabilidad barrial, de gente respetada en el barrio, que laburaban, le metían esfuerzo, estaban levantando sus casitas”, pero también con ciertos valores y modos organizativos que contrastaban con la “vagancia” que abundaba en los primeros años del comedor “Juanito Laguna”. Predominan allí las mujeres con hijos/as e incluso nietos/as que llevan a jugar y tomar la leche al comedor mientras ellas cocinan sopa paraguaya, chipá, tortillas y otras comidas de sus regiones de origen. Este espacio también es una de las sedes del FPDS CN donde se realizan plenarios y reuniones de delegados y delegadas del resto de los barrios y cooperativas de Berisso. Esto se debe a que está ubicado en una zona de fácil acceso para los otros militantes barriales y por tener un espacio de material que permite cubrirse del frío y el calor extremos, según la época del año.

Al encontrarse con sus compañeros y compañeras cooperativistas, Luz estaciona el triciclo y saluda. Le preguntan por los quesos, a lo que la trabajadora del tambo contesta que los que carga “están todos pedidos” pero que llevaría para vender a la feria el sábado.

Una de las trabajadoras que participa en “Los Amigos” desde hace más tiempo es Emilce. Es una mujer de casi 60 años, nacida en una zona semi rural de la periferia platense y que se mudó a Villa Argüello al casarse. Su marido, Cirilo, fue trabajador de YPF, hasta que fue despedido con la privatización de la década de los ’90. Esta situación llevaría a que en los tempranos 2000 ambos se integraran al MTD en “Juanito Laguna” primero y luego en “Los Amigos”, cuando este se conformó un año después. “Cirilo me dijo: están anotando. Yo dije, yo sola no voy a ir. Él ya no tenía trabajo en YPF y fuimos un viernes y un 28 de enero empezamos a trabajar en la huerta los dos. En seguida dijimos que sí, por la necesidad, no teníamos plata. Fue el año que había fallecido Darío y Maxi. Entramos

⁹³ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

⁹⁴ Entrevista colectiva “Los Amigos”, 09/09/2015.

nosotros, me acuerdo la primera vez que fui al Puente, no conocía a nadie, muerta de miedo”⁹⁵.

Emilce forma parte de aquellas vecinas que ha tenido participaciones muy fluctuantes en la organización a lo largo del tiempo, “saliendo” y “entrando” de la misma según la situación económica familiar e incluso las problemáticas personales con integrantes del colectivo. En dos oportunidades decidió dejar el movimiento e “irse” al Municipio⁹⁶. Sin embargo, luego pidió volver a ser reincorporada, lo que sus compañeros/as permitieron en ambos casos, debido a su trayectoria en la organización⁹⁷.

Más allá de la participación intermitente de Emilce en el movimiento, ella reconoce que lleva algunas prácticas aprendidas en el movimiento, como la división de tareas durante los cortes y las asambleas a las protestas barriales. Podríamos decir entonces, que estas prácticas forman parte de un repertorio de lucha (Auyero, 2002b) que las vecinas ponen a disposición de luchas vecinales más allá del Frente. “En el barrio dicen de mí: ‘está con los piqueteros’. Yo no les digo nada o digo, ‘gracias a los piquetes que hicimos tienen luz’. No digo: ‘tenemos luz’, digo ‘tienen luz’. Y ahí me dicen: ‘yo no pude ir...’”⁹⁸. Frecuentemente los vecinos y vecinas que participan de este comedor son parte de quienes se movilizan por la falta de energía eléctrica, problema persistente en la zona, generalmente aportando parte de su experiencia militante en los cortes de la avenida 60 rumbo a la destilería.

Como observamos en dos oportunidades durante noviembre de 2015⁹⁹, en estos cortes, y como cuenta Emilce, las integrantes de “Los Amigos”, “participamos como vecinos comunes”, aunque sean quienes frecuentemente consiguen las gomas para cortar la calle, los teléfonos de los medios de comunicación locales o convoquen a las asambleas durante las protestas. Esto se debe a que consideran que a los vecinos y vecinas no organizados “no les gusta que les hablen de política”.

Catalina (“Caty”) es la principal compinche de Luz en la organización de las ferias y mercados populares. Por cuando entramos al comedor “Los Amigos”, golpea la ventana de la casa de Caty. Catalina, pelo corto y colorado, acento formoseño, está vestida con ropa de trabajo y con las manos llenas de planillas. Es una de las mujeres con mayor referencia y protagonismo en todas las tareas del FPDS CN en Berisso. A pesar de haber comenzado su

⁹⁵ Ibídem.

⁹⁶ Con esta expresión nos referimos a la práctica de vecinos/as que, a pesar de haber logrado el ingreso a algún programa, plan o “beneficio” estatal como resultado de su pertenencia al Frente, decide dejar de participar y seguir cobrando este ingreso, poniéndose bajo la órbita de la municipalidad y su red de agentes.

⁹⁷ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

⁹⁸ Entrevista colectiva en “Los Amigos”, 09/09/2015.

⁹⁹ Nota de campo N°60.

participación en 2004 en este comedor, pocos años después Catalina comenzó a trabajar en la cooperativa de trabajo del FPDS CN en el barrio Villa Nueva, y empezó a participar en otros espacios, dejando su participación cotidiana en “Los Amigos”, donde trabaja Luciano, su marido, y ampliando su desempeño en tareas de todo Berisso, e incluso regionales. Desde el surgimiento de “Los Amigos”, el entonces Espacio de Mujeres realizó diferentes talleres de género con las vecinas del barrio en ese comedor, de las que Catalina siempre fue activa participante¹⁰⁰. Participa de los Encuentros Nacionales de Mujeres, y de todas las movilizaciones con reivindicaciones de género. Es integrante del grupo de gestión de la organización con el municipio, va a todas las reuniones semanales de delegados/as barriales, las reuniones territoriales regionales, los encuentros nacionales, los espacios de formación política y trabaja todos los días en la cooperativa de limpieza del barrio y en tareas administrativas de la misma. Según afirma su marido “desde que entró al movimiento, Catalina en la casa no cocina más”¹⁰¹.

Caty y Luz definen algunos detalles organizativos de la feria e intercambian algunas planillas. Luz le entrega un queso grande que Caty le paga y se despiden hasta el día siguiente.

¹⁰⁰ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

¹⁰¹ Nota de campo, N°19 05/03/13.



Comedor “Los Amigos”, 2016. Archivo personal.

Al salir de “Los Amigos” con Luz miramos de frente a la empresa más importante de Villa Argüello y actualmente, de Berisso. A esta altura del recorrido, es patente el cambio atmosférico que produce la destilería de YPF, que en 64 y 131, se encuentra a menos de

tres cuadras. Esta cercanía produce el aumento de un sonido ambiente permanente, un ruido sordo y mecánico que no se detiene en ningún momento. YPF se escucha, se ve y se respira en esta zona, aún a pesar de las cortinas de sauces y otros árboles que los propios vecinos y vecinas fueron plantando para menguar el contacto.

En un trabajo de Giorgetti y Fajardo (2015), puede leerse la siguiente descripción de esta zona que comenzamos a transitar en este momento del recorrido:

“Limitando la refinería de YPF, se fueron ocupando tierras inundables. La ocupación de la que hablo es aquella de Berisso, entre el barrio Villa Arguello y Villa Nueva. Aproximadamente desde la calle 131 hasta la 143 y a lo largo de la 8, calle de tierra sobre la que se estructuran casas precarias. “Poceada” hasta el exceso, principal vía de circulación por donde transitan los vecinos y vecinas que habitan las ocupaciones más recientes de la periferia oeste de Berisso. Motos, bicis, personas a pie o en auto es la imagen más regular en un paisaje marcado por bañados, basura, perros flacos y los inmensos tanques de la refinería. En esta región, el 70 % de los vecinos y vecinas tienen problemas respiratorios. Desde hace dos años al menos hay veredas construidas por cooperativistas en el programa Argentina Trabaja. En esta misma zona el 100 % de quienes viven no tienen títulos de propiedad, ni agua potable, ni luz legal, ni luminarias, ni un colectivo medianamente cerca, ni cloacas (...) Estas tierras ocupadas en los últimos 10 años, no son reconocidas por el intendente, llegando hasta incluso propiciar comentarios racistas en los medios de comunicación” (2015: 103)¹⁰²

La gran mayoría de las casas en esta zona se encuentran en obra, proceso que se activa los fines de semana cuando sus habitantes están posibilitados de dedicarle tiempo a esta tarea. Pueden verse, conforme se avanza hacia el fondo, pequeños comercios improvisados en las casas que venden desde milanesas hasta helados, lotes sin medianera con poco espacio libre de construcción, mezcla de casillas de madera, chapa y comienzos de cimientos de material. A los tumbos sobre los pozos de las calles de tierra, avanzan motos con dos, tres y hasta cuatro personas encima. Los pocos autos que vienen y van desde el fondo levantan nubes de polvo y transitan lento, esquivando baches y zanjas. En la esquina marcada por el fin del asfalto es recurrente la presencia de jóvenes varones en su

¹⁰²Los problemas ambientales que enfrenta la región de La Plata, Berisso y Ensenada se relacionan con las emisiones de gases contaminantes del Polo Petroquímico, la falta de tratamiento de líquidos cloacales, la deforestación del monte ribereño, entre otros. Una estadística elaborada por el hospital Cestino, de Ensenada, entre 1998 y 2000, marcaba que un 70 % de las consultas correspondían a problemas respiratorios (Giorgetti y Fajardo, 2015).

mayoría, sentados o parados, vestidos con ropa deportiva, que fuman o toman cerveza por la tarde. Se movilizan en motos o bicicletas. En la calle y en los pequeños comercios las diversas entonaciones de los/as habitantes de las provincias empiezan a cruzarse con otros acentos y otras lenguas, debido a que en esta zona crecientemente se asientan familias peruanas, bolivianas y paraguayas. También suenan otros ritmos musicales, *sayas*, *tinkus*, *waynos*, cumbias peruanas y salsas. Comienza aquí la zona de migración más reciente, y de condiciones aún más deficitarias en términos de infraestructura y servicios. Las malas condiciones nos obligan a empujar entre las dos el vehículo que contiene los quesos para poder avanzar.

En el derrotero para difundir la feria camino a casa, Luz golpea la puerta de una casa pequeña de material, con flores en la puerta. Sale una mujer de unos 35 años, vestida con un ambo blanco y la invita a pasar.

Mariela nació en Quitipilí, una comuna rural de Chaco. Trabajó desde chica en el campo y cuando migró a la provincia de Buenos Aires a los quince años lo hizo escapando de su familia, y de la mano de un novio. Llegaron a Villa Argüello “porque había tierra para ocupar”. Con tres hijas para mantener y un marido violento, Mariela se integró al Frente para trabajar y tener un ingreso. Con algunas reincidencias, Mariela pudo salir de ese vínculo y menciona al movimiento como “una salida para afuera de su casa”¹⁰³. Sus hijas mayores, Romina y Fiorella también formaron parte de los talleres de jóvenes en el FPDS CN. Participaban del taller de oficio textil en la Cooperativa de Trabajo en Lucha Juana Azurduy, y en los encuentros de jóvenes sobre género y sexualidad.

En la actualidad, sin embargo, Mariela, y también sus hijas, dejaron de participar en el movimiento. Trabaja de enfermera para una mutual estatal, donde no les pagan y “estamos haciendo protestas”¹⁰⁴. La historia de Mariela será retomada en el capítulo VI. En esta oportunidad, promete a Luz que se va a acercar a la feria en el club.

En “el fondo”. “Madres Unidas”: peruanas, bolivianas y paraguayas

Para llegar a la casa de Luz todavía tenemos que atravesar el asentamiento más reciente de “el fondo” de Villa Argüello, en donde viven varias compañeras y vecinas que debe visitar. El barro arcilloso vuelve casi imposible, incluso, el avance a pie con el triciclo.

¹⁰³ Entrevista a Mariela, 08/06/2015.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

Las quince manzanas ubicadas más allá de la 64 y de la 131 constituyen la zona más baja del barrio. Según Luz, “los funcionarios municipales nos dicen que en sus planos somos un bañado detrás de la destilería”. Este terreno fue convertido en asentamiento a partir de sucesivas tomas colectivas e individuales en la última década, y una actividad permanente de producción de ciudad (Giorgetti y Fajardo, 2015). Aunque está poblada por algunos migrantes internos, es marcada la presencia de migrantes de Perú, Bolivia y Paraguay, que constituyen un tercio de la población como ilustramos previamente con la inclusión los datos censales. A pesar de la declaración de Berisso como “Capital Provincial del Inmigrante”, estas poblaciones crecientes son las ignoradas en celebraciones oficiales. Como explica Luz “los inmigrantes de Berisso para el Estado siempre fueron los europeos, blancos”. Por consiguiente, en las Fiestas Provinciales del Inmigrante que el gobierno y las colectividades organizan cada año, no hay presencia, de las comunidades de peruanos/as, bolivianos/as y paraguayos/as que van cambiando el rostro de las periferias de Berisso. Esta negación oficial, se complementa con la construcción del estigma barrial del que hablamos, a partir de la diferenciación de zonas del barrio demarcadas por rasgos socioeconómicos pero también raciales.

Esta identificación como “el fondo” parte de la mirada de los y las habitantes de la zona histórica o residencial del barrio, que buscan diferenciarse, pero también de aquellos/as que viven en la zona bisagra o intermedia que fuimos recorriendo con Luz. Visualmente, el cambio del paisaje es evidente. En su gran mayoría, las viviendas son de chapa y madera y se carece de título o certificado de propiedad, ya que el acceso a la misma fue a partir de la ocupación o la compra a especuladores que previamente se las apropiaron para vendérsela a nuevos ocupantes¹⁰⁵. Casi la totalidad de los y las habitantes carecen de conexiones de gas, agua corriente, cloacas, y las instalaciones eléctricas son precarias y con baja tensión. Con el comienzo de las calles de tierra termina el recorrido del camión de la basura, por lo que se generan basurales en las esquinas, siempre frecuentados por animales que rompen las bolsas y dispersan su contenido. En el momento que llueve y varios días después, las calles se vuelven intransitables en vehículos, en parte porque la tierra es arcillosa y las zanjas se rebalsan. El desagüe se produce por zanjas cavadas por los vecinos y vecinas en los frentes de las calles y son comunes los cortes de energía eléctrica, debido a tendidos deficitarios y falta de medidores acordes a la cantidad de población asentada¹⁰⁶.

¹⁰⁵ Nota de campo N°3, 29/08/2012.

¹⁰⁶ Según el análisis de los datos del CENSO 2010, sólo el 6,25% de los/as habitantes de la zona tienen conexión satisfactoria a los servicios básicos.



Las condiciones de infraestructura precaria se combinan con otros rasgos de vulnerabilidad como la precarización laboral, y acceso dificultoso al transporte público y a dispositivos de salud y educación (Giorgetti y Fajardo, 2015). Según se escuchó decir con frecuencia a vecinos y vecinas en las asambleas, “todo lo hacemos nosotros”, es decir, la construcción de mejores condiciones de infraestructura y servicios es una actividad permanente que realizan prácticamente de manera autónoma de un estado municipal que no facilita la tarea, y a lo sumo en conjunto con organizaciones populares como el Frente u Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) como “Un techo para mi país¹⁰⁷” que trabaja en la zona. Esta actividad de construcción del barrio no se detiene, ya que frecuentemente barrios como Villa Argüello son afectados por inundaciones producto de precipitaciones que en otras zonas no generarían estas consecuencias, anegación de calles y por lo tanto

107 Un techo para mi país es una ONG formada por jóvenes voluntarios que se define “con autonomía política y religiosa” y trabaja en “la construcción de viviendas de emergencia y planes de habilitación social” en barrios populares. (Guía ONG, disponible en <https://www.guiaongs.org/directorio/ongs/un-techo-para-mi-pais-argentina-5-1-1912/> consultada: 3/10/2018)

falta de ambulancias y transporte, cortes de luz y explosiones, incendio de casillas por la implementación de formas de calefacción caseras, rebalse de pozos ciegos, entre otras situaciones de crisis ambiental y social que los vecinos y vecinas deben contrarrestar permanentemente. Es común observar el avance de las obras de construcción de casas, relleno de calles, realización de pozos para desagüe, recolección de basura realizada individual o grupalmente por los vecinos y vecinas. Esta tarea de construcción del territorio es el aspecto más frecuentemente invisibilizado por los discursos poderosos de los medios y los políticos, que tienden a difundir una imagen de desidia y abandono por parte de los/as habitantes más pobres.

En las gestiones con autoridades municipales, las mujeres sostienen que esta zona del barrio sólo aparece en los planos de las políticas sociales en dos momentos principales: en etapas de campaña electoral y como escenario de hechos policiales y políticas punitivas de control territorial¹⁰⁸. En cambio, como dijimos, la permanente actividad de los y las habitantes más pobres para “producción del espacio habitable” (Schteigart, 1990), es decir “hacer el barrio” en una expresión nativa, tomando en sus manos la realización de derechos mínimos que el Estado no reconoce, es invisibilizada desde los medios locales y los discursos gubernamentales. En este marco, incorporar la perspectiva de los propios habitantes permite poner en valor su capacidad de agencia, así como mostrar las tácticas que desarrollan para poner en el mapa a estos barrios y asentamientos que constituyen luchas territoriales. “Todo lo que conseguimos lo conseguimos en la lucha”, es una frase repetida permanentemente en las asambleas barriales del FPDS CN, como lema y explicación de los avances colectivos en materia de consecución de recursos y mejoras barriales.

Las comunidades peruana y boliviana han aportado en la zona dinámicas organizativas y repertorios tradicionales de sus países de origen en relación con la gestión de la vivienda y la ciudad, con mecanismos de cooperación y solidarios que se ponen en práctica en los territorios que habitan en Berisso. El rol de las mujeres migrantes en estas actividades colectivas es fundamental por ser quienes están presentes en la cotidianeidad del barrio, y generan estos lazos como formas de sostenibilidad de la vida (Federici, 2013 b; Gutiérrez, 2017; Pérez Orozco, 2014). De esta forma, se volvieron corrientes la organización de “polladas” solidarias (venta de pollo frito y asado con un condimento de especias típico), fiestas, *mingas*, “pozos” comunes para el arreglo de calles y luminarias, así como las formas de crédito autogestionadas por los vecinos y vecinas. “Nosotros ponemos unos pesos todos los meses en un “pozo”, y se va sorteando a qué vecino le toca para hacer su casa, o mejorarla, y así cada mes hasta que te toque, mientras tanto seguís aportando”, relata Aleja, una vecina que migró a Villa Argüello en 2007¹⁰⁹. De esta forma explica una

¹⁰⁸ Nota de campo N°40, 23/09/2014.

¹⁰⁹ Entrevista colectiva en “Madres Unidas”, 14/07/2016.

modalidad de ahorro y préstamo que establecieron en la zona más precaria del asentamiento para facilitar la obtención de una suma de dinero que permita realizar arreglos significativos y compra de materiales de forma rotativa a cada familia. Desde Bolivia, se aportó la práctica de la *minga*¹¹⁰: “cuando sabemos que algún vecino o familia se está haciendo la casa, es común ir a ayudarlo, sobre todo en dos momentos: las bases y el encadenado, también con el techo, y ni se pregunta, se va a la casa directamente. Porque uno sabe que cuando le toque a uno, ese vecino tiene que estar también”. Así define Margarita, una vecina boliviana el traslado de una lógica de construcción colectiva del altiplano boliviano a este territorio.

Precisamente en “el fondo” de Villa Argüello vive la mayoría de las mujeres que participan de las actividades de las organizaciones sociales y específicamente de los comedores del FPDS CN. En algunos casos tienen entre ellas relaciones de parentesco, en otros son simplemente vecinas que forman parte de la misma organización, aunque en todos los casos se acercaron a lo colectivo por conocimiento previo de alguna/o integrante anterior, según relataron en la entrevista colectiva ya citada en la que rememoraron el origen del espacio. El comedor “Madres Unidas”, ubicado en las calles 65 y 136, fue conformado en mayo de 2008 mayoritariamente por mujeres peruanas, paraguayas y bolivianas, recientemente asentadas en la zona y que se organizaron a instancias de otras vecinas que participaban de la organización en otros comedores. El surgimiento de este enclave comunitario se fue gestando en un proceso paralelo a la migración y a la ocupación (llamada “usurpación” por los mismos habitantes) de estos terrenos. De esta manera, la conformación de la copa de leche primero y del comedor luego fue una parte de la estrategia de los vecinos y vecinas recientemente instalados en Villa Argüello, que al tiempo que cortaban el pasto, abrían calles y montaban sus casillas, vieron en la colectivización de la satisfacción de la necesidad alimentaria, una forma de sustentabilidad de sus vidas precarizadas.

¹¹⁰La *Minka* o *Minga* era la práctica por medio de la cual los ayllus (comunidades del altiplano boliviano) se organizaban para trabajar juntos con fines sociales (Ministerio de Educación de Bolivia, 2013).



Comedor “Madres Unidas”, 2015. Archivo personal.

En poco tiempo, las actividades de cocinar colectivamente para las familias se ampliaron hasta generar emprendimientos de trabajo y mejoras barriales. Resulta significativo que estas prácticas de cooperación y construcción colectiva trascienden la edificación de viviendas personales y familiares para pensar el hábitat general en el barrio. “En Villa Argüello hicimos las veredas, compramos la tierra para rellenar las calles, hicimos las zanjas”, afirma Rosa. Estas estrategias de autogestión se combinan de maneras diversas con las gestiones y movilizaciones de exigencia al estado municipal. “Con la organización fuimos al municipio a reclamar arreglos en todos los barrios, pedimos tierra para rellenar, y también certificados de posesión de los terrenos en los que estamos. El problema principal que le planteamos al intendente es el de la Autopista, que es una amenaza permanente”, afirma Amira. Con esto se refiere a que la construcción de esta vía implicaría el desalojo y demolición de todo el asentamiento.

De esta forma, las prácticas de “producción de ciudad” combinan las iniciativas comunitarias aportadas por los/as migrantes con el trabajo realizado por las cooperativas dependientes de programas sociales, que a pesar de ser formas de contratación precarias, representan prácticamente la única alternativa para que el Estado realice obras y mantenimiento en las zonas asentadas. En este sentido, desde las vecinas y vecinos cooperativistas explican “Nos organizamos en cooperativas de trabajo y le reclamamos al municipio que no queríamos ir a barrer las calles del centro, sino arreglar nuestros barrios que son los más abandonados”¹¹¹. Este proceso de construcción de niveles de autonomía del

¹¹¹ Entrevista a Luz, 15/08/2017.

trabajo cooperativo en relación con el Estado será reconstruido y analizado posteriormente en el capítulo IV.

La asiduidad de las visitas a Villa Arguello en el marco del trabajo de campo permitió registrar que, con esta combinación de iniciativas, el paisaje del asentamiento “del fondo” se modifica día a día y semana a semana: edificaciones de material surgen en poco tiempo, se cubren y abren nuevas zanjas, se revocan y techan construcciones en una actividad incesante que se acelera los fines de semana.

Entre las migrantes bolivianas que participan en “Madres Unidas” está Margarita, a quien entrevistamos en tres oportunidades para reconstruir su vida¹¹². Nació en KilaKila, un pueblo “muy humilde” en las afueras de la ciudad de Sucre, Bolivia. Desde muy joven trabajó en diferentes empleos informales. Con gran esfuerzo, Margarita terminó la primaria a los 15 años, aunque ya embarazada de su primera hija. “Estuve de novia, pero cuando el chico se enteró del embarazo me dejó. Era una madre soltera.” Margarita menciona este momento como un tiempo de crecimiento y maduración, una experiencia “muy dura” pero con la que puede aconsejar a otras. Después de intentos infructuosos de volver al colegio, estudió en talleres de costura y tejido mientras podía. Esto sucedió entre 2001 y 2002, plena crisis y “guerra del gas”¹¹³ en Bolivia. Margarita recuerda ese momento como aquel en el que ingresó el “gobierno más malo”, en referencia a Gonzalo Sánchez de Lozada, “un estadounidense”. Recuerda los levantamientos de las organizaciones del campo y la ciudad que terminaron con su renuncia. “Después siguió otro presidente que hacía dar hambre al pueblo, pero después fueron pasando años, seguían subiendo las cosas, la carne, el pollo, subía todo. Y no había laburo. Entonces la gente se fue despertando”. Recuerda las marchas en el centro, lo que escuchaba en la radio en las noticias, la enorme conmoción social de esos años.

Años después decidió migrar a Argentina, donde ya vivía su hermano. Comenzó trabajando de costurera en un taller ilegal y luego, al juntarse y mudarse a Villa Argüello, donde ya vivía su hermano y su cuñada, Antonia, y se integró junto con ella a la cooperativa de construcción de veredas del Frente. Con el tiempo, “me fui animando a

¹¹² Fechas: 25/3/2015, 30/3/2015 y 5/4/2015.

¹¹³ La guerra del gas es el nombre que se le dio a un proceso de lucha social ocurrido desde septiembre a octubre del año 2003, relacionado con la exportación de gas natural de Bolivia a Estados Unidos y México por Chile. El conflicto principal surge por la decisión del gobierno presidido por Gonzalo Sánchez de Lozada de exportar gas natural por Chile. Los sectores populares bolivianos (campesinos, sindicatos, población en general) protestaba contra la voluntad del gobierno de exportar el gas natural a precios muy bajos, al tiempo que internamente no se abastecía el mercado interno. Además, existía un reclamo político-cultural que se unificó en la demanda de una Asamblea Constituyente, hacia la refundación del Estado. Fue un período caracterizado por la pauperización, la movilización social permanente y la generación de instancias autogestivas de organización donde prevalecía la reivindicación de las formas comunitarias indígenas. Consultar Raúl Prada Alcoreza (2003).

hablar en las asambleas, a ir a reuniones”, “me enganché con los talleres de mujeres y las marchas”, afirma. Paulatinamente, dice, comenzó a relacionar esas movilizaciones con las que había mirado desde lejos en Bolivia.

Como parte de las estrategias para lograr un ingreso familiar, Margarita tiene actualmente un quiosco- verdulería en el frente de su casa. Lo atiende en el tiempo libre fuera de la cooperativa, el comedor, las marchas y las tareas de cuidado. Sus dos hijos mayores, adolescentes, también toman esta tarea fuera del horario del colegio. Margarita no es la única vecina boliviana que utiliza intensivamente el tiempo para obtener algún ingreso. Su cuñada, Antonia, vende cerveza desde la ventana de su casa mientras cocina o limpia la casa.

Hacia el quiosco de Margarita nos dirigimos con Luz este mediodía. Allí Luz le cuenta de la feria y le compra unos limones y cilantro. Al lado de la casa de Margarita está el galpón de chapas donde funciona el comedor. En este momento encontramos allí a Rosa, Dominga y Aurelia cocinando arroz *chaufa*. Entramos, felicitando a las mujeres por el aroma que sale de las ollas. Nos invitan con un *api* (bebida caliente) y buñuelos que Dominga había traído para el desayuno. Luz les comenta de la feria y les dice que pueden llevar comida para vender. Luego de salir del comedor “Madres Unidas”, Luz se encamina hasta el tramo final que la dejará en su casa. Ya cansada, cargada de cosas y con una lista mental “sólo cumplida a medias”, llegará al asentamiento lindante con Villa Nueva, donde está su casilla a medio terminar. Y el día recién se parte a la mitad.

Mujeres, territorio vivido y participación política

El barrio que reconstruimos en este capítulo se arma desde los circuitos propuestos por las propias mujeres, nuestras interlocutoras, por lo que no coinciden de manera exacta con las fronteras formales. Ellas acentúan algunas instituciones en desmedro de otras, caracterizan desde sus percepciones y usos, diferentes zonas, sus relaciones sociales constituyen un barrio vivido y dinámico.

El recorrido por las diferentes regiones del barrio Villa Argüello posibilita reconstruir una versión de la historia de poblamiento en relación con los momentos migratorios y los modos conflictivos en que los/as habitantes fueron creando sus modos de vida. En este proceso de producción de ciudad, se entrelazan las historias de vida de quienes participan, sus experiencias de lucha en los lugares de origen, las interpelaciones y criterios de trabajo de las organizaciones sociales como el Frente, y el accionar de empresas o corporaciones en

los territorios. Asimismo, las prácticas estatales y gubernamentales también entran en un tenso entrecruzamiento con los proyectos personales y colectivos.

En este cruce, los sectores populares disponen de un acervo de prácticas que constituyen saberes acumulados, residuales –en términos de Williams (1980:167)¹¹⁴- en permanente interrelación y transformación. El barrio así entendido, entonces, adquiere un peso cada vez mayor en nuestras sociedades, como espacio de integración de los sectores populares y de recreación cultural.

Como dijimos, la dimensión territorial es importante para comprender la politicidad de los sectores populares, por ser el espacio donde las familias buscan los recursos para la subsistencia y donde participan de espacios donde obtienen bienes, pero además donde se configuran relaciones de intercambio, conflicto y cooperación. De esta forma, el barrio como puerta de entrada permite ver a la participación en organizaciones populares como parte de estas relaciones sociales que establecen las personas.

El territorio barrial, además, constituye un espacio privilegiado de desenvolvimiento femenino, siendo también un marco propicio para el activismo de base y el aprendizaje político de las mujeres. La supervivencia de las organizaciones de base territorial es una expresión de la centralidad de las relaciones cotidianas tejidas por ellas en los barrios, constituyen zonas donde se coagulan conflictivamente las demandas de los sectores populares, con sus necesidades y saberes, y creemos, un escenario privilegiado donde observar y analizar el cambio social.

Los tránsitos de Luz tienen puntos de contacto con los de las distintas mujeres con quienes dialogamos en este trabajo y constituyen un entramado barrial frecuentemente invisibilizado experiencial y políticamente. Estos recorridos y prácticas aparentemente rutinarios y ordinarios, entrelazados con los de tantos otros y otras, son los que delinean y transforman los territorios populares.

Aquí nos interesan especialmente aquellas experiencias colectivas que construyen las mujeres como Luz al tiempo que actúan para sostener su vida cotidiana. La táctica de convocar a la feria en el club lleva a Luz a recorrer instituciones, reunir habitantes de las diferentes zonas del barrio, contactar vecinos y vecinas que están organizadas y que no lo están. Es decir, el barrio se recorta en sus contornos y dinámicas a partir de la multiplicidad

¹¹⁴“Lo residual, por definición, ha sido efectivamente formado en el pasado, pero todavía se halla en actividad en el proceso cultural; no sólo, y a menudo ni eso, como un elemento del pasado, sino como un elemento efectivo del presente. Por lo tanto, ciertas experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o sustancialmente verificados en términos de la cultura dominante, son, no obstante, vividos y practicados sobre la base de un remanente –tanto cultural como social– de alguna formación o institución social y cultural anterior” (Williams, 1980:167).

de tareas desarrolladas por Luz, que hacen de su vida diaria, un potente entramado interinstitucional, vecinal y afectivo.

En estas relaciones cotidianas se construye un aspecto de lo comunitario en Villa Argüello que excede la propuesta de cualquier organización específica. La participación política de Luz en el territorio, -en parte canalizada a través del Frente-, genera vínculos y relaciones sociales nuevas en el barrio, como las que analizamos dentro de un barrio fragmentado. La iniciativa del Frente en Villa Argüello constituye una dentro de otras propuestas de dotar de determinada direccionalidad política a las relaciones comunitarias de sostenibilidad de la vida que forjan los sectores populares.

Las mujeres, protagonistas silenciosas de lo comunitario barrial, articulan lo colectivo al tiempo que sostienen sus vidas. En este proceso, la participación política tramada en la vida cotidiana atraviesa de formas diversas sus biografías.

PARTE II

Capítulo III

Todos los trabajos, el trabajo

En los capítulos III y IV – que guardan entre sí una relación temática-, se abordan las experiencias de las mujeres en relación con el trabajo. En el marco de este desarrollo, se podrán reconocer diversas conceptualizaciones en tensión sobre la definición de este término.

En primer lugar, aquellas en torno al trabajo como actividad remunerada, registrada y asociada a una serie de derechos sociales que en Argentina entra en crisis con las reformas políticas y económicas neoliberales y que es una referencia lejana para algunas de las mujeres.

En segundo lugar, la noción de trabajo promovida desde el Estado desde ese momento hacia los sectores empobrecidos, en tanto contraprestación de una política social hacia sectores expulsados del mercado formal. En relación con la anterior, también se considera la resignificación de esta idea trabajo que realizan organizaciones populares como el Frente al gestionar esas políticas.

Por último, se recupera la noción de trabajo en un sentido más amplio, que, desde abordajes feministas de la economía, consideran la totalidad de las actividades que se realizan para la reproducción social de la vida, y que permiten analizar las múltiples formas que toma el trabajo cotidiano para las mujeres.

El presente capítulo tiene dos apartados. En el apartado 1, se describen sintéticamente las condiciones de vida de las mujeres de sectores populares haciendo hincapié en las políticas sociales para el sector durante la década neodesarrollista en Argentina (Féliz, 2014; Féliz-Díaz Lozano, 2017), que coincide con los gobiernos Kirchneristas (2003-2015), puntualizando en cómo abordaron a las mujeres de sectores populares.

En el apartado 2, se pone el foco en una escena situada en el ámbito colectivo barrial, el comedor, que nos permite analizar, en el marco de la totalidad del trabajo femenino, la gestión colectiva de los cuidados, los usos del tiempo y las definiciones de feminidad que se ponen en juego.

...

Apartado 1

Trabajos femeninos: en casa, en el barrio, en otras casas

Todavía no había empezado la asamblea en “Madres Unidas” y las que ya habían llegado estaban hablando de sus patronas. Aurelia, ya abuela, peruana, cuida a un señor con una enfermedad neuronal todas las noches, de lunes a domingo. “El horario para mí está bien, me permite estar en la cooperativa a la mañana y hacer cosas a la tarde. Me tratan bien por ahora, pero eso siempre y cuando no se enteren de que soy piquetera”, dice entre risas, comentando que su sobrina fue despedida de un empleo similar por contar a su patrona “que venía del corte”. Aclara, “Por eso cuando estoy en las marchas y hay cámaras me cubro, mirá si un día salgo por la tele y me ve el viejito o su hija”, aclara. “Tengo que escuchar a veces que mire las noticias y diga que no laburamos, que la gente que corta es toda vaga, que son todos inmigrantes”. Las otras mujeres presentes asentían, decían que hacían lo mismo que Aurelia, se ocultaban como táctica para no perder el trabajo¹¹⁵.

La enorme mayoría de las integrantes del comedor “Madres Unidas”, mujeres migrantes, tienen empleos ligados a los cuidados en el centro de la ciudad de La Plata, ya sea limpiando, cocinando o acompañando mayores y enfermos/as. Suelen así complementar el sueldo de la cooperativa con el empleo afuera, también precario, pero disponible para mujeres que acepten trabajar en empleos mal pagos y no registrados. Casi ninguna de las integrantes del “Madres Unidas” ha tenido un trabajo registrado, con aportes jubilatorios, seguro y vacaciones pagas en sus países de origen, por lo cual, este tipo de derechos no están necesariamente incluidos en sus definiciones de un trabajo.

De esta forma, a los diversos trabajos que realizan en el marco colectivo, en la organización y en el barrio, sumado al trabajo de gestión de los cuidados en sus propias casas, muchas mujeres adicionan el trabajo que nombraremos como “en otras casas”, en algunos casos, reemplazando el trabajo de otras mujeres que salen al mercado laboral y pueden pagar los cuidados¹¹⁶. Estos empleos, los primeros que buscan y consiguen las mujeres migrantes que entrevistamos, son compatibilizados mediante estrategias extenuantes con la participación colectiva y los cuidados familiares.

En el caso de otras mujeres de Villa Argüello, nacidas en Argentina, las características de los trabajos que consiguen no distan demasiado de aquellas relatadas, pero se pueden rastrear en sus relatos alusiones a otras concepciones de trabajo deseable,

¹¹⁵ Nota de campo N°40, 09/10/2014.

¹¹⁶ Según Carrasco, “las mujeres de situación social más alta y mayores ingresos se incorporan más al mercado de trabajo porque, analizando el “coste de oportunidad”, sus ingresos les permiten asumir los costes familiares ocasionados por su incorporación al mercado (servicios domésticos contratados en el mercado), lo cual no sucede con las mujeres de ingresos más bajos” (2003:136).

que lo vincula a las ideas de “genuino”, en referencia a experiencias generacionales en sus familias, pero también en el barrio. Entre estas referencias de trabajo “en blanco”, aparece, hacia el pasado, el empleo en los frigoríficos y otras industrias de Berisso, -como relatamos en el capítulo anterior- y en la actualidad, el trabajo en la empresa YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales¹¹⁷), cuya destilería está emplazada en los límites de Villa Argüello. Pero, aunque estas referencias para las mujeres son cercanas geográficamente, o generacionalmente (“mi papá trabajó en YPF”, “mi abuelo en el frigorífico”), siempre este trabajo “genuino” está referenciado con aquellos a los que pueden acceder los varones y cuyas características son tener aportes jubilatorios, obra social, vacaciones pagas, entre otros derechos sociales. Esta concepción de trabajo está detrás de las demandas con que surgió el movimiento piquetero a fines de los `90 y pervive -al menos- como consigna en los reclamos de estas organizaciones.

Es interesante, entonces, pensar cómo las diferentes concepciones sobre el trabajo que tienen las mujeres están vinculadas con sus experiencias previas, pero además las de sus familias en sus entornos sociales (Andújar, 2014). Es desde estas concepciones que definen sus posiciones actuales, pero también sus búsquedas y deseos en relación con el trabajo.

Como se dijo, dos procesos alejan a las mujeres de la posibilidad de pensar el acceso a un trabajo “genuino”. Por una parte, la desarticulación del mundo de trabajo a partir de las reformas neoliberales, pero también, en segundo lugar, la segregación de las mujeres a los trabajos peores pagos y no registrados. Se desarrollan seguidamente estos procesos brevemente.

Desestructuración del mundo del trabajo y políticas sociales para el sector “desempleado”

En relación con las reformas neoliberales, en la década de los ´90 se consolidaron las reformas que provenían de la época dictatorial, con un viraje de una economía industrial a otra financiera, agropecuaria y de servicios. El desmantelamiento del modelo de sustitución de importaciones y la privatización de las empresas públicas, fueron parte de la aplicación de esas políticas (Svampa y Pereyra, 2003; Pacheco, 2002). Por otra parte, se produjo una desregulación del mercado de trabajo impulsada por los organismos financieros internacionales y la fracción dominante local (Basualdo, 2008: 56). Fueron los/as

¹¹⁷ YPF constituye una referencia histórica de empresa estatal que ofrecía una forma de trabajo estable y bien pago, además de generar una red de derechos sociales a sus trabajadores/as en los enclaves en que producía, que Svampa y Pereira (2003), Petruccelli (2005), entre otros/as, definieron como “mundo ypefiano”. Este modelo de empresa entró en crisis en los `90 con las privatizaciones.

trabajadores/as quienes absorbieron buena parte de la crisis industrial, marcada por la baja de salarios, la polarización y la concentración sectorial alrededor de las grandes firmas oligopólicas. Con la privatización de las empresas estatales, muchos/as trabajadores/as perdieron sus empleos, otros sufrieron la precarización y algunos comenzaron el camino de la supervivencia, es decir, encontrar “changas”, o también llamados trabajos momentáneos y temporales que les permitieran comer diariamente.

En el caso de las mujeres, la profundización de las políticas neoliberales significó, entre otras cosas, una sobrecarga de trabajo. Por una parte, por la necesidad de conseguir empleos precarios o autogenerarse formas de ingreso informales (Fraser, 1997). Por otra, ante los recortes estatales en servicios y derechos, las mujeres pobres y trabajadoras se vieron en la obligación de reforzar su carga de trabajo reproductivo en los hogares y la comunidad, para garantizar cuidados básicos: alimentación, educación, salud, entre otros. Además, esta década constituyó un momento de migraciones internas o recepción de inmigrantes de países limítrofes, entre quienes se encontraban mujeres bolivianas, peruanas y paraguayas que se insertaron trabajando como niñeras, criadas, auxiliares de salud. Es decir, en tareas esenciales para la reproducción, invisibilizadas y en condiciones de precariedad e informalidad que no variarían significativamente hasta la actualidad (Magliano, 2015).

“Reclamamos trabajo y nos dan planes” (Luz, 15/08/2015), con esta frase, Luz da cuenta de la distancia entre la demanda de trabajo genuino por parte del Frente y otras organizaciones, con aquella promovida desde el Estado en forma de contraprestación por un “plan social” (referencia nativa). Esta distancia también indica un pasaje histórico que cristaliza en los ’90 del Estado como garante de derechos sociales a la generación de políticas asistenciales hacia los sectores populares. Si bien, entonces, el reclamo del movimiento piquetero, -uno de los principales focos de resistencia frente al aumento del desempleo, la desigualdad y la pobreza (Cross y Partenio, 2004)-, era el trabajo “digno” o “genuino”, las repuestas para el sector desde fines de la década de los ’90 fueron en forma de subsidios. Los gobiernos nacionales desarrollaron una política asistencialista, es decir, otorgar subsidios o “planes trabajar”, a cambio de una contraprestación laboral, como una forma de paliar la situación de vulnerabilidad de los sectores más pobres, según el modelo del *workfare* (empleo forzado), dictaminado por los organismos internacionales (Svampa, 2009).

Durante los primeros años de conformación del Frente puede rastrearse en sus comunicados la misma contradicción señalada por Luz, donde el Estado entrega “planes sociales” (Plan Jefes y Jefas en Nación y Barrios Bonaerenses en Provincia de Buenos Aires), ante el reclamo de trabajo genuino.

“Y después conseguimos las cooperativas”

Esta frase, reiterada de diferentes modos por las mujeres para señalar un momento de cambio en la forma organizativa dentro del Frente –y en sus vidas-, coincide con el pasaje operado a nivel Estatal durante el kirchnerismo de la política de los programas sociales mencionados a la de programas de Cooperativas de trabajo que algunos/as autores nombran como “giro productivista” dentro de la política social (Cross y Freytes Frey, 2007). Por una parte, a partir de la implementación de los programas sociales vinculados con los proyectos cooperativos (Plan Argentina Trabaja- PAT-, Ellas hacen¹¹⁸), y por otra, destinando “subsidios a favor de la auto organización de los pobres vinculados con emprendimientos productivos” (Svampa, 2007:45).

Estos Programas, dependientes del Ministerio de Desarrollo Social, a pesar de integrar estadísticamente a las personas en el mundo del trabajo, son pensados e implementados como proyectos de formación para el empleo, bajo la concepción de capacitación permanente o formación continua (MDS, 2009). Desde aquí se fundamentan los bajos ingresos y la falta de derechos laborales.

En una reunión de alrededor de una docena de mujeres cooperativistas del Frente con una funcionaria nacional de alto rango del citado Ministerio, se produjo el siguiente diálogo:

“Caty: Nosotros nos movilizamos acá hoy para reclamarle aumento de sueldo, herramientas, ropa de trabajo y todos los derechos que no tenemos los cooperativistas.

Funcionaria: Pero esto ya lo hablamos, chicas, el Argentina Trabaja es un programa de ca-pa-ci-tación, no es un trabajo. Se paga como una beca de formación para el trabajo. Ustedes no son trabajadoras, se están capacitando.

Caty: Pero ¿cómo? Mire, nosotras cumplimos horario, trabajamos mucho, mire, mire, le trajimos fotos (saca de la mochila un álbum y comienza a pasarlas una a una) acá estamos limpiando la zanja, acá juntando la basura y cargándola en el camión, mire, esto es trabajo, que si no lo hacemos los cooperativistas no lo hace nadie...

¹¹⁸ En el año 2008 el gobierno nacional lanza el Programa Argentina Trabaja, prometiendo crear 100 mil puestos de trabajo en Cooperativas para desocupados/as. El Programa Ellas Hacen, como parte de este programa, surge en 2013 destinado exclusivamente a mujeres, como parte de un conjunto de políticas que impulsaron la generación de empleo a través de la política pública y el fomento de la economía social (Pacífico, 2015).

Funcionaria: Está bien entiendo, pero ustedes no tendrían que hacer esto, es una capacitación, por eso no tiene aumento”.

Caty: Pero entonces nos estamos capacitando hace 10 años, y ¿cuándo va a venir el trabajo en serio?”¹¹⁹.

Aquí aparece nuevamente la tensión entre la propuesta del Estado de un programa de capacitación para el empleo (con el nombre de Programa Argentina Trabaja- PAT) y la expectativa de las participantes de la política que buscan acercar sus características a las del trabajo genuino. Evidentemente, entonces, otra característica de estas políticas sociales es que no están pensadas con una proyección de inserción real de las personas en empleos formales con posterioridad a su paso por los programas, o como plantea Svampa (2009) la inclusión de los excluidos en tanto excluidos. Desde el Frente se denuncia, en este período, que el Estado actúa entonces como un empleador que utiliza mano de obra precarizada en tareas vinculadas a la obra pública, el mantenimiento y los servicios de limpieza, etc. Algunos/as autores señalan a las políticas sociales de este período constituyen en los hechos, formas de precarización laboral mayormente de mujeres de sectores populares¹²⁰.

¿Y las mujeres?...

Las condiciones de vida de las mujeres de sectores populares en el neodesarrollismo

En el capítulo I se hizo referencia a la feminización en la composición del Frente, y en general de las organizaciones barriales durante este período¹²¹. Varias mujeres afirman que, si bien en los primeros años de 2000 integrantes varones de sus familias participaban de esta u otra organización barrial, dejaron de hacerlo ni bien fue posible para ellos encontrar trabajos mejores pagos. Es decir, se produjo un abandono por parte de muchos varones de las políticas sociales y, por tanto, una feminización de las prestaciones y de las organizaciones territoriales. Efectivamente, a mediados de la década Kirchnerista, a partir

¹¹⁹ Nota de campo, N°42, 13/10/2014.

¹²⁰ El uso de la forma cooperativa para la organización de muchos de estos Programas institucionaliza el fraude laboral por parte del Estado. Por otra parte, estas políticas han tendido a mantener la evolución en el valor monetario de los beneficios de las distintas modalidades de cooperativas de trabajo, subsidios para trabajo comunitario y programas de transferencia condicionada, muy por debajo de la evolución general de las remuneraciones de los trabajadores asalariados formalizados (Félez y Díaz Lozano, 2018).

¹²¹ Esta situación se manifiesta, por ejemplo, en la composición de las cooperativas de trabajo en el marco del FPDS CN en 2013, donde más de las dos terceras partes de los/as integrantes eran mujeres de entre 30 y 60 años (Notas de campo N° 15-23).

de cierta recuperación del mercado de trabajo precario¹²², muchos varones trabajadores dejaron su espacio en las cooperativas de las organizaciones o de los municipios, para adoptar intermitentemente otras modalidades de trabajo en negro, tipo “changas” en la construcción, electricidad, plomería, etc., que proporcionaban la posibilidad de ingresos mayores, aunque a veces fluctuantes.

En cambio, en gran proporción, las mujeres continuaron trabajando en las cuadrillas y grupos productivos financiados por el PAT, o de otros programas combinando estas actividades con otras tareas laborales informales. En la escena inicial de este capítulo, donde se retrataban las múltiples actividades diarias de Aurelia, se veía cómo en la vida cotidiana de las mujeres se producía una superposición de trabajos remunerados, dentro y fuera del Frente: el trabajo en las cooperativas complementado con otros trabajos remunerados generalmente ligados al trabajo doméstico, en tensa convivencia. Es decir, las mujeres se mantienen en el Frente trabajando en el marco de algún programa social, pero tienen que complementar ese ingreso trabajando en “otras casas”, cuidando de niños/as, ancianos/as y/o haciendo limpieza por horas.

En relación con las políticas puestas en marcha durante el período neodesarrollista con las mujeres como destinatarias, o con un enfoque que considera las disidencias sexo-genéricas, ya sea en materia de reconocimiento identitario como de salud sexual y reproductiva, violencia de género, educación sexual, etc., puede señalarse un reconocimiento de ciertos derechos ciudadanos desde lo normativo¹²³. Estas iniciativas de reconocimiento, que según Fraser (1997) tienen como objetivo “remediar la injusticia cultural”, coexisten contradictoriamente durante todo el período kirchnerista con lo que la autora denomina políticas de redistribución, es decir, aquellas que pretenden “reparar la injusticia económica” (1997:25). Es decir, desde el punto de vista de la articulación del trabajo productivo y reproductivo, en términos generales, las viejas y nuevas políticas operaron de manera de reproducir los roles tradicionalmente asignados a mujeres y varones. Y esto se dio a pesar de que en este período se reconfiguraron las políticas sociales hacia la familia y las mujeres de sectores populares a partir de políticas específicas hacia mujeres pobres, por ejemplo, a partir de una línea específica dentro de los programas de cooperativas, llamada “Ellas Hacen”, destinada para mujeres sin empleo formal y con

¹²² Como plantea Maristella Svampa (2007) en lo económico, el Gobierno de Kirchner exhibe logros importantes respecto de la crisis de 2002, visible en la generación de empleo y el descenso de la tasa de desocupación. Sin embargo, como contrapartida hay un aumento notorio de la precariedad, que no ha sido acompañado por una activa política de redistribución de la riqueza.

¹²³ (Ley de Matrimonio Igualitario aprobada en 2010, Ley de Identidad de Género aprobada en 2012, Ley de Protección Integral a las Mujeres aprobada en 2009, Ley 26.364 de Prevención y Sanción de la Trata de Personas y Asistencia a sus Víctimas, sancionada en 2008, la Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable de 2003 y la Ley 26150 de Educación Sexual Integral de 2006, aunque dejando afuera la largamente demandada por la legalización del aborto. Aún con diversos grados de aplicación, estas leyes implican un reconocimiento de ciertos derechos vinculados a las desigualdades genéricas.

responsabilidades de cuidados.

En este marco, los Programas de Transferencia Condicionada¹²⁴ dirigidos específicamente a las mujeres y/o al mundo de la reproducción y los cuidados tuvieron lineamientos y modos de aplicación ambivalentes en relación con el cuestionamiento a la división sexual del trabajo en los sectores populares (Rodríguez Enríquez, 2015). El énfasis en las responsabilidades de cuidados de las mujeres, así como la precariedad de condiciones que impusieron en función de ingresos muy por debajo de la canasta básica y casi nulos mecanismos de reinserción en el mercado formal complicó la posibilidad de cuestionar las desigualdades sexo-genéricas¹²⁵.

Durante el período, desde el Estado, se produjo, de hecho, una segmentación por género en las políticas sociales. La asignación de las políticas laborales para los varones (porción mayoritaria de la fuerza de trabajo empleada formalmente) desde el Ministerio de Trabajo, y las políticas sociales para las mujeres impartidas desde el Ministerio de Desarrollo Social (Feliz y Díaz Lozano, 2017), da cuenta de que detrás de ellas persiste el estereotipado modelo de familia nuclear y heterosexual sobre el que se piensan las políticas sociales de redistribución (Anzorena, 2013b). En particular, las políticas sociales propendieron a articular una nueva ‘economía de los cuidados’ (Rodríguez Enríquez, 2005) sobre las espaldas de las mujeres¹²⁶. Las actividades de “cuidado”, que incluyen la producción de aquellos valores de uso necesarios para la reproducción cotidiana de las personas, son el eje articulador de esas políticas sociales.

De esta forma, se produce una ambivalencia estatal (Anzorena, 2013) con una retórica de ampliación de derechos para las mujeres en tanto ciudadanas, pero que no reconoce las problemáticas de género en vínculo con las determinaciones de clase social y

124 Estas nuevas políticas presentan una retórica fundada en un supuesto cambio de paradigma sobre la protección social y los derechos ciudadanos, con modalidades que buscarían superar los problemas de las políticas previas. Asentadas en la idea de que las personas actúan como agentes económicos racionales que buscan optimizar su situación, estas políticas tienden a reforzar el precepto que asigna a las personas pobres la responsabilidad individual sobre su situación de pobreza y en sus acciones (agencia) la posibilidad de superarla (Rodríguez Enríquez, 2011).

125 Por ejemplo, la implementación de la Asignación Universal por Hijo, una política asistencial con intencionalidad universalista, implementada desde 2009 y otorgada mayoritariamente a mujeres (94,4% en 2012 según ANSES), es un “beneficio” compatible con formas de trabajo no registradas y que implica ciertas condicionalidades que tienen que ver con acreditar ciertos cuidados como la educación y salud de hijos/as, por ejemplo. Vale señalar que es una medida condicionada porque es obligación para mantener el aporte certificar que el/la niño/a concurre a la escuela, cumple con el plan de vacunación y los controles periódicos de salud. Si bien implica un ingreso básico general para los sectores precarizados y desocupados, podría decirse que su cobro descansa una vez más sobre el reforzamiento del rol cuidador femenino.

126 En 2013 las mujeres en Argentina, según datos del INDEC, realizaban casi el doble de horas de trabajo no remunerado que los varones, en tanto tenían 3,9 horas diarias de trabajo en ‘quehaceres domésticos’ en comparación con sólo 2,4 horas en el caso de los varones, y 6 horas en trabajo de ‘cuidado de niños, niñas y personas mayores’ versus sólo 3,8 horas por parte de los varones (Rodríguez Enríquez, 2015).

raza, a partir de la generación de políticas laborales y sociales para la distribución de la riqueza hacia la base de la pirámide social: las mujeres, pobres y en algunos casos, migrantes. En definitiva, esta ambivalencia estatal en relación con las políticas hacia las mujeres da cuenta de la ausencia de un cuestionamiento a la división social y sexual del trabajo, la feminización de la pobreza y los mecanismos de segregación racial que reproducen la estructura social¹²⁷. El Estado descarga nuevamente en mentes y cuerpos femeninos la responsabilidad social del cuidado.

El trabajo de reproducción de la vida, feminizado, y no pago, funciona de amortiguador de la pobreza, reemplazando y garantizando la atención de la salud, educación, alimentación de las personas en un enfoque de corresponsabilidad que en realidad implica que el Estado asigne dinero a niños/as con necesidades insatisfechas y le dé la responsabilidad de su resolución a las mujeres. De esta manera, podríamos sugerir que este conjunto de políticas sociales, incompatibles además con otras actividades registradas para las mujeres, fomentan la permanencia en el hogar (y en las tareas asociadas a su cuidado) de las beneficiarias. De esta forma, estos Programas aprovechan los roles genéricos tradicionales y el trabajo no remunerado de las mujeres, sin imponer condiciones para que los varones se involucren en las tareas de cuidados y sin proponer mecanismos y dispositivos estatales que aborden el reparto desigual de esta carga¹²⁸.

En este breve recorrido de las políticas sociales para los sectores populares fuera del mercado formal de trabajo se percibe un cambio de la idea de “plan social” en tanto ingreso paliativo a políticas de tendencia universal (la AUH fundamentalmente) combinadas con programas de capacitación para el empleo, en algunos casos denominadas como cooperativas. A pesar de que en los últimos años la gran mayoría de las participantes de estas políticas son las mujeres -que combinan esta actividad con otras remuneradas para sobrevivir), no han cuestionado la asignación mayoritaria de las tareas de cuidados hacia ellas.

¹²⁷ Algunos estudios analizan otras políticas del período destinadas a mujeres como el Programa Ellas Hacen. Para Florencia Isola (2015) por ejemplo, esta política, a pesar de su objetivo explícito de trabajar con mujeres vulnerables, y deconstruir roles de género en el trabajo, no considera en su modo de implementación las altas cargas de trabajo de estas mujeres en su vida cotidiana, por lo que termina sobrecargándolas con nuevas tareas relacionadas con la participación en el programa.

¹²⁸ En los años recientes, desde la asunción de Mauricio Macri en la presidencia los citados programas sociales fueron reconvertidos en “Haciendo Futuro”, que mantiene el cobro de un monto mensual a cambio de la certificación que acredite la continuidad en los estudios (<https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/hacemosfuturo>), desvinculándose definitivamente del trabajo cooperativo y apuntando a una relación individualizada del inscripto/a con el Estado. Si bien esta reestructuración no será analizada aquí, sin dudas este cambio genera transformaciones en la vida cotidiana de las personas y las organizaciones que gestionan estos recursos en colectivo.

La sobrecarga de trabajo sobre las mentes y cuerpos femeninos entremezcla labores remuneradas y no remuneradas, realizadas individual y colectivamente para sostener sus vidas y las de sus familias.

El trabajo que sostiene todo

“Hago listas en mi cabeza”, “pienso en otra cosa que tengo que resolver mientras hago algo”, “me organizo”, “intento hacer todo”, “trato de dejar todo listo”, son algunas de las frases con las que las mujeres que entrevistamos dan cuenta de la superposición y la mezcla de actividades cotidianas.

Esta multiplicidad de tareas recayendo sobre el tiempo y el cuerpo femeninos suponen un trabajo físico y mental que no cesa y que en gran medida se desarrolla uniendo espacios: entre la casa, el comedor, el barrio, la escuela, el empleo en otras casas, la calle. Con la integración al trabajo comunitario en el marco de una organización que plantea criterios de participación, algunas mujeres señalan que al tiempo que les permite resolver el sustento básico, comienzan a tener una nueva exigencia.

“Y entrando a la organización me parece que un cargo más me hiciera, aparte de ser mamá ama de casa, a parte me agarré otro cargo, o una responsabilidad más- Dice Margarita-. No sólo me ocupo de ama de casa, sino que como estoy asistiendo a una organización, obligaciones que hay que hacer, por ahí apoyar, como en otros momentos vi que apoyaron otros compañeros, aunque sea con la presencia, o acompañar o ir aprendiendo cómo. Acercarse a una gestión, todo eso quiero aprender. No siempre por la obligación nomás voy a las reuniones y las marchas, sino que quiero aprender y también acompañar o agradecer a los otros compañeros que hayan luchado más antes, que por ellos tuvimos cooperativas o planes. (...) O que todo es posible luchando u organizándose, todo es posible”¹²⁹.

Tal como se lee, para Margarita, compatibilizar las actividades diarias implicadas en la maternidad, la cooperativa, el comedor, la verdulería que atiende, se vuelve un desafío cotidiano:

¹²⁹ Entrevista a Margarita, 30/03/2015.

“Arreglarme el día se me hace complicado a veces. Por ahí los días de las marchas se me hace complicado, por ahí un poco difícil de organizarme. En la mañana por ejemplo tengo que llevar este año, un cargo más tengo, llevar a mi hijito o retirarlo del jardín. A la vez, a las 8 de la mañana va al jardín, y tengo que estar al pendiente a ver si no me llaman del jardín. Eso tengo eso en mi cabeza, aparte de ir a trabajar y volver 11 o 12 del mediodía, como tengo acá el quiosquito también tengo otra responsabilidad también. Luego a ir a hacer compras. Ir y volver y como sea a las 12:30. Voy a comprar sola en la moto. Yo todavía no sé manejar la camioneta, entonces me lo trato de arreglar con la moto solamente, por ahí voy día por medio o todos los días si me falta algo. Y tengo que volver de dónde sea para las 12:30 porque mis dos hijos mayores a esa hora salen para la escuela. Y como yo llego a los dos chiquititos, tengo que llegar sí o sí, sea de una reunión, de una gestión o de una compra tengo que regresar, acá. Y después ya tengo que ver en la tarde de hacer mis cosas de la casa y los viernes la marcha un poco se me complica porque tengo que ver de no hacerle faltar mucho a la escuela a mi hijo y a la vez quiero ir a la marcha, ahí se me divide un poco, porque tengo dos obligaciones. Trato de resolverlo, por ahí me los llevo a los chiquitos y si puedo dejarlos con alguien, voy. Trato de resolvérmela así. Estar en una organización también es una responsabilidad más, pero aprendes de ahí, también es un beneficio para que aprendas más tú, abirte más, un poco mejorar tu vida”¹³⁰.

En una charla informal con Luz, sin que mediara una pregunta específica, ella había comentado: “Le dedico más de ocho horas diarias a la organización”¹³¹, con su voz aguda y bajita, sonriendo con los vértices de los ojos rasgados mirando de frente, con gesto que trasunta humildad y orgullo a la vez. Esta referencia une la alusión a un período de tiempo ligado al trabajo remunerado y registrado (ocho horas) con las tareas que realiza en la organización. Detrás de esta frase hay una idea amplia de trabajo: se refiere a las diferentes tareas que desempeña en el barrio, más allá de las horas dedicadas a trabajo retribuido monetariamente a partir del movimiento en las cooperativas de trabajo. Desde la Economía Feminista se ha realizado este aporte de ampliación del trabajo en tanto categoría, poniendo la reproducción social en el centro. Esta concepción del trabajo rompe su correspondencia con la idea de empleo y la amplía a todo el conjunto de trabajos que las personas realizan, incluidos –y, sobre todo– los que no son valorados socialmente como tales (Pérez Orozco, 2014; Carrasco, 2017; Rodríguez Enríquez, 2015).

¹³⁰ Entrevista a Margarita, 30/03/2015.

¹³¹ Nota de campo N°43, 25/10/2014.

Desde esta perspectiva que compartimos, la participación en asambleas barriales o reuniones de cooperativas, las movilizaciones – y todo el trabajo de gestión que acarrearán, las capacitaciones y talleres de formación, las ferias, las rifas y “polladas”, los espacios de cuidados, de géneros, las reuniones con funcionarios, las tareas administrativas, constituyen parte del “trabajo de mantener el trabajo”. Al mismo tiempo, este conjunto de tareas colectivas convive para la mayoría de las mujeres, con formas de trabajo precario no registrado e informal a cambio de un ingreso que complementa el ingreso mensual de los Programas estatales. Esta convivencia de diferentes modalidades de trabajo impele a la generación de tácticas de usos del tiempo y gestión del trabajo de cuidados diario, en la que lo comunitario barrial tiene un rol central. Y en los casos en que las mujeres deciden integrar y permanecer en una organización como el Frente, inevitablemente los tiempos y criterios grupales y políticos comienzan a generar cambios en esta delicada organización del tiempo y los cuidados.

A efectos analíticos, vamos a realizar una clasificación de las distintas actividades realizadas por las mujeres que participan políticamente en el Frente, dentro de un gran conjunto entremezclado que aquí se define como Trabajo en sentido amplio.

En primer lugar, mencionaremos el trabajo de sostenimiento del hogar y de cuidados, que constituye una tarea o bien desempeñada sólo por las mujeres, o sus redes familiares feminizadas, o en los casos donde hay cierto reparto de tareas, la responsabilidad por su organización y cumplimiento recae en ellas. Aquí nos interesa la puesta en común de una parte del trabajo de cuidados en el marco de la organización, por eso nos referiremos a la importancia del comedor comunitario y la colectivización de la crianza. Precisamente estas son las actividades comunitarias que permiten la reproducción de la dinámica de lo colectivo territorial y producen la organización como un espacio cotidiano. Entre estas tareas se cuentan, por ejemplo, cocinar y limpiar en el comedor, hacer la leche para los/as niños/as, cuidarlos/as, el reparto de mercadería, la gestión del ropero y la huerta. Están destinadas a reproducir la vida cotidiana de la organización y son coordinadas desde una asamblea semanal en la que participan todos los miembros de la organización. Estos trabajos de sostén cotidiano son realizados mayoritariamente por mujeres. En algunos casos, los varones realizan alguna tarea puntual, como, por ejemplo, juntar la leña para cocinar, movilizar la mercadería o incluso participar en la elaboración de los alimentos, pero incluso en estos casos suelen ser las mujeres quienes organizan y planifican estas tareas. Estas labores de sostén constituyen solo una parte del trabajo en el marco del Frente.

En segundo lugar, el conjunto de actividades realizadas por las mujeres (y varones) en el marco de la organización también podemos distinguir el trabajo remunerado en las cooperativas de trabajo y en emprendimientos productivos. En el primer caso, se trata de una actividad con criterios fijos con relación a los horarios y espacios de desempeño, en la

que el pago a cada cooperativista lo realiza el Estado Nacional como parte de un Programa dependiente del Ministerio de Desarrollo Social. En líneas generales son tareas de limpieza, saneamiento y mantenimiento de espacios públicos e instituciones barriales. Por las características de este trabajo, a diferencia de otros ya mencionados, no es una tarea donde se suele llevar a niños/as a cargo. A pesar de estar enmarcadas en una política oficial, la relación contractual de la cooperativa se produce entre la organización y el Estado, porque se trata de cupos laborales obtenidos a través de negociaciones posteriores a movilizaciones y planes de lucha. Al mismo tiempo, las cooperativas suelen tener convenio con las Municipalidades, que son las encargadas de proveer insumos y herramientas de trabajo. Las demandas de mayores ingresos y derechos laborales ausentes en las cooperativas como obra social y Aseguradoras de Riesgos del Trabajo, además del control de los punteros, constituyen los motivos principales de las movilizaciones reivindicativas del sector barrial del Frente. Particularmente en Berisso, como resultado de un plan de lucha que luego analizaremos, la Municipalidad permitió que los/as cooperativistas definieran sus lugares de trabajo y tareas.

Los emprendimientos productivos, en cambio, son actividades grupales autogestivas, destinadas a generar algún ingreso monetario más allá de los planes de empleo gestionados por la organización. En los “productivos” como son denominados por sus impulsores/as, se trabaja “sin patrones” y generalmente se desempeñan en las ramas de alimentación, carpintería, herrería, serigrafía, costura, entre otras, e incluyen como aspecto importante la capacitación en oficios y en valores cooperativos del trabajo.

La participación en las cooperativas y “productivos”, entran en relación con otras que generalmente se realizan por fuera de los límites del espacio barrial y que constituyen criterios o precondiciones para formar parte de la organización y percibir algún ingreso, por ejemplo, la participación en las movilizaciones, en ciertas reuniones, la gestión de ciertos alimentos en el municipio.

En tercer lugar, hay toda una serie de actividades de carácter más voluntario dentro de la organización, por fuera de los “criterios”, en las que participan sólo algunas personas. Estas son, por ejemplo, los talleres de formación en salud, en política, géneros; las reuniones con los otros núcleos barriales de la organización, las acciones culturales de encuentro y recreación colectiva, las discusiones políticas e iniciativas de apoyo a ciertas luchas, las reuniones de relaciones políticas con otras organizaciones y todo un conjunto de tareas de coordinación con instituciones barriales y vecinos/as. Estas actividades, desde las integrantes del Frente, son caracterizadas en todos los espacios con el nombre de “militancia” o “tareas militantes”.

En cuarto lugar, puede señalarse el trabajo remunerado por fuera del encuadre colectivo que muchas mujeres tienen para complementar el ingreso obtenido en el marco de la organización, o viceversa, del cual el ingreso cooperativo resulta complemento. En la mayoría de los casos es un trabajo que replica tareas domésticas, y se produce en situaciones de precariedad y falta de derechos laborales formales. Como dijimos ya, a este trabajo lo denominamos trabajo “en otras casas”.

A pesar de esta distinción explicativa entre estas cuatro formas de trabajo, al reconstruir la vida cotidiana de las mujeres de sectores populares y sus recorridos biográficos, el trabajo aparece como un proceso continuo en el tiempo y en el espacio, un conjunto de actividades entrelazadas y hasta superpuestas que incluyen labores asalariadas o remuneradas, actividades de cuidados domésticos y comunitarios y tareas ligadas a la participación política. Un continuo de trabajo organizado fundamentalmente en función de otros/as y cuyos tiempos fluctúan de acuerdo con el contexto económico, social y político y también a las iniciativas individuales y colectivas desplegadas por las mujeres.

Es decir, en estas experiencias femeninas, la sobrecarga de trabajo es una situación permanente, a veces asumida como inevitable, “siempre es así, las mujeres tenemos que hacer todo”, y con frecuencia aludida con los términos “esfuerzo”, “sacrificio”, “calvario”, entre otras. A partir de las entrevistas, donde les pedimos que realizaran un relato pormenorizado de las actividades rutinarias de cada día, pudimos notar en las mujeres reacciones de azoramiento en relación con el volumen de trabajo que realizan y expresar “a veces te dan ganas de llorar y de tirar todo a la mierda”, o “se me hace muy complicado organizar todo a veces”. La expresión utilizada con frecuencia es “tengo que”, aludiendo a deberes que se explican fundamentalmente en las obligaciones de cuidados por tener personas a cargo tanto en los ámbitos familiares como barriales y que ven reforzarse cuando son “sostén de hogar” o “madre soltera”.

Esto se relaciona, por una parte, con que las mujeres acceden a los trabajos más flexibles y precarios (situación no afectada por las políticas sociales de las cuales son destinatarias privilegiadas), pero también porque a pesar de trabajar parte del tiempo fuera de la casa, el trabajo doméstico y de cuidados, sigue recayendo sobre sus cuerpos.

Esta dinámica intra-hogares, se traslada –en parte– a las tareas de reproducción de la vida comunitaria y en las organizaciones, donde las mujeres, como vimos, garantizan mayoritariamente la alimentación, vestimenta, cuidados infantiles, arreglo de infraestructura y mantenimiento barrial, asistencia a reuniones organizativas, entre otras actividades diarias.

Más allá de las jornadas laborales

La idea de “jornadas laborales” de las mujeres, trabajada desde las perspectivas feministas de la economía ya citadas tiene un profundo valor explicativo y político, que al tiempo que vuelve visible los trabajos ocultos y no pagos realizados por las mujeres, da cuenta de la desigual división del trabajo sexo-genérico en la sociedad, y la sobre carga específica sobre mujeres del pueblo trabajador. Para Rodríguez Enríquez (2015) por ejemplo, la multiplicación de las jornadas para las mujeres es el “vector de reproducción de las desigualdades sociales”. A pesar de que la visibilización de las “jornadas” tiene esta importancia innegable, en el análisis de las experiencias vitales de las mujeres que entrevistamos se desdibujan en tanto momentos y espacios definidos, es decir, trabajo remunerado fuera del hogar/ trabajo no remunerado dentro. En cambio, como vimos en el recorrido con Luz en el anterior capítulo, y en el testimonio de Margarita, el día es una gran jornada laboral, con tareas entrelazadas y preocupaciones mezcladas en tiempo y lugar. En los relatos de Margarita o de Luz, pero en general en el de todas las entrevistadas, la estrategia es la mezcla y la sobrecarga, el correr de un lado hacia el otro, de cuidar sin salario al tiempo que cuidan por un ingreso; de cocinar para el barrio, al tiempo que cobran un “plan social”, irse de la asamblea a las apuradas para bañar a uno de sus hijos y volver para el final con el niño cargado, ir a la movilización con uno de sus hijos y repasar los deberes del colegio mientras se espera la respuesta de la gestión...Coincide con lo planteado por Federici como “el aprieto (...) de que dependan de nosotras las vidas de otras personas y la imposibilidad de ver dónde comienza y termina nuestro trabajo, dónde comienzan y acaban nuestros deseos” (Federici, 2013; 42).

Para quienes trabajan de noche cuidando a ancianos/as, por ejemplo, y participan comunitariamente, como Rosa o Aurelia, se vuelve complejo incluso delimitar el inicio y final de los días, debido a que el momento del descanso es la variable de ajuste que puede moverse de acuerdo con el resto de las actividades barriales o de la organización, no siempre regulares en la semana.

En la mitad de las entrevistadas esta situación de sobrecarga tiene como fundamento concreto el ser sostén de hogares monoparentales donde tienen responsabilidad central en el sustento material y emocional de la familia. En los otros casos, el reparto de tareas de cuidados con los varones de la familia pocas veces surge como opción, y sin duda compartir la preocupación sobre los cuidados (en tanto actividad mental de organización) directamente no constituye una posibilidad.

Sin embargo, advertir estos condicionamientos no implica negar la capacidad de la agencia femenina. De hecho, en la cotidianeidad se manifiestan prácticas que las mujeres

fueron configurando individual y colectivamente en relación con esta sobrecarga y con el lugar que la división por género del trabajo asigna a los múltiples trabajos femeninos.

Entre ellas, aquí se abordará la colectivización de una parte del trabajo de cuidados en marcos comunitarios, para lo cual ingresamos en el apartado siguiente en el comedor comunitario.

Apartado 2

El Comedor comunitario: colectivización y politización de los cuidados

En este apartado se visitará la cocina y el comedor comunitario. Constituye, generalmente, el espacio al cual se integran las mujeres como puerta de entrada al Frente y, además, es la actividad que suele iniciar la inserción barrial de la organización en un nuevo territorio.

En un primer momento se analiza qué prácticas y sentidos tradicionales y disruptivos conviven en una actividad clave para la reproducción de la vida de estas mujeres y sus familias. En este sentido, se reflexiona sobre la imbricación entre lógicas privadas y públicas, personales y políticas en esta cotidianeidad compartida en un ámbito fundamentalmente feminizado.

En segundo lugar, se reconstruye a partir del relato de las mujeres migrantes en el FPDS CN, la relación entre sus procesos migratorios, la búsqueda de sustento y la conformación de enclaves comunitarios en los territorios. Aquí también se piensa al comedor como un espacio cotidiano donde se desarrolla la interacción intercultural y la reactualización de prácticas comunitarias provenientes de distintos orígenes en pos de estrategias individuales y colectivas para sostener la vida.

En tercer término, se alude al lugar de esta tarea cotidiana en la totalidad del trabajo que las mujeres realizan diariamente, para pensar en torno a la superposición de trabajos femeninos, los usos del tiempo, la sobrecarga de trabajo de las mujeres y la división sexual del trabajo en las organizaciones.

Parar la olla

Cuando los cuadraditos de cebolla y zanahoria comienzan a ablandar sus contornos gracias al fuego, Antonia revuelve la olla que ocupa dos hornallas, agrega una a una las alitas de pollo que le alcanza ya limpias Marta, y mirando por arriba del hombro dice:

-Vos, Antonita, hacete el arroz ese que hacen ustedes que te sale tan bien.

Antonita, mucho más joven, menos de treinta, tres hijos e hijas en edad escolar, y el más pequeño en su aguayo colgado en la espalda, responde:

-Bueno- y sale hacia el invernáculo a pedirle a Wilfreda que le corte ajo y puerros para granear el arroz¹³².

Unos diez años antes, en ese mismo “comedor Juanito Laguna”, que en aquel momento consistía en un cubo de chapas y algunas maderas, esta investigadora recuerda que Antonia había afirmado, en el marco de un taller de formación: “La culpa de la desocupación en este país la tienen los bolivianos y peruanos”.

Pero en la cotidianeidad compartida en el movimiento, fundamentalmente situada en ese comedor (aunque también en otros comedores, o en los piquetes), se habían modificado los sentidos que Antonia y otras mujeres tenían al llegar por primera vez a cocinar juntas para poder comer.

En el capítulo anterior presentamos a Antonia, esta mujer tucumana de más de sesenta años que ingresó al comedor en su primera asamblea en 2002. Durante quince años, por lo menos tres veces por semana, decidió compartir su vida y resolver sus necesidades colectivamente en este espacio común con personas, fundamentalmente mujeres, de diversas edades, etnias, nacionalidades y experiencias. Durante varios años, incluso, la participación de Antonia se sostuvo a pesar de no percibir ningún ingreso a cambio de cocinar en el comedor, salvo algunos víveres. “Yo vengo acá porque no me voy a quedar sola en casa, acá cocino, como, tomo un mate, algo dulce, charlamos, compartimos, para no quedarse con los problemas sola”. Y agrega que está en el movimiento porque “en grupo conseguí cosas que sola no”¹³³.

Como la enorme mayoría de las mujeres de este trabajo, su integración a lo colectivo se realizó por la puerta de la cocina y cucharón en mano. Es decir, las mujeres se convocaron desde lo que sabían hacer, y desde lo que se esperaba de ellas según la división sexual del trabajo tradicional, la ética reaccionaria del cuidado que pone bajo la órbita femenina y doméstica la reproducción y el sostenimiento de la vida (Pérez Orozco, 2014; Federici 2013). Como afirma Celina “pensar que tenías que hacer un comedor desde esas experiencias individuales y colectivas era natural. Era una idea cercana, porque todo lo que se hacía era para morfar”¹³⁴. Esta “idea cercana” tiene que ver con que cocinar colectivamente es una práctica que tiene una referencia antecedente en la vida de cada mujer, ya sea en el marco familiar, como así también en otras organizaciones barriales y/o religiosas. Y que a pesar de que unos pocos varones colaboran intermitentemente, el sostén cotidiano de los comedores es garantizado por manos femeninas.

¹³² Nota de campo N°6, 13/09/2012.

¹³³ Entrevista colectiva en “Juanito Laguna”, 15/04/2015.

¹³⁴ Entrevista a Celina, 15/03/2016.

En el caso de Patricia, una de las participantes del comedor “Los Amigos”, su experiencia previa fue en “un comedor político” de las afueras de La Plata del cual no recuerda el nombre, pero sí que allí realizaban cursos de oficios. Patricia cocinaba allí al tiempo que se capacitaba para Enfermera, y a la vez trabajaba de telefonista en una remisería. Participar en el comedor le facilitaba alimentos para ella y sus hijas e hijos, en un momento en que su marido de entonces obtenía magros e inciertos ingresos con un carro cartonero¹³⁵.

Por su parte, para Margarita y Dominga, ambas bolivianas y participantes de “Madres Unidas”, la referencia de los comedores barriales o populares remite a una época de profunda crisis que ambas vivenciaron en su país en los primeros años de 2000 en su lugar de origen. La “guerra del gas”, como momento culminante de la crisis económica y el ajuste, fue el escenario de condensación de toda una serie de prácticas comunitarias entre las que figuraba la de los comedores y las ollas populares en los permanentes cortes. Si bien ninguna de estas mujeres formó parte activa de estas manifestaciones, su recuerdo reaparece cuando son interrogadas sobre su participación actual en las tareas cotidianas del movimiento¹³⁶.

En el caso de Rosa, también de “Madres Unidas”, su experiencia previa más duradera en gestión comunitaria vinculada a los alimentos fue su participación en “El vaso de leche” en los suburbios limeños. Este Programa Social fue creado en 1984 por el entonces alcalde de Lima y continúa hasta hoy proveyendo alimentos a un millón de niños y niñas de los barrios populares en el año de su creación¹³⁷. Rosa participó allí durante siete años, llegando a ser durante la mitad de ese tiempo encargada de Finanzas, tarea que la llevaba a recorrer los diferentes comedores de Lima. “Tengo muy buenos recuerdos, también íbamos a marchas y nos bañaban con rociador¹³⁸”, recuerda. Esto se relaciona con que durante distintos gobiernos el Programa fue sufriendo recortes que generaron protestas de las mujeres que conformaban la red de trabajo de “el Vaso” en reclamo de recursos y alimentos. El fundamento principal de toda la actividad del Programa estaba vinculado a la elaboración de alimentos para los niños y niñas. Por eso afirma Rosa “me vine acá a Argüello (...) me dijeron de armar un comedor y no lo dudé”¹³⁹.

Efectivamente, participar en un comedor actualiza en las mujeres una serie de referencias, memorias y recursos muy cercanos, como herramientas aprendidas en un desenvolvimiento femenino y entrelazado previo que se reavivan con la integración al

¹³⁵ Entrevista a Patricia, 30/04/2015.

¹³⁶ Entrevistas a Margarita, 25/03/2015 y Dominga, 11/06/2015.

¹³⁷ Para más información sobre este programa consultar Municipalidad de Lima (2017) y Suárez Bustamante (2003).

¹³⁸ Hace referencia al camión hidrante para dispersar manifestaciones.

¹³⁹ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

nuevo espacio. Como plantea Andújar (2014: 73), es posible rastrear en las biografías femeninas una historia de intervención público-política labrada en vínculo que se pone en común en esta nueva experiencia. Cocinar colectivamente genera toda una serie de prácticas que resultan de la puesta en común de necesidades, y que generan nuevos vínculos y encuentros.

Pero, además, la búsqueda de Antonia (quien, como dijo, va al Comedor “para no quedarse con los problemas sola”), y otras mujeres que se integran a ámbitos colectivos barriales parece no estar definida únicamente por conseguir recursos materiales.

Aquí se pone en juego un elemento del orden de lo relacional, de lo subjetivo y de los afectos que resulta clave para explicar la participación. La sostenibilidad de la vida, entonces, no se reduce a la gestión de bienes materiales, sino a la construcción de una red de relaciones sociales desde la que las mujeres pueden sustentar sus vidas. Aquí resulta pertinente la noción de “desesidades”, un concepto que Amaia Pérez Orozco (2014:26) retoma de la Educación Popular para resignificar la noción de necesidades, rompiendo la escisión con los deseos. También resulta interesante la conceptualización de Karl Polanyi (2009:76), quien eligió ampliar la idea de “sustento” a todo un conjunto de interacciones e intercambios que pueden servir para el sostenimiento humano. Salvando las distancias entre los/as autores/as, ambas conceptualizaciones son útiles para pensar a la cocina y al comedor popular, mucho más allá del recinto donde se resuelve la necesidad de comer.

Las mujeres que participan en el Frente pasan muchas horas diarias en el comedor, donde cocinan, cuidan a sus hijos/as, arman romperos comunitarios, trabajan en la huerta, conversan sobre sus problemas y sobre los de otras personas, organizan actividades, van y vienen entre sus casas, el comedor y otras instituciones varias veces en el día. Y sólo la búsqueda de “sustento” en sentido amplio puede explicar estos tránsitos.

Quizá la idea de trabajo de cuidados¹⁴⁰, incorporada desde la economía feminista, sea útil para pensar la carga política cotidiana del trabajo desarrollado por las mujeres en el comedor. Para Carrasco, el trabajo de cuidados es aquel que se realiza para abordar las necesidades físicas de reproducción de la vida, pero también aquellas necesidades emocionales fundamentales que se satisfacen a través de los afectos y el reconocimiento (2017: 28).

¹⁴⁰ Existe un largo debate en relación con la pertinencia de los términos trabajo de cuidados o trabajo reproductivo. A efectos de esta investigación, se utiliza indistintamente trabajo de cuidados y trabajo de reproducción de la vida, teniendo en cuenta que ambos permiten abordar ampliamente el conjunto de actividades que permite sustentar la vida humana y no humana en una comunidad. Es decir, se trata de una serie de labores que posibilita el cuidado de las personas y también del medio ambiente donde ellas se desarrollan.

Según Pérez Orozco, “la noción de cuidados se solapa en parte con la de trabajo no remunerado: el conjunto de actividades que deben hacerse para llegar hasta donde el consumo no llega. Y con la de trabajo reproductivo: el conjunto de actividades que se hacen porque son precisas para reproducir y mantener la vida, no para producir en el circuito de valorización de capital” (2014: 94). Desde esta perspectiva, se hace hincapié en el aspecto relacional del trabajo de cuidados, es decir, que es una actividad centrada en el reconocimiento de la vulnerabilidad humana y la interdependencia, por lo que la defensa de la vida está en el centro. Los cuidados intentan llegar donde el Estado no garantiza y el consumo no llega, a esos espacios dañados por la lógica de acumulación.

Para la citada autora, estas actividades de cuidados son realizadas fundamentalmente por mujeres de forma individual y oculta, debido a que existe una “ética reaccionaria” que guía la división del trabajo. Esta “ética...” naturalizada, dificulta la posibilidad de cuestionamiento por parte de las mujeres del conjunto del sistema capitalista que privatizó y aisló este trabajo llevándolo a las fronteras del hogar (Idem:94). La situación de aislamiento y compartimentación de las mujeres por parte del capitalismo para privatizar el trabajo reproductivo y recluirlo en los hogares fue analizado por toda una serie de investigaciones (Dalla Costa 2009; Dalla Costa y James, 1972; Federici, 2013) que señalan que este proceso ha creado una forma particular de familia, sexualidad y procreación. Este confinamiento en la “esfera privada” de las mujeres ha impedido que el trabajo de cuidados y reproducción de la vida sea pensado como un trabajo que produce no sólo fuerza de trabajo sino personas vivas (Federici, 2013:47). Ahora bien, ¿Qué sucede cuando las mujeres salen de las fronteras de sus hogares, (“la esfera privada”) y ponen en común la reproducción de sus vidas y de las personas que dependen de ellas, más aún, cuando deciden que su trabajo puesto en común permita sustentar a más personas con las que comparten territorio?

Siguiendo la conceptualización de la economía feminista se puede contestar que el comedor se conforma como un espacio de gestión colectiva de los cuidados, es decir un espacio colectivo que se organiza para resolver las necesidades no sólo físicas sino también todo el conjunto de aspectos que se relacionan con el sustento de la vida. Salvo excepciones, estos cuidados en los comedores analizados son garantizados por mujeres, que como se dijo, se integran cocinando a una organización que, además excede con sus prácticas y propuestas lo que sucede en el local donde se cocina. Aquí, a diferencia de la invisibilidad y aislamiento en que las mujeres garantizan este trabajo en los ámbitos privados (Federici, 2013; Dalla Costa, 2009), algo diferente y central ocurre con los cuidados cuando se ponen en común. El comedor es un escenario donde se produce la colectivización de trabajos que las mujeres de otra forma resuelven en el ámbito de los hogares, como la alimentación, el vestido y la crianza de los hijos e hijas.

Entonces puede plantearse que la colectivización por parte de las mujeres de parte del trabajo de cuidados genera una *potente ambivalencia*. Por una parte, sosteniendo la división sexual del trabajo, porque este trabajo sigue recayendo sobre cuerpos femeninos. Pero por otra, porque este trabajo de cuidados deja de ser individual y de reproducir el aislamiento femenino en los ámbitos hogareños, situación que habilita la producción de nuevos sentidos. Es un trabajo compartido, y visibilizado como trabajo de sostén comunitario y social.

De esta forma, a partir de la gestión común de estas necesidades en una organización abierta al barrio y a la sociedad, surgen deslizamientos acerca de los deberes y derechos de crianza, disputas en torno a las definiciones de maternidad y sin duda, un desdibujamiento de las esferas pública y privada, de las divisiones entre las cuestiones personales y políticas.

Sumado a esto, en la práctica se presenta una contradicción –o al menos, una tensión específica- que será abordada en el capítulo VI: la convivencia de la propuesta del Frente de transformación de las relaciones de género –sintetizada incluso en su autodefinición como organización “antipatriarcal”- con una práctica de sostén comunitario realizado casi íntegramente por mujeres. Es decir, a pesar de los cuestionamientos a los valores patriarcales por parte de las interpelaciones políticas del Frente, para las mujeres la maternidad continúa siendo, con la responsabilidad de cuidados que conlleva, un elemento de definición importante, muy ligado a la idea de Mujer, ligada a su vez al compromiso invertido en el sostén económico de otros seres humanos, pero también, como elemento que asigna cierta autonomía a las mujeres de sectores populares.

Las mujeres esgrimen que se organizan por sus hijos e hijas, para darles de comer, y en este argumento concuerdan todas las entrevistadas. Sin embargo, volcarse a un ámbito colectivo también es una decisión entre tantas otras posibles que asumen en primera persona. Sobrevivir realizando varios trabajos informales, integrarse a una iglesia donde provean alimentos, salir a buscar y/o pedir dinero o recursos, trabajar informalmente bajo la órbita municipal, se encuentran entre estas posibilidades¹⁴¹. En este sentido, es interesante la propuesta de D ´Amico (2009) de recuperar las tramas cotidianas de las organizaciones y los barrios para reconstruir las acciones, más allá de los enfoques que enfatizan, o bien el interés material como única guía de acción, o bien la posibilidad de agencia incondicionada de los sectores populares. La propuesta es “comprender la participación de las personas en estos espacios a partir de las vivencias que se establecen allí, por las expectativas y obligaciones mutuas” (Quirós 2006 a: 85 en D ´Amico). En acuerdo con esta perspectiva, consideramos que las mujeres deciden la participación social y política en el marco de la búsqueda de satisfacción de “desesidades”. Es decir, no se ven arrastradas a ella.

¹⁴¹Se mencionan una serie de alternativas que han relatado las mujeres que participaron del Frente, antes, después o durante su paso por la organización.

La relación maternidad- dar de comer- organizarse es vivenciada de manera dinámica y cambiante por las mujeres en el Frente. Para las que fundaron el comedor “Madres Unidas”, por ejemplo, la relación de cuidado fundamentó la creación de un ámbito común, hecho que se manifiesta en el nombre del comedor: “éramos la mayoría madres y nos juntamos por una necesidad”¹⁴².

Parte del trabajo de cuidados se socializa en el marco de la organización, es decir, se vuelven colectivas y visibles al barrio tareas que suelen ocurrir dentro en las estrechas fronteras de los hogares. En otras palabras, estas “actividades residuales para el mercado” (Pérez Orozco, 2014:94) tienen un potencial transformador de dinámicas grupales y subjetivas frecuentemente invisibilizado, centrado en su capacidad de generar en común, es decir relaciones comunitarias que pueden socavar las dicotomías que sostienen el capitalismo y el patriarcado: lo público/privado y lo personal/ político.

Una situación ocurrida en el comedor “Juanito Laguna” durante el almuerzo puede ilustrar estos deslizamientos:

“En los platos quedan sólo restos de comida y Leo está abriendo una lata de duraznos. Se terminan de charlar algunas cosas que Luz lee desde su cuaderno (...) comienza el berrinche de Javier que le recrimina a su madre que no la deja comer el durazno porque no comió el almuerzo. “Es tu propia regla, hijo, tú no quisiste comer la comida y dijiste delante de todos los compañeros que no te importaba perder el durazno”. El niño, que tiene diez años, sigue gritando “quiero duraznos”, Luz, sin levantar la voz, pero exasperada vuelve a repetirle que había hecho el acuerdo “delante de los compañeros”. Ante esta frase, el niño dice “ellos no deciden acá” y ella contesta (creo que, haciendo referencia a la asamblea barrial, a la organización) “y yo tampoco decido sola acá”. Ante eso el niño grita: “entonces pierden un niño en el comedor, no como nunca más acá”. Durante esta discusión que dura media hora, Javier no deja de gritar y Luz de contestarle, adentro del galpón. El resto está exasperado y comentan sobre la necesidad de límites”¹⁴³.

Pese a lo singular de la escena, situaciones similares fueron registradas en las observaciones de campo en los otros espacios. La presencia de los niños y niñas durante el trabajo de sus madres en el comedor ha generado la necesidad de nuevas prácticas colectivas de cuidados.

¹⁴² Entrevista colectiva en “Madres Unidas”, 14/07/2016.

¹⁴³ Nota de campo, N°8 20/09/12.

En este sentido, la generación de redes familiares o barriales de cuidados es una práctica habitual de reparto de tareas, mayoritariamente entre mujeres. Esta red, donde alguien cuida para que otra pueda salir, se traslada frecuentemente hacia lo colectivo, donde muchas veces las hijas o las madres reemplazan o acompañan en las tareas comunitarias a sus madres para que ellas puedan realizar otra tarea de cuidados o un trabajo remunerado. Así como las redes de cuidado familiares son mecanismos permanentes que las mujeres ponen en juego para compatibilizar tiempos y actividades, también surgen o se renuevan estos mecanismos entre las integrantes de la organización.

Estas oscilan entre redes informales de cuidados durante las actividades: una de las mujeres se ocupa de los/as niños/as mientras el resto elabora, hasta la creación de espacios más formalizados en tiempo y espacio, como bibliotecas infantiles, “juegotecas” y guarderías, donde, en algunos casos a partir de algún recurso obtenido, se gestiona el cuidado durante las actividades. Además, se han impulsado talleres de agroecología en aquellos espacios con huertas, música, oficios, juegos, que realizan los/as niños/as en un espacio físico próximo al que las adultas trabajan¹⁴⁴. En otros casos, simplemente, los/as niños/as se vuelcan a la participación más o menos activa en las tareas colectivas. Con el paso de los años se verifica la creación de espacios de cuidados en el marco de los comedores para dejar a los niños/as durante las movilizaciones.

La cocina del corte de ruta y la asamblea

Así como decisiones referentes a la crianza comienzan a formar parte de lo común, lo mismo ocurre con otras definiciones y sentidos que se juegan en la conversación cotidiana, alrededor de la mesa, con mujeres juntas cocinando. Por ejemplo, en distintas oportunidades, la decisión sobre la cantidad de hijos/as, los métodos de anticoncepción, el lesbianismo, el abuso sexual, fueron temas que circularon como resultado de un comentario sobre el taller de género de la semana anterior. La crítica a una participante (ausente) que toma un rol “autoritario” en el barrio y que no trae toda la información de las reuniones también se discutió amasando tortas fritas. El estado de las calles luego de las lluvias, el festival en la iglesia, el asesinato de una joven peruana, fueron otros temas de intercambio que al tiempo que instauraban vínculos entre las mujeres, también generaban insumos para la asamblea, propuestas para otros barrios, cuestionamientos a esposos, etc.

¹⁴⁴ La pregunta en torno a cómo trabajar con niños/as y jóvenes que están conviviendo en la dinámica de los movimientos llevó a la creación por parte del Frente de actividades específicas para incluir y comprometer a este sector, llegando a constituir un Espacio de Niñez y un Espacio de Jóvenes dentro de la organización. La reconstrucción de este proceso y sus raíces históricas puede consultarse en: Alainez, Fajardo y Sacco (2008) y en Díaz Lozano y Fajardo (2013).

Con foco en esta cotidianeidad, aparentemente rutinaria y repetitiva, y reconociendo la significación política de este hacer juntas, cabe observar que los ámbitos “públicos” organizativos pueden considerarse en su vínculo inseparable con los cuidados colectivizados. Esto sucede con dos momentos centrales y constitutivos de la práctica política del Frente: las asambleas y los piquetes.

Si bien en los siguientes capítulos se analizarán en mayor profundidad, se resalta aquí el nexo entre el comedor (el espacio de la reproducción y del cuidado colectivo) con los dos ámbitos que para la bibliografía sobre el movimiento piquetero son los espacios resaltados como creadores de una política con rasgos específicos¹⁴⁵. Estas instancias, episódicas y más visibles para el mundo académico y para los medios de comunicación, no podrían existir sin este espacio cotidiano enraizado en la cotidianeidad del dar de comer.

En primer lugar, nos referiremos a la relación entre comedor y asamblea. La asamblea es considerada el ámbito privilegiado de decisión en un colectivo que, como el FPDS CN, se organiza según principios de democracia directa (ver capítulo I). Sin embargo, cuando se abarca la totalidad del trabajo diario colectivo, la práctica de la asamblea semanal ya no se percibe como el ámbito único y exclusivo de definición. Esto es porque frecuentemente este espacio semanal rubrica definiciones colectivas que se fueron construyendo previamente de diferentes formas en esa cotidianeidad del comedor (y también por fuera, en el barrio). Cada semana, existe una reiteración de preocupaciones entre las charlas informales y el temario final, incluso los argumentos en pro y contra de un debate se van tejiendo a un tiempo mucho más lento que las dos o tres horas que dura una asamblea. Así sucedió por ejemplo cuando un comentario sobre el frío llevó a una propuesta de actividad para juntar recursos para terminar el local en “Madres Unidas”; un rumor barrial llevó a que se sumara a la gestión municipal el tema del avance de la autopista sobre el barrio; una charla sobre malestares entre compañeros/as llevó a un debate sobre machismo en la organización. Y todo eso se inició como conversación informal en la cocina. Es posible decir entonces, que esta cotidianeidad compartida es, en parte, la “cocina” de la asamblea.

La segunda relación clave es entre comedor y piquete. Se moviliza en el marco del Frente, entre otras cosas para conseguir alimentos para el comedor, pero, además, se cocina para la marcha y en la marcha. El trabajo de las mujeres en la elaboración de alimentos uno de los pilares fundamentales de sostén de las medidas de lucha. Este sostenimiento es material, porque llevar comida o cocinar en el piquete permite extender el tiempo de protesta, pero también es simbólico. Dice Caty: “cuando prendemos el fuego para la olla

¹⁴⁵Solo una muestra: el Colectivo Situaciones (2002:3) plantea “Las asambleas y los piquetes son verdaderos experimentos de contrapoder, bajo la forma de desarrollos de foros populares de discusión, de intercambio, de investigación y de acción directa. Su fuerza es, precisamente, la multiplicidad. Se juegan aquí formas nuevas y radicales de practicar la libertad”.

popular estamos presionando más, significa que nos quedamos y también que el pueblo tiene hambre”¹⁴⁶. Esta politización del “hambre” y de la supervivencia por parte de los movimientos piqueteros, como han señalado otros trabajos (Voria, 2012), pone a las mujeres en un nuevo lugar público, porque las necesidades que son su trabajo y preocupación fundamental salen para siempre del ámbito del hogar.



Marcha contra el hambre en la Avda. Gral. Paz, 2016. Archivo personal.

¹⁴⁶ Nota de campo N°31, 14/09/13.

Junto a ello resulta pertinente la idea de que, a partir de la integración a colectivos barriales en los que cocinan juntas, pero además salen a la calle, las mujeres resignifican los sentidos asociados a la maternidad. Las mujeres trasladan a sus familias al espacio público. En nuestro país, la participación femenina asociada a la necesidad y elección de salir a protestar una de cuyas resonancias es la politización de los roles tradicionales de “madre” o “ama de casa”- tiene una larga historia. Se rescata, por ejemplo, el estudio de Andrea Andújar (2014) sobre los hilos de continuidad que las mujeres piqueteras han tejido con la referencia de las Madres de Plaza de Mayo¹⁴⁷ y cómo la figura de la maternidad fue tomada por ellas para salir a reclamar trabajo y sustento.

En relación con el piquete, el comedor constituye además el espacio donde se resuelve el cuidado de los niños y niñas durante la manifestación. Por ejemplo, en una Reunión de Mesa de Berisso, una integrante de “Madres Unidas” explicaba que tenían apuro en culminar la construcción de material del comedor para que puedan quedarse “los hijos e hijas de las compañeras durante las marchas”, durante el invierno. Y una integrante del comedor “Nuevo Amanecer” de otro barrio, Villa Nueva, explicaba que “las ‘especiales’ estamos tramitando permisos en la escuela para poder ir a llevar y retirar a los chicos al colegio mientras las madres están las marchas”.¹⁴⁸ Cabe aclarar que las “especiales” son aquellas personas que, debido a problemas de salud, o por ser mayores de edad o estar cursando un embarazo están eximidas de cumplir el criterio de asistir a movilizaciones y “piquetes”, y que entonces, se quedan cuidando a los niños y niñas en los casos en que “es peligroso llevar niños como las marchas a Capital” (Ídem).

En este vínculo entre comedor, asamblea y piquete, puede verse cómo en la actividad aparentemente rutinaria de cocinar para ellas y para cuidar a otras personas, se elaboran mucho más que alimentos: también tramas políticas cotidianas que garantizan de manera invisible actividades en otros ámbitos del Frente.

¹⁴⁷ Mencionamos también los trabajos de Jelin, Elizabeth (1985), de Barrancos, Dora (2008) de Voria, María Andrea (2012), de Schmukler, Beatriz y Di Marco, Graciela (1997).

¹⁴⁸ Nota de campo N°34, 22/10/2013.

La “pollada”: de las peruanas a Villa Argüello;

de Villa Argüello al Frente

La idea de la “pollada”¹⁴⁹ estuvo dando vueltas durante varios días en las charlas de las mujeres en el comedor, en las marchas, en la cooperativa, por el barrio, cuando se encontraban haciendo mandados. Una vecina había quedado viuda -su cónyuge había muerto en un accidente de tránsito-, estaba embarazada y sin dinero para hacer frente a los gastos del entierro. No pertenecía al comedor, es decir al Frente, pero la conocían y por eso su nombre, Angélica, apareció como un punto del extenso temario en la asamblea del miércoles. Eran las ocho de la noche ya, se sentía el frío y el cansancio en el interior de la casilla de chapas donde unas veinte personas (casi todas mujeres) hablaban superpuestas, algunas por lo bajo, otras a los gritos, y otras mantenían silencio ante los temas propuestos: Mercadería, Cooperativa, Encuentro de Mujeres, Reclamos barriales, Angélica.

Normalmente, los preparativos de la “pollada”, la práctica más extendida entre las “Madres Unidas” para juntar dinero para el fondo del comedor, duraban más de un mes. Desde definir la fecha, hacer los tickets, pensar la cantidad de porciones, conseguir los pollos en gestión municipal, difundir, dividir tareas, hacer las compras, retirar los pollos, descongelarlos y lavarlos, hacer el condimento, el ají sin el cual la “pollada” no merecía tal nombre...

Esta vez, se decidió actuar rápido y las mujeres, exclusivas hacedoras de esta práctica que aprendieron en Perú y trajeron a Villa Argüello, se convocaron al día siguiente al mediodía para cocinar. Los dos integrantes varones del comedor llegarían por la tarde con algunos cajones de cerveza para vender y así juntar más dinero.

El día previsto para la “pollada” el movimiento en el comedor inició a las ocho de la mañana. Lucha y Ruth trozaban los pollos en tablas de madera sobre las hornallas de la cocina. En cuclillas, Dominga enjuagaba con una manguera las papas en una cacerola apoyada en el piso de tierra apisonada. A pocos metros, en una cuna improvisada con un colchón doblado, su hija dormía arropada en el tejido multicolor. Una niña entró

¹⁴⁹ La práctica de la “pollada” que ya aludimos en el capítulo II, consiste en la realización de una jornada de venta de comida con fines solidarios o cooperativos, donde el plato infaltable es el pollo macerado al menos un día antes con una mezcla de condimentos donde el principal es el ají *panca*, muy utilizado en Perú y difícil de conseguir en nuestro país. Durante un período de tiempo que puede extenderse a más de un mes se venden los tickets que en el día de la “pollada” se canjearán por porciones que incluyen presas de pollo, la salsa preparada con ají, y una guarnición variable. En algunos casos, por ejemplo, cuando se realiza en locales comunitarios, las personas comen en conjunto y en otros retiran sus porciones para llevar a sus casas. En las polladas en que participamos, se vendían al menos 150 porciones, y luego de la comida se bailaban además ritmos de diferentes países.

corriendo y dejó una bolsita sobre la mesa: “mi mamá les manda el ají” y corriendo se volvió a ir. Lucha comentó, mientras hundía la cuchilla entre una pechuga y un ala, cubiertas de hielo: “Está viniendo la Licha con la licuadora”. Un ritmo latino y meloso comenzó a colarse por las rendijas del local, se oyó cada vez más cerca hasta volverse patente al entrar Licha, celular en una mano, licuadora en la otra, con su caminar sinuoso y bailarín. Atrás de ella, a pocos pasos, entraba Ezequiel, de unos 8 años, de tez muy oscura, pelo mota y rasgos afro-peruanos como su mamá. “Di hola, hijo, saluda”. A los pocos minutos Licha enchufó la licuadora, metió el ají, leche, galletas de agua y sal. Ruth se acercó: “a ver cómo hacen el picante. Allá en Bolivia solamente con cebolla y tomate”. “Este ají es distinto al de ustedes y acá no se consigue, lo mandaron desde Lima”, dijo Licha. Explicó las cantidades y prendió el artefacto. Ni el ruido grave de la licuadora llegó a tapar los vientos de la salsa que sonaba desde el celular.

Aurelia llegó justo para freír el pollo condimentado con una mezcla de pimentón, cerveza, aceite y sal. Trajo una bolsa de repollo lavado y cortado. “Mandé al flaco a buscar los tablones a lo de Angélica”, avisó mientras destapaba la botella de aceite¹⁵⁰.

Hacer una “pollada” es una práctica recurrente a la hora de realizar un festejo o conseguir fondos en los comedores de Villa Argüello. Esta actividad es organizada y llevada a cabo casi íntegramente por mujeres y proviene, según afirman las integrantes de “Madres Unidas”, de la tradición peruana. El peso simbólico de la “pollada” es tan significativo para el barrio que todas las mujeres, aunque no recuerden la fecha de inicio de este comedor, sí recuerdan la de la primera “pollada”: “hicimos la gran ‘pollada’ el 28 de julio de 2007, día de la independencia del Perú. Entonces, el comedor debe haber empezado en mayo, en la cocina de Maruja porque no teníamos espacio”, recuerda Alejandrina. Esa fecha, donde además de la “pollada” se realizaron bailes típicos de Bolivia y Perú, fue la señalada por cada mujer como el momento donde el comedor se dio a conocer al barrio¹⁵¹. Desde aquella “pollada” inicial, esta práctica se incorporó al repertorio organizativo del Frente, constituyendo un recurso utilizado en los diferentes comedores para reunir fondos colectivamente.

El proceso de realización de la “pollada” en “Madres Unidas” y, por extensión, en los diferentes comedores, es un momento de intercambio de saberes culinarios, además de ser un trabajo de muchas horas para las mujeres. Es un recurso del que se echa mano ante una necesidad personal o grupal. Trabajar en la “pollada”, confiere un reconocimiento dentro del movimiento y del barrio hacia las mujeres, al igual que no hacerlo es visto como un

¹⁵⁰ Notas de campo N°45, 20/2/2015 y N°50 16/5/2015.

¹⁵¹ Entrevista colectiva Comedor “Madres Unidas”, 14/07/2016.

rasgo de egoísmo o pereza. En los barrios donde no existe el saber organizativo y culinario de la “pollada”, hay un pedido explícito en las asambleas y “mesas” de Berisso de que las cocineras de “Madres Unidas” colaboren en la actividad, calculando y condimentando con un sabor cada vez menos lejano.

Aunque no fue una pregunta inicial de esta investigación, la relación entre la participación de las mujeres en lo colectivo y sus experiencias migratorias apareció como un problema importante en los testimonios y observaciones. Efectivamente, una fracción creciente de las mujeres incorporadas desde el 2012¹⁵² al sector barrial del FPDS CN proviene de una experiencia de migración interna o desde países limítrofes. En las tres asambleas del Frente que conviven en el barrio Villa Argüello, menos del 5 por ciento de las personas que participan de estos espacios nacieron en la Provincia de Buenos Aires¹⁵³. En “Juanito Laguna” predominan los/as migrantes del noroeste argentino, además de integrantes nacidos/as en Perú y Bolivia. En el caso del comedor “Los Amigos”, más de la mitad proviene de Paraguay, Chaco y Formosa. En “Madres Unidas”, ninguna/o de sus



Ticket Pollada, Villa Argüello, 2013.
Archivo personal

¹⁵²2012 es la fecha en que el FPDS CN en conjunto con otras organizaciones obtienen luego del plan de lucha “Cooperativa sin punteros”, la posibilidad de integrar vecinos/as a puestos de Cooperativas dependientes del Programa Argentina Trabaja, lo que generó una incorporación importante de personas a la organización en los territorios.

¹⁵³ Entrevista Colectiva Comedor “Juanito Laguna” (15/04/2015), Entrevista Colectiva Comedor “Madres Unidas” (14/07/2016) y Entrevista Colectiva Comedor “Los Amigos” (19/09/2015).

integrantes nació en Argentina. Justamente, el proceso de conformación de este comedor se evidencia como inseparable de la experiencia de migración de las mujeres bolivianas, peruanas y paraguayas a esa zona de Villa Argüello.

La migración aparece en los relatos biográficos de las mujeres como un momento difícil, de desgarramiento, de decisión, de obligación, pero también de búsqueda y resistencia. En varias entrevistas las mujeres utilizan la palabra “calvario” para definir momentos asociados al proceso de mudarse, cruzar la frontera, llegar a un nuevo lugar buscando el sustento. Pero también, esas mismas mujeres hablan de “esperanza” como un sentimiento unido a la migración.

A su llegada, solas o en pareja, las mujeres resolvieron su hospedaje en cuartos prestados o compartidos con familiares y conocidos. Se insertaron en trabajos mal pagos o trocaron su labor por comida o vivienda. En algunos casos debieron integrarse en cadenas familiares de cuidados, ocupándose de niños/as de las personas que las recibieron en sus casas, cocinando o limpiando para varios grupos familiares que convivían en una misma casa. En el caso de las bolivianas, trabajaron en talleres textiles con jornadas extenuantes y sin derechos laborales. En general, las peruanas y paraguayas consiguieron trabajos para limpiar casas y cuidar ancianos/as con duración incierta. Quienes estaban en pareja, además, fueron el sostén del trabajo reproductivo para que los varones de la familia se empleen en la construcción o se capaciten en oficios. La totalidad de las mujeres, más allá de su origen nacional, señalan haberse sentido discriminadas en instituciones y en espacios laborales por haber nacido en otro país, por su color de piel, su apariencia general y su forma de hablar.

Asimismo, el relato de llegada a Villa Argüello ya sea desde una provincia alejada de Argentina o de un país limítrofe como Perú, Bolivia o Paraguay, entrelaza la llegada con formas de territorialización (Comelli, 2012) y organización barrial para la toma y cuidado de tierras, contra los ataques de supuestos dueños, para la construcción colectiva de las casillas, para garantizar el cuidado de los/as niños/as y gestionar modos conjuntos de suplir las necesidades de alimentación y abrigo.

En el asentamiento, los peruanos y peruanas constituyen la población mayoritaria de entre quienes ocuparon en la última década los terrenos de “el fondo” de Villa Argüello lindantes con Villa Nueva, aunque también hay bolivianos/as y paraguayos/as. Las fechas de la toma de tierras, de la construcción, de la apertura de las copas de leche y comedores están mezcladas en los recuerdos. En el caso de “Madres Unidas”, su historia como comedor articula los relatos de mujeres migrantes que ocuparon tierras en Villa Argüello luego de 2005 momento en que se generó el asentamiento reciente del barrio, explicado en el capítulo II.

Según los relatos pocos meses separan el asentamiento de las casillas de la fecha de apertura del comedor en 2007. “Íbamos pasando la voz”, dice Alejandrina, -peruana, 60 años, fundadora del comedor- cuando explica ambos procesos: la ocupación y el comedor. “Avisaba a la gente [que ocupe tierra] porque estaba solita en esa cuadra, para que se pueble, porque al final me vi sola”¹⁵⁴. Que se pueble el terreno rápidamente era una táctica en contra de vecinos de barrios cercanos, quienes para apropiarse del espacio solían quemar las casillas que se iban asentando una a una. Paralelamente, la ocupación supuso para estas mujeres, en algunos casos viviendo solas, otras en pareja o con sus hijos e hijas, trabajar para rellenar los terrenos y construir las casas, las zanjias, conectar la luz, conseguir el agua, cortar el pasto.

Por consiguiente, la construcción de comedores y copas de leche o merenderos no es vivenciada desde las mujeres que se integran sólo como una acción o una propuesta de la organización (en este caso el FPDS CN) sobre el territorio. En los testimonios, armar un comedor es una estrategia de las familias (fundamentalmente de las mujeres adultas y madres) para organizar la alimentación y el sustento durante su momento de toma, asentamiento y “construcción de ciudad”. El comienzo, apremiante, suele ser en espacios prestados y /o compartidos con alguna familia. Los varones aparecen en los comedores después, cuando hay posibilidades de proyectos de empleo, o cuando se requiere construir un espacio físico. Pero lo primero es juntarse para resolver la alimentación y el cuidado a partir de un entramado femenino.

Para Rosa, migrada con su marido e hijos directamente desde los suburbios de Lima a Villa Argüello, el asentamiento y la integración al comedor están emparentados. Luego de ocupar la tierra y colocar una casilla de madera vivieron un tiempo “todos amontonados. Cuando llovía el agua se pasaba... Nunca hemos visto en Perú esas tormentas. Todo era espantoso para nosotros (...) Y después un día vino Licha (hermana) y me dice ‘allá en la casa, la señora Aleja me dice que quieren abrir un comedor’. Ah bueno, le digo. Estaría bueno”¹⁵⁵.

Para Dominga, por su parte, mudada desde la zona rural de Sucre en Bolivia con su pareja y una hija, la integración al comedor del Frente formó parte de distintas tácticas que puso en marcha al asentarse en Villa Argüello: “comencé a moverme y buscar por todos lados. Salí por La Plata, fui con mi cochecito, con mi hija, a buscarme más ropa. Encontramos un montón de juguetes, ropa, zapatos en la calle. Después fui conociendo más, me fui hasta Migraciones a pie, buscando cosas, que nunca lo había hecho eso yo. Fui a tramitar el documento ahí. Como ya fui conociendo un poco más La Plata, me metía donde no tenía que meterme, pero igual iba a pie, me metía. Iba sola, en Bolivia nada que

¹⁵⁴ Entrevista colectiva “Madres Unidas”, 14/07/2016.

¹⁵⁵ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

ver porque es un pueblito chiquito y toda selva (sic), allá tenía todo a mi alcance”¹⁵⁶. Comenta que se internaba en el bosque de La Plata a buscar frutas silvestres, “como si estuviera en la selva”. Fue en esa situación de incertidumbre y precariedad, recién mudada a una casilla desvencijada, durmiendo en el piso y con serias dificultades para proveer alimentos a su familia que Dominga se fue integrando a una iniciativa colectiva. “Siempre busqué trabajar aparte, sobre todo para poder mantener a mi hija”, afirma.

Ni bien llegada, Dominga se contactó con vecinas que estaban armando una copa de leche, haciendo reuniones, ésta fue su iniciativa porque al marido no le interesaban las reuniones ni la política. “Nos invitaron a casi todo el barrio. Bueno, pensé, si es una cosa importante que se va a charlar, tal vez es algo del barrio, me voy a acercar un rato”. Así Dominga recuerda que “empecé a cocinar mis buñuelos en casa de Maruja”, donde inició el comedor “Madres Unidas”. Una vez más, la cocina fue la puerta de entrada de estas mujeres al ámbito colectivo. En el caso de Dominga, fue gravitante para decidir integrarse, la experiencia previa de otras vecinas, también bolivianas y quechua-hablantes que la invitaron.

En “Madres Unidas”, efectivamente, la cocina es un espacio utilizado por las mujeres bolivianas para hablar en su lengua materna, a diferencia de lo que ocurre en otros espacios públicos donde se evita hablarlo para no sufrir discriminación. Como cuenta Margarita “En mi casa les hablo a mis hijos en quechua, pero no se los enseño para que lo hablen, porque en el colegio los discriminan”¹⁵⁷. En cambio, el espacio de la organización, mientras que las que estén entiendan, se percibe como un lugar donde el quechua puede ser utilizado, aunque en la práctica su uso se circunscriba al momento de elaboración de alimentos y no trascienda a las asambleas, por ejemplo. En una oportunidad, al regreso de un Encuentro Nacional de Mujeres, Margarita, comentó en la asamblea la situación de Reina Maraz, una migrante boliviana en la Ciudad de Buenos Aires, que había sido encarcelada durante años sin nunca haber podido entender los cargos que se le hacían por ser quichua hablante. En esa asamblea, Margarita dijo haber quedado “impactada por la historia de esta paisana, porque lo que le pasó nos podría haber pasado a cualquiera de nosotras”¹⁵⁸. Esta situación nos remite a la afirmación de Verónica Gago (2015:134) quien hablará de la “capacidad de la lengua de generar comunidad en los territorios más allá de los estados nación”, como una posibilidad de amparo para las mujeres en los espacios desconocidos.

Otro de los motivos que se perciben para la integración al Frente por parte de las migrantes, tiene que ver con la importancia de realizar un trabajo cercano al lugar donde se ocupó para vivir. La integración al comedor, y posteriormente al resto de las actividades

¹⁵⁶ Entrevista a Dominga, 15/07/2015.

¹⁵⁷ Entrevista a Margarita, 30/03/2015.

¹⁵⁸ Nota de campo N°56, 21/10/2015.

comunitarias, posibilitó para estas mujeres dejar trabajos distantes y así poder cuidar esta tierra y las casas de construcción incipiente, además de otros cuidados que ya mencionamos como los de hijos/as y familiares a cargo. Esto se verifica en el caso de Margarita, quien, como reconstruimos en el capítulo II, había dejado un trabajo mejor pago en un taller textil para integrarse a la cooperativa del Frente en el barrio, porque le daba facilidades para la crianza y los cuidados.

La experiencia migrante en el caso de las mujeres se articula con iniciativas colectivas, entre las cuales está el armado de comedores y otras instancias comunitarias. Pero, además, en el día a día van integrando a las dinámicas del nuevo barrio toda una serie de prácticas comunes, cuyas raíces provienen de otros tiempos y lugares, pero se actualizan en el nuevo territorio. Aquí, como plantea Gago (2015), esos saberes y formas de hacer aparentemente arcaicos se vuelven insumo de una reconfiguración de las lógicas de vida y trabajo. En los nuevos contextos, las/os migrantes combinarán estas solidaridades con búsquedas individuales de progreso, en una superposición de lógica de superación individual con un repertorio de prácticas comunitarias que según la autora definen una “pragmática vitalista” (2015:231), es decir el encuentro entre el cálculo y la voluntad de vivir mejor. Ambos elementos (lo común solidario y la búsqueda de progreso individual) no son, entonces, términos que se oponen necesariamente en las opciones de las personas. Y en el caso de las mujeres con las que trabajamos, ambas preocupaciones conviven en la decisión de organizarse.

Para ellas, la participación en el comedor como primer paso para la integración al movimiento formó parte de toda una red de prácticas que se pusieron en juego dentro del proceso migratorio.

A partir de este análisis de la relación entre la migración y la organización de las mujeres, aventuramos una conjetura que no comprobaremos aquí, pues requiere una indagación más específica e *in extenso*, pero que resulta sugerente para pensar la complejidad de las dinámicas intervinientes en los procesos de construcción de una subjetividad política en estas mujeres populares. Si, como venimos diciendo, la organización comunitaria permite que los/as migrantes, -y entre ellos/as, las mujeres- vuelquen y actualicen prácticas comunitarias de sostenibilidad de la vida de sus lugares de origen hacia los repertorios de acción colectiva; si, por otra parte, las mujeres aquí estudiadas relatan su integración a la organización y el establecer allí un comedor como parte de sus estrategias post migración; podemos decir que sumarse a una organización comunitaria con otras mujeres migrantes les habilitó una relectura de la propia migración como un acto de resistencia, con puntos de contacto con las vivencias de otras compañeras migrantes. O, al menos, les posibilitó revisar y/o dotar de nuevos sentidos a su experiencia migratoria. Para Celina, promotora y fundadora del Frente en Berisso “hay una

revalorización de qué son ellas y siento que han podido enfrentar a la discriminación que en algún momento puedan haber sufrido”. Esto se relaciona con el fortalecimiento interno que produciría la salida a las marchas, el estar físicamente cortando la calle. Como contracara y viceversa, pensamos, el proceso de migrar, vivido por las mujeres como un “calvario” y una “esperanza”, incorpora a la lucha colectiva dentro de un mismo tránsito en la búsqueda de una mejora en la calidad de vida.

Por supuesto, esto no está claro ni es igual en todos los casos. Sin embargo, en cada relato, a la experiencia de migrar y organizarse colectivamente las recorre el mismo hilo de necesidad y tácticas en procura de un mayor bienestar individual y familiar.

“Lo hacíamos allá, ahora lo hacemos acá”¹⁵⁹

En gran medida, es a través de los saberes culinarios, medicinales, modos de elaborar alimentos y saborizarlos, el modo en que se entrelazan las tradiciones e historias que las mujeres migrantes traen involuntaria y voluntariamente a lo colectivo.

Pero también ponen en juego tácticas ligadas a la organización territorial producidas en sus lugares de origen. Por ejemplo, quienes ocuparon los terrenos para hacer sus viviendas, paralelamente a su llegada, comenzaron a organizarse “por manzana”. Explica Rosa: “hicimos como en Perú, nos juntamos y elegimos delegados y presidentes por manzana, que son representantes que se hacen responsables del avance de la luz, el agua, las calles”. Según recuerda, esa costumbre se adoptó ni bien comenzó el asentamiento, y coincidió con otra práctica proveniente del mismo país, el “silbatazo”. Esta última, consistía en un llamado de los/as vecinos/as entre sí para hacer las reuniones, pero también como práctica de seguridad comunitaria, ya que “hacíamos sonar los silbatos cuando venían a quemar casas o nos atacaban”¹⁶⁰. Esta estrategia guarda en relación con la negativa policial a entrar en los asentamientos a brindar protección ante posibles enfrentamientos entre vecinos, y también, contradictoriamente, con la preocupación de los/as migrantes por esta posible intervención policial.

Otras tradiciones de comunidades indígenas andinas son recuperadas en las tareas de construcción de las viviendas por parte de los/as nuevos/as asentados/as. Margarita explica el modo en que se fue construyendo el asentamiento que rodea ahora a “Madres Unidas” a

¹⁵⁹ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

¹⁶⁰ En el trabajo de Laberiano Agüero, Martha (2013) aparece una referencia a la práctica del Silbatazo en Ayacucho, Perú, como parte de las costumbres comunitarias, mencionándose como un llamado a la reunión del pueblo en un lugar público. Es referida como una práctica antigua asociada a otras de trabajo comunitario de origen incaico, como el *ayni* y la *minga* o *minka*.

partir de una costumbre que proviene de su lugar de origen “En Bolivia hacemos la *minga* o *minka* se le dice. Es cuando todos vamos a la casa de alguien llevando nuestras herramientas y le ayudamos a construir su casita. Luego esa persona tiene que hacer lo mismo por otros”. Es una práctica que supone una reciprocidad: “hoy por tí, mañana por mí”, dice Margarita que podría ser la traducción del significado de la palabra quecha *minka* a nuestra lengua coloquial. “Se hace un favor voluntariamente, se supone que sin que tú le estés exigiendo, voluntariamente te tiene que devolver el favor de alguna manera”¹⁶¹. Las tareas más complicadas en la construcción de las casas se hicieron con este método. En las *mingas* o *minkas* las mujeres suelen tener un lugar de apoyo al trabajo de la construcción: acercan el material, hacen la comida o proveen de agua a los varones que construyen.

En “Madres Unidas”, la construcción del comedor tomó esta misma forma, realizándose los fines de semana, fuera de horarios laborales y de la organización, cooperando para los materiales y la comida. Incluso con la presencia de vecinos/as y familiares que no forman parte del movimiento, pero que aportan un saber particular para la tarea¹⁶².

Otra práctica mencionada por las mujeres bolivianas y peruanas es el *ayni*, que en quechua significa reciprocidad¹⁶³. Constituye una práctica de préstamo de un objeto, bien o dinero: “me prestas por un tiempo y yo te lo devuelvo cuando lo tenga”, define Margarita. Tanto en la *minga* como en el *ayni* el objetivo no es la ganancia, sino la mejora de las condiciones de vida. Más allá de los cambios en los objetos de intercambio en las prácticas mencionadas a lo largo del tiempo, en la actualidad en Villa Argüello, una parte de sus habitantes las pone en marcha, y las sigue nombrando en quechua.

Consideramos que las inmigraciones bolivianas, peruanas, paraguayas, fundamentalmente en las periferias urbanas, han instalado un conjunto de prácticas culturales comunitarias que lejos de ser anacrónicas, ocurren y anidan en el nuevo territorio. En este sentido, Linsalata (2015: 21) hará hincapié en que las prácticas comunitarias y saberes son constantemente reproducidos y reactualizados, y en algunos casos totalmente reinventados, en la vida concreta y contemporánea de las personas, cuando cooperan para reproducir su vida. Se vuelven de esta forma dinámicas asociativas contemporáneas que transforman la actualidad de los barrios.

Dichas prácticas se mezclan entre sí, y en el caso estudiado, con las propuestas político-organizativas del Frente. Este encuentro es en general armónico y potenciador en las situaciones en que el rasgo comunitario de las iniciativas se enlaza con cierta coherencia

¹⁶¹ Entrevista a Margarita, 25/03/2015.

¹⁶² Entrevista colectiva en “Madres Unidas”, 14/07/2016.

¹⁶³ Se puede consultar, al respecto de la definición: Milla Villena, Carlos (2003).

con los valores de autogestión, autoproducción y trabajo sin patrones que propone el Frente. En esos casos, las mujeres afirman que hacen en la organización lo que aprendieron antes en sus experiencias colectivas previas

En cambio, en otros casos, se percibe la tensión entre lógicas diferentes. Por ejemplo, la organización en base a “presidentes de manzana” que pervive en el asentamiento de Villa Argüello, emerge como un elemento disruptivo en los marcos del Frente, donde la propuesta organizativa es de horizontalidad o democracia de base, sin dirigentes. Ambas lógicas e institucionalidades conviven en la práctica cotidiana, aunque en ciertos momentos se tensan. Por ejemplo, en relación con la preeminencia de la palabra de unas personas por sobre las otras, o en la toma de decisiones. En numerosas oportunidades, se escuchó en la asamblea de “Madres Unidas” “acá no tenemos presidentes, no estamos en Perú”, o la pregunta “¿quién es el responsable de barrio?”, y generalmente la respuesta de otro/a integrante es “en el movimiento no hay una sola persona, somos todos”¹⁶⁴.

Además de las tensiones relacionadas con la forma organizativa, existen otras vinculadas con la división sexual del trabajo y con la relación con el Estado. Por ejemplo, la práctica de las “polladas” como mecanismo de autogestión son valoradas desde integrantes del Frente por su contenido comunitario y su reivindicación de lo “latinoamericano”. Pero raramente se problematiza que el trabajo completo durante estas “faenas”, como lo nombran las mujeres, descansa sobre cuerpos femeninos. O que a pesar de ser una práctica cooperativa que permite autogestionar recursos, en cierta medida depende de la vinculación con el Estado, desde donde provienen parte de los insumos.

En definitiva, cuando hablamos de lo comunitario, entonces, no nos referimos a realidades aisladas del mercado o del Estado, o por fuera de los condicionamientos sistémicos. Por el contrario, analizamos que en la vida concreta coexisten en cada momento vínculos de cooperación y reciprocidad con la realidad capitalista y la política estatal, porque estas experiencias no pueden comprenderse por fuera de la relación de luchas por la dominación de las que forman parte (Linsalata, 2015), aunque puedan disputarla.

Aún a pesar de las tensiones apuntadas, en líneas generales, para muchas migrantes, la participación política en una organización que busca la resolución de necesidades cotidianas dio lugar a una valorización de prácticas importadas por ellas desde sus lugares de origen, que cobraron nuevos sentidos en la experiencia colectiva. De esta forma, prácticas colectivas y/o solidarias de diferentes tradiciones como “polladas”, colectas, *mingas*, *aynis*, organización de delegados/as por manzana pasan a formar parte de los “repertorios de acción colectiva” de los movimientos. Auyero (2002b) utiliza este término para referirse a un cúmulo de rutinas aprendidas, compartidas y ejercitadas mediante

¹⁶⁴ Nota de campo N°61, 30/03/2016.

procesos de selección relativamente deliberados que realizan los grupos en procesos de acción colectiva.

Advertir que estas costumbres comunitarias que provienen de regiones distantes de las grandes urbes y de la zona metropolitana de nuestro país están presentes en la construcción del territorio y la vida en los asentamientos es una idea potente. Por una parte, porque permite combatir miradas “alacrónicas” acerca de lo comunitario, en palabras de Johannes Fabian (1993, en Linsalata 2015), que consideran estas prácticas como asociadas al pasado, a otro tiempo distinto al presente, en una realidad multiforme y a veces barroca donde se entrelazan estas prácticas colectivas con otras resultantes de la intervención individualizante del Estado y del mercado.

La otra razón es que estas prácticas tienen en común el ser actividades colectivas para la satisfacción de necesidades (o podríamos decir “desesidades” desde Perez Orozco) donde el dinero no tiene el papel motorizador. Justamente en un momento donde se advierte una financiarización de los sectores populares (Granemann, 2017), a través de la asignación de subsidios o programas estatales de transferencia condicionada, las prácticas comunitarias continúan como estrategias resistentes a esta lógica individualizante. Cuando se refiere a lo comunitario en el barrio, Rosa define el papel que le asigna al dinero: “todo no puede ser plata. Se pierde lo comunitario, se pierde la unión de compañeros, la convivencia de compañerismo (...) Nosotros tenemos que compartir, aunque sea una papa, la partimos en 17 pedazos y eso es compañerismo, eso es estar unidos”¹⁶⁵.

La práctica común, entonces, parece surgir, por una parte, de la imposibilidad individual de resolver las necesidades a través del dinero. Pero al mismo tiempo, no se explica sólo desde una carencia, sino que tiene relación con una historia de prácticas colectivas instituidas por la costumbre y defendidas por las personas a través de la ponderación de valores solidarios. De esta formase produce desde las mujeres una revalorización de sus prácticas culturales internalizadas, y un enriquecimiento de las dinámicas organizativas en el Frente desde el comedor.

¹⁶⁵ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

Obligación y saber: La potente ambivalencia de los cuidados

El reconocimiento de la centralidad de la experiencia femenina en relación con los cuidados no quiere abonar a una visión naturalista de “feminidad” (Federici, 2013: 163), estableciendo este trabajo como trabajo de mujeres. En cambio, sí interesa rescatar el gran volumen de experiencia femenina en la gestión de estos trabajos, y las estrategias de reorganización y colectivización del trabajo de reproducción de la vida que históricamente han realizado. A partir de estas múltiples experiencias, las mujeres han pugnado por romper el aislamiento hogareño del trabajo doméstico, han creado formas de lucha desde estos cuidados colectivizados, y han revisado los lugares femeninos tradicionales. Estas luchas de las mujeres contra el confinamiento al trabajo en el hogar es una parte de la historia de combate al capitalismo patriarcal que apenas se está comenzando a rescatar y reconstruir¹⁶⁶.

El espesor político de la colectivización de los cuidados tiene que ver con la ruptura de dicotomías patriarcales y modernas: lo personal/ lo político y lo público/lo privado. Los límites interiores a estas supuestas antinomias se vuelven difusos cuando surgen espacios comunes para la gestión de la vida. Por esto, la colectivización o puesta en común del trabajo doméstico, en conjunto con el cuestionamiento a la división sexual del trabajo puede resultar una vía de cuestionamiento a las relaciones patriarcales y a la idea de trabajo en su totalidad. Primero porque le da una nueva visibilidad, y luego por que genera una posibilidad de encuentro y organización de las mujeres a partir de lógicas de cooperación antagónicas con la individualización del capital.

¹⁶⁶ El trabajo *Calibán y la bruja* (2011) de Silvia Federici ha sentado una base importantísima para esta reconstrucción.

Capítulo IV

El trabajo autogestionado: El trabajo de conseguir, mantener, (auto) gestionar el trabajo

“No entendía por qué se cortaba la calle para pedir trabajo”¹⁶⁷

En este capítulo, retomando elementos del capítulo precedente en relación con las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres, abordamos la organización de cooperativas y emprendimientos productivos en el marco del FPDS CN, para visualizar cómo repercute este trabajo remunerado en la gestión de cuidados y sus usos del tiempo. Para esto se presta especial atención al vínculo de estas formas de trabajo con las políticas sociales, las estrategias autogestivas en el Frente y las posibilidades de disputa por los tiempos propios de las mujeres.

...

Había llovido una semana entera y cuando llegué a la tranquera de 122 y 63, la entrada estaba embarrada y con charcos que hacían difícil avanzar hacia el comedor, ubicado unos 60 metros hacia el interior del predio, sin embarrarse hasta la rodilla. Conté cuatro bicicletas apoyadas en un árbol al lado de la segunda tranquera y desde allí (todavía a unos 30 metros de la construcción) ya fui divisada por niños/as y adultos/as que salieron a ver cómo sería el derrotero por entre los charcos para llegar a donde ellos/as estaban. Fernando, un hombre de 45 años salió con algunas tablas al hombro para colocarlas en el camino y así facilitar mi llegada hasta el local. Desde la tranquera pude ver a un niño de unos 10 años con guardapolvo y otro más pequeño jugando en la puerta del comedor.

Mientras intentaba avanzar pude ver a dos mujeres haciendo un pastón de material, que se detuvieron para ver cómo me embarraba, y gritar distintos consejos sobre el camino a seguir. Cerca ya del comedor vi a otras mujeres que llevaban baldes de material hacia

¹⁶⁷ Entrevista a Dominga, 17/07/ 2015.

una construcción incipiente y se los alcanzaban a un hombre mayor que llenaba con la pasta cuadrados de fierro. En el invernáculo trabajaban Leo, Wilfreda y Antonia, mezclando arena para secar el exceso de agua que había dejado la lluvia. En el comedor Antonita cocinaba, auxiliada por las jóvenes: ‘Luz y Vivi fueron a barrer hoy solas porque el resto teníamos que hacer cosas acá’, explica Antonita. Ese mediodía en la asamblea se conversó sobre una posible reestructuración del Programa Argentina Trabaja que todos/as veían con gran preocupación porque implicaba mayor control por parte de agentes municipales¹⁶⁸.

Una escena de trabajo como la que describimos recién es común en cualquiera de los comedores y lugares de trabajo de las cooperativas del Frente por las mañanas. En esos espacios se combina el mantenimiento barrial con la mejora de los espacios comunitarios, la producción a pequeña escala, el cuidado de niños/as y la elaboración de alimentos para todos/as los/as que trabajan.

Allí se conjugan mecanismos de autogestión colectiva del trabajo y los recursos, con el cumplimiento de los criterios provenientes de los programas estatales de donde llegan los ingresos de cada cooperativista, como por ejemplo la firma de planillas de asistencia o el cumplimiento de una cantidad de horas de trabajo mínimas estipulada por el Estado.

En este capítulo, -que continúa reflexionando en relación con el trabajo, se reconstruye la estrategia de generación de emprendimientos y lógicas de (auto) gestión, que es una propuesta específica en el marco del Frente desde sus inicios y que en la actualidad es ejercitada fundamentalmente por las mujeres. Consideramos pertinente, sin embargo, utilizar los paréntesis para dar cuenta de que todo esfuerzo de autogestión no puede pensarse si no es en relación con las políticas sociales del Estado para con los sectores populares, y fundamentalmente, aquellas políticas gestionadas por el movimiento piquetero, que condicionan y/o limitan los procesos de autonomía económica y política. Con “autonomía” no hacemos referencia, entonces, a la no- dependencia del Estado, sino a la posibilidad de decisión propia y autogobierno respecto de cómo organizarse, y en pos de qué proyecto de sociedad. Se plantea aquí una lectura específica sobre cómo los procesos de lucha por la autogestión gravitan y son influidos por las prácticas femeninas de organización del tiempo y el cuidado.

En las organizaciones barriales construidas alrededor de la satisfacción de necesidades y sostenibilidad de la vida de los sectores populares, esta búsqueda de autonomía aparece asociada a las prácticas (auto)gestivas, desde las que es deseable la decisión colectiva sobre cómo producir, qué producir, cómo organizar el trabajo y qué hacer con el producto del mismo. En relación a este debate sobre la (auto)gestión del

¹⁶⁸ Nota de campo N°15, 29/11/2012.

trabajo y la procura de autonomía Raúl Zibechi plantea que los nuevos movimientos sociales latinoamericanos (entre los que cuenta a parte del movimiento piquetero) “buscan la autonomía, tanto de los estados como de los partidos políticos, fundada sobre la creciente capacidad de los movimientos para asegurar la subsistencia de sus seguidores, trabajando de forma consciente para construir su autonomía material y simbólica” (2003:187). Y en este proceso, asigna vital importancia a la construcción de territorios autónomos donde realizar la vida bajo nuevas lógicas. Es decir, según esta concepción, no existe un proyecto de autonomía social y política sin la búsqueda de autonomía en la reproducción material de la vida. Autoras como Gutiérrez, Navarro y Linsalata (2015) hacen foco en la capacidad de los sectores populares organizados de definir sobre la reproducción de la vida cotidiana como un aspecto fundamental de un proyecto emancipatorio. Es decir, la autogestión de la vida cotidiana en pos de retomar ciertos resortes de autodeterminación y decisión es, según esta concepción que compartimos, una disputa por rehuir al control de esos resortes por parte del poder del estado y del capital.

Desde estas asunciones se reconstruyen a continuación dos procesos de disputa por la gestión de un programa de cooperativas por parte del Frente y otras organizaciones, con énfasis en la óptica y necesidades de las mujeres que lo protagonizaron, para mostrar cómo la lucha por la autonomía en la gestión del trabajo constituyó una disputa que marcó las estrategias femeninas para la administración de la vida y los cuidados. Luego se caracterizan los principales rasgos del trabajo en emprendimientos productivos protagonizados por mujeres y las discusiones que abren en relación con la autogestión, el trabajo digno y la división sexual del trabajo.

“Trabajo, dignidad y cambio social”

Como desarrollamos en el capítulo I, los movimientos piqueteros desde su surgimiento estuvieron abocados a la lucha por trabajo “genuino”, con diferentes acepciones de este término según la procedencia y el modo de construcción de las organizaciones, pero con una referencia a la garantía de ciertos derechos (trabajo en blanco, con aportes jubilatorios, seguros, mutual). En el caso de la corriente autónoma de estos movimientos, a la que pertenece el Frente, la noción de trabajo se vincula a la idea de “dignidad”. Pero la definición de trabajo “digno” oscila, en esta organización, entre dos concepciones diferentes, como hemos indicado: por un lado, aquel asociado con la garantía de los derechos laborales clásicos. Por el otro, el trabajo bajo lógicas autogestionadas o autogestivas donde el Estado tenga la menor incidencia en la regulación y gestión de recursos; es decir, el trabajo como una herramienta prefigurativa, desarrollando experiencias a partir de valores deseables en una sociedad futura. En estos espacios

autogestionados el trabajo debería apuntar a ser libre y compartido, es decir sin la figura de un patrón, y con gestión asamblearia. Esta doble cara de la idea de dignidad del trabajo (derechos laborales garantizados por el Estado y autonomía para gestionar) están presentes como tensión en la práctica cotidiana de los movimientos, aunque, como veremos, se fueron generando diversas iniciativas desde esta disyuntiva.

Además, en tanto organización multisectorial (es decir, que agrupa además a trabajadores/as formales y estudiantes) el Frente sostiene y alterna ambos sentidos de trabajo en sus reivindicaciones. Esta forma compleja de considerar y luchar por el trabajo se pone de manifiesto, por ejemplo, en un material gráfico del Área de Formación del FPDS CN (2007). Allí se lee:

“¿Sos un trabajador precario?

Si trabajás en negro; si tenés un contrato flexible o de tiempo parcial; si no tenés beneficios sociales; si no tenés derecho o posibilidad de organizarte junto a otros trabajadores/as; si cada día trabajás más, ganás menos y en peores condiciones... El trabajo en negro afecta al 49% de los trabajadores/as de la Argentina y sólo dos tercios de los supuestamente "en regla" reciben la totalidad de los beneficios sociales (aguinaldo, vacaciones pagas, aportes jubilatorios, indemnización por despido, etc.) Además, las mujeres ganan un 30% menos que los hombres en iguales condiciones”.

Y en otra página:

“Por una sociedad igualitaria donde el trabajo sea libre y compartido

(...) en nuestros emprendimientos de producción autogestiva (en nuestros proyectos productivos, en nuestros comedores y merenderos, en nuestros talleres de formación, en nuestras fábricas recuperadas, etc.) y en nuestras organizaciones, apuntamos a que nuestra actividad y nuestro trabajo sean libres y compartidos. Por ello buscamos definir, entre todos, criterios comunes de producción y acción para decidir libremente qué hacer, cómo hacerlo, por qué y para qué. ...para que el dinero y la ganancia no controlen nuestras vidas”. (FPDS, 2007:4 y 6)

En las asambleas y mesas de delegados/as barriales ambas acepciones están presentes, es decir, se plantea como necesario reclamar al Estado en contra de la precarización laboral en el marco de sus programas de empleo, pero al mismo tiempo, se debate sobre cómo conseguir mayor autonomía en el manejo de los tiempos, lugares y modalidades de trabajo. Por ejemplo, en una reunión con el Intendente de Berisso el reclamo era “no ir al centro, sino trabajar con las ‘cuadrillas’ en el mejoramiento de nuestros barrios”¹⁶⁹. Estas demandas no constituyen solamente una apuesta ideológica, sino también una táctica para “dignificar” los programas estatales que llegaron como respuesta exigua a los reclamos de trabajo que el movimiento piquetero tuvo desde sus inicios.

Aquí interesa la reflexión sobre las políticas sociales dirigidas a los sectores populares, y sus organizaciones. La lucha por la asignación de recursos estatales aparece en la literatura política y en los documentos internos del Frente entrelazada con la discusión sobre la autonomía de las organizaciones populares, temática ampliamente abordada también desde las ciencias sociales (Zibechi, 2003; Thwaites Rey, 2004; Mazzeo, 2005; entre otros/as). En algunos de estos análisis se plantea la contradicción entre el uso del Estado, de los subsidios y otras políticas como “formas estratégicas de cooptar al movimiento y escindirlo” y la reconversión de estas políticas por parte de los movimientos como conquistas sociales que pueden aportar a procesos mayores de autonomía (D’Cristófaro-Plaza- Margueliche, 2007). En las dinámicas de (auto) gestión que encarnan las mujeres en el Frente puede verse la permanencia de esta tensión entre dependencia estatal -que se manifiesta en los reclamos constantes y en las condicionalidades que se acatan-, y búsqueda de mayores márgenes de autonomía en la sostenibilidad de las actividades cotidianas.

Cooperativa sin punteros. El trabajo de conseguir trabajo

A continuación, se desarrolla un episodio ocurrido entre 2009 y 2010 signado por un plan de lucha realizado por el Frente y otras organizaciones por la gestión del Programa Argentina Trabaja (PAT). El propósito es analizar cómo las diferentes concepciones en torno al trabajo se ponen en juego en la disputa y resignificaciones de estas políticas sociales, observando, además, cómo este proceso gravita en las vidas de las mujeres.

¹⁶⁹ Nota de campo N°33, 23/09/2014.

En las asambleas barriales se había conversado que iba a ser una movilización con acampe por tiempo indefinido en la Avenida 9 de Julio¹⁷⁰: “El gobierno está muy duro, y no quiere abrir las cooperativas a las organizaciones, se las deja a sus punteros”, había informado Marcelo, integrante del grupo de gestión en la Mesa de Berisso. El tema se venía debatiendo en los últimos meses, desde el anuncio de la presidenta Cristina Fernández de la apertura del Programa Argentina Trabaja (PAT)¹⁷¹ para unos 100 mil beneficiarios. Para Dominga fue su primera movilización. Si bien ya venía participando desde hacía aproximadamente un mes de las actividades en el comedor “Madres Unidas”, decidió asistir a “la 9 de julio” para conseguir un lugar en las cooperativas. “Fui con mi hija mayor y la segunda, que era bebé”, recuerda. En su mente se grabó la sensación de miedo, el asfalto duro donde intentó dormir durante la noche, las carpas, la olla popular. “No entendía bien por qué había que cortar la calle para pedir trabajo”, afirma. “En Bolivia yo veía que la gente cortaba, salía a la calle, pero yo no entendía por qué”. En sus primeras semanas en el movimiento le había pasado lo mismo: no comprendía la relación entre pedir un trabajo y cortar la ruta: “yo pensaba, cuando querés un trabajo, vas y te anotás, o te dicen ‘se necesita tal cosa’, en cambio acá se trataba de conseguirlo protestando”. De esta primera movilización recuerda que los compañeros le hablaban de “hacer el aguante”. Dominga en ese momento no comprendía esa expresión que, años más tarde, durante las entrevistas utilizó frecuentemente. También recuerda que, tiempo después, una mañana cuando estaba trabajando en la cooperativa, un vecino pasó cantando, no sabe si en broma o en serio: “piqueteros carajo, piqueteros carajo”. Y a ella le volvió a sonar esa palabra, pero esta vez asociada directamente a lo que hacía todos los días. “Ahora, acá sí entiendo, Me di cuenta de que si no cortabas la calle no te llegaba nada”¹⁷².

Ese extenso corte de un día y medio (fue el 3 y 4 de noviembre de 2009) en la avenida más ancha del mundo es referenciado por la totalidad de las entrevistadas que lo vivieron. Quedó en los recuerdos como “el día que dormimos en la 9 de julio” y “el día que ganamos las cooperativas”. Incluso, para aquellas que se integraron al Frente con posterioridad, ese corte fue una referencia: “yo todavía no estaba cuando fue el corte donde se consiguieron las cooperativas”. Esta medida extrema, “un último recurso” como se había

¹⁷⁰ La Avenida 9 de Julio es una de las arterias principales de la Ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina. Es conocida por ser uno de los íconos arquitectónicos más famosos del planeta, por emplazar en el cruce con la Avenida Corrientes al Obelisco y por ser la vía más ancha del mundo.

¹⁷¹ El Plan “Ingreso Social con Trabajo”, conocido como “Argentina Trabaja”, de aplicación nacional, lanzado oficialmente mediante la Resolución 3182 del MDS en 2009 bajo el lema “No a los padrones de pobres. Sí a los padrones de trabajadores formales” (MDS). De este modo, y de acuerdo con la Guía Informativa del Plan, el mismo se presenta como una decisión política del Gobierno en articulación entre el MDS y de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios de la Nación, que tiene como objetivo la creación de puestos de trabajo y la capacitación y promoción de la organización cooperativa (Resolución 3182/2009). Parte de los debates sobre las finalidades y característica de esta política social pueden encontrarse en De Sena, Angélica y Chahbenderian, Florencia (2011).

¹⁷² Entrevista a Dominga, 24/07/2015.

charlado en la “mesa” de Berisso, era la apuesta final de un Plan de Lucha entre diversas organizaciones del espacio de izquierda que había adoptado su consigna como denominación de la coordinación “Cooperativas sin punteros” y para las mujeres que allí estuvieron simboliza hoy el esfuerzo y el “sacrificio” de luchar por un trabajo.

La pelea por los puestos en cooperativas había comenzado dos años antes de aquel gran corte, cuando el Frente, así como otras organizaciones del espacio de izquierda, comenzaron a movilizar para lograr puestos en programas municipales y nacionales de cooperativas de trabajo, que con posterioridad el gobierno enmarcaría en el PAT. El Programa apuntaba, formalmente, a generar beneficiarios directos (Resolución 3182/2009 del MDS). Es decir que los puestos en las cooperativas se logaran sólo a partir de una inscripción individual en los municipios y los administrara la ANSES (Administración Nacional de la Seguridad Social), sin dejar espacio a las organizaciones sociales en el manejo de los mismos. Desde “Cooperativas sin punteros”, denunciaron que en la práctica se realizó un reparto clientelar desde los municipios, que discriminaba a las organizaciones sociales no oficialistas y que posteriormente el trabajo era controlado y gestionado por punteros políticos¹⁷³.

Luego de ese acampe de 31 horas en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, las organizaciones populares consiguieron la apertura del Programa para la gestión directa del mismo, sin la intermediación de las autoridades municipales. De la misma manera, el acuerdo contempló una preocupación y demanda histórica de estas organizaciones en relación con la posibilidad de acordar con los Municipios, los territorios y modalidades de trabajo. En el caso del Frente, este logro se enlazó con la búsqueda de mecanismos de ampliación de la autonomía aún en el marco de un programa estatal.

Retomamos la observación de Dominga, quien al principio “no entendía por qué se cortaba la calle para conseguir trabajo” y que luego se convenció que sólo cortando se podía conseguirlo. En cierta medida, pensamos, la lucha por el trabajo, es decir, “el trabajo de conseguir el trabajo”, permite horadar simbólicamente el lazo con el asistencialismo estatal que muchas veces plantean como relación las políticas sociales. Y es un elemento que permite empezar a definir, desde las propias participantes de las protestas, qué tipo de trabajo es considerado un trabajo “digno”. En este sentido, para Caty la lucha por el trabajo es una parte central de la definición del movimiento piquetero “cuando salimos nos tratan de vagos, en realidad nosotros vamos en busca de trabajo”¹⁷⁴. Para ella como para tantas

¹⁷³ En una nota periodística del diario Página 12 del 4 de noviembre se realiza la cita textual de una manifestante “Nuestro problema es que la única vía de inscripción para formar las cooperativas son los intendentes. En muchos lugares, aunque abren formalmente la inscripción, ellos se manejan con listas prearmadas (sic) por los punteros: así, te dejan sin lugar”. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-134667-2009-11-04.html>

¹⁷⁴ Entrevista a Caty, 15/08/15.

otras de las mujeres estudiadas, un trabajo digno es un derecho que se consigue en la lucha, así se trate de un empleo mal pago y realizado en condiciones de precariedad.

En líneas generales, el Frente se da una forma particular de definición grupal para la gestión de estos recursos que son programas focalizados y no universales. La asignación de un recurso supone todo un proceso de inscripción y selección colectiva, contraprestación previa y una cierta forma de mérito, en el sentido de medición de la participación, para poder postularse a un programa. Como se aludió en el capítulo II, en el Frente estos acuerdos colectivos que implican la posibilidad de integrarse se denominan nativamente “criterios”. Entre los “criterios” que se consideran es que el/la participante cuente con un aval de su asamblea barrial para integrar la cooperativa, su presencia en las marchas y la realización de trabajo comunitario, por lo que el resto de los compañeros/as cercanos funciona de contralor permanente. Por eso la integración a la organización supone, como dice Margarita, “un cargo más”, o como plantea Marta en la asamblea de “Juanito Laguna”, “hay que estar segura de que se va a poder con todo para decidirse a participar”¹⁷⁵. Aquí vemos que claramente la autogestión no implica libertad absoluta o falta de control de los/as trabajadores/as, sino mecanismos diferentes al trabajo asalariado en relación de dependencia, pero cuyos criterios o condicionalidades plantean una serie de contraprestaciones. Los parámetros de las mismas son en parte generados por requerimientos estatales y en otra parte, creaciones desde los objetivos de resignificación de las políticas por parte de la organización a partir de la citada “prefiguración” de nuevos valores.

Por consiguiente, allí se define a la autonomía como un proceso, un recorrido, no un momento definido. En el caso de la lucha por cooperativas de trabajo por parte de las organizaciones populares, el logro de los puestos de trabajo es simbolizado como una conquista social. Esto ocurre, en contramano a la acción del Estado, que como plantean D’Cristóforo, Plaza y Margueliche (2007:13) frecuentemente implementa los subsidios como formas estratégicas de cooptar al movimiento y escindirlo. En cambio, según los autores, estas batallas por la autonomía permiten un reposicionamiento frente al Estado, cambiando las reglas del juego o intentando imponer otras.

Respecto del acampe en la 9 de julio, si bien a nivel nacional se obtuvo la gestión del PAT a las organizaciones piqueteras, para las y los integrantes del Frente en Berisso, el corte no garantizó el ingreso a los puestos de trabajo, para el que se habían inscripto a alrededor de 200 vecinos/as. “El intendente no se llevaba bien con lo Nacional, a pesar de que eran del mismo partido, por eso no abrían el Argentina Trabaja en Berisso”, explicaba Caty¹⁷⁶. Esto hizo que aún luego de participar del plan de lucha nacional y de obtener como

¹⁷⁵ Nota de campo N°54, 09/10/2015.

¹⁷⁶ Nota de campo N°21, 14/03/2013.

organización los puestos de trabajo, los/as integrantes del Frente en Berisso no cobraran sus “planes”. Como consecuencia, y tras meses de reclamos, en la reunión de delegados/as barriales de los martes, se fue perfilando la posibilidad de ocupación del edificio municipal. Este debate tuvo un antecedente triunfal: el 18 de junio del año anterior, 2009, la organización había realizado una primera ocupación, diurna, como resultado de la cual había obtenido 40 puestos en cooperativas municipales. Estas cooperativas, previas al PAT, se encontraban -al decir de las organizaciones- en manos de los punteros y delegados municipales del oficialismo hasta ese momento. A través de la nueva toma que presionaría en Berisso, se esperaba forzar al gobierno nacional para la apertura del PAT en la localidad, lo que, según les informaban en las gestiones municipales, permitiría el pasaje de las viejas cooperativas municipales a la órbita del programa. Dicho traspaso aseguraba continuidad, mejores condiciones e ingresos a los/as cooperativistas nuevos/as. Para los/as berissenses la apertura del PAT en la localidad implicaba además la posibilidad de ampliar los cupos, en virtud de los logros del acampe de la 9 de julio y conseguir términos de autonomía para el trabajo que dicho plan de lucha había garantizado.

Con ambos antecedentes, el acampe en la 9 de julio y la ocupación de junio de 2009 en Berisso, durante todo el 13 de mayo de 2010 un centenar vecinos y vecinas y militantes del FPDS CN ocuparon las instalaciones de la municipalidad de Berisso, día y noche, recibiendo distintos apoyos afuera del mismo y con la presión policial acechando¹⁷⁷. De un lado y el otro de la puerta del edificio, se encontraban mayoritariamente mujeres, incluso con niños/as pequeños/as que decidieron “aguantar la toma”. Recuerda Margarita: “Cocinamos todos juntos, durante todo el día en la puerta del municipio”¹⁷⁸. Y Dominga explica: “Estaban los papeles estancados, nos enojamos los que estábamos ahí y tomamos el municipio. (...) No dejábamos entrar ni salir a nadie, ni a Gendarmería”. Es la única vez que, en su relato de participación, usa la palabra “miedo”: “cuando llegó la policía, tuve miedo, salí con mi hijita y me quedé ‘haciendo el aguante’ afuera”¹⁷⁹.

Luego de pasar parte de la noche allí, con unas 50 personas encerradas en el interior del edificio municipal y otro medio centenar afuera cocinando, hablando con los medios de comunicación y las organizaciones que se acercaron a apoyar, llegó la noticia esperada. Se recibió la comunicación oficial de que el gobierno nacional había definido “destrabar” la asignación de PAT para Berisso.

Las integrantes del Frente rescatan como un enorme triunfo lo ocurrido, al punto de que el recuerdo más reiterado por las entrevistadas fue que “vinieron en un helicóptero a

¹⁷⁷ El episodio de la ocupación de la Municipalidad se reconstruye a partir de entrevistas, de recuerdos de la autora y de los documentos internos que la relatan, como las memorias de las asambleas.

¹⁷⁸ Entrevista a Margarita, 05/04/2015.

¹⁷⁹ Entrevista a Dominga, 08/06/2015.

llevar los papeles”. Más allá de la veracidad de este recuerdo, el logro principal se manifestó en que el intendente se apersonó junto a integrantes del Frente en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación para hablar allí con la ministra”, como dice un Comunicado de la organización fechado el 13/05/2010. De esta forma, la toma no sólo habilitó algunos cupos del PAT para el FPDS CN que tomó el municipio, sino que, según se evaluó en las reuniones posteriores del Frente, paradójicamente, torció la pulseada dentro del partido gobernante a favor del gobierno municipal, que a partir de ese momento empezó a recibir fondos de Desarrollo Social de Nación para el citado programa. Este fue el efecto no esperado.

Este episodio, en conjunto con la ocupación de la histórica y turística Avenida 9 Julio, constituyen según quienes integraban en ese momento el FPDS CN en Berisso, las principales medidas de lucha que permitieron torcer el brazo del gobierno y “abrir” las cooperativas para las organizaciones sociales no oficialistas¹⁸⁰.

Para Margarita el logro de la apertura de las cooperativas en Berisso marcó su decisión de dejar el trabajo que tenía en un taller de costura como empleada “en blanco” e integrarse a las cuadrillas de trabajo del Frente. Venía participando del comedor y las movilizaciones, pero no se decidía a renunciar al taller sin tener la garantía de un ingreso mensual mínimo. Su decisión no se explica por el ingreso monetario, más bajo en las cooperativas que en taller, sino por una serie de facilidades y ventajas que la autogestión le proporcionaba para organizar su vida. Ella recuerda: “Antonita, mi cuñada, me decía: por qué no te venís al movimiento, te queda cerca, no dejás solos a los chicos todo el día”¹⁸¹. Entonces la apuesta por la organización tuvo que ver con la posibilidad de trabajar en el propio barrio, estar cerca de sus hijos/as y poder acordar con el resto para poder llevarlos y retirarlos del colegio. Estas condiciones de trabajo están íntimamente ligadas con el logro de la autogestión de PAT por el Frente en Berisso, que les permitió a los vecinos/as ir

¹⁸⁰ En un diario local, el proceso aparece documentado de la siguiente forma: “‘Cooperativas sin punteros’, definieron, es mucho más que un lema que impulsó a la agrupación a salir a la calle en repetidas oportunidades para reclamar puestos de trabajo en el marco del plan Argentina Trabaja. ‘Luego del plan de lucha intenso encarado con otras organizaciones compañeras, conseguimos casi 200 puestos de trabajo, y el trabajo autogestionado, sin jefes, organizado en asambleas de vecinos se volvió una práctica cotidiana’, aseguran desde el Frente. (...) Comenta Facundo, integrante de la cuadrilla que trabaja en el club Villa Argüello. ‘No hay recetas, lo vamos creando, poniendo criterios cuando aparece algún problema, para evitar prácticas que históricamente padecimos por parte de patrones o punteros del municipio’, agrega. (...) ‘En todos los barrios, estamos haciendo limpieza de basurales, desmalezamiento, en algunos barrios zanjeo y veredas. También logramos que el municipio nos reconozca la posibilidad de coordinar el trabajo en instituciones de los barrios, como los clubes CDR Villa Argüello y El Ciclón de Villa Progreso, los jardines y escuelas’. (...) señalando que este tipo de modelo se fue convirtiendo en una nueva forma de organizar un trabajo que por un lado genera ingreso para familias pobres de la zona y por el otro va mejorando las condiciones de vida en los barrios”. Semanario El mundo de Berisso, 31 de diciembre de 2010.

¹⁸¹ Entrevista a Margarita, 30/03/2015.

ensayando nuevas formas de organización del trabajo. Estas formas también son producto de prácticas de las mujeres para facilitar su participación.

El trabajo de mantener el trabajo

Florencia Pacífico (2015) en su estudio sobre las políticas sociales se enfoca en las prácticas cotidianas de las mujeres en el marco de los programas y plantea como consecuencia una discusión sobre la categoría de cooperativa. Allí afirma que puede percibirse que la idea de una cooperativa no está definida a priori por los lineamientos de un programa estatal, sino que es una categoría de la práctica (Fernández Álvarez en Pacífico, 2015), que cobran sentido en la experiencia y relaciones sociales determinadas.

En el caso de la experiencia cooperativa que han construido los y las integrantes del Frente en Berisso y en Villa Argüello en particular, podemos señalar ciertos rasgos y prácticas que reinventan los sentidos iniciales de la política del PAT y les dan sentido a una definición propia de cooperativa que se fue generando situada e históricamente.

En primer lugar, como se vio en la reunión con la funcionaria, los programas no son considerados como capacitación sino como trabajo, y como ya fue mencionado, se trata de un puesto de trabajo que se logra, (“se gana”) a partir de una movilización, un corte, una ocupación, o una serie de medidas de fuerza extendidas en el tiempo de la que se debe participar activamente in situ. Este sería “el trabajo de conseguir el trabajo” para los/as cooperativistas del Frente.

Una segunda característica es que la inscripción en los programas es colectiva, no individual, por lo que es en una instancia grupal (asamblea, reunión, plenario) donde se define quiénes y dónde se inscriben en la cooperativa, y, por tanto, quiénes no.

En tercer lugar, y relacionado con lo anterior, la permanencia en estos puestos de trabajo se regula también en instancias colectivas y en relación con criterios o acuerdos generales de participación y trabajo, lo que constituye “el trabajo de mantener el trabajo”. Esto puede asociarse con que la movilización permanente es señalada con frecuencia en los espacios de debate como el mecanismo fundamental para que el gobierno no “de de baja” las cooperativas a las organizaciones no oficialistas.

En cuarto lugar, a pesar de tratarse de programas estatales que pagan individualmente un sueldo a cada cooperativista de forma bancarizada (tarjeta de débito o ventanilla), en la

organización se definen criterios de aportes para fondos comunes y para nivelación de ingresos entre los/as cooperativistas, que generan un lazo de responsabilidad entre integrantes de una misma cuadrilla. Estas particularidades mencionadas dan cuenta de una lógica de corresponsabilidades relacionadas con la (auto) gestión.

Por los “criterios” mencionados es que, para algunas mujeres, como afirma Rosita “es más fácil en el Municipio”¹⁸². Con esto se refiere a la anotación individual en el PAT o el Ellas Hacen a través de la gestión municipal, que según afirman las vecinas, comporta una carga menor de tiempo de trabajo, porque no requiere de la participación en movilizaciones, asambleas o espacios de capacitación.

A lo largo del trabajo de campo se advirtió el tránsito de algunas mujeres desde la organización hacia el municipio: “se pasaron” como afirman sus excompañeras¹⁸³. Es decir, decidieron irse con su tarjeta de cobro obtenida a través del Frente al trabajo coordinado por el municipio.

Caty se refiere de la siguiente manera a quienes “se pasaron a la Municipalidad”:

“No sé si ellos se conforman con lo que tienen; se sienten cómodos, está bien, la municipalidad es como que trata de desorganizarnos, porque las veces que nosotros fuimos a pelear por algo con el intendente, el que más le peleaba a él, decía, ‘a vos te quiero para acá’, y a algunos compañeros sí los llevó el municipio: Olga, Rubén, Sergio. A vos te quiero tener acá, y lo llevaron.

Pero las compañeras están más aplacadas, más cómodas ahora. Ya no quieren salir como antes a luchar. (...) Y no sé cómo les irá. Ellos pasan y te dicen que les va bien, que trabajan menos horas que nosotros y están bien. Trabajan menos horas y están en un lugar cómodo, nosotros ahora en el barrio estábamos trabajando cortando pasto, juntando basura, y ellos ahora están en una oficina, entonces hay diferencia. Y que están bien”¹⁸⁴.

El tránsito hacia la Municipalidad, a veces promovido por los propios funcionarios, parece estar motivado por una menor exigencia, fundamentalmente en relación a la participación en movilizaciones y en vinculación con el lugar de trabajo y la cantidad de horas de contraprestación. Pero, además, las cooperativas municipales desvinculan a los/as trabajadores/as de toda actividad de administración, gestión, compra de herramientas e

¹⁸² Nota de campo N°17, 24/12/2012.

¹⁸³ Nota de campo N°24, 25/05/2013.

¹⁸⁴ Entrevista a Caty, 05/05/2012.

insumos, así como de tramitar todo lo referido a obras sociales, balances de cooperativas, entre otras tareas que en una cooperativa autogestionada recaen sobre las mismas personas que realizan la labor de zanjeo, limpieza o construcción. Cuando las mujeres cuentan que van a trabajar en su “cuadrilla” haciendo zanjeo y luego van a realizar los trámites de la cooperativa, por ejemplo, se manifiesta que el “trabajo de mantener el trabajo” exige más tiempo y otros saberes en el marco de una propuesta (auto) gestiva.

Entonces, en las cooperativas del Frente hay tareas que forman parte de una idea ampliada de trabajo que está entremezclada con la participación política: para estar en la cooperativa también hay que ir a la asamblea, a reuniones de administración y a las marchas.

Emilce y Rosita fueron dos de las mujeres que fueron y vinieron entre el movimiento y la municipalidad. Emilce, quien había comenzado en el movimiento cuando éste surgió en Villa Argüello (2002), al ser interrogada por sus vecinas en el barrio sobre los motivos del cambio, que no había caído bien en su comedor y cuadrilla de trabajo, explicó: “me conviene más. Trabajo una hora a la mañana barriendo la calle y después me voy a mi casa, nadie me molesta”¹⁸⁵. Expresó, además, su cansancio de las marchas y de las discusiones en las asambleas. Rosita, por su parte, integrada también en 2002 y con una participación permanente en el comedor durante años, planteó que “problemas personales” la llevaron a dejar la organización y pasarse a la cuadrilla de barrido de la zona residencial de Argüello. Cada mañana, muy temprano y de manera solitaria barre las cuadras asignadas, mientras que su marido la espera con la moto estacionada en una esquina. En pocos minutos concluye el trabajo y regresa a sus otros quehaceres¹⁸⁶.

Ahora bien, los casos como los de Emilce y Rosita representan una mínima cantidad dentro del total de las cooperativistas, e incluso se producen traspasos opuestos, desde la Municipalidad hacia la organización. Aquí se nos presenta un interrogante: ¿Cómo se puede explicar esa permanencia de una gran mayoría de las mujeres cooperativistas del Frente en una modalidad de trabajo que implica, sin dudas, más horas por el mismo ingreso?

Esta pregunta tiene diversas respuestas, varias de ellas atravesada por las relaciones de género. Por una parte, cuando nos referimos al trabajo de las mujeres en el comedor, destacamos la importancia del espacio de sociabilidad y confianza que se conformaba en esa labor cotidiana, que para muchas de ellas consistía en participar de las actividades del movimiento aún sin un correlato de ingreso fijo de dinero. Pero, además, los espacios del movimiento son lugares de gestión colectiva de cuidados, que permiten articular, mezclar y

¹⁸⁵ Nota de campo N° 48, 05/05/2014.

¹⁸⁶ Nota de campo N° 17, 24/12/2012.

yuxtaponer actividades “reproductivas” y “productivas”, pagas y no pagas en estrategias dinámicas desde las cuales las mujeres negocian el uso del tiempo que realizan con las otras mujeres y varones de la organización, pero también con integrantes de sus familias.

Justamente, la lucha de por la autonomía de las cooperativas en Berisso tiene en estas tácticas femeninas una de sus explicaciones principales. “Querían que vayamos todos los días a firmar al municipio, en el horario de entrada y de salida. Y ellos (los funcionarios y sus agentes) nos querían mandar a donde trabajar, en lugar de trabajar en nuestros barrios, además pensaban llevarnos a los actos”, explicaba Caty en una asamblea¹⁸⁷. Entre las mujeres cooperativistas circulaban en ese momento varias preocupaciones, una de ellas era cómo compatibilizar el traslado a firmar el presentismo con las tareas de cuidados, sobre todo, llevar y retirar a los/as niños/as del colegio. Otra de las preocupaciones tenía que ver con que el manejo discrecional de la planta cooperativista desarmaba los grupos de vecinas y atentaba contra la posibilidad de trabajar en el propio barrio.

Esto a su vez tenía dos consecuencias principales en la vida de las mujeres: las distancias complicaban las prácticas de organización del tiempo de todo el trabajo diario, pero también impedía que las cooperativistas trabajaran mejorando su propio barrio, territorio invisible para las políticas públicas. Todos estos motivos, esgrimidos en charlas cotidianas, en asambleas, y reuniones más amplias, llevaron a la certeza de la necesidad de tomar medidas. De esta forma, y para salvaguardar la organización de sus tiempos y poder sostener sus vidas, se fue pergeñando la idea de la toma del municipio.

La contrapropuesta del Frente, que finalmente fue lograda, era que fueran las propias cuadrillas de las cooperativas las que decidieran dónde trabajar y en qué tarea, una franja horaria que respetara los horarios del colegio de los/as niños/as y que se pudiera firmar el presentismo en esos espacios de trabajo, al tiempo que la planilla fuera entregada desde el movimiento hacia el municipio sin intermediarios de manera semanal.

Con la implementación de este esquema de organización del trabajo cooperativo, para las mujeres fue posible organizar los cuidados, a pesar de que, a diferencia del trabajo en el comedor, las actividades de la cooperativa tenían horarios fijos y por las características de las tareas no permitían asistir con niños/as a cargo. Por consiguiente, las mujeres pudieron trabajar en las cooperativas al tiempo que seguían cuidado solo a partir de redes feminizadas de cuidados, así como de mecanismos de sobrecarga de trabajo que obligaban a correr entre responsabilidades para lograr ese sostén precario cotidiano.

Un día en la vida de Rosa, a quien ya hemos presentado -trabaja en la cooperativa, cuida una anciana de noche y de sus hijos/as el resto del día-, da cuenta de estas tácticas de

¹⁸⁷ Nota de campo N°18, 05/03/2013.

uso del tiempo para mantener el trabajo: “Un día de semana vengo de trabajar, llego 7 y 10, sin dormir. Me vengo a llevar a Aaron al colegio, nos turnamos una semana cada una con Nicol (hija mayor). Me vengo rápido, lo alisto, llamo el auto, nos vamos, regreso, tomamos el desayuno y me voy enfrente al campo a trabajar porque ya comencé con la cooperativa, sin dormir. Vuelvo a casa, cocino, ordeno todo, me echo a dormir y después a las 8 ya me estoy yendo. Me baño y me voy. Por eso digo que me he vuelto adicta al trabajo”¹⁸⁸.

Esta compleja articulación de tareas superpuestas en el cotidiano recorre la totalidad de los relatos de las mujeres, solteras y casadas, con hijos/as solamente o nietos/as también, incluso en los pocos casos en que no tienen personas menores a cargo. En sus relatos, los varones adultos de la familia (en el caso de haberlos) no comparten con las mujeres la organización de las tareas de cuidado. Para ellas, el trabajo con estos márgenes de autonomía logrados en las Cooperativas genera mayor responsabilidad y mayor carga temporal, pero posibilita gestionar cuidados de una manera más colectiva, en un entramado comunitario y familiar complejo, móvil, entreverado que la gestión puramente estatal de las políticas no reconoce como telón de fondo. De hecho, los logros del Frente en materia de autonomía funcionaron como una precondition para la construcción de espacios colectivos de cuidados, guarderías o “juegotecas” para las mujeres cooperativistas, ya que esto fue posible por el trabajo en los territorios cercanos a los comedores, y por haber evitado el desarme de los grupos de mujeres, que gracias a formar parte de un mismo entramado colectivo, pudieron gestionar estos espacios de cuidados, e incluso exigir recursos para su sostenimiento.

“Productivos”: otros sentidos de la (auto) gestión

En el caso de los emprendimientos de trabajo (auto) gestionado en el marco del Frente, denominados por sus integrantes como “productivos”, la diferencia fundamental con las cooperativas es en primer lugar, que no suponen un ingreso mensual fijo pagado por el Estado y, por otra parte, que implican la producción y venta de un producto específico. Por no estar ligados al financiamiento estatal¹⁸⁹, constituyen experiencias donde el Estado no controla ningún momento del desempeño del trabajo. Consisten en un grupo de trabajo conformado en general por menos de diez integrantes, que decide reunirse por fuera del

¹⁸⁸ Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

¹⁸⁹ Con excepción de la entrega de insumos, en algunos casos como el del Programa Manos a la Obra, hace unos años, o del Programa de Trabajo Autogestionado (PTA) en años recientes, pero de manera asistemática.

horario estipulado para el trabajo en las cooperativas para realizar algún trabajo o producir un bien colectivamente.

Para el FPDS CN, así como para otras organizaciones barriales de la corriente autónoma, estos emprendimientos están ligados a la idea de prefiguración de otras relaciones de trabajo y otras lógicas de organización social no capitalistas, sin patrones ni jefes. Así como la gestión de los programas estatales son un paliativo en el marco de una lucha por un trabajo digno, los “productivos” son, en germen, formas de trabajo “prefigurativa” que en su modo organizativo proyectan rasgos de una sociedad deseada. D’Cristófaro, Plaza, y Margueliche (2007) que estudiaron los emprendimientos en el marco del Frente, señalan que en la génesis de estas estrategias territoriales asoma “un universo autoorganizado que poco debe a la tradición sindical argentina (donde la cuestión de la autogestión a través del control de la producción, esta poco presente), como tampoco a la influencia de una matriz comunitaria (como sucede en los movimientos de corte indigenistas)”. Cuando rastrean el origen de estos emprendimientos en el movimiento barrial piquetero, entonces, refieren a la propuesta política ideológica que propende la generación de ámbitos territoriales de autonomía en el trabajo, pero combinada con estrategias de rebusque ante la crisis de fines de la década de los `90 y principios de los 2000 en Argentina. En los “productivos”, como efectivamente pudimos analizar, resurgen y se ponen en colectivo toda una serie de conocimientos y oficios adquiridos en las experiencias previas por los/as integrantes, en diálogo con saberes académicos y técnicos acercados por profesionales de apoyo a estos emprendimientos.

El trabajo de sostén del “productivo” de quesos que comenzó en 2006, por ejemplo. Implica una organización de entre tres a cinco mujeres para conseguir la materia prima, producir, distribuir, vender, y organizar las finanzas entre las integrantes. Su integrante fundadora, Luz, al relatar su vida, encuentra en sus experiencias algunas prácticas que la ayudaron para llevar adelante el proyecto. “Yo no sabía nada de autogestión, solo salir a vender. Me ayudó la práctica, siempre me dijeron que soy buena para hablar con la gente”, afirma, y se remite a sus múltiples trabajos informales luego de migrar a Argentina relacionados con vender productos puerta a puerta. Pero en su relato de vida, pueden rastrearse prácticas colectivas en su juventud ligadas al deporte que implicaban gestión colectiva y comunitaria: “jugaba al vóley, participaba de un club y nos teníamos que organizar para juntar plata para funcionar”. Pero además de lo estrictamente operativo, hay allí un elemento subjetivo común de esfuerzo colectivo “me había quedado en el inconsciente que yo había pasado por eso, de ir todas para un lado, de compartir juntos, me sirvió un montón para no aflojar”¹⁹⁰. Nótese que, durante la propia entrevista, Luz vinculó la experiencia de venta callejera y la de coordinación deportiva con la participación en el

¹⁹⁰ Entrevista a Luz, 15/08/2015.

Frente, refiriendo que los aprendizajes previos intervenían en sus experiencias de autogestión en la organización. En el caso de Viviana, llegó al “productivo” luego de toda una experiencia de vida en el campo y trabajo rural familiar. Pero, además, luego de trabajar en una cooperativa rural en el marco de una asociación civil: APF-Asociación de Productores Familiares, por lo que el trabajo de tambo no le resultaba ajeno.

En ambos relatos, el esfuerzo de “sostener” un “productivo” es vivido como un sacrificio, porque es definida como una tarea de amplia responsabilidad y poca certeza de ganancia. Es decir, como contraparte de esta libertad de acción, los “productivos” suponen una carga mayor de responsabilidad para quienes los realizan, porque no hay un ingreso fijo garantizado. Comenta Luz “yo decía, ‘hay que seguir entrenando’, como ahora digo, ‘hay que seguir trabajando’, porque todo el esfuerzo que uno dejó para que esto se pueda construir o pueda estar. Esfuerzo que hay atrás, se logró porque atrás hay una organización. Esto de seguir adelante, de no bajar los brazos, a veces te dan ganas de llorar y de tirar todo *a la miércoles*, pero decís: ‘no, hay que seguir’”. Aquí también resalta “el trabajo de mantener el trabajo”.

Los “productivos” en general constituyen emprendimientos de subsistencia, es decir, que permiten obtener un mínimo ingreso para continuarlos sin que se amplíe la ganancia considerablemente a lo largo del tiempo. Pero en cambio, tienen un rol fundamental en la inserción barrial de las mujeres de la organización, porque las conduce a recorrer el territorio, hablar con vecinos/as y coordinar con instituciones, “te obliga a salirte de vos, de tus problemas, a interactuar con el barrio, a formarse todos los días para un cambio, no sólo personal sino para el resto de las personas”¹⁹¹. La forma en que los emprendimientos generan esta vinculación con el barrio fue trabajada en el capítulo II al reconstruir el recorrido de Luz organizando la feria.

Incluso esa articulación barrial resultó clave para dar una lucha en contra de la venta de las tierras por parte de la Universidad a YPF, que hubiera afectado, además de al Comedor y al “productivo” de quesos, al Club y al barrio en general¹⁹².

El alcance transformador que puede adquirir la (auto) gestión en las condiciones materiales de vida de las mujeres es, sin embargo, limitado. En primer lugar, porque, tienen dificultades para generar ingresos suficientes para las trabajadoras (como ellas aluden con frecuencia en las asambleas), y porque no garantiza derechos sociales como aportes jubilatorios, seguro de trabajo, entre otros. Pero, por otra parte, su importancia reside en que cuestiona en la práctica las formas de organización jerárquicas del trabajo y proponen

¹⁹¹ Entrevista a Viviana, 12/10/2012.

¹⁹² Este proceso se dio entre los años 2011 y 2012. Al respecto, se puede consultar FPDS LA PLATA, BERISSO Y ENSENADA (2011) y Semanario el Mundo de Berisso (2011).

formas democráticas de reparto de saberes e ingreso. Al mismo tiempo, hacia afuera de la organización, constituyen una herramienta que relaciona la vida al interior de lo colectivo con el consumo popular.

Por ejemplo, el emprendimiento de quesos de campo que fue mencionado en el capítulo II, se constituyó en el proyecto con mayor continuidad en el tiempo de la experiencia productiva del MTD de Berisso (y luego el FPDS CN), y aquel que permitió la vinculación de la organización con el vecinos/as, instituciones barriales y estatales como el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) y el CIPAF (Centro de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Agricultura Familiar). Con orgullo, Luz comenta en un video institucional del Proyecto¹⁹³: “Actualmente se ha logrado incorporar el producto al Mercado de la Rivera, formado por emprendedores de la zona de Berisso. Como parte de la organización social FPDS estamos formando parte de la mesa de desarrollo local de Berisso donde compartimos experiencias con otros productores, viñateros, horticultores de la región. Eso hace que nuestro trabajo también pueda ser contado en otros espacios más allá del barrio y del espacio de los estudiantes, que está bueno hacer esas relaciones para compartir experiencias y para intercambiar conocimiento, seguimos apostando a que sean los productos integrados en la soberanía alimentaria, trabajando en relación con la organización y la facultad”. El Proyecto, aunque con una filiación institucional con la Unidad Académica, se desarrolló desde el comienzo a partir de la relación con otros emprendimientos productivos y cooperativas del Frente, por lo que se organizó en base a ciertos “criterios” y valores colectivos. Entre ellos, el trabajo sin patrón, la asamblea como forma de decisión, el reparto equitativo del tiempo y fruto de trabajo y la organicidad de las y los integrantes al movimiento.

Alrededor de esta iniciativa, varias mujeres del Frente en Villa Argüello generaron redes de venta y difusión del producto que tendieron a exceder sus familias y vecinos/as más cercanos. Antonia, por ejemplo, es una de las mujeres que camina Villa Argüello vendiendo los quesos que se elaboran desde la organización. En definitiva, el trabajo diario de Luz y otras integrantes del movimiento en este “productivo” genera permanentes tránsitos barriales e intercambios entre organizaciones y vecinos/as, que contribuyen a poner al FPDS CN en el mapa barrial, y a disputar sentidos en torno a la organización, la protesta y el trabajo.

Como ocurre con las cooperativas, los emprendimientos conllevan “esfuerzo”, “sacrificio” y aún así para las mujeres pueden abrir nuevos espacios de participación y aprendizaje. Esto sucede, por ejemplo, cuando las mujeres deben enfrentarse a una gestión

¹⁹³ El emprendimiento se enmarca en el Proyecto de Extensión Universitaria “Producción sustentable con y para la comunidad”. Al respecto se consultó el audiovisual: “Campo 6 de agosto” editado por Andrés Busso para la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, La Plata- Berisso, 2017 y citado como: Video, 2017.

con las autoridades, como parte de las necesidades de la (auto)gestión o asistir a ferias, mercados y encuentros con otros/as productores/as. En una oportunidad, después de un corte en el Puente 3 de Abril, en el centro de Berisso, en reclamo de materiales para las cooperativas, el intendente accedió a atender a la organización. Luego de lograr que permitiera ingresar a una comitiva de diez personas, en lugar de un solo referente como requerían desde la municipalidad, entraron al despacho diez integrantes del Frente, ocho mujeres y dos varones. En un informe interno, leído durante una reunión de “mesa” de Berisso acerca de esta reunión se expresaba:

“Párrafo aparte merece la sensación con la que nos fuimos de la gestión, la confirmación de que tenemos un grupo de mujeres muy aguerridas en FPDS CN, que conocen sus derechos, que se le plantaron al intendente y todo el gabinete trajeado que estaba ahí durante tres horas. Firmes, seguras, muy informadas. Se imaginarán que sólo las mujeres hablaron. Se discutió hasta el punto y coma de los anexos de las cooperativas (que las cumpas (sic) conocían y los funcionarios no habían leído). Las cumpas con mucha experiencia manejaron la situación en todo momento y no cedieron a las distintas estrategias de los funcionarios: hacerse los amigos, los chistes sobre los quesos de Luz, las palabras difíciles, el desfile de cifras y números, las promesas (FPDS CN, INTERNO, 30/09/2014).

La disputa por la (auto) gestión de los recursos es fundamentalmente una disputa por las modalidades de trabajo, los lugares y los tiempos, y encuentra a las mujeres en una posición legítima, ya que de su trabajo cotidiano y de su supervivencia se trata. Entonces, volviendo a la pregunta sobre por qué las mujeres hacen lo que hacen, las que se quedan y eligen la (auto) gestión, allí hay una dosis de esfuerzo, pero también se habilitan nuevos lugares para mujeres que conllevan aprendizaje y protagonismo femenino. Por consiguiente, aun bajo condiciones de vida que continúan siendo precarias en relación con la incertidumbre sobre el ingreso, falta de ciertos derechos sociales, y además un gran volumen de trabajo para las mujeres, la (auto) gestión en las cooperativas y en los “productivos” es un ámbito que propicia la puesta en juego de saberes de las mujeres y la posibilidad de adquirir otros en la cotidianeidad del esfuerzo colectivo.

Dar vuelta a las políticas: el trabajo de (auto) gestionar el trabajo

Las mujeres en el FPDS CN, que constituyen la enorme mayoría de los/as beneficiarios/as, hicieron esfuerzos por resignificar la carga genérica de las políticas sociales, no como apuesta puramente ideológica, sino como resultado de las tácticas de reproducción de la vida en colectivo. La búsqueda de ciertos grados de autonomía para organizar el trabajo, los horarios y hacer coincidir las necesidades de cuidados con las exigencias de los programas, llevó a las mujeres a renegociar las condicionalidades de los mismos. Por ejemplo, el programa “Ellas Hacen”, a partir de las dinámicas de (auto) gestión en el Frente, se integró a las formas precedentes de trabajo cooperativo, pudiendo las mujeres trabajar en sus barrios, organizar horarios y decidir tareas de manera asamblearia como en el resto de los programas (auto) gestionados.

Esta forma práctica de cooperativismo generada en el Frente, donde se intenta conflictivamente cuestionar las lógicas de patrón-obrero, y dirigente-dirigido, pone en juego nuevos sentidos, desafíos, formas de pensar lo social. Por una parte, establece una relación de igualdad en lo que respecta a cantidad de horas de trabajo e ingreso entre varones y mujeres, además de romper con la segmentación del tipo de trabajo para ambos/as, eliminando, por lo menos en lo formal, los roles diferenciales. Sin embargo, el mayor volumen de trabajo que supone la (auto) gestión de los programas también generó para las mujeres en particular una nueva sobrecarga.

Se podría aquí señalar un doble papel de la (auto) gestión. Por una parte, actúa obligando a las mujeres a correr de un lado al otro para poder cumplir con las nuevas tareas productivas y políticas, sin deshacerse del todo de aquellas que ya realizaban en sus casas y comunidades, y de aquellas que realizan a cambio de dinero en el mercado de trabajo. Pero, al mismo tiempo, permite disminuir tiempos de trabajo de cuidados a partir de la reorganización colectiva del mundo de la reproducción que se lleva a cabo bajo esta modalidad. De esta forma, tareas anteriormente resueltas separadamente, en esferas individuales y fragmentadas como los cuidados de personas y del medio en el que se vive (trabajo de mejoramiento del barrio, por ejemplo), y parte del trabajo remunerado, comienzan a ser reorganizados en lo colectivo con otras mujeres. A su vez, la totalidad de este trabajo adquiere un sentido político que lo visibiliza: la (auto) gestión para la autonomía.

De esta forma, los itinerarios diarios de las mujeres dan cuenta de complejos procesos de organización que incluyen la multifunción, la resolución colectiva de algunas necesidades, la negociación de tiempos en el marco de la familia, y la construcción de espacios propios de las mujeres donde resuelven cuidados y también pueden cuestionar cómo son gestionados y distribuidos. En cierta medida, la lucha por la autonomía en el trabajo permite mayor compatibilidad con los procesos de reproducción de la vida

cotidiana, horadando la fragmentación de esferas (privada y pública) y de tipos de trabajo (productivo y reproductivo).

Hay un aspecto cuantitativo que tiene influencia decisiva en la división del trabajo en las cooperativas. La mayoritaria presencia femenina en las “cuadrillas”¹⁹⁴ (debido a que los varones por períodos acceden a trabajar en “changas” y porque las mujeres prefieren el trabajo en sus barrios) resulta en varios procesos entrelazados. En primer lugar, esta prevalencia femenina en conjunto con una política de género específica por parte del Frente creó la propensión a que se consideren horarios más convenientes con los cuidados, debido a los debates encabezados por las mujeres en las asambleas, o simplemente por repeticiones de situaciones diarias. Además, en los comedores observados, la presencia femenina y la apertura que fomenta la autogestión impulsaron a la producción de estrategias de cuidados colectivos (guarderías, “juegotecas”, bibliotecas infantiles), también organizados por las mujeres. Incluso en algunas cuadrillas, se instauró el día rojo, un día mensual para las mujeres vinculado a los períodos menstruales en que la falta está justificada, y se establece una consideración especial para las faltas femeninas por razones de salud propia o de sus hijos/as.

Por otra parte, por la escasez o ausencia de varones en el marco del trabajo cooperativo, las mujeres van aprendiendo (y enseñando) a realizar tareas que en sus ámbitos domésticos realizan varones, o son considerados “pesados” para las condiciones asignadas al género femenino en la división sexual del trabajo tradicional. Sin embargo, no en todos los casos, la feminización de los movimientos revirtió totalmente la desigual distribución de esas actividades. Es decir, cuando hay varones, siguen teniendo la palabra autorizada en relación con saberes técnicos de construcción, herrería, electricidad, gas, entre otros. Incluso sus opiniones son las más apreciadas en estos temas en las reuniones. Como dijo Marta en una asamblea barrial “en la reunión de la cuadrilla esperamos que lleguen los varones para hablar de construcción” (04/10/2012).

Paulatinamente puede observarse que, con el paso del tiempo, las mujeres fueron tomando tareas de responsabilidad que previamente habían desempeñado ellos, por su aparente facilidad para realizarlas: vocería, gestión ante autoridades, reuniones de articulación con otras organizaciones, roles de referencia en asambleas barriales, entre otras. Este proceso, sin embargo, no fue en el FPDS CN meramente ligado a lo cuantitativo, sino que este cambio demográfico al interior de las asambleas barriales se entrecruzó con políticas específicas de impulso al protagonismo femenino, vinculado sobre todo a espacios formativos específicos para mujeres y cierta política de cupos.

¹⁹⁴ Término nativo que alude a los grupos de trabajo dentro de las cooperativas, determinados por la tarea específica que realizan y por un territorio delimitado de trabajo en el barrio.

Si bien puede reconocerse un incremento de mujeres en las tareas de referencia o responsabilidad, generalmente las combinan con su trabajo diario en la limpieza, zanjeo o mantenimiento, por lo que implica la duplicación de trabajo. Es decir, aunque tomen lugares de responsabilidad, las mujeres no dejan el trabajo en la cooperativa. Caty, integrante del grupo a cargo de la administración y gestión de la cooperativa afirma: “hago mi trabajo en la cooperativa y después me voy a hacer los trámites, para que no haya lío”¹⁹⁵. En el caso de los varones, la legitimación del rol de responsabilidad en las tareas más superestructurales no suele requerir una presencia permanente en los trabajos cotidianos, como sí para las mujeres. Según Luz, para tomar ciertas tareas, por ejemplo, gestión, “una tiene que formarse, hacer, informarse, estar, trabajar. Es un conjunto de cosas”¹⁹⁶. En relación con lo último, en páginas precedentes mencionamos la conversación en la asamblea de “Juanito Laguna” respecto de cómo se divide el trabajo en el movimiento. Evangelina, una de las mujeres que participan en la cooperativa, afirmó en aquel espacio:

“Lo de ser antipatriarcales es parecido a decir que trabajamos sin patrón en los “productivos”. Es lo que decimos, lo que nos gustaría, pero, así como estamos acostumbrados a que nos manden, de definirnos contra el machismo a practicarlo hay mucho trecho”. Y en esa misma instancia, Viviana reafirmaría: “Las mujeres hacemos trabajo de mujeres y también de hombre (en referencia a tareas de construcción en el comedor). Los varones sólo el (trabajo) de varones y luego están cansados y se viven quejando”¹⁹⁷.

Así pues, aún en los lugares donde las mujeres han logrado mayores espacios de autonomía y equidad en el trabajo su esfuerzo se vuelve desigual cuando se analiza en el contexto de todo el trabajo que realizan en sus vidas, no remunerado en sus casas o en lo colectivo. Es decir, cuando miramos integralmente el trabajo de las mujeres, el asalariado, doméstico, cooperativo y militante, vemos que esta multifuncionalidad femenina afecta la disponibilidad de tiempos de varones a diferencia de mujeres.

En otras palabras, uno de los principales límites a la participación de las mujeres son las responsabilidades de la esfera doméstica. Viviana, percibe que en el trabajo en “Juanito Laguna”, “los varones se desenvuelven mejor, toman más responsabilidades (o eso nos hacen creer), tienen tiempo, están siempre disponibles”. Esto se debe a que “siempre tienen la familia separada del movimiento. Las mujeres, en cambio, están más pendientes de

¹⁹⁵ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

¹⁹⁶ Entrevista a Luz, 15/08/2015.

¹⁹⁷ Nota de campo N°10, 04/10/12.

familia, hijos y casa, y a muchas les cuesta dejar eso”¹⁹⁸. En concreto, estos mandatos femeninos que Viviana asigna a una “cultura patriarcal” generan para las mujeres una carga extra que se manifiesta en “el trabajo de mantener el trabajo”. Esto se visualiza en la preocupación por el cumplimiento de las tareas domésticas, en conflictos con sus parejas y familias en general por el “abandono” de la casa, una extensión de la jornada, y en general, un esfuerzo mental de organización del trabajo como un proceso permanente y agotador.

Esta situación lleva a que las mujeres deban desarrollar un delicado equilibrio de tiempos, espacios y energías (De Bargieri, 2003 en Partenio, 2007) a partir de conseguir nuevas habilidades para negociar tiempos entre trabajo, casa y lucha. Estos saberes, puestos en común con otras mujeres, es decir, colectivizados, abren la posibilidad de alcanzar grados de autonomía personal y deslizamientos en relación con los mandatos de la feminidad. Como afirma Barrancos (2007) la permanencia en espacios colectivos que tienden a ampliar sus responsabilidades y a politizar su trabajo, como los espacios de autogestión, pueden llevar a abjurar de esos modos del “deber ser femenino”, o como plantea Andújar (2005) impulsar la construcción de nuevas feminidades en el marco de la protesta y el barrio.

La (auto) gestión del trabajo y la autonomía en lógica femenina

En este capítulo abordamos, desde una concepción amplia de trabajo, la multiplicidad de labores femeninas: en la casa, en la organización, en otras casas donde realizan trabajo doméstico, en el marco de un contexto signado por la precariedad y la sobrecarga de trabajo sobre las mujeres.

Se hizo hincapié en la estrategia de generación de emprendimientos y lógicas de (auto) gestión del trabajo, que es una propuesta específica en el marco del Frente desde sus inicios y que en la actualidad es ejercitada fundamentalmente por las mujeres.

Reflexionamos sobre la (auto) gestión del trabajo como un esfuerzo ligado a la autonomía de las organizaciones populares (crecientemente feminizadas) que se combina con formas diversas de dependencia de recursos estatales. Pensamos esta labor cooperativa desde su doble característica de ser un trabajo en condiciones de precariedad y al mismo

¹⁹⁸ Entrevista a Viviana, 18/12/2012.

tiempo, tener la potencia de inaugurar nuevos sentidos y posibilidades para la vida de las personas.

Reconstruimos también algunos de los procesos de lucha por la gestión de programas estatales tanto para la apertura de los mismos a las organizaciones como para la habilitación de mecanismos de (auto) gestión de los mismos.

Para las participantes, la lucha por ampliar los márgenes de autonomía en la gestión del trabajo en las cooperativas permite dar disputas sobre el uso del tiempo y la gestión de sus múltiples labores, a contramano de políticas sociales que frecuentemente no consideran las condiciones de género en relación con el trabajo.

Por otra parte, se constata que las modalidades autogestivas del trabajo están adheridas a una concepción del trabajo como “sacrificio” y, en algunos casos, culpa por el abandono de las tareas domésticas, que condice con dinámicas de sobre carga femenina. El cumplimiento de los “criterios” y de las condicionalidades que imponen los programas. “el trabajo de mantener el trabajo”, explica el tránsito de algunas integrantes desde la (auto) gestión en el marco del Frente hacia la órbita Municipal.

En la cotidianeidad colectiva conviven las tácticas femeninas por visibilizar y colectivizar cuidados con un reforzamiento de la centralidad de la figura de “mujer”, “madre luchadora” y garante de la reproducción de la vida. Es decir, una “ética reaccionaria del cuidado” convive con el cuestionamiento a la división sexual del trabajo que realizan al ocuparse de todas las actividades que conlleva mantenerlo y autogestionarlo.

Sin embargo, el trabajo cooperativo, aún con horizontes autogestivos, no garantiza necesariamente una división sexual del trabajo completamente igualitaria. Y el motivo fundamental puede encontrarse volviendo a mirar la totalidad de la experiencia cotidiana de las mujeres, que implica su responsabilidad central en la gestión de los cuidados. Es decir, los procesos de autogestión no suceden en una isla, sino que, como plantea Partenio (2007) se encuentran insertos en relaciones de clase y género.

Ahora bien, la mayoritaria presencia femenina en las organizaciones populares, como las propuestas de autonomía y antipatriarcado habilitadas desde la organización, pueden impeler a las mujeres a trascender territorios acostumbrados. Y, en este sentido, a erigirse en representantes del colectivo en gestiones y ante los medios de comunicación, a poner su palabra en los ámbitos de decisión asamblearios, y en todos los casos, a caminar el barrio movilizand o nuevas redes vinculadas con la autogestión, conscientes de una nueva significación de su papel social asignado por vecinos y vecinas, para quienes “forma parte de un movimiento”, “está en política”, “es piquetera”.

Pero, además, el deslizamiento en las concepciones de feminidad por parte de algunas mujeres no sólo genera tensiones y negociaciones en sus relaciones con varones de su familia y organización, sino con otras mujeres. Precisamente, los diversos modos en que las mujeres organizan los usos del tiempo y significan la totalidad del trabajo que realizan a partir de la participación en lo colectivo genera un nuevo proceso central en el movimiento y en el barrio: las tensiones intragéneros derivadas de las diferentes concepciones en torno a los trabajos entre las mismas mujeres organizadas. Sobre esto profundizamos a continuación.

Capítulo V

La asamblea barrial

En este capítulo se ingresa desde la escena de la asamblea al análisis de las formas de participación política de las mujeres, el proceso de toma de decisiones, la división de tareas militantes por género y la construcción de referencias políticas en el marco del Frente. La práctica cotidiana de la asamblea, en tanto espacio de deliberación política privilegiado en las definiciones y prácticas del Frente en el territorio oficia como puerta de entrada para abordar los procesos de subjetivación de las mujeres en relación con esta participación y las tensiones inter e intragéneros que ella escenifica.

...

Desde afuera de la tranquera poco puede entenderse de lo que sucede esta mañana adentro del predio que la Facultad de Agronomía tiene en Villa Argüello. Pero al transitar el camino de tierra entre vacas y ovejas que cuida Cristina, la trabajadora no docente, se llega a una nueva tranquera, que demarca el espacio cedido en 2002 por dicha Facultad al MTD (ahora Frente) para la construcción de un proyecto de huerta y tambo. Hay dos construcciones, cubiertas con murales coloridos y la consigna Trabajo, Dignidad y Cambio Social. En el gran invernáculo cinco jóvenes menores de quince años aprenden a cultivar plantas aromáticas. Mientras tres mujeres de mediana edad fabrican quesos, otras dos mujeres cocinan y dos mujeres y un varón más desmalezan la huerta. Algunos niños y niñas pequeños juegan con los libros de la Biblioteca Popular “Juanito Laguna”. A media mañana toda esta actividad cesa dando paso a la asamblea de cada viernes, a la que se suelen integrar algunos/as militantes del FPDS que no necesariamente viven en el barrio y que incorporan al temario asuntos nacionales, lectura de publicaciones, e informes de otras reuniones.

En esta oportunidad, para comenzar la asamblea, se espera el momento en que la masa de tortas fritas esté estirada y cortada en rombos sobre la mesa del comedor. Antonita las había amasado y Marta es la encargada de freírlas, por lo que la única manera en que puedan estar en la reunión es si ésta se lleva a cabo al lado de la cocina a gas.

Alrededor de la mesa colmada se van ubicando Fernando, Leo, Luz, Antonia, Rosita; las más jóvenes traen bancos y sillas y se sientan en una segunda fila, también alrededor de la mesa: Silvia, Natalia, Gabriela. Esta última, ante el pedido de Luz, va a buscar el cuaderno de las asambleas, ubicado entre miles de papeles, volantes, revistas, afiches, sobre la heladera y lo pone en la mesa, cerquita de Luz. Ella dice: “no, yo hoy no quiero hacer la memoria, ¡vamos las jóvenes!” Natalia, en voz baja y desganada, responde: “Bueno, dame”. Cuando se empieza a escuchar el crepitar de la masa en la grasa hirviendo Rodrigo entra corriendo: “Ah, ahí llegó la Vivi”, dice Fernando, saludando al niño que se limpiaba el beso del cachete y haciendo lugar en el banco.

Viviana entra con un bufido: “perdón la demora, se me complicó...” y señala al niño con un movimiento de cabeza. El resto comienza a apurar el inicio de la asamblea, diciendo: “temariooooo. Bueno, ¿qué pongo?”, pregunta Natalia. Y de a poco empiezan a escucharse propuestas en forma de palabras: “cooperativas”, “poné comedor”, “marchas”, “criterios”, “lo del plenario”, “club”, “feria”, “fondo del comedor” son algunos de los temas propuestos. Luego de sentarse y elegir una torta frita recién sacada, Vivi dice: “quiero poner un tema: Regional”. Natalia anota una lista con los temas numerados y al terminar comenta: ‘son un montón, esto va a ser larguísimo’.

“Permisooo”, dice una mujer al tiempo que ingresaba a la cocina. Los y las integrantes del movimiento la saludan por su nombre, aunque no la tutean, y le ofrecen asiento y tortas fritas a la vez. Lleva una mochila, unos planos, botas de goma y anteojos. “¿Cómo andan? ¿Empezó la asamblea? Vengo a plantear algo desde la Facultad por el Proyecto Invernáculo, ¿me ponen el tema?”.

El desarrollo de la asamblea es algo desordenado, con discusiones, enojos, y también risas. Viviana oficia en los hechos de coordinadora porque es quien intenta dar la palabra y explicitar los consensos. Casi todas las personas opinan, salvo Antonita a quien en sucesivos temas se le alienta a hablar y sólo atina a hacerlo en el tema comedor, para organizar los días de cocina. Natalia va anotando los acuerdos, las fechas importantes, los números de finanzas, los temas en los que no hay acuerdo y hay que seguir charlando.

Cuando es su turno, y a veces cuando no lo es, Leo habla a los gritos y sus opiniones están encabezadas por un latiguillo “a mí me gusta trabajar, hablar tanto no me gusta, pero opino que...” y culmina su alocución con un “eso opino, y listo” moviendo la mano como cortando el aire en seco y se para con

ademán de irse. Cada vez, Luz llama a bajar los ánimos y Vivi intenta reencauzar el debate.

“Ahora viene mi tema, dice Vivi mirando el cuaderno. Quiero decir que en el plenario me propusieron como delegada de Berisso a las reuniones regionales, que es donde nos juntamos con el resto de los compañeros del Frente. Yo dije que sí, pero voy a necesitar apoyo acá en la huerta con Rodrigo para poder participar. Si no, voy a tener que dejarlo y como siempre, que lo agarre un varón, o alguien que no tenga hijos chiquitos. A ver, si tanto decimos que somos una organización antipatriarcal, si nos hacemos cargo entre todos para que yo pueda participar”, afirma. Se escuchan murmullos, se expresan afirmaciones dubitativas, preguntas, rumores, hasta que Luz dice: “pero ¿qué tendríamos que hacer?”¹⁹⁹.

Como se evidencia en la transcripción de la nota de campo anterior, la asamblea barrial está frecuentemente relacionada con la cocina, espacial pero también temporalmente, ya que su comienzo y final en gran medida están signados por el encontrarse para comer juntos/as y debatir. Por su vinculación con el trabajo cotidiano en el marco del Frente, es el espacio de deliberación interno al que asisten todas las integrantes y en el que se más voces femeninas se escuchan.

En los núcleos barriales del Frente en Berisso la asamblea semanal constituye el momento específico de formalización de los debates y decisiones, además de ser el espacio de deliberación que debe delegar responsabilidades más allá del barrio. Como se planteó en capítulos anteriores, en este espacio se enuncian problemáticas, posturas e incluso definiciones que se fueron forjando en la cotidianeidad del trabajo compartido en el barrio y el comedor. Eso no le quita peso a este espacio de deliberación, debido a que sigue siendo donde se condensan claramente las posturas, el que rubrica las decisiones finales, o incluso donde se manifiestan los debates que quedan abiertos. “Nos organizamos en asamblea” es una frase que esgrimen reiteradamente las mujeres del Frente para explicar a personas externas la forma organizativa²⁰⁰. Frecuentemente, las mujeres del Frente dicen “hay que

¹⁹⁹ Nota de campo N°5, 09/08/2012.

²⁰⁰Un intelectual integrante del Frente argumenta sobre la centralidad de la asamblea en esta misma dirección: “[Las] asambleas son las fuentes generadoras de la política, no sólo por una cuestión de justicia en el sentido que expresan a la mayoría de un proyecto político, sino por una cuestión de conveniencia. La asamblea es el punto que mejor vincula lo desorganizado y espontáneo, con lo organizado y direccionado (...) Es el mejor lugar para ver lo que es políticamente aconsejable y tomar las decisiones que marcan el trazo grueso de una política de transformación”. (Cieza, 2006: 6 en Bertoni, 2014: 54).

esperar a ver qué dice la asamblea”, o “vení a plantearlo a la asamblea”, “no podemos hacer eso sin decirlo en la asamblea”, por lo que en los hechos constituye un momento esperado para volcar los sentidos producidos, “cocinados” durante la semana precedente.

En el período de investigación se realizó un seguimiento de la participación de las mujeres en las “mesas de Berisso”²⁰¹, -que son las reuniones con presencia de delegados/as rotativos/as de las diferentes asambleas barriales-, y en tres de las asambleas barriales del Frente en Berisso²⁰²: la de “Juanito Laguna”, “Los Amigos” y “Madres Unidas”, que se realizan en los tres comedores del Frente de Villa Argüello. En todos los casos, se trata de reuniones semanales donde participa la totalidad de los y las integrantes de la organización en esa zona, se coordinan los distintos trabajos en los comedores, los locales y las zonas circundantes; se informa sobre la situación de los distintos trabajos locales y los respectivos territorios que componen a la organización en la localidad; se informa sobre las reuniones regionales y nacionales de la organización. Asimismo, se comunica y debate sobre las movilizaciones proyectadas, las gestiones en los distintos ámbitos de gobierno para obtener recursos, y las problemáticas específicas del barrio: basura, contaminación, adicciones; así como la relación con las instituciones de la zona.

La composición y número de participantes en las asambleas fue fluctuante a lo largo de los años del trabajo de campo, en relación con la coyuntura de crecimiento y decrecimiento del colectivo. Pero en líneas generales la mitad de los integrantes se mantuvo constante en los años de investigación. En estos espacios también suelen estar presentes los hijos e hijas pequeños de las mujeres participantes y en algunos casos, sus hijos e hijas adolescentes. Con cambios de días y horarios, y también con rotación de vecinos/as y de “militantes” externos al barrio, la asamblea se realizó cada semana, con intervalos solamente durante algunas semanas en verano.

A través de los años, estas reuniones se fueron transformando en espacios cada vez más feminizados, aunque siempre manteniendo un mínimo de participación masculina. A continuación, señalamos algunos rasgos comunes entre las asambleas etnografiadas:

a-Las asambleas barriales son espacios de participación *obligatoria* para todo vecino/a que se integre en el Frente. La presencia en las asambleas semanales constituye uno de los cuatro “criterios” que la organización exige a sus integrantes. Los otros son, como indicamos: cumplimiento del trabajo, asistencia a movilizaciones, participación en

²⁰¹ Notas de campo N° 1 a 20 (años 2012 y 2013) y N°35 y 36 (año 2014).

²⁰² Notas de campo N°18, 24, 29 (2012 y 2013) y 63, 65 y 67 (2015).

los espacios de formación. En algunos barrios, además, se pide a los/as participantes un aporte mínimo de dinero para el sostén de los comedores y copas de leche.

La palabra “criterio” como hemos referidos anteriormente, es un término nativo, aludido con frecuencia en asambleas, marchas, intercambios informales dentro y fuera de espacios colectivos por las participantes. Se utiliza como sinónimo de acuerdo colectivo, en el sentido de que los “criterios” fueron creándose y modificándose con el tiempo, pero además tienen el peso de ser obligaciones, prácticas que deben ser realizadas para obtener y conservar los recursos monetarios gestionados por la organización y seguir perteneciendo al Frente. Bertoni (2014:17) ubica a esta contraprestación de los/as integrantes con la organización en el campo del “hacer”, es decir, en un participar que transforma a los recursos obtenidos en recursos merecidos. En este sentido Manzano (2007:61) hablará de “cadena de compromiso” que se establecen entre las personas más allá de los requerimientos formales de las políticas públicas.

Por lo tanto, la asamblea constituye parte de las “obligaciones recíprocas y compartidas” (Linsalata, 2015: 144) que el FPDS CN en tanto colectivo se da como mecanismo de autogestión. Las mujeres explican esta regla a las vecinas y vecinos nuevos “todo lo discutimos y lo decidimos en asamblea por eso es importante participar” y frecuentemente, agregan “porque no tenemos jefes, decidimos entre todos”²⁰³.

b- Las asambleas constituyen prácticas fuertemente territorializadas (Delamata, 2004:13) ya que se realizan siempre en el local o comedor de la organización (con la excepción de aquellas asambleas barriales realizadas extraordinariamente en el marco de una movilización). Además, son abiertas a cualquier persona del barrio que quiera participar, con excepción de funcionarios y vecinos/as que ofician de delegados de ellos en el barrio. Por lo tanto, son el lugar de referencia para las instituciones locales y el espacio donde los/as integrantes derivan a otros/as vecinos/as cuando realizan una consulta sobre la organización. Por consiguiente, es frecuente encontrar a integrantes de un club o institución educativa informando en la asamblea sobre alguna actividad o proponiendo alguna articulación.

Como se expresó precedentemente en la asamblea se rubrican con frecuencia redes territoriales que se construyeron en el tránsito barrial compartido. En este sentido, la visita de estudiantes, integrantes de organizaciones de otras provincias y países, vecinos y vecinas no organizados, entre otros, funciona como instancia legitimadora de la instancia orgánica para los/as participantes. “Vení a plantearlo en la asamblea, así todo el mundo sabe” fue la

²⁰³ Entrevista colectiva comedor “Juanito Laguna”, 16/4/2015.

invitación recibida para pedir autorización para el trabajo de campo de esta investigación, más allá del conocimiento previo de quien escribe con las vecinas. Efectivamente, en casi todas las asambleas se presentan otras personas e instituciones que reconocen este ámbito de deliberación, allí realizan sus invitaciones y consultas, y eso valoriza este órgano colectivo en los ojos de sus propios/as integrantes.

c- Las asambleas son el ámbito de deliberación orgánica de base, es decir, el espacio desde el cual se mandatan las tareas y responsabilidades hacia los espacios de síntesis mayor: la mesa de Berisso, donde semanalmente se reúnen delegados/as de cada asamblea; las reuniones regionales, las nacionales. En los documentos de la organización se postula que “el trazo grueso de nuestra política se genera en las Asambleas de Base” (Frente Popular Darío Santillán, 2008). En otras palabras, el valor de estos espacios no se circunscribe al papel organizativo local, sino que constituyen un lugar de construcción de lineamientos políticos cuya centralidad se asocia a la perspectiva de la horizontalidad y la democracia de base (Mazzeo 2006; Bertoni, 2014). Allí se deciden, y en algunos casos se rubrican las incorporaciones y salida de integrantes que ocurrieron en los días previos, se definen sanciones de ser necesarias y se otorgan los mandatos para que los/as integrantes participen en otras instancias de la organización en representación del barrio, y en algunos casos, como delegados/as del Frente en su totalidad.

En la práctica los principales conflictos relevados en las asambleas provienen de posturas o decisiones informadas individualmente por fuera o en contrario de la discusión asamblearia. Por ejemplo, por opiniones vertidas por un/a integrante en reuniones con otros barrios sin consultar al propio, o propuestas a título personal que no son construidas o informadas previamente en la asamblea. La forma de tomar las decisiones sólo excepcionalmente involucra la votación, debido a que el consenso funciona como forma de definición inscripta en la tradición organizativa del Frente.

Si bien los modos de funcionamiento varían de sede en sede, frecuentemente se organizan con listado de temas (temario), se realizan memorias o relatorías de las definiciones alcanzadas, se dan y debaten los informes económicos, por ejemplo, de ingresos y egresos del comedor.

d-Las asambleas barriales son los espacios donde los y las participantes entran en relación directa con lineamientos políticos, propuestas y “criterios” que provienen de los espacios de síntesis del Frente. Es decir, donde las mujeres, en nuestro caso, entran en vinculación con las interpelaciones políticas de un colectivo cuyas iniciativas muchas

veces exceden los temas locales o los inscriben en tramas de inteligibilidad propias de una forma ideológica específica. Por ejemplo, a las asambleas llegan las propuestas de campañas de difusión que proyecta la organización, las invitaciones a campamentos de formación, los debates sobre alianzas y coordinaciones con otras organizaciones, etc. En la asamblea, también se leen documentos orgánicos, por ejemplo, publicaciones del Frente de formación en género, anticapitalismo, extractivismo; circula también la prensa orgánica, con diferentes formatos a lo largo del tiempo, pero que siempre contiene relatos e informes de las actividades en diferentes regionales y posicionamientos políticos sobre temas coyunturales y estratégicos.

En otros casos, aunque con menos frecuencia, se produce un tránsito inverso, donde las propuestas y debates generados en el ámbito barrial son trasladados a instancias de síntesis política, aunque los tránsitos en estos casos son más lentos y procesuales. Es decir, es más común que las propuestas “bajen a las asambleas” a que “suban”, utilizando términos nativos escuchados en las reuniones de Berisso, por ejemplo, donde se plantea a delegados y delegadas que deben “bajar al barrio o a la ‘base’” determinada información o debate para traer una “postura del barrio”. El tránsito “hacia arriba” de la información, ocurre con menos frecuencia, por ejemplo, a partir de propuestas de movilizaciones que realiza un barrio, ejes de trabajo territorial o propuestas de modificación de “criterios” de participación. Por lo tanto, las asambleas deciden y regulan todo lo referente a la organización cotidiana en el territorio de influencia, es decir, la zona del barrio donde se encuentra el local, donde trabajan las cooperativas, donde se emplazan las instituciones con que se vincula ese núcleo de personas, y dónde viven sus integrantes.

La asamblea, entonces, es una práctica constitutiva de la organización y además un lineamiento político, constituye el espacio de condensación de los debates barriales y un “criterio” a cumplir por las mujeres y varones participantes. Allí se distribuyen las tareas, se asignan responsabilidades, se discuten problemáticas interpersonales y familiares, se ponen sobre la mesa los lineamientos políticos del Frente. Por tanto, es un escenario potente donde analizar la participación femenina, pero fundamentalmente para desentrañar los diversos procesos de subjetivación política (Vommaro, 2012) que se manifiestan en este espacio de deliberación cotidiano. También permite preguntarse de qué modo la participación en estos espacios de deliberación permanente entra en relación con los restantes tránsitos cotidianos femeninos.

La incomodidad de la asamblea

En la mayoría de los casos, como señalan las mujeres que se han integrado al Frente, “me sumé por necesidad”, “fui a buscar la comida”, “me invitaron a cocinar”. Es decir, el primer acercamiento a lo colectivo se vinculó con la búsqueda por sostener sus vidas y las de sus familias. Sin embargo, como parte de la propuesta del Frente, las asambleas se imponen como un “criterio”, un lugar de participación imprescindible para formar parte. En sus testimonios las mujeres afirman que el tiempo hizo que entendieran qué era una asamblea, por qué era una instancia necesaria; pero además es señalada por ellas como práctica novedosa en sus vidas, donde empiezan a opinar en voz alta, a “abrir la cabeza”, “aprender cosas nuevas”. La asamblea cobra sentido inicialmente para ellas como organizadora de esa búsqueda colectiva de sustento: “hacemos reunión para organizar la copa de leche”, “hablamos de los problemas del barrio”, “dividimos tareas”.

Pero además de su papel de organizador del trabajo cotidiano barrial, en las asambleas se debate un temario que excede la organización de la supervivencia colectiva, relacionado con lo que ocurre en el resto del Frente, con la situación política y económica general, con la elección de integrantes para desempeñar tareas por fuera del barrio, con posicionamientos nacionales de la organización. Es decir, temas más “políticos”, como ellas los denominan.

Según los documentos orgánicos, como se dijo, la asamblea constituye el ámbito de deliberación de base, relacionado con la búsqueda de una democratización del vínculo político²⁰⁴ por parte de las organizaciones territoriales como el Frente. En la práctica, la legitimidad de la asamblea como espacio orgánico de definición se produce y se negocia permanente e históricamente cada vez que se realiza. Ella se fortalece cuando asiste la mayoría de los/as integrantes, cuando invitan a instituciones, es decir, cuando jerarquizan como lugar de la deliberación política. Se debilita con las ausencias, o cuando no circula la información entre todos/as los participantes, pero sobre todo cuando se escuchan pocas voces. Por ejemplo, se puede escuchar “a ese tema lo pateamos para después porque éramos pocos en la asamblea”²⁰⁵.

²⁰⁴ Efectivamente, la asamblea constituye un componente organizativo y político presente desde la génesis de la experiencia piquetera de los '90 (Delamata, 2004; Pacheco, 2004) que se conjuga con el piquete o corte de ruta, como otro elemento distintivo que se mantiene en una parte importante de los movimientos territoriales actuales. Desde aquellos años, la dinámica asamblearia se mantiene como el espacio central de deliberación y de toma de decisiones en la variante autónoma de las organizaciones barriales, pensado como la forma más democrática y participativa que contribuye a formular un sentido más colectivo de lo político (Bertoni, 2014). Para Ardití, justamente, el modo particular de organización de estos movimientos sociales “contribuyó a renovar la cultura política, a ampliar el ámbito de lo público, y a extender la revolución democrática más allá de los confines de la ciudadanía” (Arditi, 2005:11).

²⁰⁵ Nota de campo N°5, 09/08/2012.

Según afirman las mujeres, la asamblea, es “donde decidimos todos, porque no tenemos patrón”²⁰⁶. En cada asamblea presenciada, es común el pedido expreso a todos/as los/as participantes para que den su opinión, con distintos argumentos: “el que calla otorga”, “tenemos que opinar todos”, por ejemplo. En general, esta propuesta de participar activamente es traída por los/as integrantes más antiguos, o aquellos/as que más opinan en esta instancia. La apelación a la participación a partir de la toma de la palabra está nutrida de los sentidos trabajados en talleres de formación política que se realizan desde el Área de Formación del Frente en los barrios con regularidad. En estos espacios realizados en forma rotativa en los comedores uno de los ejes que se debaten es “democracia de base”, haciendo hincapié en democratizar la toma de decisiones como objetivo central²⁰⁷. Si bien no nos detendremos en estas prácticas, sí recuperamos lo trabajado por Cecilia Espinosa (2012) sobre el rol de la formación como democratizadora del uso de la palabra en los espacios de base en el Frente.

En la práctica, el requerimiento organizativo- político de la participación protagónica de todos los y las integrantes, no es recibido de la misma manera por todas las mujeres. Si bien, como dijimos, la gran mayoría rescata la importancia de las prácticas asamblearias en sus cambios subjetivos, en algunos casos, se presentan resistencias. Por ejemplo, pudo escucharse a integrantes nuevas que consideran innecesario “hablar tanto en el lugar de trabajo”²⁰⁸. Lo mismo ocurre cuando señalan: “en la asamblea se discute mucho y después se hace poco”²⁰⁹, señalando esta aparente separación entre el hacer diario y la deliberación política, que la asamblea tiende a acercar, al proponerse como instancia de autogobierno de la cotidianeidad compartida. Quizá esto se deba a la tensión que Merklen (2005: 13) señala entre la “urgencia” determinada por las condiciones materiales de vida (la necesidad de sobrevivir) y el “proyecto” político colectivo que oriente y proyecte la acción y organice las bases sociales de los movimientos. Siguiendo esta idea, podemos decir que la tensión estriba en que la asamblea planteada al mismo tiempo como instancia de organización colectiva y producción política pretende acercar dos aspectos de la práctica comunitaria que frecuentemente están escindidas en las instituciones tradicionales: lo social y lo político.

En las asambleas se habla sobre organización del comedor y la copa de leche, infraestructura barrial, ferias de productores/as, gestiones con las autoridades municipales, organización de la cuadrilla de trabajo en mantenimiento barrial, problemas con los cobros de las tarjetas de los programas estatales, conflictos entre integrantes por la organización del trabajo, espacio de cuidado para niños/as, tareas de organización de un corte o movilización, actividades para juntar fondos para viajar el Encuentro de Mujeres, revisión

²⁰⁶ Evangelina en nota de campo N°4, 09/08/2012

²⁰⁷ Nota de campo N°49, 12/05/2015.

²⁰⁸ Nota de campo N°4, 04/08/2012.

²⁰⁹ Nota de campo N°5, 06/09/2012.

de los “criterios” de participación, definición de responsables para tareas, entre muchos otros temas.

Más allá de que parte de las mujeres tienen experiencias previas de tránsito por instituciones barriales, para todas, la práctica asamblearia aparece como un dispositivo y un momento desconocido al integrarse. En las iglesias y en otros comedores de los que han participado, no recuerdan haber asistido a espacios semejantes. Esta propuesta de participación protagónica en las deliberaciones semanales y en otros espacios por fuera del barrio, es elaborada subjetivamente de formas muy diversas por las mujeres, pero siempre aludida como momento de incomodidad. En algunos casos, esta incomodidad que genera tener que asistir a las asambleas y discutir, fue aludida como un motivo para dejar la organización, en conjunto con el “criterio” de participación en las movilizaciones. Tener que hablar sobre temas más “políticos” torna a la asamblea en una práctica incómoda, tensa, desafiante e incluso cansadora para muchas mujeres.

Para otras que deciden quedarse en el Frente, la asamblea es un espacio obligatorio de escucha, donde hablan sólo en algún tema relacionado con la tarea específica que realizan. Por ejemplo, cocinar o trabajar en la cooperativa, o informar sobre una reunión que les tocó “cubrir”, o cuando son convocadas a decir su opinión. Para el grupo más defensor de la práctica, las asambleas son espacios incómodos porque allí deben tomar un rol motorizador y organizador de lo colectivo que las expone en un lugar de mayor visibilidad.

Por ejemplo, en una entrevista a Viviana se produjo el siguiente diálogo,

“V-Haber llegado a ‘Juanito’, poder hablar en una asamblea, como que empezaba a sentirme bien conmigo misma por esos logros, esos pequeños logros que tenía tan incorporado en mí que no lo merecía (...)

J-Y cuando llegaste a ‘Juanito’, qué es lo que hizo que ahí te animaras... ¿o no? ¿O te costó mucho o poco que te animaras a hablar y a participar, qué encontraste ahí?

V- Nada, esto de que los mismos compañeros pidan que vos hables, que opines, ver también a muchas mujeres que no hablaban, también como decir: no quiero seguir con esa postura”²¹⁰.

²¹⁰ Entrevista a Viviana, 12/10/2012.

En las palabras de Viviana puede entreverse que sentirse convocada a hablar en asamblea moviliza en ella cambios subjetivos que se entrecruzan con interrogarse sobre su lugar como mujer y el lugar de las mujeres en esta práctica colectiva.

Con el tiempo transcurrido por las mujeres dentro de la organización, suele observarse una apropiación paulatina de la práctica asamblearia como instancia legítima y útil de organización. Incluso, la práctica asamblearia es el mecanismo de organización de los grupos de trabajo productivo y de las cooperativas, como vemos a continuación:

Faltaba media hora para la asamblea y Marta y Margarita estaban hablando cerca del invernáculo, afuera del galpón. Marta, quien había decidido hacía unas semanas cambiar de grupo de trabajo, de la cuadrilla de mantenimiento barrial a la que trabaja en la huerta, hablaba contra sus compañeros varones: Leo y “El viejo”, porque “quieren liderar ese espacio y no dejan decidir a los demás”. Decía: “el problema es que no se hace asamblea del grupo”. Según ella comentaba a Margarita, “No quieren hacer reunión, todos vienen, trabajan y se van. Y yo les digo: es importante, sino no nos llega la información, tenemos que discutir”. Resultaba llamativo que Marta fuera quien estaba proponiendo hacer asamblea, teniendo en cuenta que un año antes se le había escuchado decir: “para qué la asamblea, no sirve para nada, siempre igual, no se soluciona nada, no cambia nada, hablan y hablan y no cambia nada”²¹¹. Más tarde, durante la asamblea barrial, sus compañeros y compañeras pidieron a Antonita que informara sobre la gestión en obras públicas a la que había ido en representación del barrio. Mientras revolvía la olla, comenzó a hablar con mucha timidez, en voz muy baja. Y entonces sucedió algo aún más curioso: Marta, de reojo y en voz baja, pero con una sonrisa le dijo a Luz: “viste como se está animando a hablar”.²¹²

Estas notas de campo centradas en Marta conectan dos momentos en su involucramiento en “Juanito Laguna”, mostrando un viraje en sus concepciones sobre la asamblea como práctica, de una impugnación inicial, hacia la asignación de legitimidad como espacio de gestión barrial. Pero, además, en este segundo momento, la asamblea constituye para ella un modo de cuestionar una relación de poder en la que se encuentra desfavorecida con respecto a sus compañeros de “cuadrilla”. Por último, ella misma advierte otra posibilidad de la asamblea: la de impulsar la toma de la palabra de personas con dificultad para hacerlo antes de participar en esa instancia.

²¹¹ Nota de campo N°5, 09/08/2012.

²¹² Nota de camp N°36, 21/12/2013.

En el devenir de las asambleas, durante los más de cinco años de trabajo de campo, pudimos analizar cómo, en tanto instancia de gestión de la cotidianeidad barrial, habilita la toma de la palabra de las mujeres que participan opinando sobre el trabajo que realizan. Al mismo tiempo, la asamblea también es el espacio donde se debaten otras cuestiones que exceden la organización colectiva de los cuidados y en estos casos, la participación femenina se vuelve minoritaria. En este sentido, la interpelación desde el Frente en relación con la toma de la palabra plantea distintos grados de incomodidad para todas porque compele a opinar, tomar posición, decidir, y/o ser juzgada por no hacerlo. Y la asamblea es la práctica aludida para explicar ciertos cambios subjetivos que trascienden su participación colectiva.

Para poder analizar estas subjetivaciones femeninas en torno a esta práctica, construimos dos ejes ordenadores profundamente relacionados: la división genérica del trabajo militante y la construcción de las referencias.

La división sexual del trabajo militante. Varones y mujeres en las asambleas

Ni bien llega Evangelina a la asamblea introduce el tema del Taller intergéneros que se haría el fin de semana. Dijo que era un encuentro de formación feminista, que podían ir varones y mujeres, quienes tuvieran ganas. Dijo “nos puede servir para ver cómo construimos en el barrio, porque tenemos una definición de antipatriarcado y de la definición a la práctica hay mucho trecho”. Afirmó que la división de las tareas entre varones y mujeres en los comedores es machista, porque “casi siempre nosotras terminamos cocinando”. Rosita, que miraba a Evangelina con el ceño fruncido, le responde que “las mujeres cocinamos porque nosotras queremos, porque nosotras lo elegimos”. Fernando dijo entre sonrisas: “una candidata para el taller”. Viviana, mirándolo de frente le respondió “vos te hacés el ‘copado’, Fernando, en tu casa te ocupás de todo, cocinás, lavás porque vivís solo, y venís al comedor y esperás que lo hagamos nosotras”. Leo tomó la palabra: “yo siempre hago las tortas fritas, así que no me digan”. Evangelina continuó: “creo que todas las mujeres tenemos que animarnos a participar más en las asambleas, ir a las reuniones, hacer los papeles, hacer gestión con los funcionarios. Bueno -dice Marta- y entonces ¿quién va a cocinar todos los días?”²¹³.

²¹³ Nota de campo, N°9, 13/09/2012.

En numerosos trabajos sobre las organizaciones populares y el activismo (Falquet, 2007; Andújar, 2014; Partenio, 2005; entre otros) se ha señalado la existencia de un cierto correlato entre la división de género del trabajo en la sociedad -que asigna el trabajo invisible y de reproducción a las mujeres, y adjudica a los varones mejores condiciones en el trabajo asalariado en el ámbito público-, y la división sexo-genérica del trabajo militante en diversas experiencias colectivas. En estos estudios se hace referencia a la escasa representación femenina en ámbitos de dirigencia (Falquet, 2007), la menor presencia de las mujeres en los espacios de referencia de las organizaciones de desocupados/as a pesar de su centralidad durante los cortes de rutas (Andújar, 2014), y en la segmentación de tareas por género dentro de los emprendimientos autogestionados y sus ámbitos de decisión (Partenio, 2005). Sin dudas existen muchos más trabajos que constatan esta división por género de tareas en los ámbitos colectivos y también apuntan a analizar los diversos procesos de subjetivación política de las mujeres al calor de estas experiencias. En este devenir, rescatan las continuidades, cambios y cuestionamientos generados por las mujeres a esta división por género del trabajo, así como los cambios operados por ellas en las dinámicas colectivas.

En la mayoría de los casos, los análisis abordan lo que ocurre con los varones y las mujeres en los espacios de deliberación, de toma de decisiones, y cómo se produce la toma de la palabra y la delegación de tareas, en relación con el resto de los trabajos y ocupaciones que se realizan en colectivo. En este caso de estudio, las asambleas también son un espacio interesante para mirar las diferencias en la participación entre las mujeres y los varones, ya que como se dijo, son espacios semanales y obligatorios para todos/as los/as integrantes, además de ser instancias claves de circulación de la información hacia y desde el resto del Frente.

En la cotidianeidad del trabajo en el Frente de Berisso, verificamos, en parte, esta división del trabajo por género que señala Evangelina más arriba. Es decir, una dinámica donde la totalidad de las mujeres participan en el sostén del entramado de trabajo comunitario, de gestión de cuidados colectivo, y autogestivo cada día, pero no necesariamente intervienen activamente en los debates o en las tareas de delegación por fuera del barrio, en comparación con los varones. Como correlato, los pocos varones que integran el Frente en Berisso trabajan diariamente en las cooperativas como sus compañeras, pero no suelen gestionar los cuidados colectivos, aunque sí se animan a hablar en las asambleas y asistir a otras reuniones. Es decir, cuando hay un varón en la asamblea, éste suele opinar, proponer, y proponerse en tareas de delegación, lo que ocurre sólo con una parte de las mujeres, mientras que otras tienden a opinar sólo en el caso de ser convocadas a hacerlo y son renuentes a tomar aquellas tareas hacia afuera del núcleo barrial.

Sin embargo, esta división genérica del trabajo no es estanca. Con el paso de los años se verifica una visibilidad mayor de las mujeres en los ámbitos de debate (más mujeres y muchas más opinando), sumado a una progresiva ocupación de tareas de responsabilidad en instancias por fuera del núcleo barrial. En parte, podría afirmarse que esta mayor participación se genera por la feminización creciente de la composición del Frente, que produce que, ante la necesidad de sostener la estructura organizativa, las mujeres progresivamente estén presentes en todas las tareas. El crecimiento en la proporción de mujeres, entonces, lleva a que ellas desempeñen las tareas que antes fundamentalmente ocupaban varones – aunque ellos, cada vez menos en número, siguen sin tomar a su cargo la gestión de los cuidados-. Esta mayor participación femenina en espacios de delegación no se explica por sí sola por el crecimiento cuantitativo de las mujeres, que podría seguir colocando a los escasos varones en aquellos lugares de delegación. Por el contrario, la progresiva apropiación de las mujeres de las tareas no tradicionalmente femeninas parece vincularse con cómo interactúan las propuestas político- organizativa del Frente: por una parte, la definición de organización antipatriarcal, por el otro, a la forma organizativa asamblearia.

En el Frente, las mujeres además de trabajar son convocadas a hablar, a opinar, a decidir, y esta interpelación tiende a limitar las intervenciones de los varones, “vos ya opinaste”, “escuchemos a la compañera”. Claro que no necesariamente más mujeres opinando redundaría automáticamente en una morigeración del protagonismo o autoridad masculina en dichos espacios, pero sin dudas, produce deslizamientos en los modos de intervención de las mujeres, impelidas a hablar, en algunos casos por primera vez en ámbitos colectivos. De la misma forma ocurre con los mecanismos rotativos de delegación, que como parte de los “criterios” del Frente, llevan a que todos/as tengan que realizar tareas por fuera del núcleo barrial, asistiendo en algunas ocasiones a reuniones con delegados/as de otros barrios de Berisso o de la región. Los “criterios” de cupos, establecidos producto de los procesos de conflicto y deliberación interna de las mujeres en el Frente (Partenio, 2011; Cross y Partenio, 2005; Iglesias, 2011) son otro elemento a tener en cuenta para entender los cambios y también las continuidades en la división por género del trabajo militante. Asimismo, las dinámicas instaladas en las asambleas para la circulación de la palabra -como las rondas de opiniones, la realización de memorias escritas de lo debatido y acordado, y el hecho de debatir el mismo tema en encuentros sucesivos cuando no se llega a un acuerdo la primera vez- propicia la intervención de gran parte de los/as presentes en las reuniones.

Entonces, en las asambleas, se visualiza con el paso de los años y producto de la feminización en el Frente, que todas las mujeres van ocupando lugares de rotación obligatoria en los barrios como tareas de administración de las cooperativas, gestión de la mercadería, entre otros. Pero, además, algunas mujeres progresivamente definen adoptar

tareas más allá de los “criterios” básicos que en otros momentos desempeñaban mayoritariamente los varones como aquellos de gestión ante las autoridades, vocería ante los medios y ser delegadas en reuniones regionales del Frente o con otras organizaciones. Comparten estos espacios con los pocos varones que hay en la organización. Esto se registra por ejemplo en las gestiones ante autoridades municipales, donde durante los años del trabajo de campo la proporción de mujeres fue en aumento, hasta constituir un 80 y hasta 90 por ciento del grupo de gestión²¹⁴, situación que llevó a exclamar a Rebeca, una “referente”, en la asamblea: “en la reunión con el intendente, de las diez personas, nueve éramos mujeres. Estuve orgullosa de mis compañeras”²¹⁵.

Con todo, a pesar de estos cambios en la división por género de ciertas tareas, que son asumidas por mujeres que comienzan a animarse a lugares menos tradicionales, siguen siendo ellas las que continúan a cargo de la gestión del trabajo colectivo de cuidados de cada día.

La construcción de “referencias”

Decir que hay más mujeres en ciertos espacios de delegación no explica la forma en que esto ocurre. Para poder profundizar sobre cómo se produce la división genérica del trabajo militante es importante abordar el modo de asignación de referencias dentro del Frente en Berisso. La denominación de “referente” es una categoría nativa, utilizada por las mujeres para referirse a aquellos/as participantes que en las reuniones recuerdan los “criterios” organizativos, incentivan a otros/as para que tomen la palabra, e intentan sintetizar las conclusiones de lo debatido. Pero fundamentalmente, hacia el interior de los comedores, los y las “referentes”, son quienes propician el momento de la asamblea, proponiendo el abandono de las actividades que se estaban haciendo, o su postergación, para poder debatir, instalando progresivamente la práctica en la dinámica del movimiento.

En conjunto con la palabra “referente” es frecuente escuchar la de “militante”, que es utilizada como un sinónimo por las vecinas. Los/as “referentes” o “militantes”, además de las actitudes mencionadas dentro de sus núcleos barriales, suelen desempeñar tareas “voluntarias” por fuera del espacio del comedor o local barrial, tanto hacia el barrio, como

²¹⁴ Las gestiones municipales se realizan por un grupo compuesto por al menos un delegado/a por cada uno de los siete barrios organizados en el Frente, aunque muchas veces el número es mayor. Según afirman las mujeres, en los primeros años de gestión del movimiento ante la municipalidad, la mayoría de los/as representantes eran varones. En los primeros años de trabajo de campo (2012-2014) la proporción de ambos era similar. En cambio, en las gestiones de 2016, por ejemplo, las proporciones fueron de 9 mujeres y 1 varón, u 8 mujeres y 2 varones, y las personas que hablaron en representación fueron en su totalidad mujeres.

²¹⁵ Nota de campo, N° 63, 12/04/2016.

hacia otros niveles de la organización, o se proponen en tareas de representación hacia afuera del colectivo. Es decir, si bien la participación de cualquier vecino o vecina en el Frente supone participar de reuniones, quienes son señalados y señaladas como “referentes” deciden participar de otros espacios por fuera de los “criterios” requeridos por la organización.

Si bien los y las “referentes” o militantes no sólo se desempeñan en las asambleas, es en ellas donde claramente se ve la forma en que este lugar se construye su referencia²¹⁶. Ser referente en el marco del Frente no depende de un nombramiento formal, aunque sí sea explícita su delegación en ciertas tareas. Muchas veces ni siquiera hay un acuerdo entre los y las integrantes de a quiénes nombran y a quienes no como “referentes”. Son construcciones de la práctica, del hacer cotidiano que se renuevan y modifican permanentemente, y que forman parte constitutiva del entramado político-organizativo del Frente en Berisso y en otras regionales. Están ligadas al prestigio generado en el tiempo por una persona en el territorio compartido, por lo tanto, sólo pueden analizarse mirando este devenir.

En las asambleas, como venimos diciendo, se visualizan los diversos roles en el ámbito de la organización, así como tensiones entre los significados asignados a la participación política. Por una parte, están las personas que coordinan las reuniones, proponen, incentivan a opinar al resto, toman registro de lo discutido, y participan de otras instancias fuera del barrio que intentan vincular con lo debatido en la asamblea; ellas son las nombradas como “referentes”. Por otra parte, hay un conjunto más numeroso que tiene una participación menos protagónica, hablan menos, no proponen temas a discutir, intervienen sólo cuando son interpelados/as directamente o en temas relacionados con las tareas de sostenimiento diario del comedor. Sucede esto con integrantes nuevos/as, y en otros casos, con personas que participan desde hace años pero aún así no toman un rol protagónico en las asambleas. Si bien en el devenir histórico de cada núcleo barrial estos papeles varían permanentemente y en algunos casos se intercambian, en todas las asambleas se visualizan estos rasgos diferenciados entre los y las participantes.

En cada asamblea barrial suele haber varias personas referenciadas por sus compañeros/as y en las reuniones conviven frecuentemente varones y mujeres que son considerados/as “referentes” por el resto de los/as integrantes. Ahora bien, ¿cómo se

²¹⁶ El término “referente” es utilizado en distintas organizaciones de la variante autónoma de izquierda, en lugar del uso de la palabra “dirigente” o “líder”, que según recupera Andújar en relación a la Unión de Trabajadores Desocupados de Mosconi, prefiere usar ese término “quizás por las connotaciones negativas referidas a la verticalidad, corrupción y burocratización que esta palabra adquiere ya que para ellos remite a experiencias de participación, organización política y formas de ejercicio del poder que rechazan, tales como las correspondientes a las organizaciones sindicales o político-partidarias (2014: 10).

construye un/a referente o un/a militante teniendo en cuenta las desigualdades de géneros? Las condiciones de construcción de esos roles se advierten muy diferentes. Los varones que son señalados como “referentes” por las entrevistadas son en general adultos, participan en las reuniones de la organización por fuera del barrio, frecuentemente tienen información para aportar sobre movilizaciones y gestiones, hablan fuerte y tienen posición tomada sobre los diferentes temas. Los rasgos asociados a la masculinidad como el raciocinio, la determinación, la seguridad allanan el camino hacia este puesto de prestigio, por lo que, para ellos, el camino hacia la referencia suele comenzar desde un piso más alto, porque, al menos en las asambleas, sus palabras tienden a ser más escuchadas y valoradas. Esto se evidencia, por ejemplo, en que las propuestas realizadas por varones en las asambleas, repitiendo (sin citarlas) las ya realizadas por sus compañeras sin mayores respuestas, suelen tener mayor escucha y aceptación.

Andrea Andújar advierte la confrontación en los movimientos de “dos lógicas y formas de hacer política diferentes portadas por varones y mujeres, y que traspasan su pertenencia de clase”. Según ella, los principios que rigen la acción política, a pesar de presentarse como neutros, resumen características que genéricamente “se inscriben en las normas pautadas socialmente para el comportamiento masculino: dureza de carácter, firmeza en el uso de la palabra, seguridad amparada en la razón para la expresión de las ideas, coraje, etc.” (2005: 15). En cambio, por oposición, deja afuera de esta práctica toda forma de expresión que contemple emociones, referencias afectivas o demostraciones de sensibilidad ya que, según estos mismos principios, todas ellas constituyen parte de una “debilidad” asociada a características femeninas que no condice con el ejercicio del liderazgo.

En el caso del Frente, además, ser “referente” frecuentemente es asociado con una cualidad: estar presente en todas las movilizaciones, al decir de las mujeres: “poner el cuerpo en las luchas”, lo que constituye un valor rescatado por ellas, y también parte de los valores militantes esgrimidos desde esta organización en sus materiales públicos y en escritos editados por sus integrantes²¹⁷.

Para las mujeres, la referencia también está ligada a la participación en movilizaciones, asambleas y la toma de la palabra en distintos espacios, es decir: hablar bien y bastante²¹⁸. Pero a diferencia de lo que ocurre con los varones, esto último conlleva una práctica poco conocida para las mujeres en su recorrido biográfico, no sólo en espacios públicos, sino también dentro de las familias. De hecho, las mujeres señalan que la

²¹⁷ La figura de Darío Santillán, sin dudas, condensa la centralidad del poner el cuerpo en la calle como valor positivo en el MTD y posteriormente en el Frente. Se puede consultar al respecto Pérez, García y Vázquez (2007), y Hendler, Pacheco y Rey (2012), entre otros.

²¹⁸ Entrevista a Luz, 15/08/2015.

participación en la organización redundó en vencer ciertos miedos a hablar y animarse a opinar. “Antes era muy callada”, “muy sumisa, no decía nada”, “me sirvió para vencer la timidez”, son algunas de las expresiones utilizadas para referirse sobre la toma de la palabra en ámbitos públicos o colectivos como una dificultad propia en la mayoría de las entrevistadas. Algunas de ellas, como Dominga, Margarita y Antonia, cuentan a que hablar en asambleas les permitió cambiar una característica de las mujeres en Bolivia, el país de origen, donde “no somos mucho de hablar”²¹⁹.

Este proceso de toma paulatina de la palabra puede advertirse también en los modos de intervención de las mujeres en las asambleas “yo no sé pero...”, “no estoy tan segura...”, “si no me equivoco...”. Para algunas, animarse a hablar entra en relación directa con lograr “hacerse escuchar” a la par que los “referentes” varones. Para las más referenciadas, esto se traslada a espacios menos habituales y cercanos al quehacer diario: otros barrios, otras organizaciones, la calle, los medios de comunicación. En estos nuevos espacios, ser referente es difícil porque “tenés que luchar contra que el hombre no te tape por ser mujer”²²⁰.

Efectivamente, si bien en las asambleas participan muy pocos varones, frecuentemente son quienes hablan más y más alto y se proponen con menos dudas para tareas que se realizan por fuera del barrio. Viviana, una de las mujeres activas en la asamblea de “Juanito Laguna” ofrece una clave explicativa: “un varón y una mujer “referentes” se parecen en que asumen mucha responsabilidad”, sin embargo, se diferencian en el modo de ejercer el rol: para Viviana, mientras el varón se impone en los debates, la mujer “hace trabajo de hormiguita”²²¹. Las mujeres “referentes” siguen presentes en el sostén diario de las actividades en los comedores, crean su referencia a partir de este compartir el sostenimiento diario con otras mujeres. Incluso ella señala que mientras que los varones “referentes” tienden a mostrarse más autoritarios, las mujeres construyen su referencia en la búsqueda de consenso, y en una búsqueda de acuerdos que atraviesa el trabajo diario entre las mujeres. Quizá la diferencia tajante que Viviana advierte en “Juanito Laguna” en relación con cómo se construye una lógica política no es generalizable a una diferencia esencialista entre varones y mujeres. Podríamos decir, en cambio, que sí hay modos de hacer política identificados con lo femenino y lo masculino.

Ahora bien, a pesar de que esta forma de hacer política es hegemónica en muchos espacios organizativos, la centralidad de las dinámicas de sostenibilidad cotidianas y de construcción comunitaria del Frente pareciera convertir a las asambleas barriales en un lugar menos opresivo o expulsivo que otras instancias fuera del barrio, para quienes

²¹⁹ Entrevista a Margarita, 25/03/2015.

²²⁰ *Ibíd.*

²²¹ Entrevista a Viviana, 12/12/2012.

realizan diariamente ese trabajo. Pero, a medida que los debates se complejizan, se alejan de la resolución del sostén local, las mujeres van perdiendo esa “ventaja” que facilitara su participación en las deliberaciones, porque como dice Marta, “no es lo mismo hablar en tu asamblea que afuera”²²². De hecho, en las asambleas las mujeres hablan de sus problemas de salud, denuncian situaciones de violencia de género, debaten desavenencias con vecinos y vecinas y malestares del trabajo conjunto en el comedor, y estos temas aparentemente vinculado al ámbito íntimo, son la materia con la que se forjan las decisiones colectivas. Un ejemplo de esto es la construcción, a partir de denuncias de violencia de género en contra de integrantes varones del Frente, de un “criterio” general que Evangelina explicó en una asamblea de la siguiente forma: “si un compañero es denunciado por violencia, se le cree a la mujer y a él se lo echa del movimiento”²²³.

Gutiérrez Aguilar, Navarro Trujillo y Linsalata (2017) decidieron nombrar como “política en femenino”, aquellas lógicas políticas vinculadas a la construcción de espacios comunes y comunitarios, que se enlazan con propuestas de sostenibilidad de la vida. La política en femenino es un modo de hacer que no escinde la práctica cotidiana de los debates “políticos”, pero que además no tiende a imponer sino a disputar, más con el cuerpo que con la voz, terreno tradicionalmente masculino de interlocución y visibilización. Pensando esta distinción en la práctica política del Frente, podríamos decir que existen estas lógicas en disputa: aquella masculina dominante donde se restringe la politicidad a la lucha de argumentos en la instancia asamblearia, y otra donde las posiciones, propuestas y argumentos se forjan en el hacer cotidiano comunitario, que no separa los cuidados, los afectos de la organización. Quizá la división de tareas militantes por género influye en los modos en que se organizan estas lógicas políticas y afectan los modos de construcción de las referencias. La complejidad estriba en que esta política en femenino, así conceptualizada sigue encargando a las mujeres del sostén principal de las tareas de reproducción, aunque reivindique su protagonismo en las prácticas deliberativas.

Ser mujer “referente”: hacer de todo en todas partes

Para ser consideradas “referentes” las mujeres, además de estar informadas sobre lo que ocurre en distintos niveles de la organización, participar de las reuniones, asistir a las movilizaciones, también consideran que deben lograr legitimarse en el resto de los trabajos que realizan cotidianamente dentro y fuera de la organización. Esto se evidencia en que todas las señaladas por otras como “referentes” fueron tomando de manera progresiva

²²² Nota de campo N°13, 18/11/2012.

²²³ Nota de campo N°20, 07/03/2013.

lugares de responsabilidad y exposición en la organización, sin dejar de realizar ninguna de sus tareas previas ligadas a la reproducción de sus vidas y del colectivo barrial.

Cuando Viviana afirma que las mujeres “referentes” “hacer trabajo de hormiga” en el barrio, da cuenta de esta situación. Es decir, una mujer referente hace un uso del tiempo profundamente intensivo: trabaja diariamente en la autogestión barrial, cocina, lleva adelante tareas administrativas, participa en asambleas y movilizaciones; y además toma otras tareas fuera del barrio. Es decir, aparentemente percibe que “gana” su referencia a partir de cumplir un doble mandato: el de las mujeres trabajadoras y el de la política masculina. Y el doble esfuerzo tiene que ver con mantener su referencia hacia adentro del barrio y construirla hacia afuera. Esto se visualiza, por ejemplo, cuando Caty afirma “yo por más que me ocupo de la gestión me voy a trabajar más tempranito al barrio, y de ahí a hacer los trámites a la otra punta, así evito que haya comentarios en la cuadrilla”²²⁴. O cuando Luz dice “a veces me siento criticada por ir a reuniones y no cocinar todos los días. Las reuniones también son trabajo”²²⁵.

La referencia es un lugar ganado en la práctica, permanentemente renovado, no está dado de una vez y para siempre. Para las mujeres este proceso se vive como una situación de competencia desigual. Para Luz esa competencia no es con los varones, sino con el machismo: “es más difícil ser referente porque la mujer, aparte de que tiene que estar con los hijos y el trabajo y el barrio, y la organización, también tiene que ser mujer, y como que se pone en competencia con el hombre. Mejor dicho, con el machismo que va más allá del hombre, que hace que la mujer no pueda estar en ciertos lugares, y por más que estén las condiciones dadas y que ella tenga la capacidad”²²⁶.

Para aquellas mujeres más activas, quienes son nombradas como “referentes” por las otras, el esfuerzo se multiplica. En este camino, la sobrecarga de trabajo que las mujeres “referentes” manifiestan no se circunscribe solamente a la compleja articulación de sus responsabilidades diferenciales en la organización, con el sostén de las tareas comunitarias. No solo participan en el ámbito de deliberaciones, en todas las movilizaciones, en las reuniones por fuera del barrio como sus compañeros “referentes” varones. Sino que el rol de “referente” supone para ellas una reorganización de su toda cotidianeidad, más compleja que para el resto de sus compañeras, como se vio en el pedido de Viviana de ayuda durante la asamblea, con el cuidado de su hijo para poder participar de reuniones regionales. Como se escucha de Luz, cuando dice que le dedica más de ocho horas a la organización, o de Margarita, cuando afirma que estar en la organización significa tener nuevos cargos además

²²⁴ Entrevista a Caty, 13/04/2015.

²²⁵ Nota de campo, N°2, 23/08/2012.

²²⁶ Entrevista a Luz, 15/08/2015.

de la casa y el trabajo. Sin dudas, estas condiciones de desigualdad en la división del trabajo, que asigna la gestión de los cuidados casi en su totalidad a las mujeres, son gravitantes a la hora de proponerse y de ser elegidas para ciertas responsabilidades. Es decir, las tareas de referencia demandan un uso del tiempo difícilmente compatible con las tareas y los usos del tiempo para los cuidados. Es interesante, en este sentido, la recuperación crítica que hace Andújar de los discursos de los varones dirigentes de la Unión de Trabajadores Desocupados de Salta, que plantean que “la mujer acepta un segundo plano” porque “está acostumbrada” (2014: 250). Contra este discurso, se impone comprender el modo en que las desigualdades en la distribución de los trabajos familiares y comunitarios inciden en el hecho de que referenciarse tenga un precio caro para las mujeres.

A pesar de esta “competencia desigual” y esta sobrecarga, algunas mujeres deciden tomar estas responsabilidades “extras”. Resulta interesante al respecto el relato del plenario en la que se definió que Viviana fuera la delegada de Berisso hacia instancias regionales de la organización:

El plenario está llegando a su horario de cierre, hay alrededor de 150 personas, un 80 por ciento de las cuales son mujeres. Es el momento de elegir los delegados o delegadas a distintas tareas más allá de Berisso. La primera tarea “a cubrir” como se suele decir en las reuniones, es la de delegado/a de enlace, explicado por Luz en voz alta como “la persona responsable del sector territorial que tiene que participar de la reunión regional (con los otros/as delegados/as sindicales, estudiantiles, de género, etc.), y hacer ida y vuelta con el sector”. Una integrante del Espacio de Géneros propone en voz alta que sea una compañera, debido a que ya había un delegado varón elegido desde los barrios de La Plata. Desde los/as asistentes y a viva voz se proponen cuatro nombres: Luz, Caty, Elsa y Rebeca.

Rebeca dice que no se iba a hacer cargo. Luz que no puede. Elsa no habla.

Luego se le pregunta a Caty, quien dice inmediatamente que sí, que puede. Cerca, Luciano, su marido y compañero del Frente, murmura algo que va subiendo de volumen: “No creo que vayas a poder Caty, es todos los sábados, cómo vas a hacer...” hasta que Caty lo escucha. Entonces dice “es verdad, en realidad no creo que vaya a poder”.

Inmediatamente comienzan a proponerse nombres de varones. El argumento que esgrime uno de ellos para decir que no, es que los fines de semana no trabaja, son para descansar.

Se siguen proponiendo nombres, hasta que desde la coordinación del plenario se vuelve a reafirmar la importancia de que sea una mujer.

Entonces, en voz baja, Viviana se ofrece. Dice: “yo podría hacerlo”. La mayoría está de acuerdo con que ella tiene formación para hacerlo, pero por otra parte le dicen varias veces: “estás segura de que vas a poder, mirá que es todas las semanas, es mucha responsabilidad, vas a la facultad, tenés un chico...” incluso Lucía -su cuñada, integrante del Espacio de Géneros y con quien comparte crianza de niños- le plantea la duda. Ella sigue firme diciendo: “tengo que organizar la facultad, pero puedo hacerlo”. Se aprueba entonces su mandato. Luego del aplauso, ella se acerca a una compañera del barrio y le pregunta: “¿vos pensás que me eché la soga al cuello con esto?”²²⁷

En esta escena del plenario puede visualizarse, por una parte, que existe un impulso por parte del Espacio de Géneros de la organización para incentivar la participación de las mujeres en tareas de delegación. La generación de propuestas de cupos femeninos en parte posibilita la emergencia de candidatas mujeres para estas tareas. También se visualiza la gravitación de ciertos mecanismos de poder intrafamiliar, e incluso formas de autocensura de las mujeres ante el temor de no poder cumplir con esos mandatos y los roles familiares, que continúan para muchas mujeres siendo la obligación más importante. A expensas de aquello, para algunas de ellas sigue siendo importante ocupar estas tareas, más allá de los esfuerzos extras que conlleva hacerlo.

En gran medida, los dispositivos de gestión colectiva de cuidados surgen como un mecanismo para facilitar la participación femenina, al igual que el cambio en los horarios de las actividades que posibilitan a las mujeres acomodar sus diferentes tareas, pero resultan frecuentemente insuficientes. Las condiciones precarias de trabajo y de vida, la falta de políticas estatales para garantizar cuidados en mejores condiciones y la división genérica del trabajo dentro de las casas y en el movimiento complican la organización de vida de las mujeres, y condicionan su ocupación de ciertos espacios extras.

²²⁷ Nota de campo N°18, 22/02/2013.

Aquí se escenifica una tensión presente en el Frente en tanto espacio colectivo, ya que se trata de una organización cuyo sostén cotidiano en los barrios es garantizado por mujeres, pero que, al mismo tiempo, impulsa una política de emancipación de las mujeres, convocándolas y generando espacios para el cuestionamiento a los mandatos femeninos tradicionales. En ese marco, insta a las mujeres a ocupar espacios de referencia y visibilidad.

La pregunta de Viviana, sobre si se había echado “la soga al cuello”, da cuenta de su definición de mujer “referente”: aquella que toma nuevas responsabilidades, sin dejar ninguna anterior.

Efectivamente, por lo que se recupera de las observaciones y los testimonios de las mujeres, ser una “referente”, además de dar disputa en el terreno de la palabra, y seguir trabajando en el barrio, implica realizar un trabajo de tiempo completo en todos los terrenos de sus vidas. En las casas, las mujeres “referentes” siguen garantizando las tareas de cuidados, muchas veces como precondition para permitirse una participación política más activa. Según Viviana, los varones “se desenvuelven mejor, o eso es lo que nos hacen creer (...) como que ellos tienen todo el tiempo para estar en las actividades, como que siempre están disponibles, si no están haciendo una, están haciendo la otra. Y en cambio las mujeres como que estamos más pendientes de otras cosas: familia, hijos, eh, la casa. Y a muchas les cuesta dejar eso”²²⁸. Para Caty, “a veces a la mujer se le complica un poco por el tema... está bien que nosotras digamos más derechos para las mujeres, etc., en la casa sigue igual, a pesar de que el hombre diga, y nosotras digamos que tenemos más libertad, que el hombre se tiene que quedar con los chicos todavía cuesta eso, que la mujer tiene que estar en el movimiento, que tiene que hacerse cargo de los hijos, tiene que hacerse cargo de los hijos, de la escuela, sigue todavía eso”²²⁹. Para la mayoría de las mujeres “referentes”, por consiguiente, seguir haciendo *de todo en todas partes*, constituye un valor positivo. De esta forma, la participación más activa, completamente voluntaria, es una licencia que se permiten cuando el trabajo de cuidados es garantizado.

En los cuadernos y libretas que llevan las mujeres a las reuniones se agolpan memorias de reuniones con la lista de la compra, los horarios de los/as hijos/as y las declaraciones de un funcionario por TV sobre las cooperativas, consignas de lucha en los márgenes y tareas pendientes. Ese aparente desorden en el papel ilustra una dinámica de vida, en la que se invita al “movimiento” a vecinas en la puerta del colegio de los/as hijos/as, se mira el cuaderno del colegio durante un descanso de la asamblea, se negocia con la pareja para poder asistir a una gestión con funcionarios. Como venimos diciendo, participar del Frente supone una ingeniería de tiempos que implica antes negociaciones

²²⁸ Entrevista a Viviana, 18/12/2012.

²²⁹ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

familiares, sobrecargas, redes feminizadas de cuidado, colectivización de ciertas tareas de cuidados, etc. Pero esta necesidad de reorganización se potencia cuando una mujer decide ocupar nuevos espacios en la organización. En algunos casos las mujeres dicen sentirse culpables por haber estado menos con sus hijos por el trabajo en el Frente, pero esto convive con una reivindicación de su decisión: “también lo hago por él, que sepa que su mamá luchó para cambiar las cosas”. Muchas veces, las mujeres se redefinen a partir de trabajar mucho, de una ponderación del esfuerzo permanente como posibilitador del cambio: hacer “de todo”.

A pesar del esfuerzo que conlleva, algunas mujeres, deciden reorganizar su cotidianeidad a partir de nuevos esfuerzos para lograr referenciarse colectivamente. El cansancio de la ingeniería de tiempos cotidianos convive con la posibilidad que habilita la participación política de generar cambios que ellas valoran positivamente: “aprendí mucho”, “soy otra persona”, “soy más libre”, “ya no me pasan por arriba”, “cuando veo que las mujeres estamos reclamándole a un funcionario de igual a igual me siento orgullosa”. Es decir, con el paso del tiempo en estos lugares de visibilidad las mujeres redefinen su feminidad, su forma de ser mujeres.

Diversas formas de ser mujeres en el Frente

Es llamativo que algunas mujeres entrevistadas, señaladas como sus “referentes” por otras y con visibles tareas de responsabilidad, prefieren no definirse como tales. Caty, por ejemplo, que desempeña tareas dentro y fuera del barrio, participa en gestiones con funcionarios municipales y provinciales, y se ocupa de tareas administrativas, decide no autodefinirse como “referente”: “¿Una referente yo? Nooo. Yo veo que las compañeras son cómodas. Que quieren que le hagan todo, no quieren hacer nada, últimamente están así. Vos tenés la obligación de, en realidad todo, hace como dos años que están tranquilas, cómodas, bien como están. Para qué vas a hacer, no quieren hacer, están ahí nomás. Poca participación”²³⁰.

Efectivamente, como plantea Andújar (2014), cuando las mujeres portan visiblemente también coraje, convicción, experiencia política, arrojo, etc., la preeminencia que adquieren es frente a otras mujeres.

Luz, otra mujer con diversas responsabilidades en el Frente de Berisso, también prefiere correrse del lugar de referencia: “Y lo que he aprendido es que esos lugares de ser “referente” no me llenan. O sea, no me hace ser más que el otro, que soy igual que la otra

²³⁰ Ibidem.

persona, sino que sé un poco más y eso lo tengo que compartir, porque si no comparto no me sirve para nada”²³¹.

En esta construcción de un “perfil bajo” –al decir de Viviana– de las mujeres “referentes” quizá influye en la voluntad de diferenciarse de roles profundamente desacreditados en el barrio como los punteriles y las dirigencias sindicales y de los partidos políticos. También, quizás, las apelaciones del Frente en relación con la igualdad, la democracia de base, la horizontalidad (“no tenemos jefes”, se repite en cada asamblea), que son valores interpretados como opuestos a los liderazgos. Para las mujeres como Caty o Luz que son nombradas como “referentes”, esta asignación opera con la doble cualidad de ser un logro, un orgullo y también una pesada carga. “Yo creo que es una responsabilidad muy grande. Para ser un “referente” una tiene que formarse, hacer, informarse, estar, trabajar. Es un conjunto de cosas. Por algo se llama “referente”, es el que se refiere a las buenas cosas que hay que hacer. Te muestra el camino, pero también está la parte difícil, que es el que el “referente” no se puede equivocar. Y es una responsabilidad aún mayor. Porque el hecho de que se equivoque sale el cuestionamiento inmediato”²³². Por eso, también es común escuchar a las mujeres “referentes” decir en las asambleas: “bueno, si no les gusta como hice esta tarea, que la tome otra persona”, “critican a la que hace en lugar de mirar a la que se queda en su casa”, al tiempo que piden una participación más activa de otras mujeres que prefieren no involucrarse más.

Por consiguiente, a pesar de que la gran mayoría de las mujeres señala cambios subjetivos a partir de la participación política, en la práctica pueden visualizarse diversos roles y desempeños femeninos que entran en tensión. Entonces, la división genérica del trabajo militante se combina con una diferenciación intra-genérica (entre las mujeres) que nos hablan de modos de agenciamiento diversos y frecuentemente en tensión, modos diferentes de significar la feminidad.

Política en Femenino

El objetivo de poner la mirada analítica en las asambleas barriales del Frente en Villa Argüello fue pensar cómo esta práctica de deliberación política cotidiana que integran o integraron todas las mujeres entrevistadas se fue entrelazando con otras experiencias vividas por ellas dentro y fuera de la organización. La asamblea en tanto “criterio”

²³¹ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

²³² Entrevista a Luz, 15/08/2017.

organizativo- político del Frente es aludida como práctica incómoda por las mujeres, las que forman parte del mismo y las que decidieron dejar la instancia colectiva. Para las mujeres que se han alejado del Frente, la asamblea es definida como un espacio de conflicto, “me fui cansada de discutir” porque era “mucho lío, ahora trabajo sola”²³³. Es decir, una práctica que entra en tensión con experiencias pasadas o con otros tránsitos institucionales paralelos, obligándolas a posicionarse en roles no acostumbrados en otros marcos colectivos. Para las que decidieron quedarse, es un ámbito que las pone en juego, porque fuerza a la deliberación, a la palabra y a la escucha, prácticas menos habituales en otros espacios barriales o laborales.

La asamblea constituye una instancia de presencia mayoritaria femenina en la que las mujeres son invitadas a participar con la escucha y la palabra, como parte de una propuesta política que incluye el trabajo sin patrones y la vocación antipatriarcal. En este sentido, se visualizan en las mujeres cambios subjetivos vinculados con animarse a hablar, relacionarse, no callarse, perder timidez, aprender. Transformaciones que señalan mayoritariamente como positiva en sus vidas. En conjunto, la instancia asamblearia impulsa una forma especial de politicidad, que vincula el hacer cotidiano con las interpelaciones políticas del Frente, que promueve la toma de responsabilidades y la rotación en las mismas. Esta propuesta interactúa de formas diversas con las experiencias, mandatos y prácticas cotidianas generando diversos procesos de subjetivación en las mujeres.

Esta práctica novedosa suele ser apropiada por muchas de ellas como un lugar cotidiano de participación y encuentro, convirtiéndose en instancia legítima de definición política. En cambio, algunas mujeres mantienen resistencias hacia un espacio que no consideran necesario, presentándose una tensión entre el trabajo cotidiano y el debate político.

Más allá de la incomodidad inicial, la forma organizativa, que compele a la deliberación en torno a cómo organizarse colectivamente, posibilita una participación crecientemente activa de la mayoría de las mujeres, quienes ven posible hablar sobre el trabajo que conocen y realizan cotidianamente. El hecho que los debates partan del hacer reproductivo posiciona a las mujeres en un lugar jerarquizado para cuestionar los límites masculinos de la política.

La centralidad de las dinámicas de sostenibilidad cotidianas (o de una “política en femenino”) y de construcción comunitarias del Frente pareciera convertir a las asambleas barriales en un lugar que habilita la palabra de quienes realizan diariamente ese trabajo. Pero, a medida que los debates se alejan de la resolución del sostén local, las mujeres van perdiendo esa “ventaja” que facilitara su participación en las deliberaciones.

²³³ Nota de campo N°48, 05/05/2015.

La división genérica del trabajo militante y la construcción de las referencias son dos procesos dinámicos interrelacionados en los que se visualizan estos diversos procesos de subjetivación de la práctica política y ambos pueden observarse con claridad en las asambleas.

Con el transcurso de los años, se advierte una creciente cantidad de mujeres ocupando espacios de delegación por fuera del barrio, lo que redundo en que la mayoría de los espacios de referencia son encarnados por mujeres. Este proceso es fogueado por la propuesta de participación del Frente, además de las políticas de cupos y la promoción de las mujeres impulsada por el Espacio de Géneros de la organización en el marco de la definición del antipatriarcado.

En el proceso de construcción de referencias se visualiza un atravesamiento genérico, debido a las condiciones diferenciales que enfrentan las mujeres para poder acceder a ciertos espacios, que obligan a nuevas estrategias de organización del tiempo y los trabajos que realizan.

Con los varones “referentes” se plantea una relación de desigualdad básica en relación con los usos del tiempo. Las mujeres “referentes” en gran medida continúan realizando trabajo comunitario en el Frente. Pero, además, intentan seguir realizando trabajos de cuidados en sus casas, en algunos casos como precondition para asumir tareas de referencia. La toma de estas nuevas responsabilidades genera tensiones entre las mujeres en el Frente, que podrían asociarse con los diferentes modos de construirse como mujeres en relación con sus mandatos de género y los modos de entender la participación comunitaria. A pesar de estas tensiones, y de la dificultad de construir estrategias cotidianas para compatibilizar tiempos y trabajos, algunas deciden plantearse el desafío de ocupar espacios por fuera de los ámbitos habilitados para las mujeres en la política tradicional, transformando los sentidos en torno a qué es y que “puede” hacer y cómo una mujer.

Capítulo VI

El Espacio de Géneros: “Mujer bonita es la que sale a luchar”

En este capítulo, tomando de referencia el accionar el Espacio de Géneros se analiza cómo las mujeres vivencian la participación política en una organización que propone prácticas para la transformación de las relaciones de géneros desde una perspectiva antipatriarcal. Se indaga entonces cómo esta participación gravita en los recorridos biográficos de las mujeres.

...

La asamblea había comenzado en “Madres Unidas” cuando llegó Clarisa del Espacio de Géneros para invitar al Campamento: “Es el fin de semana, vienen compañeras de todo el país, la idea es formarnos sobre las luchas de las mujeres, y ver cómo hacemos para despatriarcalizar nuestra organización”- explicó.

Los dos varones presentes sólo preguntaron si era un espacio mixto, y cuando se informaron de que no lo era no preguntaron más. Las mujeres asintieron, pero sin hablar. Hasta que Rosa dijo: “Claro, como el Encuentro de Mujeres que fuimos, que estuvo buenísimo, muchas charlas, se aprende mucho ahí”. Otras dos mujeres que habían viajado con ella a Misiones asintieron. El resto permaneció en silencio.

Clarisa comentó que habría un espacio de cuidados para los hijos e hijas de las mujeres que fueran y que se garantizaría la comida entre todas. También preguntó si el comedor podría prestar una olla grande durante el fin de semana. Antes de irse, explicó cómo se llegaba al lugar del campamento y que había transporte organizado, y pidió que el barrio avisara a la brevedad cuantas `cumpas` querían asistir.

Cuando se fue, Marta fue la primera en hablar: “yo no tengo problema en llevar la olla, pero al campamento no me quedo, es fin de semana, prefiero estar con mis hijos en casa”. Elizabeth, por su parte, dijo que tenía muchas cosas para hacer en su casa el fin de semana y que vería si podía ir.

Rosa con tono enojado, opinó “los niños no son un impedimento, hay compañeras que van a todas partes igual con los niños, no son una enfermedad, tenemos que participar más y no ponerlos como excusas”.

Marta respondió: “No son excusas, ustedes hagan lo que quieran, vayan de acá para allá, yo no puedo. Yo no voy porque ahí son todas feministas, no van a estar de acuerdo con lo que decimos”. Amira, poniéndose de pie dijo: “está bueno animarse a aprender cosas nuevas, nuestros derechos como mujeres, que no nos pisoteen. Yo voy a ir, la que quiera venir, que se sume y llevamos la olla”. Dominga, en voz baja dijo: “te acompaño a llevar la olla y luego me vuelvo”²³⁴.

En la escena anterior puede accederse a una situación recurrente durante las asambleas barriales que se produce cuando integrantes del Espacio de Géneros (EG) participan realizando alguna propuesta explícita hacia las mujeres organizadas en el sector territorial, y suele generar diversas respuestas por parte de las mujeres.

En el capítulo I caracterizamos al Frente haciendo hincapié en su definición pública de organización antipatriarcal y en el papel del Espacio de Mujeres (denominado como Espacio de Géneros-EG- desde 2009) en el impulso de esta perspectiva en las prácticas políticas al interior de la organización. Este espacio, compuesto por mujeres y lesbianas, como ya se describió, es transversal a las regionales y sectores del Frente, por lo que está integrado por personas de diferentes regiones del país que además pueden participar de los sectores sindical, territorial, cultural, juvenil, entre otros.

Más allá de quienes estén presentes en las reuniones resolutivas del Espacio, la pertenencia al EG es bastante flexible, su membrecía se suele incrementar con la cercanía del viaje al Encuentro Nacional de Mujeres (ENM)²³⁵ o de alguna fecha particular como el 8 de marzo (Día internacional de la mujer trabajadora) o el 25 de noviembre (Día internacional contra la violencia hacia las mujeres). Realiza sus propias reuniones y actividades además de las que comparte con el resto de los espacios y áreas del FPDS CN y

²³⁴ Nota de campo N°29, 07/09/2013.

²³⁵ Los Encuentros Nacionales de Mujeres son reuniones anuales de tres días, que se realizan desde 1986 en Argentina rotando por diferentes provincias del país. En estos Encuentros, auto organizados por las mujeres de cada región, decenas de miles de mujeres, lesbianas y trans se reúnen para debatir en talleres, movilizarse en contra de la Iglesia Católica, realizar actividades artísticas y políticas, entre otras. Además, es la única iniciativa que aúna a todo el arco de organizaciones sociales y políticas conformadas por mujeres o mixtas pero con un trabajo específico de géneros.

forma parte de coordinaciones mayores²³⁶ como la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto²³⁷ y la Campaña contra la Violencia hacia las Mujeres²³⁸.

También recuperamos ciertos rasgos de feminidad planteados como deseables promovidos por el EG que podrían sintetizarse desde frases de las canciones de Condenadas al Éxito, la banda musical del Espacio: “Mujer bonita es la que sale a luchar”, “Mujer que en cada barrio está creando poder popular”, “te empezaste a organizar, ya no querés ninguna muerte más por aborto ilegal”. Según estas frases, la feminidad promovida desde el Espacio tiene que ver con el compromiso social, el trabajo comunitario y el cuestionamiento a la ética reaccionaria del cuidado, pero sin desconocer la centralidad de las mujeres en los ámbitos de reproducción cotidiana barrial.

Como describimos en la escena inicial de este capítulo, es común que integrantes del mismo asistan a las asambleas barriales a realizar invitaciones, o pedir opiniones sobre un tema en particular. En relación con el sector territorial del Frente, el Espacio de Géneros impulsa a lo largo del año actividades de formación y debate (Escuelas y campamentos de géneros, talleres para mujeres cooperativistas, talleres de educación sexual, sobre violencia de género etc.), y además promueve la organización del viaje cada año a los ENM. Se ha observado, en este sentido, que desde el EG hay una política específica para promover la participación de las mujeres organizadas en los barrios en los ENM porque, como plantea Celina “las mujeres que viajan a los Encuentros vuelven transformadas”²³⁹.

Las iniciativas del EG hacia el interior de la organización fueron relevadas en diferentes trabajos. En el artículo de Daunes y Korol (2016) donde se reconstruye desde testimonios directos la disputa de las mujeres al interior del Frente, se señala la iniciativa por parte del EG de una política de cupos en espacios de representación (en concreto exigiendo representación mixta), la generación de espacios formativos sobre perspectiva de género y feminismos obligatorios para integrantes de todos los géneros y su tarea de acompañamiento en situaciones de violencia y embarazos no deseados a personas del Frente y también externas. En este mismo texto, según plantean allí las protagonistas, el desafío del EG es transversalizar la perspectiva antipatriarcal, y trabajar en todas las “áreas”, sectores y espacios del movimiento las problemáticas de género para poder

²³⁶ Entrevista a Celina, 15/03/16.

²³⁷ Ver capítulo I.

²³⁸ La Campaña Nacional contra la Violencia hacia las Mujeres se lanzó en 2012 e integra a organizaciones y movimientos populares de Argentina. Las propuestas principales de este colectivo son: “Políticas públicas con perspectiva de género, aplicación de la ley 26.485 de protección integral en todo el territorio nacional”; “Recursos institucionales y sociales serios, en conjunto con las organizaciones de mujeres que trabajan cotidianamente con el tema” y “Atención de los Abortos no punibles en todo el país y aprobación de la ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE)” (ANRed, 2018).

²³⁹ Entrevista a Celina, 15/03/16.

modificar en la práctica cotidiana la construcción de relaciones más igualitarias (2016: 263).

En el trabajo de Iglesias (2012) se caracteriza al Espacio como una instancia que promueve la formación al interior del Frente, entendida ésta como una problematización de las relaciones de dominación entre varones y mujeres. En palabras de Espinoza (2009:6), otra autora que investigó sobre el Frente, este proceso de formación apunta a problematizar “las tareas de las mujeres y los varones en la lucha ‘antipatriarcal’” lo cual significa “revisar aspectos resistentes muchas veces a una politización, en tanto involucran situaciones de la vida interna de las organizaciones y sus integrantes, y choca también con las condiciones materiales en las que esas tareas se sostienen” (Ídem).

Por lo antes dicho se eligió al EG como una instancia que condensa aquellas prácticas y propuestas hacia las mujeres con respecto a las relaciones de género, en el marco colectivo. Esto no implica afirmar que el EG es el único lugar desde donde se interpela a las mujeres en clave antipatriarcal en el Frente, pero sí constituye, el espacio más sistemático de trabajo en esta temática al interior del colectivo mixto.

A tal efecto, en este capítulo se narran sintéticamente las biografías de seis mujeres, lo que no significa que las restantes historias no formen parte del análisis. Decidimos tomar estos relatos como material central para analizar cómo la experiencia de intervención política en el Frente tuvo injerencia en la construcción de una reflexividad respecto de la propia condición de género en las participantes, en algunos casos, impulsando la relectura de sus vidas desde nueva clave. Dos de las mujeres por diferentes motivos, definieron “salirse” [apartarse o dejar de pertenecer] de esta instancia colectiva, y relatan su experiencia desde “afuera” del Frente. Se aborda el cruce de esta participación con situaciones de violencia de género vividas por las mujeres, y la pertenencia a instituciones como la iglesia, con idearios de género divergentes a los del Frente. Se exploran asimismo los sentidos en torno a la maternidad -con las responsabilidades de cuidados en el centro- que se movilizan y entran en conflicto a partir de la participación política en esta organización antipatriarcal. Se recupera, además, la noción de “punto de viraje” (Vázquez, 2009) para pensar momentos de cambio sustancial en la construcción de feminidad en estas mujeres.

Biografías

La escena reconstruida al inicio tiene puntos de contacto con otras presenciadas en las diferentes asambleas barriales. Aquellos momentos donde aparece una clara convocatoria en clave de géneros por parte del Frente, los varones –siempre en fuerte minoría en estos

espacios- no suelen presentar resistencias explícitas, u opiniones en contra, sino que tienden a retirarse del debate. En cambio, se visibilizan aquellas feminidades en disputa y se escenifican diversas tensiones intragéneros entre las mujeres que se sienten afines o parte del EG y aquellas que no se muestran interesadas por las propuestas en este sentido.

Efectivamente, mientras que, para Rosa o Amira, participar de un espacio de formación que se plantea el cuestionamiento a las relaciones desiguales de géneros constituye una práctica deseable, para Marta resulta una propuesta contradictoria a sus prácticas y decisiones en torno a su construcción de feminidad. Pero también pueden entreverse otras posiciones intermedias y en pleno dinamismo, como en la actitud de Dominga, por ejemplo, que si bien no convoca a participar del espacio de formación en géneros sí decide que va a ir a llevar la olla, o de Elizabeth, que plantea la duda con respecto a su asistencia.

La elaboración subjetiva que realiza cada mujer de la propuesta antipatriarcal del Frente se observa con más claridad cuando se abordan los recorridos biográficos. En estos relatos pueden observarse deslizamientos en las elecciones, opiniones, prácticas de las mujeres que hablan de un proceso activo y permanente de construcción de feminidades populares.

Si bien cada narración biográfica tiene una riqueza propia para analizar estos puntos, por una cuestión de extensión, se decidió arbitrariamente reconstruir seis de ellas: las de Caty, Vivi, Mariela, Mirta, Marta y Patricia, ya que brindan elementos para pensar diferentes aspectos del cruce de la participación política en el Frente en relación con los usos del tiempo, la gestión de los cuidados y las definiciones de feminidad²⁴⁰. Desde los relatos de Caty y Vivi, dos “referentes” para el resto de sus compañeras, se aborda cómo el proceso de involucramiento creciente en esta organización antipatriarcal produjo tensiones y conflictos en el ámbito doméstico, con diferentes derroteros. Si bien ambas pertenecen a diversas generaciones, participan en dos Comedores distintos, ingresaron al Frente en fechas distantes y su período de permanencia también es desigual, las dos han trascendido el cumplimiento de los “criterios” básicos del Frente para incluirse en otros espacios. Entre ellos, los promovidos desde el EG, lo cual nos permite indagar cómo se intercepta esta participación afín a los lineamientos políticos del Frente en sus vivencias cotidianas.

Por su parte, en los recorridos biográficos de Mirta y Mariela se analiza cómo experimentaron la participación en el Frente y la vinculación con el EG en el marco de situaciones de violencia de género que vivían al momento del registro etnográfico.

²⁴⁰ Los relatos se construyeron en base a las siguientes entrevistas: Entrevistas a Caty, (04/04/2015 y 13/04/2015); Entrevistas a Vivi (12/10/2012 y 18/12/2012); Entrevista a Mariela, (08/06/2015); Entrevista a Patricia, (13/04/2015); Entrevista grupal, comedor “Madres Unidas”, 14/08/2016; y a la relatoría del Taller sobre Géneros y Sexualidad en Comedor “Juanito Laguna” (28/12/2013).

A partir de los relatos de Patricia y Marta, en cambio, se reflexiona sobre el diálogo del ideario antipatriarcal con la participación de las mujeres en otras instituciones, en este caso las iglesias, en relación con las construcciones de feminidad que allí se promueven y cómo ellas elaboran subjetivamente ambas concepciones en su cotidianeidad.

1. Caty y Vivi, “referentes” y feministas

Parte de la biografía de **Caty** fue anticipada en el capítulo II. En el momento de la entrevista lleva diez años participando en el Frente. Nacida en Formosa 40 años antes, migró a Villa Argüello a fines de los '90 para casarse con Luciano, un hombre que había conocido en su provincia años antes. Decidió mudarse porque había quedado viuda, “Luciano me decía que me estaba esperando y yo quería ser madre porque ya pisaba los 40” explica. Pocos años después Luciano se integró al MTD y construyó junto con algunos/as vecinos/as un comedor de chapas detrás de la casa. Mientras tanto y luego de tener un hijo, Emanuel, Caty alternaba varios trabajos informales al tiempo que participaba de un comedor dependiente de la Municipalidad. A fines de 2003 decidió integrarse al movimiento, por cercanía geográfica y por insistencia de su marido.

En el comedor “Los Amigos”, donde empezó cocinando, participó de talleres impulsados por el Espacio de Géneros (entonces EM) con las vecinas del barrio y desde 2005 comenzó a viajar cada año a los ENM, y a asistir a todas las movilizaciones “de género”, dicho en sus términos. Además, se integró al grupo de gestión de la organización con el municipio, y empezó a participar en las reuniones semanales de delegados/as barriales, las reuniones territoriales regionales, los encuentros nacionales, los campamentos de formación. En el momento de la entrevista trabaja, además, todos los días en la cooperativa de limpieza del barrio y en tareas administrativas de la misma. Con su cuaderno puede observársela yendo de reunión en reunión, anotando todo, dando informes, haciendo preguntas sobre coyuntura política a sus compañeros/as.

En relación con su participación en las actividades del Frente, Caty recuerda que “al principio no entendía nada, nada. Pero después con el tiempo me di cuenta de que, no sé, yo estaba en otro mundo, en otra cosa”. No escindía su participación en el Frente con el cuestionamiento a las relaciones de géneros “después sí me di cuenta que, descubrí por medio del movimiento que nosotros tenemos muchos derechos, que la mujer no es solamente para a casa. A pesar de que yo siempre trabajé, desde chiquita, a nosotros nos meten en la cabeza que tenemos que ser para la casa, atender el hijo, el marido”. Este cambio que menciona como un descubrimiento, en ella estaba asociado al placer: “me empezó a gustar, nos íbamos a las fiestas, más me gustaban las marchas, y ahí aprendí que

cuando tengo que decir algo, digo, no me callo. Antes me callaba”. Para explicar estos cambios Caty señala el ejemplo de otras mujeres: “Me acuerdo de la Pichona que era ‘encaradora’; Rebeca, otra que no tiene miedo, va de frente. Aprendí mucho con ‘la Dani’, aprendimos un montón en las gestiones”. Y señala que “fui perdiendo el miedo”, cuando explica su involucramiento en las reuniones con funcionarios. Al principio fue “No poder creer que mujeres desde los barrios (las negritas) van a enfrentar a funcionarios”, afirmaba.

En la biografía de Caty, la participación activa en el EG y los ENM también coincide con grandes, aunque paulatinos cambios en su vida familiar.

En su reconstrucción de este proceso, se observan diferentes momentos. Al principio, de grandes conflictos. En primer lugar, de organización del tiempo. Participar activamente del Frente y seguir haciéndose cargo de gran parte del trabajo de cuidados en la casa fue cada vez más difícil. “Al principio era distinto porque Emanuel era chico y yo me iba con él. Pero él a partir de los diez años ya no se quiso ir más, ahí se complicaba”. Además a la tensión que implicaba la nueva organización del tiempo se sumaba un conflicto con su pareja, quien además de reclamarle a Caty que debía ocuparse más de su hijo, le recriminaba por su participación en espacios de mujeres: “Ustedes se van al encuentro de las mujeres, qué encuentro, les están cambiando todo”. Caty imita su tono de voz cuando lo relata. Este momento de transición, de “darme cuenta”, hacia adentro de la familia implicó enfrentar un conflicto por la distribución del tiempo que planteaba, por ejemplo, la asistencia a movilizaciones y reuniones. “Y yo era como que me partía en dos. Luciano trabajaba y Emanuel se quedaba con la tía. Y la tía que decía ‘esta se va a vagar por ahí, abandona a su hijo’ y ahí venía todo el rollo.

Luego de varios años de conflictos y separaciones temporales, se produjo una renegociación en la pareja que involucró cambios en la división del trabajo. En una asamblea, Luciano afirmó entre risas “hicimos un acuerdo. Yo me ocupo de las cosas de la casa y Caty anda de acá para allá con el movimiento”. Y en otra oportunidad: “desde que está en el movimiento, Caty no cocina más”; y, “Caty llega y se pone frente al televisor y anota todas las noticias. Le pregunto si vamos a cenar y no me da bolilla termino cocinando yo”²⁴¹.

El relato de Caty es más específico y menos risueño que los comentarios de Luciano, ya que señala que la renegociación se dio luego de que ella planteara condiciones para evitar una nueva separación, que tenía que ver con la redefinición de sus márgenes de autonomía en el uso del tiempo y la división del trabajo de cuidados. Caty asocia esta transformación de la familia a su propia transformación como mujer a partir de la participación en el Frente. Algo similar ocurre en el relato que sigue.

²⁴¹ Notas de campo N°19, 05/03/2013 y N°24, 25/05/2013.

Vivi

En el capítulo II se escribió sobre la biografía de Vivi, de 26 años al momento de la primera entrevista y aproximadamente cuatro de participación en el Frente. Como se dijo, Vivi proviene de una familia de sectores populares del Florencio Varela, localidad del sur del Gran Buenos Aires. Luego de numerosos trabajos informales en el área rural y de transitar por organizaciones populares “piqueteras” accedió a una beca para que jóvenes del sector rural estudiaran Agronomía en La Plata. Así llegó a vivir a Villa Argüello, donde se puso en pareja con otro joven estudiante con quien tuvo un hijo, Rodrigo.

Se incorporó al Frente en 2006 luego de participar de espacios de formación en géneros a los que fue invitada por su cuñada, Lucía, quien ya participaba allí. En este sentido su inserción se produjo de una manera diferente al de la mayoría de las mujeres que se integraron por la puerta del comedor. Si bien la necesidad de resolver el alimento y el ingreso no le era ajena a Vivi, se integró al Frente porque planteaba críticas a las relaciones de género imperantes, que Vivi fue haciendo suyas. “Y ahí empecé a ver todo, todo”, comenta, y lo explicita: “me refiero al Patriarcado”.

Casada y con un hijo pequeño, Vivi comenzó a cuestionar el reparto del trabajo con su pareja de ese momento, al tiempo que releía su lugar como mujer a lo largo de su biografía. Luego de participar de varios talleres de género decidió viajar a un Encuentro Nacional de Mujeres. El viaje a su primer ENM de Entre Ríos en 2010, significó una “enorme pelea” con su pareja por el cuidado de su hijo, y por otra parte un giro importante en su participación política: “volví con mi cuñada en el colectivo haciendo planes para el futuro, y a los cuatro días estaba en la huerta y el comedor”.

De esta manera se integró al sector territorial de la organización, en un primer momento, cocinando. A muchas de sus compañeras las había conocido en el ENM. “Hablar en asamblea, sentirme bien, fueron pequeños logros que yo antes tenía incorporado que no merecía”. Estar en ese comedor le daba, afirma, más herramientas y “criterios” para llevar a sus relaciones familiares. Incluso retrospectivamente, repensando momentos anteriores de su vida pudo cuestionar aquel reparto de tareas donde le eran asignadas y ella tomaba “naturalmente” las actividades ligadas a la limpieza de la casa, la alimentación y el cuidado. Entonces, la desnaturalización de las relaciones de géneros en que estaba inmersa fue el cambio más importante al que alude tras el ENM: “me abrió los ojos”.

Luego de los talleres y el ENM de Entre Ríos, los cuestionamientos a su pareja fueron en aumento. Afirma que empezó a ver “todo, todo: las cosas que hacía Cristian, que me pasaba limpiando (...) me sentía su mamá”. De los tópicos trabajados en los talleres, recuerda que lo que más impactó en su subjetividad en ese momento fue la división entre el

hombre público y la mujer en el ámbito privado. “¿Tendría que haber seguido ciega?” se preguntaba en ese momento en el que pensaba cada vez con más fuerza en separarse. “Primero lo empecé a maquinar, después a decirlo, después a hacerlo: voy a empezar a salir, a meterme en otras cosas, a animarme a hablar. Me cansé y me separé una semana antes de ir (al ENM en) Bariloche”. En el Encuentro se sentía triste y liberada a la vez, “triste por haber roto una familia, pero segura de la decisión”. Sus mayores temores eran los cambios que venían: “va a cambiar todo, voy a tener que dejar a Rodrigo mucho rato para salir a trabajar, ¿quién lo va a cuidar?”.

Para Vivi haber formado parte de la organización en este proceso tuvo una fuerte influencia que define con las palabras “apoyo”, “contención” y “refugio (...) Me sirvió para no encerrarme en mí misma y contar, para que otras me confirmaran que estaba bien la decisión”. En cambio, desde la familia, el discurso era el contrario: tenía que volver con su ex pareja, “porque no veían como un problema el reparto de tareas” que se producía en la cotidianidad.

Esa mirada crítica y desnaturalizadora comenzó a atravesar sus opiniones sobre los vínculos que se construían en el espacio barrial y en el colectivo, y fundamentalmente en relación con la división del trabajo entre varones y mujeres. “Uno pasa y ve el grupito de mujeres laburando por un lado y el grupito de hombres laburando por el otro. Ahí ya te está demostrando que se dividen las aguas”. O en relación con la dinámica en las asambleas: “y ahí se reproduce mucho lo que es el patriarcado, porque las decisiones las toman la mayoría de las veces los hombres, y las mujeres las acatan”. Además, señala con fuerza la diferencia entre las mujeres “referentes” y las “pasivas”: “[algunas mujeres] me parece que vienen con una cultura ya de patriarcado que no lo pudieron ver. Lo toman como normal, lo siguen reproduciendo, como que no fueron a un ámbito de debate, o las cuestiones que uno les plantea lo miran como si fuera una cosa descabellada”. Se distancia de esas mujeres y considera que, en cambio, “Una se abre a querer aprender más, indagar en todo. Quizás otros se conforman con esa vida, no les importa cambiar y no quieren cambiar. Para ellos está bien eso”.

Para Vivi, el hecho de que el Frente sea antipatriarcal “abre un debate, hace que se hablen temas en lo común que en general no importan”. En sus participaciones previas en cooperativas y otras organizaciones populares no había estado en contacto con iniciativas de cuestionamiento a las relaciones de género, ni ellas constituían un reclamo por el que la organización movilizara. Según ella formar parte de una organización antipatriarcal habilitó cambios que define en algunos momentos como ruptura y en otros como apertura, “salir de mí misma, formarme todos los días para un cambio, no solo personal sino para el resto de las personas”. Mientras que rescata la importancia de estas acciones, plantea que “hay una parte de la organización que no tiene ni idea y reproduce todo el tiempo el patriarcado”.

Justamente Vivi es una de las integrantes de la asamblea “Juanito Laguna” que manifiesta esta preocupación como un debate en las asambleas y otros espacios en relación con la división sexual del trabajo militante.

Pudimos observar que este tipo de cuestionamientos prácticos que realiza Vivi llega a producir tensiones entre mujeres, fundamentalmente, debido a que algunas de ellas consideran que participar en los espacios a los que ella las convoca es incompatible con las tareas y el tiempo que requiere el trabajo de cuidados que realizan. Las tensiones se manifiestan en discusiones, enojos y a veces señalamientos personales sobre cómo cada una realiza su trabajo de cuidados. Vivi en tanto mujer “referente”, es criticada por otras con frecuencia por ocupar ciertos lugares de representación de la organización, por tomar un papel activo en las asambleas, pero al mismo tiempo encuentra sus aliadas, dentro de su asamblea y en otros espacios del Frente en compañeras que comparten con ella la necesidad de modificar las relaciones patriarcales. En esta apuesta, Vivi piensa que está en un papel de acompañar a otras mujeres a que tomen otras actitudes: “Yo ya no soy tan sumisa, y me gustaría transmitir eso, que muchas puedan salir como hice yo, que puedan”, y propone “ir de a poco, haciendo actividades, de a poco en el barrio. Desde lo cotidiano, con lo que cada uno tenga en la cabeza”. Sobre la participación en cada vez más instancias del movimiento dice: “Cada vez sentís que necesitás más información, saber qué es lo que está pasando a nivel más grande”. En la nueva definición de feminidad que construye tiene un lugar importante la participación en lo social para lograr cambios más allá de su vida personal.

En el capítulo anterior se narró cómo Vivi se convirtió en “referente” del Frente en el barrio y en Berisso, y con el tiempo en una de las pocas mujeres que tomaba tareas de representación en las reuniones con representantes de otras asambleas barriales de la organización e incluso de otros sectores de la misma (estudiantes, trabajadores/as sindicalizados/as) a nivel regional. A partir del seguimiento del desenvolvimiento de Vivi a lo largo del tiempo, se advirtió que unos meses después de tomar responsabilidades como delegada de Berisso en espacios regionales, esta tarea se le hizo insostenible. Según explicó, asistir a reuniones los fines de semana con su hijo pequeño, seguir participando en las tareas barriales, preparar informes, fueron, según plantea, una tarea que superó sus esfuerzos de organización del tiempo. En ese tiempo se relevaron una serie de iniciativas para acompañar a Vivi en sus tareas como delegada. Entre ellas, algunas del EG, como la generación de espacios de lectura colectiva de materiales políticos y el acompañamiento en la redacción de informes de reuniones, o la provisión de materiales para análisis de la actualidad política. Asimismo, en el marco de las reuniones en las que Vivi participaba como delegada, frecuentemente otros/as integrantes pedían su opinión, le preguntaban si el tema se había conversado en Berisso. Paulatinamente, cuando participaba en estos espacios, iba tomando la palabra, emitiendo opiniones o llevando propuestas.

En este período, desde el EG se señalaba en las reuniones regionales que debía “liberarse” a las compañeras y compañeros que eran delegados y delegadas de otras tareas en el barrio, posición que fue consensuada por todo el Frente.

A pesar de sus pedidos y algunos intentos de gestión colectiva del cuidado de su hijo, con el paso del tiempo fue perdiendo la continuidad en la asistencia a las reuniones regionales. La explicación de Vivi tiene que ver con la sobrecarga: “no pude hacer todo”, afirma. Si bien hubo iniciativas desde el Frente para acompañar este proceso de construcción de referencia en Vivi, estas fueron fragmentarias, o bien individuales o solamente promovidas desde el EG. Además, estuvieron enfocadas más a promover la toma de la palabra y la formación política que a resolver los cuidados de una manera que mejorara las condiciones para su participación en las regionales.

Más allá de que, junto a otras mujeres “referentes” Vivi impulsó debates en el comedor para poder participar de los nuevos espacios dejando de lado o compartiendo algunas responsabilidades de cuidados, las tensiones intragénero resultantes provocaron que ella decidiera continuar con el trabajo cotidiano en el comedor, al tiempo que participar en las reuniones. Efectivamente, durante este proceso, Vivi continuaba realizando sus actividades cotidianas, sus múltiples trabajos entrelazados, a los que se adicionaron las responsabilidades como “referente” y delegada fuera del barrio. Como también dijeran Caty o Luz, seguir cumpliendo en el trabajo diario en el barrio para evitar conflictos entre compañeras. Este uso intensivo del tiempo se sostuvo durante unos meses, hasta que Vivi decidió dejar definitivamente su tarea como delegada. Es decir, primó en el caso de Vivi la dinámica cotidiana de la sobrecarga y superposición de actividades, con la gestión de cuidados en la familia y en el ámbito comunitario que no pudo delegar en otras personas. Se podría apuntar que, la falta de mecanismos sistemáticos en el Frente en relación con la resolución de cuidados dificultó en la práctica a Vivi la continuidad en un espacio que había elegido.

Los relatos de Caty y Vivi presentan similitudes y diferencias. Si bien ambas mujeres se integraron en el sector territorial del Frente cocinando en el comedor, en el caso de Vivi, peculiarmente, llegó allí luego de participar de actividades del EG y principalmente luego de viajar al ENM. Para Caty, el camino fue similar al de otras entrevistadas (Luz, Rosa, Margarita, Evangelina, por ejemplo), es decir, comenzó a participar en actividades de este tipo con posterioridad a organizarse para resolver colectivamente la alimentación y el ingreso. En su relato Caty señala dos aprendizajes, que explican tanto su camino de

construcción como “referente” como su adscripción a la política antipatriarcal del EG: “entendí que la mujer no es para la casa solamente” y “aprendí a no callarme”. En este cambio señala como importante el “ejemplo” de otras mujeres de la organización, que podían desenvolverse en otros territorios además del doméstico, y con ello, crecían en la posibilidad de expresarse. Caty se basó en estas experiencias para fundamentar su desempeño – y el de otras “referentes”- en las reuniones, las gestiones ante funcionarios, las manifestaciones.

Esta nueva concepción de su condición de género produjo algunos conflictos en el ámbito doméstico, que, en su caso, no tenía límites claros con el de la organización, debido a que su pareja también participaba del Frente, y el comedor “Los Amigos” estaba detrás de su casa. El involucramiento en mayores responsabilidades políticas y en actividades del EG desencadenó una tensión creciente en relación a los usos de tiempo y la gestión de los cuidados en la familia, en algunos casos con señalamientos explícitos -“deja a su hijo”, “le importa más ‘el movimiento’ que la familia”- en relación con los cuidados, pero también en relación con la salida a otros ámbitos más allá del hogar y el barrio. En la escena del capítulo V, donde se eligen los/as delegados/as pudo verse cómo la tensión con su pareja en relación a los usos del tiempo de Caty, se resolvió con la decisión de ella de no tomar esa responsabilidad que finalmente aceptó Vivi. Este momento de conflicto está ilustrado en la frase de Caty “me partía en dos”, donde no sólo acusaba de una distribución de tiempos entre diferentes trabajos, sino quizás, entre diferentes lógicas y construcciones de feminidad: la mujer tradicional y la mujer militante.

En el caso de Vivi, su adscripción a las propuestas del EG impulsó un cuestionamiento de la división del trabajo y a desnaturalización de relaciones de género, que nombró como “aprendizaje”, y que relacionó con un cuestionamiento a los vínculos y su lugar como mujer en la propia biografía. El conflicto para Vivi también tuvo como frente principal la familia y el cuidado de su hijo. En ambos relatos de experiencia, estos momentos que las mujeres señalan como de profundo cambio de sus concepciones sobre las relaciones de género, la feminidad y la posibilidad de cambiarlas están ligadas a situaciones conflictivas en diversos aspectos.

Como plantea Partenio (2005) la participación política femenina, con sus diferentes grados y niveles de compromiso, se traduce en una serie de tensiones al interior del espacio doméstico entre el tiempo dedicado al trabajo reproductivo del hogar y a las tareas comunitarias. En cada mujer, con diversas resoluciones: en algunos casos produce la ruptura de vínculos familiares o su cuestionamiento, pero en otros, se resuelve en una negociación por grados mayores de autonomía para las mujeres en el uso de su tiempo.

Ahora bien, además de cuestionar aspectos de su vida familiar, Vivi y Caty también lo hacen con las prácticas dentro del Frente. En el capítulo anterior se mencionó que Caty, si bien era nombrada como “referente” por otras, prefería no autodefinirse con ese término. Pero en cambio, sí se diferenciaba de otras mujeres menos activas en el Frente a las que señalaba como “cómodas”. Pero cuando Caty hablaba de mujeres “cómodas”, esto no constituía una crítica a las mujeres porque no cumplían con su trabajo comunitario o cooperativo en el marco del Frente, sino que eran “cómodas” porque elegían no realizar otras tareas, por fuera de los “criterios” establecidos, que las llevarían a lugares menos acostumbrados, y claro está, demandarían esfuerzos extras para organizar la cotidianeidad.

Si bien reconoce prácticas patriarcales en el Frente, considera que la mayoría de las mujeres “no quieren cambiar, siguen con esa mentalidad, la mayor parte reproduce el patriarcado”. Es decir, para Caty, la dificultad del cambio en estas relaciones estriba en que “son cómodas”, por lo que prefiere no intervenir.

Vivi realiza una distinción similar a la de Caty: “Dentro de las mujeres están divididos los roles, están las que hablan más y otras que sólo están por algún interés de trabajo. No quieren salir de esa estructura, vos querés sacarlas y ellas no. Vienen con la cultura del patriarcado que no pudieron ver. Es normal para ellas, lo siguen reproduciendo. No fueron a un ámbito de debate, a las cuestiones que una les plantea las miran como descabelladas. Ellas se conforman con esa vida, no quieren cambiar, está bien para ellas”.

Esta situación se pone de manifiesto en su espacio de participación cotidiano, el comedor “Juanito Laguna”, donde Vivi ve reproducirse las relaciones que cuestiona en su propia familia. “Hay una distancia entre la definición [de antipatriarcal] y la práctica. Una parte de la organización no tiene ni idea”, afirma Vivi. Como “referente” se plantea una tarea pedagógica, militante en relación con estas mujeres: “ir de a poco”, “que entiendan”. Es decir, hace suya la propuesta del EG de transversalizar en la organización y en las vidas de las mujeres el ideario antipatriarcal. Efectivamente sus intervenciones en el ámbito del comedor tienden a mostrar un conflicto, evidencian tensiones entre mujeres como aquellas descriptas en la escena inicial del capítulo.

2. Mariela y Mirta. Participación política y violencia de género

En este apartado, se trabajan los casos de Mariela y Mirta, ambas participaron en los comedores del Frente en Berisso y se involucraron en actividades promovidas por el EG, que según afirmaban las impulsaron a cambios importantes en sus construcciones de feminidad en relación con la pareja y a la familia. Ambos relatos están atravesados por la experiencia de la violencia de género y el abordaje de la situación en el marco del Frente.

Mariela

Entrevistamos a Mariela en junio de 2015. Para entonces hacía casi un año que no participaba más de Frente, luego de hacerlo durante cinco. Trabaja como cuidadora de enfermos/as para una obra social y tiene escasa vinculación con las vecinas del barrio que están en el FPDS CN. Según comenta, se la pasa corriendo del trabajo a la casa, donde vive con sus tres hijas, Romina, Fiorella y Carla.

Mariela nació unos 35 años antes en Quitilipi, Chaco, provincia del noreste argentino. “No fue una infancia, fue muy rápida, fue trabajo”, afirma: desde los seis años trabajó en la cosecha de algodón, “a la mañana iba al colegio, a la tarde comíamos y luego iban a la cosecha con mis hermanos”. Sus padres estaban todo el día en la chacra. Terminaba de trabajar a las cinco de la tarde. “Después era comer y dormir porque quedábamos planchados, cansados”. Tenía nueve hermanos, varones y mujeres. Los sábados y domingo eran los días libres, “para jugar”. Allí estudió hasta el tercer año del secundario en un colegio donde sus compañeros/as también trabajaban en el campo. De la adolescencia recuerda que le gustaba el colegio, que fue una continuidad de la niñez, que duró poco, casi no salían a bailes, no los/as dejaban. A los quince se escapó con un joven vecino y se fue a vivir a su casa. Ahora interpreta que estaba escapando de los controles de los padres, pero fundamentalmente de la situación de violencia de su padre contra su madre. A los tres meses de vivir con los padres de su pareja quedó embarazada y el padre le permitió regresar a la casa y le dio una parcela de terreno para hacerse una casilla. Los recuerdos del embarazo no son alegres: “él seguía haciendo su vida y yo en la casa”. Mariela trabajó en el campo durante todo el embarazo y relata episodios de descomposturas y caídas en ese período. Pero también de maltratos por parte de su pareja.

Los abuelos ayudaron en la crianza de Romina durante el primer año, ante la falta de responsabilidad del padre: “hacía la vida de un pibe”. La relación de pareja, que incluía violencia física hacia Mariela, no iba bien y ella había decidido mudarse a la casa de una tía en Misiones, donde había la posibilidad de una vida mejor para su hija, por una parte, y por otra, podía alejarse de situaciones de violencia familiar que no quería que la nena viviera. Cuando el padre de Romina supo del proyecto, logró convencerla de seguir juntos y mudarse a Buenos Aires. La migración entonces se transformó en una alternativa a la separación, pero también a la precariedad económica: “yo pensaba que iba a cambiar, que íbamos a estar bien”. Recuerda que fue a buscar una mejor vida para la hija: “que estudie, que sea independiente”. Romina tenía un año cuando migraron a la provincia de Buenos Aires.

Durante la entrevista Mariela recuerda las palabras de su mamá “te va a pasar lo mismo que acá y no vas a tener nadie que te defienda”. Y las promesas de él, que aseguraba que estar lejos de la familia mejoraría la relación. “Con el diario del lunes”, Mariela dice que de esta forma quedó aislada. Luego de vivir un tiempo en casa de familiares se mudaron a Ensenada, una localidad donde Mariela no conocía a nadie, y allí se dedicó al trabajo dentro de la casa. “Él me cagaba a palos ahí adentro y nadie se enteraba”. Mariela no pedía ayuda, tenía mucha vergüenza de que la gente se enterara. La violencia física se combinaba con amenazas y la imposición del encierro, del que se escapó varias veces, pero regresó, porque no tenía trabajo ni a donde ir. Describe episodios cíclicos de violencia de género, ya que luego de sucesivos momentos de agresión y arrepentimiento, Mariela decidía volver a intentarlo con la pareja. “Dos o tres meses y volvía lo mismo. Hasta que nos vinimos acá (Villa Argüello) en el 2000. Fue cada vez aumentando la violencia. Acá también pasó lo mismo de que por ahí me iba a la casa de alguien, estaba una semana, después volvía y así”.

En Villa Argüello Mariela consiguió diferentes trabajos informales y comenzó a comprar materiales para construir. La violencia, los encierros, el control del dinero continuaron, pero ella empezó a interactuar con algunas vecinas, también de Chaco, que padecían situaciones similares.

Entre esas vecinas conoció algunas que participaban del Frente, en el comedor Villa Nueva y en tareas de limpieza, y a fines de 2009, poco tiempo después de la mudanza, decidió que quería ingresar al movimiento, cansada de limpiar casas en el centro y necesitada de un mayor ingreso. Se encontró con que la situación de violencia que vivía le complicaba la posibilidad de cumplir con un “criterio” fundamental de la organización: asistir a las movilizaciones para conseguir los recursos. La pareja no quería que ella saliera a marchar, lo cual era un requisito importante para entrar en el listado de cooperativas: “única posibilidad de que entres es participando y ganándote el lugar, me dijeron”. Entonces Mariela se dio una estrategia: invitar a la marcha a su cuñada, la hermana del marido, para legitimar su participación allí. De esta forma consiguió comenzar a salir, conocer vecinos y vecinas e ingresar al listado de cooperativas. Su cuñada también se incorporó a participar.

Según Mariela, ingresar al movimiento implicó cambios profundos en su vida: poder trabajar en el mismo barrio, tener un ingreso que le permitiera ser más independiente, aunque bajo, fijo todos los meses y ciertas facilidades para la crianza. “Tiene cosas buenas, me dieron una mano. Ahí lo que tiene es que te entienden, es más flexible, a diferencia del trabajo donde no consideran los problemas personales”. Pero el cambio fundamental con el ingreso al movimiento se dio en el ámbito de la sociabilidad. Mariela conoció un grupo de mujeres y se animó a contar, en un momento extremo, que sufría violencia. Primero habló

con una de las mujeres más activas en el comedor y la cooperativa, y desde allí comenzó una cadena de solidaridades, una mujer contó a la otra, se consiguió el contacto de una psicóloga y desde allí el EG la contactó con un grupo de mujeres víctimas de violencia que se reunían para salir de la situación. Paralelamente empezó a participar en algunos talleres del EG. Cuando Mariela apareció en la cooperativa con varias partes del cuerpo quebradas, las compañeras le dieron apoyo para que pueda echar al marido, hacer la denuncia y pedir la exclusión del hogar. Armaron una red de comunicación para evitar ataques nocturnos por parte del agresor, que se presentaba en la casa queriendo entrar por la fuerza. Mariela entonces avisaba a sus compañeras quienes llamaban al 911 o se acercaban a la vivienda. El movimiento fue para Mariela en este tiempo, una ventana de salida hacia el exterior de su casa.

“Y ahí la verdad que me dieron una mano, fue también donde pude salir porque, una que era una ayuda económica y otra que también hasta me fui a un grupo de mujeres que pasaban mi misma situación, (...) y fue donde un poco abrí más los ojos. Porque era como que yo no veía, o estaba bien, o como que yo quería cambiar la situación y yo sola no podía cambiar, porque si él no intentaba cambiar, o intentaba un tiempo, después ya no, entonces, ahí como que maduré”.

Como también relatan otras mujeres entrevistadas que ya no participan en el Frente, los momentos más recordados por las mujeres en el marco de la organización están relacionados con las movilizaciones y en general las actividades callejeras. Para Mariela coinciden con los espacios que habían sido prohibidos por su marido y a los que logró ir. Recuerda dos: la primera que fue, un corte en el Puente Pueyrredón “llovía, ahí ganamos las cooperativas” y la marcha grande en el Encuentro Nacional de Mujeres. Viajó al ENM de Tucumán en 2009 porque desde la organización se decidió que pudiera viajar con sus tres hijos/as, en un momento de idas y vueltas con su pareja “No me iba a dejar que fuera yo sola”. Desde el EG, recuerda, la incentivarón para viajar, solventando su pasaje y el de sus tres hijos/as, dos de ellas, jóvenes adolescentes.

Meses después, sin embargo, diversos factores incidieron en que Mariela decidiera “salir” de la organización. Por una parte, el bajo ingreso que no alcanzaba ya, y, por otra parte, un proceso de alejamiento con las mujeres del barrio que estaban en la organización y que más habían estado acompañando durante la situación de violencia. “Cuando más necesité estuvieron. Me equivoqué, volví con el papá, me enteré que dijeron ‘yo no la ayudo más entonces’. Yo volví a caer una y mil veces. (...) Yo también me alejé cuando escuché que dijeron eso”. Al momento de la entrevista, Mariela afirma que se siente sola. A

pesar de haberle dado un “corte definitivo” a la relación con su ex pareja, siente vergüenza para volver a acercarse al comedor. Evangelina, una de las mujeres que acompañó el proceso desde el Frente y el barrio dice que siente “bronca por haberse jugado por ella”²⁴². Como es relatada, la decisión de Mariela de “salir” de la organización, no se explica desde una conveniencia material, sino vinculada a sentirse expulsada de una trama relacional en la que antes se sentía contenida.

Cuando fue entrevistada Mariela trabajaba como cuidadora de personas para una obra social. Estaba contratada, “precaria”, y hacía cuatro meses que no cobraba. “Me fui porque quería mayor ingreso, ahora no me alcanza, me arrepiento de haberme ido. Era poco lo que cobraba, pero todos los meses”. Por otra parte, señala diferencias con la organización del tiempo, siente que antes tenía más tiempo, trabajaba en el barrio, menos horas y podía resolver mejor la limpieza, la cocina, el colegio de las hijas, y trabajar a la tarde en limpieza a domicilio. “Si quería tenía libre sábado y domingo. Si tenía algún problema, podía faltar con permiso, para ir a tribunales, o llevar a mis hijas al médico”. Reconoce con pesadumbre que ahora tiene menos autonomía para la organización de sus tiempos, y depende más de la distribución de tareas reproductivas con sus hijas. “Ahora se me complica, Romi me ayuda porque no sigue estudiando”. Confiesa sus ganas de regresar al movimiento, pero esta vez, los errores que dice haber cometido le impiden animarse a volver.

En su trabajo nuevo participa de prácticas de protesta y organización “similares a las que aprendí en el movimiento”, debido a que están en un proceso de lucha para cobrar sueldos atrasados. Participa de reuniones y movilizaciones porque “es la única manera, reclamar tus derechos”. Estas continuidades dan cuenta que Mariela incorporó como propios parte de los repertorios de lucha aprendidos en el Frente, que forman parte de un acervo de las personas, más allá de su pertenencia coyuntural a un proceso específico. Igualmente reconoce “No me animo a hablar todavía. Nunca hablé en reuniones, será que siempre me dijeron que lo que decía estaba mal, que lo que hacía estaba mal”.

Un párrafo aparte merecen las reflexiones de Mariela sobre la participación en talleres y grupos de mujeres mientras estuvo en el movimiento. Para empezar, la posibilidad de desnaturalizar las situaciones de violencia. Las mujeres del movimiento “me decían que estaba mal que me pegara (...) Yo salí a los 16 años de mi casa, me junté con él. (...) Salí de alguien que me mandaba, que era mi papá, que por ejemplo no me dejaba salir, a otro. De un mandato a otro mandato”. Esta continuidad de la historia vivida en la casa de sus padres a lo que sufrió luego con su pareja se reitera como una constante en el relato. La madre que no se daba cuenta de la violencia, que había tenido en su vida dos parejas violentas, que nunca había hablado del tema con ella: “yo a mis hijas sí les hablo”, “no quiero que pasen por lo mismo que pasé yo”. Cuando habla de las causas de la violencia

²⁴² Nota de campo N°21, 14/03/2013.

hacia las mujeres menciona dos: el machismo, y la crianza desigual de varones y mujeres, que en su caso significó, “no saber relacionarse con otras personas y ser independiente”, y enfrentarse a un hombre criado para ser violento. Es muy autocrítica en relación con lo que transmitió a sus hijas durante el momento en que sufrió violencia y no pudo cortar con ella. No haber evitado que ellas vivieran lo mismo que había vivido siendo chica. Quizá por ello, Romina y Fiorella, las dos mayores de Mariela, formaron parte de los talleres de jóvenes en el FPDS CN, donde además de participar de la capacitación en oficio textil, lo hicieron en los encuentros de jóvenes sobre género y sexualidad.

Mirta

Mirta tiene 37 años al momento de la entrevista. Participa desde hace diez años en la organización en Berisso y vive desde hace dos años en un pequeño cuarto detrás del comedor de Villa Progreso con sus cuatro hijos/as. Se mudó allí tras separarse “escapando” de un marido violento con el que vivían en Arana, una localidad cercana a Berisso donde ella se había integrado inicialmente a las actividades del FPDS CN. Esta solución provisoria se fue extendiendo, por lo que Mirta se integró a participar de las actividades del nuevo barrio, así también sus hijas, y comenzó a estudiar la secundaria en el Bachillerato Popular que el Frente tiene en el barrio vecino de Villa Argüello, en el comedor “Los Amigos”.

Nació en Posadas, Misiones y sus padres son de Paraguay, “vivían de una chacra pequeña hasta que no les alcanzó y se mudaron a Misiones en busca de trabajo”. Luego a Buenos Aires y de vuelta a Misiones, en ese regreso nació Mirta, la menor de cuatro hermanos. La migración fue una estrategia permanente para su familia. Dice que a su padre nunca lo vio. Su mamá en Posadas era “pasera”, es decir, tenía un puesto en el mercado, dedicado a tomar pedidos para pasar productos a través de la frontera a personas paraguayas que no podían hacerlo legalmente. “Mi mamá no tenía estudio, no sabía hacer otra cosa”. Estaba todo el día, desde las cuatro de la mañana allí, y Mirta por ser la menor hasta los seis años acompañó allí a su mamá, por lo que “vivía todo el día en la calle”. Cuando una persona ligada a Cáritas se dio cuenta que la niña no asistía al colegio le propuso a la mamá conseguirle un cupo en el Hogar de monjas Santa Teresita, una escuela pupila para niñas de entre seis y catorce años. “Rezar, limpiar y estudiar”, con esos infinitivos verbales recuerda Mirta los años de pupila.

En el Internado vivió junto con otras 200 chicas “con el pelo rapado, todo era pecado, todo el tiempo estábamos rezando, nunca veía a mi familia, tenía una pared alta, no

sabíamos nada de lo que pasaba afuera”. No tenían relación con los varones, porque según las monjas eso era malo, así como realizar actividades que caracterizaban como varoniles, como andar en bicicleta. El contacto con los varones estaba vedado, y aquello se combinaba con la difusión de ideas falsas sobre la sexualidad: “nos decían que si dejábamos que un hombre nos diera un beso, quedaríamos embarazadas”. Mirta rememora llorando una situación vivida allí: “Cuando me manché de sangre con mi primera menstruación me acusaron de haber estado con un varón. Hasta me hicieron un control con un ginecólogo”. Recuerda también los castigos: arrodillarse en maíz bajo el sol del mediodía de Misiones, y afirma “con mis hijos traté de hacer lo contrario de lo que me hacían a mí”.

Este desconocimiento y demonización de la sexualidad llevó a Mirta, según sus palabras, a que en su primera relación le fuera muy mal. “Mi mamá me enseñó a que estaba, como dicen en Misiones, para servir al hombre, y que yo tenía que adaptarme a esa manera. Yo me adapté a esa manera y obedecía”.

Luego del internado, Mirta aprendió el oficio de su mamá y se dedicó a trabajar de “pasera” durante varios años. Once años atrás, ya juntada y con sus hijos mayores se mudó hacia la provincia de Buenos Aires, más específicamente al barrio Arana.

La situación familiar para Mirta era opresiva: “pasé del control del colegio al de mi marido”. No tenía familiares cerca, no salía prácticamente de la casa, no manejaba dinero, no podía relacionarse con vecinos o vecinas. A estas modalidades de violencia se sumaba la verbal y física. Mirta quería estudiar la secundaria, y el marido se lo prohibía. Cuando asistía a la salita, la médica la aconsejaba que tenía que hacerlo, que estudiar era su derecho y que no se lo podían negar. Discutía con su marido, quien le decía que ella quería ir a la escuela para verse con hombres. Hasta que en un momento accedió a que Mirta estudiara, anotándose él también para terminar la secundaria: “no estaba ahí por él, sino para vigilarme”.

Varios procesos simultáneos y entrelazados se combinaron para que Mirta fuera, de a poco, cortando la relación de violencia conyugal. Entre ellos menciona la llegada al barrio de los “Garabatos”, grupo de trabajo barrial (que forma parte del FPDS), que comenzaron a vincularse con ella a través de la relación con sus hijos/as. A partir de esa cercanía, Mirta empezó a vivenciar festejos y jornadas más amplias “a ver más gente”. Al principio se integró acompañando a sus hijos/as a alguna actividad puntual; luego, como bibliotecaria de la Biblioteca Popular que la organización impulsaba en el barrio junto con los/as vecinos/as. “Así se fueron metiendo”, dice, “después empezaron a invitarme a charlas de mujeres”.

Cuando surgió la posibilidad de sumarse a trabajar en la cooperativa de trabajo del Frente consiguió que su marido se lo permitiera, debido a que implicaba un ingreso nuevo en la magra economía de la casa. “Me involucré en el proyecto para tener una entrada propia”. La entrada en la cooperativa significó que tuviera algún dinero que sentía propio y la chance de ir a nuevos espacios.

Mientras tanto, la situación de violencia que vivía recrudecía, hasta un punto culmine en que también fueron golpeados gravemente sus hijos. En ese momento Mirta dijo “‘basta’: la decisión la tenía tomada hace mucho, pero sentía que no conocía a nadie, no sabía cómo hacer”. Allí se activaron toda una serie de redes, a partir del ingreso del Frente a abordar directamente el problema en conjunto con Mirta. Ella recuerda que, desde el movimiento averiguaron dónde hacer la denuncia, le consiguieron donde quedarse lejos del peligro, mudaron sus cosas, cuidaron a sus hijos/as durante el proceso. En relación con la decisión de darle un corte a la violencia padecida, además de la participación en talleres con otras mujeres y de sentirse “más útil”, Mirta afirma que la ayudó mucho tomar contacto con información sobre violencia de género por medio de los medios de comunicación. Luego vino el derrotero judicial: a pesar de haberse realizado la denuncia y que formalmente la justicia dictó la exclusión del hogar del victimario, la justicia no efectivizó la medida. Y el marido de Mirta nunca dejó la casa ni el barrio. Ella eligió entonces la solución provisoria – devenida luego en permanente- que le ofrecieron desde el Frente, de ocupar el pequeño cuarto detrás del comedor de Villa Progreso, Berisso, junto a sus cuatro hijos/as. Decidió que era mejor vivir hacinada que seguir viviendo con miedo.

En su relato la lucha individual (de Mirta para salir de la violencia) y la colectiva (del Frente por una vida digna) aparecen mezcladas, retroalimentándose: “la organización es la unión de luchar y conseguir”, y, “antes que estaba sola nunca logré nada”. Es decir, la soledad está vinculada en su relato a una historia de sujeción y aislamiento, mientras que construir con otros/as es un pre-requisito para liberarse de opresiones. Es decir, el cambio individual aparecía asociado a un cambio colectivo y viceversa. Por otra parte, esta relación entre lo público y lo privado fue tensionada, puesta en cuestión desde la organización. El Frente, no solamente pero fundamentalmente a partir de su espacio de géneros, se internó en la vida íntima de Mirta y accionó apoyando su decisión, haciendo de un drama personal, una bandera política.

Al mudarse a Berisso pudo empezar a participar con mayor tranquilidad en el movimiento. “Para mí ahora es como que recién estoy empezando a vivir”. Esta mudanza significó un salto en su autonomía. Aprendió a salir de su casa, a tomarse colectivos, empezó a organizar sus tiempos y, como parte de esto, a participar más en el Frente. “Ahora veo la realidad. En la organización me siento útil, antes no me sentía capaz, la

organización me ayudó a desenvolverme. En el colegio y en mi casa me controlaban y retaban, en la organización no”.

Rescata como un momento clave la participación, durante dos años consecutivos, en los Encuentros Nacionales de Mujeres. Como afirman también otras mujeres, Mirta inicialmente viaja al Encuentro para salir de su casa y conocer otros lugares: “sinceramente (...) a mí me sirvió en ese punto, y de paso informarme de otros lugares, de cómo trabajan en otros lados”. En los Encuentros se relacionó con mujeres con problemas parecidos y “empecé a entender un poco”. Por otra parte, comenzó a admirar a aquellas mujeres activistas que se animaban a hablar, que “no se sentían menos que nadie, que se sentían importantes; yo nunca me vi así, siempre abajo”, afirma. Y en relación con sus compañeras de la organización y del barrio siente que las admira, por lo que saben y por cómo hablan. Y las ve a todas “realizadas, tengan pareja o no, hijos o no” y se siente muy atrás por haber perdido su niñez y adolescencia.

Junto con la participación en la organización, se abrieron otros espacios de relación para Mirta. Entre ellos, un grupo virtual de seguidores de música rock. “Antes (en el colegio) no me dejaban escuchar música. Me metí en religiones tratando de buscar mejoría, donde tampoco te dejaban escuchar”. Por eso parte de “comenzar a vivir” significó para ella relacionarse desde la música con otras personas. “Recién ahora empecé a tener amistades, antes no tuve. Donde estaba no se podía porque cada una tenía que cuidar sus cosas, la única muda de ropa que teníamos, si la agarraba otra persona era para pelea. A mí me tocaba el número 7, otra lógica”.

Para ella la organización significa “una unión de luchar y conseguir”. Y esta definición está basada en su experiencia personal “yo lo comparo conmigo, porque yo antes que estaba sola nunca logré nada, en todos esos años. Cuando me empecé a unir y organizar con los chicos es que logré ahora mi libertad, por ejemplo. Y poder conocer más gente, otros lugares, de luchar por lo que quiero”. Otro valor que rescata como presente en las prácticas del Frente es la igualdad. “Nadie es más que nadie, ni menos que nadie, tanto el hombre como la mujer como en clases sociales, en la organización no hay ni pobres, ni ricos, yo ahí como veo, eso también me hizo sentir bien. Que no hay discriminación. En otros lados sí, en un barrio lo ves y lo sentís: la desigualdad social. Pero acá en la organización no”. Si bien no tiene una definición precisa de lo que significa ser feminista, el sentido que le asigna al término también proviene de sus vivencias: “Ahí me mataste, jeje. ¿Qué sería feminista, luchar por algo que uno quiere? Ponele, es un acto feminista lo que hice yo, ¿no?, el de pelear porque mis hijos estén un poco mejor, desde el punto femenino y como mamá, porque un hombre no lo hace, o lo hace, pero son muy pocos”.

Un día en la vida de Mirta empieza temprano, despertando a sus hijos, llevándolos a la escuela; luego de trabajar en el barrio, retira a sus hijos y sale a trabajar “afuera” en limpieza de casas. Más tarde, participa en reuniones. Una parte importante de su día se desarrolla fuera de su casa y en ámbitos colectivos. Estudia la Secundaria, participa en un grupo de lectura de la Biblia, y en uno de seguidores/as de bandas de rock platense. En su cotidianeidad se entretajan prácticas y pertenencias aparentemente contradictorias y que no están ligadas solo a la supervivencia material, sino a la satisfacción de “desesidades”. Mirta va construyendo su feminidad, su modo de ser mujer en estas múltiples tácticas, elecciones, que se habilitan cuando logra -en el marco de un colectivo- romper con la situación de violencia que la confinaba dentro de una pareja violenta.

Los relatos biográficos de Mariela y Mirta tienen en común que fueron narrados desde una problematización de las relaciones de géneros a lo largo de sus vidas. Evidencian un cuestionamiento a la familia, a las instituciones por las que pasaron y explican desde allí la violencia de género que vivieron en sus parejas. Mariela decía “pasé de un mandato a otro mandato”, para referirse al tránsito del encierro que le imponía su padre a las violencias que sufrió por parte de su marido. Mirta definía “de la escuela al marido” para hilar este pasaje entre instituciones en el marco de las cuales sufrió opresión patriarcal.

En ambas lecturas se visualizan marcas de discursos problematizados en clave de género, donde el encuentro con otras mujeres fue fundamental. “Me decían que estaba mal que me pegara”, recuerda Mariela; mientras que Mirta pone en valor su paso por estos espacios: “ahora veo la realidad”. La politización de los problemas íntimos es clave en las definiciones del EG y el acompañamiento de estas situaciones es una práctica corriente en las organizaciones de mujeres y feministas. En ambas situaciones desde el Frente se aportó en el acompañamiento legal y psicológico, en el caso de Mirta además la vivienda y en el de Mariela la flexibilidad en el cumplimiento del trabajo en la cooperativa. Es decir, a instancias del EG, la organización realizó un abordaje de las problemáticas derivadas de la violencia de género al mismo tiempo que promovió la inserción de las mujeres en espacios colectivos con otras mujeres como lo talleres y el Encuentro Nacional de Mujeres. En relación con los ENM, en ambos casos Mirta y Mariela desde el EG se flexibilizaron los “criterios” de viaje para que pudieran asistir: lo hicieron gratis y con la totalidad de sus hijos/as pequeños/as, lo que da cuenta la importancia adjudicada a este espacio para impulsar cambios en las mujeres.

Pero además, a través del tiempo se puede observar que la reiteración de las situaciones de violencia de género en los temarios de las asambleas, fue acompañada de la construcción de “criterios” específicos sobre el tema desde el EG que el Frente debió hacer propios. Se escuchó en una reunión de mesa, “si un integrante del Frente es denunciado por violencia, se le cree a la mujer, y él se tiene que ir de la organización”²⁴³. Claro está que en las situaciones específicas se constataron debates sobre, por ejemplo, la veracidad de las denuncias, pero, sin embargo, el “criterio” se terminó cumpliendo – a instancias de posicionamientos firmes de integrantes del EG externas al sector territorial y también mujeres de los barrios identificadas con esta posición. De esta forma “No hay lugar para violentos en la organización” se volvió una frase repetida, como aquellas que ya recuperamos de “decidimos todo en asamblea” o “no tenemos patrones”.

Al igual que en la biografía de Mirta, en el recorrido de Mariela se entrelazan crianzas bajo una ética reaccionaria, situaciones de violencia de género y la ruptura de la misma a partir de la inserción colectiva. Sin embargo, mientras que Mirta se involucró en lo colectivo porque “empecé a entender” y el movimiento es la “Unión de luchar y conseguir”, en el caso de Mariela, la propia experiencia de la violencia que la acercó al Frente y al EG, marcó su alejamiento posterior de la organización. Nunca se produjo por su parte un involucramiento en actividades del movimiento más allá de los “criterios”, sino que siempre se refirió al Frente como un espacio que “me ayudó”. En un momento de su vida, la participación en el Frente fue una práctica que le permitió a Mariela realizar cambios en su feminidad, que no están ligados en su caso a hacer suyas las consignas políticas de la organización.

3. Patricia y Marta, en el Frente y en la Iglesia

En este apartado se reconstruyen los relatos de dos mujeres que participaron del Frente en dos comedores distintos en períodos de tiempo muy dispares, pero que tienen en común que al mismo tiempo que cumplen los “criterios” del movimiento, expresaron desacuerdos con lineamientos políticos y formas de construcción del mismo. En ambos casos, además, las mujeres participan en iglesias, realizando diversos modos de valoración de sus propuestas en relación con las del Frente.

²⁴³ Nota de campo N°27, 06/08/2013.

Patricia

Patricia al momento de la entrevista tiene 40 años y participa hace algunos meses en el Frente. Nació en Ensenada, localidad lindera a Berisso, tiene cuatro hijas, es jefa de hogar y vive en Villa Argüello desde hace cinco años, en una zona de reciente asentamiento de provincianos, por lo que se integró al Comedor “Los Amigos”, ubicado a pocas cuadras de su casa.

Relata que durante su infancia y adolescencia vivió encerrada debido a la disciplina familiar prescrita por un padre policía durante la época de la dictadura, del cual recuerda haber sufrido abusos. A los quince años se puso en pareja para “huir de mi casa” y quedó embarazada. Desde ese momento comenzó un derrotero por sobrevivir en diferentes asentamientos y mezcla de trabajos precarios con asistencia social, “me la rebuscaba”. Mientras tanto, siguió haciendo cursos para mejorar sus posibilidades laborales, pero con grandes dificultades para relacionarse con las personas “no hablaba con nadie, me encerraba, ponía excusas para no salir de mi casa”. Luego de varias parejas, situaciones de violencia de género y problemas graves de salud llegó a Villa Argüello con sus hijas.

Participó en el comedor “Los Amigos” del Frente durante algunos meses, en 2015. Se integró, según comenta, porque su familia no tenía qué comer y una vecina la invitó al comedor a retirar la comida. Así se sumó a cocinar algunos días por semana. No fue su primera experiencia en un comedor, ya lo había hecho diez años antes en un comedor de otra localidad, Los Hornos (“un comedor de un político”), por lo que inicialmente su tarea culinaria comunitaria era conocida para ella. Sin embargo, lo más dificultoso para Patricia fue cumplir con el “criterio” de la participación en las asambleas y en las movilizaciones. “Y pensar que yo dije: odio los piqueteros, ahí está, jeje. Estaba de marcha en marcha acá en La Plata”. Precisamente, la mayor dificultad que señala tiene que ver con la necesidad de salir de su casa para realizar las actividades colectivas.

“Yo siempre poniendo de excusas a mis hijas para no salir de mi casa -se ríe-. Y bueno, a mí me cuesta mucho salir, yo no salgo a la plaza, es muy raro que yo les diga: vamos a pasear. Es como que salgo de mi costumbre, es una costumbre. El ser humano es un animal de costumbre”. La mayor dificultad que Patricia señala tuvo que ver con la toma de la palabra en los ámbitos colectivos, el tiempo que le llevó conocer al grupo, entender de qué se hablaba en las asambleas: “Yo me quedaba ahí, escuchaba, anotaba todo lo que decían y pensaba: vamos a ver de lo que dicen cuanto cumplen, a ver si es tan cierto, a ver si son tan diferentes”. Recuerda que asociaba lo que se hablaba en las asambleas con las experiencias que había tenido en su vida de cercanía con los políticos, “‘Políticos’, decía yo. ‘Si conozco políticos desde la cuna, puro chamuyo’”. A pesar de participar en las asambleas, decidió no ir a ningún otro espacio de reunión del Frente al que fue invitada:

“Caty me invitó a un taller sobre el 24 de marzo, el tema de la dictadura. No pude ir, estaba con las nenas en el hospital”.

A pesar de sus resistencias a participar más activamente, Patricia reconoce que “las respuestas se recibieron, porque yo cuando fui a la [marcha] del Bingo, que fue la última que se hizo fuerte por la carne y las cosas navideñas, yo recibí lo que se había propuesto, no es que no recibí nada. Lo que se proponía, en cada marcha yo lo recibía. También fui por lo de, cuando hubo un paro general que era para quejarse no sé de qué cosa. Ah, para que no cerraran los comedores de escuela. Fuimos para eso, hubo una marcha así y yo fui. Y bueno, mi hija va al comedor de la escuela”.

A pesar de haber aceptado los “criterios” del Frente al integrarse, desde el inicio Patricia había avisado que cuando surgiera otro trabajo “más tranquilo” se alejaría del movimiento.

A contramano de sus resquemores y dificultades para participar del movimiento y cumplir sus “criterios”, participa asiduamente desde hace más de cinco años de una institución con la que sí dice acordar completamente con su metodología: la Iglesia Universal, la cual constituye una rama dentro del evangelismo. A pesar de haberse pensado atea durante gran parte de su vida, se integró a la iglesia debido a una situación límite: el diagnóstico de un cáncer terminal. Según Patricia, se salvó gracias a la fe y a partir de ese momento “voy a la iglesia todos los días”. Es interesante el contrapunto con cómo vivencia ambos espacios, el del Frente y el de la iglesia, porque mientras que el primero es un espacio incómodo, porque tiene que salir de su casa, escuchar, hablar y relacionarse, la participación diaria en la Iglesia no le genera malestares.

“Yo voy todos los días. Hago oración para ayudar a la gente que necesita. He ido a psicólogo y psiquiatra. Pero en la iglesia encuentro que hay una forma psicológica de ayudar. La gente mayormente cuando le dan una mala noticia se tira para abajo. En la iglesia te inyectan positivismo (sic), como para que sigas adelante de otra forma (...) En la iglesia te dicen: ‘vos vas a salir adelante, confiá en dios, tu fe te va a ayudar’. Te dan pilas como para seguir, y la posibilidad de decir, ‘tengo posibilidades, hay esperanza’. Por eso mi hija se llama Esperanza”. Una diferencia importante que señala Patricia entre ambas entidades es que mientras que en el Frente “te prometen y no siempre cumplen”, en la iglesia hay una “asistencia social directa, te dan en el momento lo que tienen, lo que necesitás, no tenés que hacer nada más”. Y donde por otra parte, no hay una propuesta explícita de cambio familiar o social.

Además, rescata el componente humano de la iglesia, donde siempre “saben qué problema tenés, te escuchan, te van a ver a tu casa, te dicen que todo va a estar bien”.

Según puede entreverse en el relato de Patricia, toda la incomodidad que le generó la participación en un movimiento que plantea “criterios” de pertenencia ligados a la práctica política, no aparece cuando narra su participación diaria en la iglesia, que solo le “da” sin pedir nada a cambio. Por otra parte, al conflicto instalado permanentemente en los espacios de deliberación del Frente, “donde se discute mucho” y el enfrentamiento establecido en cada movilización contrastan con la armonía y aceptación “sin prometer nada más” que brindaría la iglesia.

En el caso de algunas mujeres, como Patricia, la participación en el Frente planteó una incomodidad insostenible en relación con los sentidos de la feminidad con que ella organizaba su vida familiar y social, por lo que la consecución de un recurso alimentario o dinerario no fue suficiente para justificar su continuidad en el espacio colectivo. En su caso, entonces, hubo una decisión de dejar de participar en el movimiento, luego de pocos meses de hacerlo y continuar haciéndolo en la iglesia. Sin embargo, como veremos a continuación, la participación en alguna iglesia no es incompatible para otras mujeres con la participación en una organización antipatriarcal.

Marta

Entre las mujeres que fueron renuentes a ser entrevistadas individualmente se encuentra Marta, por lo que este relato se realizó en base a su participación en una entrevista grupal anteriormente citada. Paraguaya de nacimiento, migró hace quince años directamente a Berisso con dos hijas y un hijo en edad escolar. Además, tiene un niño de 4 años nacido en Argentina. Tiene 30 años, y se nombra como “madre soltera” y “jefa de hogar”. Vive en el asentamiento más reciente en Villa Argüello y participa desde hace más de 10 años en el Frente, variando de grupos de trabajo e incluso de asamblea barrial.

A pesar de verbalizar en los espacios colectivos desacuerdos con actividades propuestas por fuera de los “criterios” (“no me interesa participar de eso”, “yo me quedo en mi casa”, “yo me quedo con mi hijo”), nunca interrumpió su participación en la organización, aunque raramente participa de actividades que excedan los “criterios” de pertenencia. Al mismo tiempo, asiste a la iglesia Pentecostal del barrio. Como se advierte en la escena inicial, Marta es renuente a participar de las actividades propuestas por el EG por desacuerdos ideológicos en torno al rol de las mujeres y la maternidad. Distingue entre “las feministas” y “nosotras”, refiriéndose, quizás, en primer lugar, a las participantes del EG y a las mujeres que participan de las actividades convocadas desde esta instancia, y por otra parte, a las mujeres del sector territorial del Frente que no acuerdan con la necesidad de cambiar las relaciones de géneros.

A pesar de esto, en una oportunidad aceptó participar junto a otras vecinas en un taller sobre géneros y sexualidades planificado en el marco del trabajo de campo en el comedor “Juanito Laguna”, al que también asistió Natalia, una de sus hijas adolescentes. Inicialmente, Marta dijo que no quería quedarse en ese espacio porque la religión no permitía hablar de esas cosas “sucias”. Pero luego, a partir de la configuración de un clima de mayor intimidad e incluso buen humor entre las mujeres, se sentó a la mesa y participó de todo el taller. La metodología del espacio, más centrada en plantear preguntas abiertas y abrir debates que en compartir opiniones concluyentes, permitió la emergencia de tensiones que se manifestaron en los relatos de Marta sobre la iglesia y sus preceptos sobre la familia y las mujeres y las vivencias personales al respecto. De esta forma, Marta alternó recomendaciones eclesiales contra la práctica del sexo con opiniones como “el sexo es lindo”, a pesar de que “desde que estoy ‘en el camino’ no siento deseos”. Asimismo, aparecieron en su relato concepciones encontradas sobre lo social entre la iglesia y el movimiento “me dicen en la iglesia que hay que cerrarse, que no hay que relacionarse con nadie fuera de la iglesia”; mientras que en el Frente dicen que hay que relacionarse con el barrio. “Yo pienso- dice Marta- que quedarse en la casa es aburrido”. En la práctica lo que se visualiza es una participación crítica de Marta en ambas instancias, el Frente y de la Iglesia. De hecho, al finalizar el taller expresó: “si el pastor supiera que estuve hablando sobre sexualidad...”. Asimismo, en asambleas barriales, Marta suele expresarse en contra del feminismo mentado desde el EG y el Frente.

Tanto la organización como la iglesia promueven sentidos dispares incluso contradictorios sobre la feminidad, que Marta articula tensamente en su cotidianeidad. En el caso de su participación en el Frente, Marta opta por cumplir con los “criterios”, siendo renuente – a veces explícitamente- a realizar otras tareas de referencia, y contraria a participar de actividades promovidas por el EG o vinculadas con las luchas antipatriarcales. Por otra parte, a diferencia de lo que plantea la iglesia, Marta participa de movilizaciones callejeras y debates con sus vecinos y vecinas. O realiza críticas a la exigencia del diezmo por parte de la iglesia. Sin dejar de participar en ninguno de los dos espacios, parece elegir qué preceptos o propuestas acepta de cada uno. En relación con las iniciativas y argumentos compartidos en el EG, por ejemplo, si bien se posiciona en contra de las demandas por la legalización del aborto y el respeto a la diversidad sexual (“Dios nos hizo varón y mujer”), permite que sus hijas adolescentes participen de actividades de formación en géneros e incluso de los ENM, porque “los jóvenes no saben nada”.

Los modos de participación en el Frente de Patricia y de Marta tienen puntos de contacto por tratarse de mujeres que se limitaban al cumplimiento de los “criterios” de pertenencia, optaban por no desarrollar otras actividades por fuera de ellos. Sin embargo,

mientras que Marta tiene una participación continuada durante diez años, Patricia sólo participó algunos meses, retirándose de la misma poco tiempo después de ser entrevistada. En ambos casos, las tareas realizadas por ellas en este marco son cocinar en el comedor, preparar alimentos en la copa de leche y asistir a las asambleas semanales y movilizaciones. En el caso de Marta, además, trabaja en la cooperativa de mantenimiento barrial.

Patricia tiene experiencias previas de participación en comedores barriales, lo que no sucede con Marta. A pesar de ello, no se define una integrante de un colectivo, sino que su participación en el movimiento es relatada como una práctica más de búsqueda de recursos materiales que llevaba adelante que no llega a plantearse como una práctica de sostenibilidad de la vida en sentido amplio, de satisfacer sus “desesidades”. Además, manifiesta una oposición a “los políticos” y dentro de ese conjunto incluye a la organización, considerada como algo externo no se sentía parte del Frente, sino que “anoto todo a ver si cumplen”. Mientras que afirma que “siempre estoy poniendo a mis hijas de excusas para no salir de mi casa”, y que no participaba de actividades a las que era invitada desde el Frente, planteaba que diariamente asistía a la iglesia.

A diferencia de lo ocurrido con Mariela o Mirta, las vivencias de violencia de género de Patricia no la acercan necesariamente en una asimilación de la propuesta antipatriarcal del Frente. Por el contrario, durante su período de participación no tuvo relación con actividades del EG, ni referencia esta definición del Frente.

Marta, en cambio, lleva, al momento de la entrevista, diez años de participación en el Frente en los comedores y en la cooperativa, sin dejar de cumplir los “criterios”. Sin embargo, en los ámbitos colectivos como las asambleas, suele expresar sus desacuerdos con la línea política del Frente en relación con lo antipatriarcal. Como se vio en la escena inicial, plantea que no asistiría al campamento del EG porque “las feministas no están de acuerdo con nosotras”.

Si bien Patricia no alude directamente a la definición de antipatriarcal del Frente, en su relato pueden rastrearse algunos pares dicotómicos de ideas con los que explica por qué no se sentía vinculada a los preceptos del Frente y sí a los de la iglesia de la que participa. Ellos son: conflicto y armonía, cuestionamiento y optimismo [“positivismo” en sus palabras]. Además, explicaba que se trata de espacios donde “te dan” o “te ofrecen” cosas distintas. En otras palabras, en la resolución de las “desesidades” Patricia elige insertarse cotidianamente en una institución que, si bien en lo material provee menos soluciones que el Frente, se sentía más contenida, porque coincide con sus deseos y su forma de pensarse como mujer y como persona.

Efectivamente, varias de las mujeres que fueron entrevistadas en esta investigación deciden organizar su tiempo entre participación en el Frente y en alguna iglesia, aceptando los valores y los códigos de trabajo de espacios disímiles y en algunos casos, haciendo dialogar los sentidos en juego en cada uno. Excede el objetivo de este trabajo analizar los vínculos de las personas con la religión y las iglesias. En cambio, sí es pertinente pensar cómo las mujeres entrelazan sus múltiples pertenencias, y entre ellas la participación en una iglesia, para la resolución de “desesidades” y también en la construcción de su feminidad.

Como dijimos, otras mujeres también mantienen diversas pertenencias en coexistencia. Dominga y Antonita, migrantes bolivianas que viven en el asentamiento con sus maridos e hijos/as, participan del Frente y de la Iglesia Evangélica del barrio. En el caso de Antonita, también decidió viajar al Encuentro Nacional de Mujeres, mientras que Dominga no lo hizo, según plantea, porque sus embarazos y períodos de lactancia se lo impidieron. Para Antonita, la participación en el Encuentro implicó una disputa con el marido para poder viajar, y una reorganización de los cuidados que la liberaron durante algunos días de sus tareas señaladas según ella para las mujeres en la iglesia.

En medio de su búsqueda de espacios colectivos, como dijimos, Mirta asiste a un grupo de lectura de la Biblia en la parroquia del barrio. Allí, dice “llevo todos los debates del Espacio de Géneros. Ellos me escuchan y no me dicen nada, son abiertos”, plantea. “De aborto no hablo, pero sí de todo lo demás”. En cambio, cree que en las asambleas del Frente no se habla suficiente del tema “por qué no hablamos más de aborto, de las consejerías²⁴⁴, creo que tendríamos que repetir el número de teléfono en cada asamblea, así las compañeras saben dónde llamar”. Por consiguiente, según se advierte, dentro de las estrategias de Mirta para formarse y conocer nuevas cosas, convive la participación en espacios con significaciones ideológicas encontradas, entre las que ella conforma sus visiones de mundo y su modo de ser mujer. Por sus creencias religiosas decide participar de un espacio que le permite compartirlas, pero al mismo tiempo elige intervenir en un colectivo que se posiciona contra valores tradicionales y religiosos sobre las vidas de las mujeres.

Estas formas críticas de participación paralela por parte de las mujeres en una iglesia y en el Frente pueden advertirse en numerosos testimonios. Evidentemente estas mujeres elijen qué preceptos, normas y propuestas de la iglesia y del Frente acatar, por motivos que no están ligados solamente a la satisfacción de necesidades básicas, sino de sostenibilidad de su vida en sentido amplio, es decir, de resolución de sus *desesidades* materiales, espirituales y de sociabilidad con otros/as. Marta, Dominga y Antonita mantienen esta

²⁴⁴ Hace referencia a las Consejerías Pre y Pos Aborto, colectivas autogestionadas que frecuentemente son contactadas por las mujeres en forma telefónica en el caso de querer interrumpir un embarazo y necesitar asesoramiento.

participación cotidiana en espacios con propuestas ideológicas contradictorias y formas diferentes de pensar la feminidad, lo que sin dudas, plantea una necesidad permanente de negociar, redefinir, elegir modos de ser mujer en cada contexto

En algunos debates, sin embargo, la negociación es más complicada. Por ejemplo, en los debates sobre la interrupción voluntaria del embarazo y ante denuncias de la violencia de género, participar de espacios con propuestas opuestas genera alejamiento y enojos por parte de algunas mujeres que piensan, como Marta, que “las feministas no van a estar de acuerdo con lo que nosotras decimos”.

Dentro del Frente, las iniciativas del EG en estas temáticas frecuentemente generan resistencias y malestar en mujeres que coinciden con la propuesta eclesial de armonización familiar y conservación de un rol tradicional femenino, que muchas veces van en sintonía con los discursos de sus parejas y sus costumbres familiares. A su vez, las diferentes opiniones y decisiones de las mujeres en estos asuntos escenifican conflictos intragéneros en el marco del Frente, que permiten la identificación más plena de algunas mujeres con los lineamientos políticos y una escasa participación en aquellas actividades y propuestas que cuestionan los pilares de la feminidad tradicional. Sería objeto de otro trabajo analizar lo ocurrido en los últimos años con la masificación de las luchas de mujeres y feministas en nuestro país, fundamentalmente alrededor de la demanda de legalización del aborto y cómo este debate, creemos, radicalizó las posiciones en diversos ámbitos a favor y en contra²⁴⁵.

Pero, como evidencia la diversidad de los relatos, el proceso de construcción de feminidades es dinámico, y no es unidireccional. Si bien en algunos casos se observan momentos de ruptura con sentidos previos, esto no se manifiesta en etapas hacia un estadio deseable de autonomía. Son, en cambio, procesos cotidianos que tensionan a cada una, impulsándolas a participar en un momento y a dejar de hacerlo en otro, a adscribir a ciertas propuestas políticas y no a otras dentro de un mismo colectivo, e incluso a hacer convivir visiones encontradas que no necesariamente se resuelven en itinerarios guiados por una coherencia formal de objetivos y valores.

²⁴⁵ En los ámbitos colectivos barriales promovidos por el Frente se han planteado resistencias explícitas por parte de vecinos/as a movilizarse a favor de este derecho, sustentadas en motivos religiosos y personales que no se habían constatado en el tiempo de trabajo de campo.

Mujeres y participación política: más allá de las dicotomías

Las propuestas desde el Frente –desde el EG en particular- en relación con la transformación de las relaciones de géneros han atravesado y atraviesan conflictivamente la vida de las mujeres, interactuando con otras prácticas y pertenencias femeninas que constituyen su cotidianeidad.

Para analizar la apropiación subjetiva que cada mujer realiza de su participación política en diálogo con sus múltiples experiencias, nos resulta útil el concepto de construcción de feminidades de Guadarrama Olivera entendido como

“un proceso de construcción continuo y permanente, entendiendo con ello que la feminidad es flexible y mutable, lo que permite a las mujeres realizar cambios sustantivos en sus actuaciones y discursos genéricos. (...) la feminidad no es fija, que la posición que ocupan las mujeres respecto a los otros varía a lo largo de su historia vital, que son sujetas sociales activas, que formulan constantemente oposiciones a su condición de subordinación y que tienen la capacidad para transformar los roles asignados socialmente o realizar transgresiones a los mismos. Por ello, la feminidad hay que pensarla como un proceso activo, complejo y variable, resultado de contradicciones y redefiniciones constantes que están presentes en la formación de sus estructuras simbólicas, y de las experiencias de vida de las mujeres” (2001: 88).

Partiendo de la definición anterior, se considera a la construcción de la feminidad como un proceso subjetivo de definición de qué es y qué no es ser “mujer” para cada persona, qué prácticas y deseos están habilitados y cuáles no, cómo son y cómo deben ser las relaciones de géneros y la división del trabajo y del tiempo, fundamentalmente. Como se dijo, la construcción de feminidad es dinámica y se visualiza a través del tiempo.

En relación con las feminidades, Guadarrama Olivera distingue entre mujeres “activas” y “pasivas” dentro de las organizaciones populares. Por una parte, aquellas mujeres que participan en colectivos sociales organizados para supervivencia sin realizar cambios en sus roles de género y conservando un discurso tradicional sobre las relaciones entre los géneros. Es decir, “participan dentro los límites que les impone su función tradicional como reproductoras”, sin incorporar “una orientación social más amplia o incorporar algún objetivo político definido” (2001:86). Por otra parte, menciona a aquellas más activas que han hecho suya una serie de aprendizajes (entre ellos vinculados a las desigualdades de géneros) que las lleva a “complejizar sus prácticas cotidianas y a adoptar otras actuaciones sociales, como decidir cambios en sus vidas, reorganizar la rutina

doméstica, comprometerse con el trabajo comunitario, o modificar sus opiniones y puntos de vista sobre esferas de la vida de mujeres y hombres” (2001:87).

Por una parte, la clasificación precedente es interesante porque coincide en cierta forma con aquella diferenciación aludida desde las mujeres, y porque se pone en el centro de la distinción una serie de aspectos vinculados con la construcción de la feminidad, sobre todo la obligatoriedad para las mujeres de garantizar trabajo reproductivo y de cuidados en los hogares y en lo comunitario. Asimismo, se acuerda con el planteo de que algunas mujeres deciden reorganizar su vida doméstica en función de la participación política y de un cambio en sus concepciones.

Sin embargo, aquí es necesario plantear una discusión. En primer lugar, sobre la pertinencia de los términos “activas” y “pasivas”. Como se viene desarrollando, todas las mujeres de sectores populares entrevistadas son “activas” en la realización y gestión de sus múltiples trabajos cotidianos y en la configuración de relaciones sociales que componen lo comunitario. Además, han decidido organizarse para resolver sus vidas. Por último, dentro del Frente realizan las tareas que constituyen “criterios” de pertenencia a la organización, y que representan una carga de trabajo cotidiano e ininterrumpido y eligen qué actividades realizar y cuáles no, por fuera de estos “criterios”. Por lo tanto, la pasividad no es un rasgo que pueda asociarse a ninguna de ellas ni, más ampliamente, a ningún actor social pensado como sujeto de agencia.

Pero, por otra parte, la división tajante entre mujeres “activas” y “pasivas”, no permite explicar cómo Mariela, quien afirma que en el movimiento “abrí más los ojos”, “me sentía acompañada”, haya decidido alejarse del ámbito colectivo. O que Marta, quien considera que las “feministas no están de acuerdo con nosotras” decida enviar a sus hijas a los talleres de géneros de la organización. O que Patricia que aparentemente quiere “armonía y aceptación” reconozca críticamente que “uso a mis hijas como excusa para no salir de la casa”.

Es decir, pensar en términos dicotómicos no permite comprender los grises del proceso de construcción de feminidades, que es un devenir situado, no lineal ni unidireccional y siempre conflictivo. En las mujeres de sectores populares, además, nunca está desvinculado de las prácticas de gestión de los cuidados y sostenibilidad de la vida, que son una negociación cotidiana con otras personas y también entre concepciones impulsadas desde diferentes instituciones y organizaciones.

En relación con lo expuesto, en los relatos biográficos puede visualizarse una gran diversidad. Una parte de las mujeres, como Caty, Vivi y otras “referentes” han realizado cambios en su construcción de feminidad, inseparables de su participación y construcción

de referencia política en el Frente. Estas transformaciones se dieron al mismo tiempo y en relación con un proceso de involucramiento en diferentes espacios del Frente, más allá de aquellos estipulados por los “criterios” de pertenencia básicos, fundamentalmente a partir de la participación en aquellos impulsados desde el EG. En conjunto con la desnaturalización y el cuestionamiento de las relaciones patriarcales estas mujeres transformaron sus prácticas cotidianas, pero también los sentidos atribuidos a los usos del tiempo, la gestión de los cuidados y sus definiciones en torno al ser mujer. Este involucramiento mayor coincidió con la visibilización de conflictos que se manifestaron en negociaciones o rupturas intrafamiliares. Es decir, el cuestionamiento a las desigualdades patriarcales genera conflictos, que en algunos casos van habilitando espacios de autonomía para las mujeres y de referencia que producen orgullo y placer. Estos cambios generan al mismo tiempo deseo y culpa, como dice Luz, “la satisfacción de poder organizarme en el trabajo y a pesar de que vivo con mi hijo, que mi hijo entienda y comprenda y comparta conmigo que es el fruto del esfuerzo y de los tiempos de abandono en los que lo he dejado en todos estos años”²⁴⁶.

Algunas mujeres, en cambio, si bien no son consideradas “referentes” por sus compañeras, han vivenciado cambios en sus biografías y sus construcciones de feminidad a partir de la participación en el Frente y específicamente en iniciativas del EG. Estas mujeres se apoyaron en el ideario y en las prácticas antipatriarcales impulsadas desde la organización ante la “desesidad” de abordar situaciones de violencia, encontrando en lo colectivo herramientas para cuestionar y cambiar su posición como mujeres. Este proceso no es lineal ni unidireccional, no es un camino ininterrumpido hacia la liberación, sino que es sinuoso y a veces con retrocesos y atajos, pero en todos los casos las mujeres afirman que decidieron cambiar porque vieron, descubrieron, aprendieron en el marco colectivo que lo que estaban viviendo no les sucedía sólo a ellas, y que se explicaba en lo social.

Otras mujeres, si bien son activas en tanto realizan una serie de actividades contempladas como “criterios” del Frente, (asisten a las asambleas, trabajan en la cooperativa, en el comedor y van a las movilizaciones) deciden no realizar otras actividades a las que son invitadas –entre ellas las promovidas por el EG-, esgrimiendo sus responsabilidades de cuidados familiares como motivo central. Incluso, los cuestionamientos a las desigualdades patriarcales son percibidos como afrontas, sobre todo a su construcción subjetiva sobre la maternidad y la familia. Pero aquí también hay resolución de “desesidades”. Es decir, en estas mujeres que prefieren alterar lo menos posible sus vidas domésticas hay también una actividad, una agencia, una decisión, que también debe pensarse como parte de un proceso fluctuante y situacional de construcción subjetiva.

²⁴⁶ Entrevista a Luz, 15/08/15.

Es decir, las propuestas en clave antipatriarcal producen diversas respuestas en las mujeres, y además visibilizan conflictos entre ellas que se manifiestan en los espacios colectivos, donde se produce una disputa permanente, sólo a veces verbalizada, sobre la feminidad y los cuidados. En el marco de la cotidianeidad en el Frente y en el barrio se fortalecen los lazos entre las mujeres con concepciones similares sobre la feminidad y se alejan con las mujeres que no realizan estos cuestionamientos. Se alude a procesos de enseñanza y aprendizaje, y de admiración y referenciación entre mujeres. En este marco, cómo se vivencia y define la maternidad es un elemento clave para entender estas construcciones de feminidad en tensión.

“Hago todo esto por mis hijos” / “no puedo participar por mis hijos”²⁴⁷

En capítulos previos se señaló a la maternidad como un elemento clave en los relatos de vida de las mujeres adultas que entrevistamos, todas ellas atravesadas por esta experiencia. Resaltamos anteriormente que la maternidad constituye un lugar social desde el cual ellas fundamentan formar parte de una organización, entre otras decisiones de la vida. Aquí podría señalarse que la maternidad, o el cuidado de los/as niños/as, en tanto motivos esgrimidos por las mujeres, son elementos que podrían desdibujar el carácter político de las prácticas colectivas (D’Amico, 2009), aunque las instauran. En efecto, la maternidad, y con ella, el deber de cuidado que conlleva está puesta en el centro de las motivaciones que se dan las mujeres para luchar y organizarse, por lo que, en la práctica, desde ese lugar tradicional, se construyen nuevas relaciones de encuentro entre las mujeres para la sostenibilidad de la vida que instauran lo comunitario.

Aquí reside la ambivalencia de los cuidados, que por una parte constituyen una responsabilidad femenina, pero al mismo tiempo, en ciertos contextos, son un impulso para actuar colectivamente. Distintas autoras (Andújar, 2014; Jelin, 2003; Barrancos, 2008; Voria, 2012; Schmukler y Di Marco, 1997) han señalado que, al organizarse, las mujeres politizan este rol tradicional femenino con el que fundamentan dicha participación.

Sin embargo, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en los debates asamblearios, tener hijos/as a cargo para algunas mujeres constituye un motivo también para explicar modos distintos de involucramiento en lo colectivo, y constituye un argumento para no formar parte o para no participar en determinadas situaciones. Así como ocurre con las invitaciones desde el Espacio de Géneros, cada movilización, por ejemplo, al ser conversada en las asambleas, pone en escena debates en torno a los cuidados, sobre si hay que llevar o no a los/as hijos/as, si se organizan espacios de cuidados en los comedores

²⁴⁷ Frases pronunciadas en la asamblea de “Juanito Laguna”.

durante la movilización, y en algunos casos se asignan tareas a las mujeres que no movilizan, como cocinar para quienes sí van a las marchas, entre otros/as. Además, se debaten diferentes posiciones entre las mujeres que se ilustran con las frases iniciales de este apartado y recorren los diferentes comedores y asambleas.

Como trasfondo de estas deliberaciones organizativas, entonces, pueden visualizarse distintas maneras de concebir la maternidad y los cuidados por parte de las mujeres en relación con su participación política. En otras palabras, la participación política escenifica definiciones de feminidad en disputa: qué debe, puede o quiere hacer y qué no una mujer con responsabilidades de cuidados.

Patricia, por ejemplo, afirma que, se sumó al comedor “Los Amigos” por sus hijas, pero que dejó de participar allí porque las tareas demandadas la alejaban de su casa, “no me gusta salir”. Dominga y Antonia cumplen con todos los “criterios”, participan de las movilizaciones y las asambleas, pero no suelen tomar otras tareas, por la demanda de tiempo que impone la crianza. Emilce participa desde el inicio del movimiento, cumple los “criterios” pero no le gusta discutir ni ir a reuniones fuera del barrio. Ruth no puede participar más de lo mínimo porque para hacerlo tendría que “dejar todo arreglado en la casa antes de salir y nunca llego”. Para todas ellas, una participación más activa implicaría modificar sus decisiones y prácticas en torno a los cuidados y la maternidad, porque aparecen como prácticas mutuamente excluyentes, y por lo tanto definen no tomar compromisos políticos que tensionen la ya tensionada cotidianeidad doméstica. Pero además, aquí podría decirse que, como reconoce Patricia, algunas mujeres aluden a sus responsabilidades de cuidados para no realizar tareas incómodas o que no desean.

De todas formas, la participación política y la maternidad no son consideradas como prácticas en pugna por todas las mujeres. Para algunas su participación en más espacios del Frente también suele estar sustentada en los deberes que para ellas conlleva la maternidad. Vivi afirma que “quiero enseñarle a mi hijo que hay que luchar por las cosas”. Mirta ve a sus compañeras “referentes” realizadas por que “teniendo hijos o no, van a todos lados”. Caty dice estar orgullosa cuando su hijo llega de la escuela diciendo que contó allí que su madre es piquetera. Luz espera que el tiempo que no estuvo en su casa con Junior aporte a cambiar la sociedad para él. Mirta asocia “ser feminista” con “luchar por mis hijos”. En estos casos, entonces, dentro de los deberes ligados a la maternidad y los cuidados se cuentan organizarse políticamente para la sostenibilidad de la vida, y para el cambio social, trascendiendo, en ese mismo momento, la ética reaccionaria del cuidado.

Organizarse y tomar espacios de referencia tensionando los deberes tradicionales femeninos produce en algunas mujeres sentidos contradictorios. Luz, por ejemplo, describe sentimientos de culpa y orgullo a la vez. Es decir, al tiempo que afirma que “mi pelea es

por la independencia, de no estar pensando en llegar a casa, que el marido, tenés que estar con la comida caliente, el agua caliente”, siente que por su participación política no estuvo “todo lo que debía estar” con su hijo.

Nuevamente aquí opera una ambivalencia de la posición social de las mujeres en relación a los cuidados, que al tiempo que les plantea hacerse cargo de su gestión cotidiana, para muchas habilita la posibilidad de organizarse con otras para cuestionar su distribución. En esta ambivalencia las mujeres construyen nuevas feminidades, dinámicas y en permanente tensión, abandonando algunas nociones patriarcales, pero padeciendo otras, percibiéndose en proceso de liberación, pero también sujetadas por el esfuerzo cotidiano. No se trata de un camino lineal hacia la paulatina liberación de los roles tradicionales, o de las concepciones patriarcales sobre la feminidad, sino un conflicto subjetivo que se encarna en decisiones cotidianas sobre la organización del tiempo, de los trabajos, de los vínculos afectivos, también. No es casual que Luz, a pesar de que participa de los ENM, asiste a los talleres, campamentos y movilizaciones vinculadas a los derechos de las mujeres, no se defina abiertamente como feminista: “¿Feminista? No sé, es una discusión con mi hijo, no lo tengo definido”.

Para mencionar otro ejemplo de los sentidos en disputa en torno a este tema, recuperamos que en el comedor “Juanito Laguna” sobre la mesa donde se cocina está colgado un cartel de madera que dice “LA MADRE”. Ese grabado fue colocado allí por Leo, un integrante de la asamblea, pero allí quedó visible al lado de una bandera verde que dice “ABORTO LEGAL” que Vivi trajo del Encuentro de Mujeres hace varios años. Para varias de las mujeres que cocinan allí el cuadro de madera identifica más el sentido que le otorgan a estar allí. Para otras, en cambio, ambas consignas -que manifiestan la posibilidad de ser o no ser madres-, no son contradictorias con el trabajo que realizan en el comedor. Pero ambos carteles conviven allí, a centímetros de distancia.

Elegir no ser madres, surge como una opción posible para quienes allí trabajan. El hecho de que el FPDS CN se afirme como una organización antipatriarcal y feminista sin dudas genera otras interpelaciones hacia las mujeres, entre ellas sobre la posibilidad de ser o no madres: “muchos hijos tendrás” dice la canción de Condenadas al Éxito para poner de relieve los mandatos femeninos.

Ahora bien, ¿qué se plantea desde el Espacio de Géneros hacia un colectivo compuesto –en los hechos- fundamentalmente por mujeres madres, como es el caso del sector barrial del Frente? En líneas generales, en las visitas a las asambleas barriales las mujeres del Espacio instan a todas las mujeres a participar de actividades específicas de géneros: “se puede ir con niños/as”, “hay espacios de cuidados”, son algunas frases esgrimidas. En otros casos, hay una preocupación específica porque los encuentros de

formación en géneros sean en horario laboral, es decir, aquel que las mujeres con responsabilidades de cuidados ya organizaron en su cooperativa de pertenencia y por tanto son un período de tiempo en que los cuidados están resueltos. Con el transcurso de los años, con la feminización de la composición del Frente, la mayoría de las actividades colectivas se fueron circunscribiendo a los márgenes de horarios laborales; comenzando entonces luego de que las mujeres llevan a los/as hijos/as al colegio y finalizando antes de tener que retirarlos. Estas prácticas de armonización de los tiempos de cuidados y de participación política son compatibles con las estrategias de colectivización del trabajo de cuidados en los espacios como comedores y copas de leche de las que se habló en capítulos anteriores. Es decir, son estrategias colectivas para que las mujeres participen mientras continúan cuidando.

Pero también, hay iniciativas del EG cuyo objetivo no parece ser que las mujeres puedan resolver los cuidados en el marco colectivo, sino por el contrario terminan tensionando su gestión.

Por ejemplo, se recomienda a las mujeres viajar a los ENM, o asistir a los campamentos de formación sin niños/as, es decir, negociando los cuidados con otro/a integrante de su grupo familiar, argumentando que “viajar a un Encuentro con un niño es una incomodidad para la mamá y el hijo” o que “no se disfruta el encuentro con los hijos”, o que “si vamos con hijos terminamos haciendo las mismas cosas que hacemos acá todos los días”²⁴⁸. La propuesta entonces desde el EG apuntaría a alterar la división del trabajo en los hogares en algunos casos, o al menos promover la renegociación de las responsabilidades en casos puntuales. Las iniciativas del EG para incorporar la demanda de espacios de cuidados estatales a los pliegos reivindicativos también podrían contarse entre aquellas iniciativas que buscan crear condiciones para modificar la gestión de los cuidados por parte de las mujeres, en este caso, responsabilizando al Estado por los mismos.

En ambos casos, es decir, en aquellos donde se impulsan cambios en la organización para que se amolde a la gestión de los cuidados que realizan las mujeres madres, como aquellos que buscan tensionarlos, se ponen en juego debates y disputas de sentidos en torno a la feminidad entre las mujeres.

Entonces, si bien para todas las mujeres participar del Frente implica una reorganización de sus tiempos de vida y de trabajo, una nueva gestión de los cuidados, y en algunos casos otras formas de vivir la maternidad, la experiencia de estos cambios es diferente en cada mujer, que va construyendo su modo de estar en la familia, en el barrio, en la organización y más allá.

²⁴⁸ Nota de campo N°35, 10/11/2013.

Ver “todo, todo”

El colectivo para el ENM en Salta saldrá a las siete de la tarde y son las seis pasadas y hay más de 50 mujeres con bolsos en la puerta del Centro Cultural. El clima es festivo, se cantan canciones “para que el mundo se entere, que somos brujas piqueteras que ponemos mucho ovario y enfrentamos la opresión, cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede, crece la organización oh oh oh”, se conversa, se come, se toma mate. Las más jóvenes trasladan bombos, redoblantes y banderas al hombro. Algunas llegan caminando con ollas gigantes y packs de alimentos secos como fideos y arroz. Hay niños y niñas pequeños dando vueltas cerca del grupo de mujeres. Leonor, Lili y Evangelina sentadas arriba de sus valijas toman cerveza “¿querés un sorbito, Juli?” me ofrecen. “Empezamos temprano hoy”, comento. Ante mi broma, Evangelina explica “Me siento liberada, este Encuentro es mi primer año sin los chicos, lo logré”. Leonor entonces la interroga sobre cómo lo había hecho, “Negocié con mi marido, que se haga cargo, tres días no son nada”, le responde. Lili interviene “yo me salvo de los monstruos de mis nietos este fin de semana, me lo merezco”.

Una hora más tarde, ya en el micro, las tres mujeres de Berisso se integran a un grupo de La Plata que lee de un folleto los nombres de los talleres que habrá en el Encuentro. “El año pasado fui al de sexualidad, lo recomiendo”, comenta una joven. “¿Vamos Lili a ese nosotras?”, le dice Leonor con un guiño.

En ese mismo momento, Evangelina habla con Lili sobre una compañera, Caty, que viaja en otro de los colectivos. “Están mal con Luciano. Él está celoso del movimiento. Dice que el movimiento rompió la familia”. Lili le responde “para ella el movimiento es un aguante, un apoyo, una salida. También una excusa para no estar en casa, a mí me pasó lo mismo. Luciano es machista, no quería que ella participe. Ella hizo bien, agarró el bolso y se vino igual”²⁴⁹.

El relato describe la salida de las mujeres del Frente al viaje al Encuentro Nacional de Mujeres. “Irse” –como dicen las mujeres– al ENM constituye una completa suspensión de las prácticas cotidianas de cuidado, lo que permite una reflexión sobre las mismas con otras mujeres cercanas, y también el diálogo y la convivencia con otras mujeres de otros sectores (estudiantes, trabajadoras sindicalizadas, intelectuales), otras organizaciones y regiones. Es un Encuentro que comienza mucho antes de viajar, porque implica todo un año de

²⁴⁹ Nota de campo N°41, 11/10/2014.

actividades conjuntas para lograr el financiamiento para el traslado y la estadía: movilizaciones y gestiones a entes estatales, organización de fiestas, sorteos, torneos de fútbol, venta de comida.

Los ENM, al igual que otros espacios de mujeres como los campamentos de formación y reuniones específicas para mujeres constituyen, de forma ambivalente, una “oportunidad para” y una “obligación” de tomar ciertas tareas que normalmente realizan los varones: organizar la seguridad en las movilizaciones, ser voceras frente a los medios de comunicación, realizar las relaciones políticas con otras organizaciones. Estos espacios, entonces extienden los territorios del desenvolvimiento político femenino.

Entre los relatos que se presentaron en este capítulo tanto las mujeres “referentes” como aquellas que habían cuestionado relaciones violentas y opresivas desde su participación política tienen elementos en común. En ambos casos, para ellas la participación política en el Frente posibilitó cambios profundos que trastocaron su concepción de feminidad. Los relatos, dan cuenta de un proceso: “me fui dando cuenta”, “fui aprendiendo”. También rescatan momentos claves en el mismo: “me desperté”, “me di cuenta”, “soy otra”, “vi todo, todo”, son algunas de las frases con que lo describen. Estos momentos están frecuentemente vinculados a los espacios de encuentro y reflexión entre mujeres dentro del Frente, donde las situaciones individuales comienzan a asumirse como problemáticas sociales, de todas las mujeres. En este marco, las entrevistadas señalan la participación en los ENM como momentos claves de visibilización de las relaciones patriarcales.

En una observación del ENM se describía:

“Para algunas, es un espacio formativo y participan más que nada de los talleres, para otras, además de formativo, es un espacio recreativo, conocen lugares, van de compras, conocen otras mujeres y conversan nuevos temas, por último, para todas, el viaje es una oportunidad para romper la rutina doméstica, dejar a los niños/as, salir del hogar con el motivo perfecto: la militancia”²⁵⁰.

Como vimos en la escena del viaje, Evangelina, les comentaba a sus compañeras “Estoy emocionada porque este año negocié con mi marido y no voy a viajar con mi hijo al Encuentro. En otra oportunidad Luz afirmaba “me puse de acuerdo con mi hijo, ya es

²⁵⁰ Nota de campo N°11, 08/10/2012.

grande y puede quedarse con su padre”²⁵¹. O en el caso de Rosa con posterioridad al viaje decía “fue muy bueno no ir con Aaron este año”²⁵².

Entonces, los ENM y en general los espacios convivenciales de encuentro y reflexión entre mujeres movilizan nuevos sentidos en las mujeres sobre la feminidad porque, al tiempo que suspenden las actividades cotidianas que las mujeres realizan en pos de otras personas, habilitan la reflexión colectiva sobre las mismas.

Aquí es útil el concepto de epifanía o “punto de viraje” que Melina Vázquez (2009) utiliza para referirse a momentos en que se alteran estructuras significativas fundamentales de la vida de una persona, trastocando los vínculos, tiempos y ritmos de su vida en relación con la participación política. La autora usa este concepto para hablar de los cambios subjetivos en los y las jóvenes que se integran a el MTD de Lanús –en tanto organizaciones con lógicas de autonomía y autogobierno- proceso que se da en la práctica cotidiana signado por rupturas vinculadas con experiencias claves que instauran un nuevo modo de leer y entender el mundo.

Desde una mirada feminista este “punto de viraje” no implicaría la instauración de un conflicto, sino la visibilización del mismo, el desvelamiento de las relaciones desiguales de género. Coincide con la definición de Vivi: “empecé a ver todo, todo”. El cambio subjetivo en las mujeres organizadas, según Andújar (2005) está asociado a cuestionar la propia existencia de las esferas pública y privada y la asignación feminizada, por tanto, de las obligaciones en la segunda. Esto implica, por una parte, entender su vida cotidiana inmersa en relaciones sociales de dominación y, como plantea Virginia Vargas Valente (2008), espacio de transformaciones de las relaciones existentes.

Es interesante esta idea de “punto de viraje” si lo asociamos, en nuestro caso, al cuestionamiento por parte de Caty y Vivi de las definiciones de feminidad que estuvieron presentes como explicaciones de sus tránsitos biográficos precedentes, de su lugar en las relaciones familiares, sus relaciones de pareja anteriores, etc. Los puntos de viraje se observan también en otras participantes como Luz, que haciendo lugar a las propuestas antipatriarcales del Frente afirma que “en un momento ese espacio a mí me ayudó muchísimo con la relación que yo tenía con el padre de mi hijo. Era una relación insostenible. El movimiento era un apoyo y también una excusa para escapar de la casa (...) Salía de mi casa y no volvía en todo el día, me sentía oprimida (hace gesto con la espalda doblada y las garras en forma de monstruo), me ayudó mucho el movimiento”. Define a su

²⁵¹ Entrevista a Luz, 15/08/15.

²⁵² Entrevista a Rosa, 26/10/2015.

participación como un “catalizador” en relación con la ruptura con su pareja y que entendió que su “pelea es por la independencia”.

Para Caty, como veíamos, la visibilización del conflicto significó momentos de corte y separación con su pareja y derivó en un nuevo acuerdo familiar y de los cuidados que le permitió otros márgenes de autonomía de tiempo y decisiones. “Yo no me callo más”, “él ya no me dice más lo que decía antes”, “voy porque me gusta”²⁵³ son frases que repite, señalando que tiene mayor libertad para la participación en el Frente, pero también para tomar decisiones sobre su cotidianeidad.

En el caso de Vivi, este “punto de viraje” que movilizó sus definiciones de feminidad y sobre las relaciones de géneros, la llevó a un corte con su pareja y parte de la familia, y una inserción mayor en el ámbito del Frente, donde se apoyó para realizar estos cambios.

Margarita, también activa participante de las actividades del EG afirmaba que allí otras mujeres “me hicieron reaccionar”, “perder miedo a quedar sola”, “valorarme más como mujer”. Desde este “sentirme acompañada” en la organización, afirmaba, pudo renegociar en parte la distribución del trabajo de cuidados de los/as hijos/as, aunque implicara “un poco de conflicto”²⁵⁴.

En estos relatos la participación política en el Frente es mencionada como un lugar de “apoyo”, de “impulso” y “contención”, ‘según distintas entrevistadas-, en los momentos de visibilización del conflicto de género en la familia y las actividades del EG como espacios donde el encuentro con otras mujeres las fortalece para encarar esas tensiones.

Además, desde este “punto de viraje” algunas mujeres comienzan a asociar los cambios individuales a los colectivos, sus apuestas personales en vinculación con la situación de las mujeres en general. En este sentirse parte de un colectivo popular, pero fundamentalmente cerca de otras mujeres que viven situaciones similares, van generando lazos, relaciones comunitarias que trascienden al Frente y se arraigan en los territorios.

²⁵³ Entrevista a Caty, 12/04/2015.

²⁵⁴ *ibídem*.

Feminidades populares en tensión

El Frente presenta, en cuestiones de género, dos características innovadoras en relación con las organizaciones populares de base territorial que surgieron a inicios de los 2000. Es la primera de su tipo que integra a sus definiciones político- estratégicas el antipatriarcado y además cuenta con un Espacio de Mujeres (luego devenido en Espacio de Géneros) que impulsa este ideario hacia el interior de la organización, al tiempo que se plantea el cambio social general en clave feminista.

El EG, compuesto fundamentalmente por mujeres que provienen de distintos sectores del Frente (sindical, estudiantil, cultural y territorial) tiene iniciativas específicas hacia las mujeres organizadas en los barrios, al menos en varios sentidos. Por una parte, el acompañamiento ante situaciones de violencia o embarazos no deseados. Relacionado con lo anterior, el EG impulsó cambios políticos dentro del Frente en función de los “criterios” de pertenencia (expulsión de varones denunciados por violencia machista) y construcción de una cierta política de cupos en espacios de responsabilidad.

Por otra parte, la generación de propuestas de formación y capacitación en géneros mixtas, o exclusivas para mujeres de forma permanente, desde las cuales impulsa la participación en actividades amplias como los Encuentros Nacionales de Mujeres, y las movilizaciones por reivindicaciones feministas. En la mayoría de los casos, estas propuestas exceden las actividades que las mujeres realizan como “criterios” de participación del Frente, por lo que se adicionan a aquéllas, implicando tiempo extra de participación. Este ideario se manifiesta en la elaboración de materiales gráficos, canciones y además en la presencia en espacios de asambleas barriales.

Esta convocatoria en clave antipatriarcal es experimentada de formas diversas por las mujeres, en relación con sus experiencias anteriores y condiciones de vida presentes, sus creencias, matrices culturales de las que provienen, etc., generando diversos modos de construir la feminidad. Pero en todos los casos, se cruza de manera conflictiva en las biografías de las mujeres.

Rechazando, por reduccionista, la dicotomía que separa a las mujeres “activas” de las “pasivas” en relación con la participación política y al cuestionamiento de los roles de género, la construcción de la feminidad aparece como un proceso no lineal, con sentidos ambivalentes, pero también con “puntos de viraje”. Estos se manifiestan en las mujeres que,

a partir de hacer suyas las propuestas y explicaciones antipatriarcales, modificaron sus construcciones de feminidad.

En algunos casos, este “punto de viraje” se produjo más allá de que la mujer haya salido de la instancia colectiva, cuyo inicio está asociado a la participación en iniciativas específicas de mujeres, donde se produce una reflexión colectiva sobre la experiencia cotidiana. En el caso de los ENM y otros espacios de convivencia, como campamentos, también se promueve una suspensión en las tareas cotidianas de cuidados que aporta a la desnaturalización y visibilización de las desigualdades patriarcales.

Las diferentes respuestas a la propuesta antipatriarcal señalan tensiones entre las mujeres, entre las que la maternidad y la gestión de los cuidados en vinculación con ellas son centrales. Aquí se presenta una ambivalencia de cuidados, que, por una parte, constituyen una fundamentación para el involucramiento político y la instauración de lo comunitario desde las mujeres, pero también para algunas, un motivo para el regreso a lo doméstico.

Para algunas mujeres, los cuestionamientos a las desigualdades patriarcales son percibidos como afrentas a su construcción subjetiva sobre la maternidad y la familia. En estas mujeres que no hacen suyas los valores antipatriarcales del Frente se advierte una voluntad contraria a aceptar estas propuestas, o de hacer, en su lugar, una apropiación selectiva de las mismas. Al mismo tiempo, esto ocurre con otras pertenencias y participaciones colectivas, de las que las mujeres toman los valores y propuestas de forma selectiva, incluso sin establecer entre ellas una coherencia total.

En el caso de las mujeres “referentes”, su creciente involucramiento en tareas del Frente coincide con una lectura problematizadora de la sociedad en términos de género, presentándose conflictos en diferentes terrenos, fundamentalmente en la pareja y la familia. La participación en espacios con otras mujeres, entre ellos aquellos promovidos por el EG, brinda apoyo a las mujeres para enfrentar las tensiones derivadas de cuestionar estas desigualdades en sus vidas. Estas situaciones conflictivas producen rupturas o negociaciones, pero en todos los casos alteran el reparto del trabajo en la familia, o al menos, instalan el cuestionamiento a su división patriarcal, habilitando márgenes de autonomía en las vidas de las mujeres.

Por su parte, las que deciden asumir responsabilidades políticas por fuera de los “criterios” encuentran dificultades derivadas de las desigualdades de género para sostener esta participación. En este marco, se presenta un dilema en relación con la gestión de los cuidados, que continúan garantizando dentro y fuera del Frente, limitando o imposibilitando su continuidad en estas tareas. En relación con las tareas de cuidados

colectivizadas, las mujeres no se desligan de ellas para evitar el señalamiento por parte de otras compañeras. En este punto, se presenta un mandato dual y —en la práctica— contradictorio del Frente hacia las mujeres, que por una parte promueve la conformación de nuevas feminidades y el acceso a los diferentes espacios de responsabilidad, y por otro lado no construye mecanismos para una gestión de los cuidados que mitigue en las mujeres esta sobrecarga.

En conclusión, los testimonios de las mujeres aquí relevados muestran, aún en sus diferencias y distancias, que la modificación, en clave antipatriarcal, de las prácticas políticas en pos de construir una “política en femenino” requiere no solo del debate, la formación y la ocupación de ciertos lugares por parte de las mujeres, sino, y fundamentalmente, de la promoción y sostenibilidad ineludible de una resolución colectiva de los cuidados.

Reflexiones finales

Esta investigación se planteó indagar inicialmente sobre el alcance del postulado antipatriarcal de una organización -adopción novedosa en aquel el momento- en las vidas de las mujeres que la componen en un barrio de Berisso. El desarrollo del trabajo de campo entre los años 2012 y 2018, -que incluyó más de veinte entrevistas en profundidad y decenas de observaciones- fue produciendo un desplazamiento de este objetivo primero. Fundamentalmente, las conversaciones con las mujeres y la posibilidad de vivenciar los recorridos y la complejidad el armado de su gramática cotidiana, fueron guiando la mirada de la investigación hacia la totalidad de su experiencia, detrás de los paisajes más expuestos de las organizaciones y la política.

En este sentido, reafirmo el acierto epistemológico y teórico que significó la decisión de abordar el rico mundo de las experiencias cotidianas, ya que de esta manera pudimos acceder a comprender a las mujeres de sectores populares no desde sus carencias o “contradicciones”, sino desde los modos de agencia, de sus “rebusques”, tácticas, esfuerzos y “artes de hacer”, en palabras de De Certeau (1986). Precisamente, al poner en el centro de nuestro análisis la búsqueda del sustento en un sentido amplio, visualizamos, al mismo tiempo, las condiciones de desigualdad sistémicas que se padecen (feminización de la pobreza, precariedad de la vida, racialización, entre otros procesos) en conjunto con saberes, tácticas y aprendizajes históricos de las mujeres para sostener la vida.

El barrio como espacio de producción política de los sectores populares encuentra en las mujeres las artífices principales de los entramados comunitarios que lo dinamizan. Esta producción se nutre, entre otras cosas, de prácticas y saberes remotos y reactualizados de forma novedosa que trascienden cualquier forma institucional u organizativa. Confirmamos que la persistencia y prevalencia de las mujeres en las organizaciones populares barriales se relaciona con el hecho de que son las garantes de la mayor parte del trabajo de cuidados (Pérez Orozco, 2014), por lo que su participación en esta u otras instancias colectivas supone –más allá de los cambios económicos- la posibilidad de reproducir su vida y la de su familia.

Como vimos a lo largo de este trabajo, las mujeres construyen relaciones sociales que moldean lo popular y que no están totalmente subsumidas a las lógicas estatales o mercantiles, sino que se instauran territorialmente formas de cooperación poderosas, donde el dinero y las lógicas de la ganancia no son centrales. En estas tácticas de cooperación se reactualizan y revalorizan prácticas que vienen con las mujeres de otros territorios lejanos en tiempo y espacio donde lo comunitario está presente como forma central de resolución

de necesidades. Esta experiencia histórica femenina vinculada a la gestión comunitaria de la vida es puesta al servicio de los ámbitos colectivos, en este caso el Frente, integrándose a sus repertorios de lucha (Auyero, 2002b). Incluso, en las mujeres migrantes que integran el recorte de este estudio es posible advertir que organizarse políticamente les ha habilitado a muchas de ellas hacer una relectura de la propia experiencia de migración en clave de lucha.

En los entretelones de la protesta del Frente pudimos apreciar el conjunto de prácticas de sostenimiento y gestión cotidianas sobre la cual se asientan las organizaciones y constituyen la “cocina” de sus manifestaciones públicas y de parte de los procesos de deliberación política. Este sostén comunitario cotidiano es preponderantemente femenino y está garantizado por la enorme carga de trabajo que realizan las mujeres. Observamos un continuo de trabajo cotidiano donde se solapan y mezclan actividades dentro y fuera de las casas, en otras casas, en ámbitos comunitarios, institucionales, remunerados y no remunerados, con lógicas impuestas y otras autogestivas, obligando a las mujeres a “correr de un lado al otro”, “hacer listas mentales”, haciendo usos intensivos del tiempo en función de otras personas, relegando frecuentemente las propias necesidades. Este continuo multiforme y entreverado, con dinámicas de usos del tiempo complejas y sutiles, nos llevó a pensar más allá de jornadas laborales que puedan delimitarse.

Dentro de este continuo de tareas repusimos la centralidad del trabajo de gestión de los cuidados, -desvalorizado social y económicamente, y frecuentemente recluido en esferas domésticas e invisibilizadas-, para el sostén de la vida en toda su amplitud. Para las mujeres este trabajo está cargado con una “potente ambivalencia”, por constituir una obligación femenina, “tengo que hacer todo”, “nunca llego”, “tengo que dejar todo listo”, “me las rebusco”, pero al mismo tiempo ser un saber y una herramienta para la construcción cotidiana de formas de organización comunitaria. En este sentido, a partir de reconstruir los itinerarios barriales de las mujeres, guiados por esta búsqueda de satisfacción de “desesidades”, notamos que articulan hogares, instituciones y organizaciones barriales, configurando un barrio vivido que no condice necesariamente con las delimitaciones formales. En estos tránsitos, las mujeres “entran” y “salen” de los diferentes ámbitos horadando las fronteras entre lo público y lo privado, lo colectivo y lo individual, lo personal y lo político.

La participación en el Frente, como parte de estas tácticas multiformes comunitarias, permite a las mujeres colectivizar una parte del trabajo de cuidados, dándole una nueva visibilidad, y generando una posibilidad de encuentro y organización femenina desde lógicas de cooperación antagónicas con la individualización del capital y el aislamiento que promueve, al decir de Amaia Pérez Orozco (2014), una ética reaccionaria de los cuidados.

La decisión de permanecer en una organización que plantea “un cargo más”, “hacer de todo”, “resolvérselas” a cambio de ingresos magros se explica en parte por las relaciones sociales que se establecen cotidianamente, por el espacio de sociabilidad y confianza que se conforman para la resolución de necesidades. Pero, además, como dijimos, los espacios allí generados son lugares de gestión colectiva de cuidados, que permiten articular, mezclar y yuxtaponer actividades “reproductivas” y “productivas”, pagas y no pagas, en tácticas dinámicas desde las cuales las mujeres negocian el uso del tiempo que realizan con las otras mujeres y varones de la organización, pero también con integrantes de sus familias. Las disputas por la autogestión de políticas estatales –sobre todo de usos del tiempo y lugares de trabajo– se suman a la colectivización como intentos de compatibilizar el trabajo remunerado con el de cuidados. Es decir, continuar cuidando mientras se sostiene el trabajo remunerado en el barrio.

Pero además de las posibilidades que los mecanismos autogestivos aportan a la resolución cotidiana de los cuidados, las mujeres esgrimen otra serie de motivos para organizarse como “sentirse valorada”, “compartir los problemas”, “aprender de otras”, “ser independiente”, “animarme a hablar”, entre otros. Es decir, así como la participación política plantea una intensificación del trabajo, también le aporta nuevos sentidos, y con ellos, resignifica también el lugar de las mujeres que lo realizan. En este marco, la incomodidad de la toma de la palabra en ámbitos colectivos, como “criterio” político-organizativo que hay que cumplir, va produciendo e instaurando un espacio político de deliberación que ocupan las mujeres y en ese mismo movimiento, van instaurando lo común.

Entonces, las asambleas barriales, a pesar de ser ámbitos mixtos, constituyen espacios de escenificación de una “política en femenino” (Gutiérrez, 2015) en términos de ser lugares de deliberación adheridos a la organización diaria del trabajo de sostén de la vida, y por tanto plantean la incomodidad y la posibilidad de la toma de la palabra para las mujeres. En las asambleas también se politizan los temas otrora privados, se vuelven materia de debate los problemas de salud, los conflictos familiares y vecinales, las situaciones de violencia de género padecidas por las integrantes o sus vecinas, e incluso temas de salud sexual y reproductiva. Incluso la deliberación en torno de estas cuestiones volcadas desde las mujeres como problemáticas personales e íntimas, han constituido insumos para la creación de nuevos “criterios” atravesados por el cuestionamiento a las relaciones de género.

Además, en las asambleas se ve con mucha claridad este encuentro entre el ideario antipatriarcal del Frente y los diversos sentidos y matrices culturales e ideológicas desde donde las mujeres construyen su feminidad. Allí se manifiestan diversas maneras de pensar la condición de género, los procesos de construcción de referencias, así como disputas inter

e intragéneros vinculadas con diferentes construcciones de feminidad. Estas últimas, notamos, estriban centralmente en relación con distintas posiciones sobre lo que debe y no hacer una mujer con responsabilidades de cuidados.

En relación con la división sexual del trabajo militante, al mismo tiempo que verificamos que, con el paso del tiempo, las mujeres ocupan progresivamente más espacios de responsabilidad hacia afuera del comedor y del barrio, “referenciarse” políticamente implica para muchas de ellas una duplicación del trabajo, ya que adicionan nuevas actividades, sin resignar ninguna responsabilidad comunitaria anterior. Pero, además, su responsabilidad sobre la gestión cotidiana de los cuidados en los hogares -en muchos casos inalterada-, constituye un límite a su participación política, que las coloca en situación de desigualdad con respecto a sus compañeros varones. Resolver los cuidados en sus casas y aportar en su colectivización en la organización son precondiciones que ellas se plantean para permitirse una participación política mayor, para ser “referentes”. Este “hacer todo en todas partes”, es decir, continuar cuidando mientras se trabaja en el barrio, sostiene lo colectivo, pero legitima la sobrecarga femenina. Más allá de la construcción de espacios colectivos de cuidados puntuales, las demandas al Estado para que garantice espacios a tal efecto y las disputas al interior del Frente en espacios deliberativos, las críticas a la división sexual del trabajo en las casas y en la organización no se traducen mecánica ni inexorablemente en dispositivos que puedan alterarla. Esto se debe no sólo a la complejidad que supone afectar matrices culturales e históricas poderosas, sino también, al papel preponderante del trabajo de cuidados femeninos en el sostén de la trama barrial, y también de la organización.

Aún en las situaciones donde las mujeres han logrado mayores espacios de autonomía y equidad en el trabajo, a partir de los mecanismos autogestivos, su esfuerzo se vuelve desigual cuando se analiza en contexto de todo el trabajo no remunerado que realizan las mujeres en sus casas o en lo colectivo. Es decir, cuando miramos integralmente el trabajo de las mujeres, el asalariado, doméstico, cooperativo y militante, vemos que esta multifuncionalidad femenina afecta la disponibilidad de tiempos propios. En este punto, es importante señalar que las dimensiones que analizamos como la división sexual del trabajo militante y los usos del tiempo son relacionales. Es decir, se explican sólo cuando se analiza en conjunto el trabajo femenino y el masculino, es decir, se considera también el rol de los varones.

Si bien esta investigación está enfocada en las mujeres, a partir de la reconstrucción de sus experiencias cotidianas pudimos acceder a cómo viven el aspecto relacional. Inevitablemente, lo que estas páginas manifiestan en relación con las mujeres, también habla de los varones, y de en qué medida ellos asumen la definición política antipatriarcal. Por nuestro enfoque, no hemos relevado especialmente las motivaciones y elaboraciones

subjetivas masculinas al respecto –tema que esta tesis deja, de este modo, señalado como posible tópico para futuras indagaciones-, pero sí podemos dar cuenta de la distribución desigual de los trabajos invisibles, de las posibilidades desiguales de desempeño de varones y mujeres en los ámbitos colectivos, y afirmar que, cuando una mujer está cuidando hay al menos un varón que no está asumiendo ese trabajo. Y con esto no nos referimos sólo a la división sexual del trabajo en los ámbitos colectivos del Frente –altamente feminizados- donde las mujeres –salvo destacables excepciones- hacen todo, sino, que la sobrecarga femenina da cuenta fundamentalmente de una escasa participación masculina en los cuidados familiares.

Aún en los casos en que algunos varones puedan realizar alguna tarea vinculada a los cuidados, la persistencia de la desigualdad en estas situaciones se asienta en dos elementos. Por una parte, que estas excepcionalidades reciben un reconocimiento superlativo por parte de las personas presentes, por ser varones quienes realizan atípicamente estas tareas; pero en segundo lugar, aún en los casos donde los varones cocinan, cuidan o limpian, la responsabilidad última y organización global de este trabajo de cuidados sigue siendo femenino. Al mismo tiempo, en el plano discursivo, con el correr de los años vemos menguar las resistencias explícitas por parte de los varones a los planteos antipatriarcales, quizá por el mayor protagonismo femenino en esta defensa, y también, por qué no, por cambios en los sentidos sociales y culturales en los últimos años. Sin embargo, sólo un estudio sobre las subjetividades masculinas atravesadas por una propuesta antipatriarcal podría dar cabal cuenta de estos procesos, lo cual sería, insistimos, otra pregunta de investigación fructífera.

Volviendo a nuestro problema, en la totalidad de la experiencia femenina, entonces, la construcción de feminidad es una disputa subjetiva y con otros/as. En ella no sólo entran en tensión diversas ideologías en el sentido de concepciones o teorías, sino que se cruzan modos de hacer cotidiano, prácticas que transforman pero también conservan, formas de gestión de la vida. Incluso en los casos en que las mujeres abrazan los principios políticos del Frente, y entre ellos el antipatriarcado, estos argumentos entran en relación con otras matrices ideológicas, culturales, religiosas, con las que también conviven y desde las que también construyen sus subjetividades. Es decir, el argumento antipatriarcal en este caso del Frente que podríamos sintetizar en “Mujer bonita es la que sale a luchar”- convive tensamente con las improntas familiares, institucionales, nacionales, que también están presentes en la vida cotidiana.

En el marco de diversos argumentos que atraviesan la construcción de su subjetividad, la propuesta comunitaria y antipatriarcal del Frente es una de ellas, muy importante por la capilaridad que tiene en su vida diaria, pero no la única, en términos de todas aquellas cosas en las que creen, profesan, no ponen en duda o confirman

cotidianamente. Pero además hay un contexto de relaciones mayores que da cuenta de condiciones históricas patriarcales, racistas y clasistas que están encarnadas en instituciones y sujetos que todo el tiempo reclaman de las mujeres un cierto desempeño y lugar social.

Entre otros argumentos, por ejemplo, la moral religiosa o cristiana se revela como central para muchas mujeres en la explicación y la normativización sobre aspectos cotidianos. Si bien acá no realizamos una etnografía sobre el imaginario religioso, sobre las invocaciones y las creencias, tenemos la intuición de que, incluso trascendiendo la participación en instituciones eclesiales, las mujeres profesan en su vida diaria toda una serie de creencias de repertorios simbólicos que no necesariamente relacionan con la religión pero que pueden estar teniendo algún tipo de contorno moral que da sentidos y direccionalidad a las prácticas. Esto sucede por ejemplo con discursos familiares, “me dijeron, si quedaste embarazada te lo tenés que aguantar”, fundamentos culturales nacionales y ó étnicos “en mi país las mujeres...”, “las paisanas somos de hablar poco”, entre otros.

Estos otros discursos también incluyen sentidos sobre la feminidad que en muchos casos son difíciles de conmovir por que dan sentido a la propia vida, al propio universo de decisiones cotidianas. Por lo tanto, cuestionar estos argumentos arraigados, conmovirlos o resistirse a conmovirlos no está sólo vinculado con un plano de la convicción racional o la toma de una decisión de una vez y para siempre. Es decir, a pesar de que algunas mujeres planteen que a partir de la experiencia de la participación “vieron todo”, “soy otra”, etc. estos puntos de viraje no constituyen momentos de conciencia diáfana, que aseguran un camino lineal hacia otra feminidad liberada. Pero al mismo tiempo, y como contracara del mismo proceso, las mujeres que deciden no cuestionar explícitamente su lugar en las relaciones de géneros tampoco son personas “pasivas” o cómplices de las relaciones patriarcales de las que forman parte. En estos casos también podemos hablar de agenciamiento por parte de las mujeres que simultáneamente a organizarse políticamente para sostener sus vidas, deciden no negociar otros sentidos y prácticas. Esto señala, pues, una dinámica de apropiación selectiva de las propuestas del Frente y de los otros espacios subjetivantes.

De allí que sostengamos que, en base a la evidencia relevada en este estudio, la construcción de feminidades populares puede pensarse como un proceso no lineal y es siempre colectivo. En él, la forma de entender y practicar la maternidad y la gestión de cuidados que conlleva, es un aspecto central, interpelado desde diversas instituciones e imaginarios, y vivenciado de formas muy diversas por las mujeres. En nuestro caso, por una parte, constituye el argumento político central que se dan todas las mujeres para la organización colectiva y para salir a luchar. Desde ese lugar tradicional se construyen nuevas relaciones de encuentro entre ellas para la sostenibilidad de la vida, que instauran lo

comunitario y confrontan en el espacio público. Pero al momento de definir una participación protagónica en los espacios, que implique otras tareas y tiempos por fuera de los considerados un “criterio”, la maternidad y los cuidados plantean tensiones que llevan a que algunas mujeres definan que “no pueden participar por sus hijos” y otras definan hacerlo “por ellos”, al tiempo que sienten que “se parten en dos”.

Los relatos de vida relevados en esta tesis dan cuenta de un proceso intenso de construcción de subjetividad política -“me fui dando cuenta”, “fui aprendiendo”- en cuyo transcurso se inscriben momentos claves de reflexividad, frecuentemente vinculados a los espacios de encuentro y reflexión entre mujeres dentro del Frente, donde las situaciones individuales comienzan a asumirse como problemáticas sociales, de todas las mujeres: “me desperté”, “me di cuenta”, “soy otra”, “vi el patriarcado”.

Como vimos, dicho cambio subjetivo se vincula, en algunas mujeres, con un involucramiento político, pero en otros la organización funciona como un ámbito colectivo desde el que toman herramientas para superar o alterar una situación de violencia o de subordinación que están viviendo. En ambas circunstancias la participación política en el Frente junto a otras mujeres y en espacios propios, posibilitó distintos desplazamientos internos en relación con la concepción de feminidad y la condición genérica de manera más general, que puede crear, por ejemplo, una transformación en la capacidad de negociación de las mujeres en los distintos ámbitos en que se desarrollan. A partir de la asunción de los problemas personales como atravesados por la dimensión de género, se habilita, en varias de estas mujeres, una relectura de sus experiencias de vida en una nueva clave basada en un desdibujamiento de los límites entre las vidas privadas y lo social, lo íntimo y lo colectivo.

Si bien la pregunta sobre cómo las mujeres significan el antipatriarcado del Frente nos habilitó un cruce interesante para pensar la construcción de feminidades populares, podemos afirmar que este proceso trasciende por mucho la asunción explícita de un determinado ideal de género. La participación política que realizan estas mujeres constituye en sí una práctica disruptiva para las lógicas patriarcales. El modo en que –cada una singularmente, pero en colectivo- logra combinar los cuidados, la administración de su vida cotidiana, sus funciones como vecinas, militantes, trabajadoras, madres, les permite conquistar espacios y tareas fuera del canon patriarcal que requiere que las mujeres estén sujetas en una única narrativa íntima. Su participación es en sí misma, un hecho subversivo, porque no se trata de una declamación o un posicionamiento escrito, sino que se encarna en poner el cuerpo cotidianamente, con esfuerzo y “sacrificio” pero también con deseo, en ámbitos vedados por la lógica de la heterosexualidad y la división sexual del trabajo en el marco del capitalismo patriarcal.

La politicidad de estas biografías, entonces, no está asentada en la radicalidad de los discursos respecto al feminismo, sino en la densidad de las prácticas que traman cotidianamente uniendo espacios, yendo y viniendo incansablemente, tramando relaciones corporeizadas que las hacen más fuertes, y también, enfrentando incomodidades, tensiones, construyendo común donde la propuesta hegemónica es la casa y el aislamiento.

Por último, me interesa reencauzar las cuestiones autoreflexivas que planteé al inicio, sobre mis propios lugares como militante e investigadora. Esta doble implicación planteó una articulación compleja, siempre en algún punto tensión pero también muy potente, por su sinergia de posicionamientos que en cualquier caso, siempre han sido políticos.

Me parece importante dar cuenta de la propia transformación subjetiva de trabajar con mujeres y en este territorio. Así como las mujeres de mi etnografía fueron transformadas en sus subjetividades al narrar sus vidas, también este proceso hizo mella en la construcción de mi propia feminidad. Plantear una nueva mirada, sobre un tema que parecía transitado, conocido por mí desde mi propia intervención allí; pensar qué articulación era posible desde los saberes de la academia, escuchar, fundamentalmente entrenarme en escuchar a las mujeres desde otro lugar, buscando correrme de un rol estrictamente militante para realizar un análisis en otra clave, me forzaron a una reflexión que también, creo, es parte de los saberes producidos.

La escucha y la observación fueron invitaciones a repensar no sólo mi práctica militante y académica, sino hacer consciente que mi feminidad es un proceso que atraviesa también contradicciones, ambivalencias, puntos de viraje, idas y vueltas que no siempre coinciden con un “deber ser” feminista- revolucionario y con la idea de un camino en ascenso a la liberación que muchas veces enunciamos en nuestras prácticas políticas. Asumir entonces, que las opresiones que padecemos las mujeres, las disidencias y los sectores populares en estas latitudes son sistémicas, pero situadas material y simbólicamente y por tanto, disputadas palmo a palmo, cotidianamente en batallas donde las tácticas se construyen colectivamente.

Así como las mujeres politizan sus prácticas más allá de lo que hagan con el argumento antipatriarcal de una organización, porque corporizan su apuesta colectiva cotidianamente; investigar desde un punto de vista feminista- como es el de esta tesis- también es “pasar por el cuerpo” las experiencias etnografiadas. Es decir, en el marco de una lectura recíproca que supone toda práctica etnográfica, la clase social, la educación, la nacionalidad sin dudas condicionaron los diálogos. Pero fundamentalmente, considero que no puedo invisibilizar la centralidad que tuvo la maternidad como experiencia en este proceso. Es decir, la condición de madres de la totalidad de las entrevistadas, y en mi caso, el no tener esa experiencia al momento del trabajo de campo, sin dudas constituyó una

distancia fructífera –explicitada *in situ* sólo a veces- que potenció la reflexividad recíproca. En mi caso, como un aprendizaje en relación a una otredad, a pensar esta experiencia que las atraviesa en su tiempo, su cuerpo y sus deseos, no sólo como un ancla en la domesticidad y el mundo privado, sino como un motor que impulsa a moverse, organizarse con otras y otros y protagonizar procesos políticos conmovedores. Y este aspecto es solo uno de muchos en los que este proceso transformó mi mirada.

Las páginas finales de esta tesis fueron escritas en medio de una gran ola de masivas movilizaciones del movimiento de mujeres, de disidencias y feministas por la legalización del aborto en Argentina, que recibió la denominación mediática de “marea verde”. Imposible que este contexto, muy diferente de aquel en que comencé esta investigación apenas hace seis años, no genere nuevos interrogantes sobre el trabajo ya realizado, sobre el campo visitado, sobre el futuro de los combates de las mujeres contra este sistema capitalista patriarcal y colonial que nos pone en el último lugar. Este es el lugar de la opresión multifacética, de las violencias corporeizadas, del control de la sexualidad y la explotación de todas las formas de nuestro trabajo.

En los últimos años las luchas feministas están revolucionando las demandas, las mentes, las formas de la política institucional, en definitiva, la vida. Pero esta novedad tiene una historia, reconstruida sólo a medias aún, pero arraigada en las experiencias de las mujeres, lesbianas, trans que nos movilizamos en distintas geografías.

Me gusta la idea de pensar que lo investigado en esta tesis forma parte de uno de los tantos hilos de esa historia. Aquella tejida por las mujeres trabajadoras sin salario que se organizan con otras/as para sostener sus vidas y en el camino aprenden, deciden, apuestan a transformarlas. Las mujeres están cambiando su mundo y el mundo está cambiando para las mujeres, en una dirección abierta pero prometedora. Ojalá este trabajo aporte a comprender cómo se vivencian y se amasan estas transformaciones desde la resistencia cotidiana a un sistema que continúa sosteniéndose sobre el tiempo, el trabajo y la vida de las mujeres trabajadoras y pobres.

En este marco, vivimos y sufrimos las desigualdades, pero también acumulamos experiencia histórica donde está el acervo para esta resistencia en todas sus formas. La transformación social, necesaria, aparece entonces no como un camino preclaro, conscientemente planificado y definido, sino como una apuesta cotidiana de recuperación y articulación de estas experiencias de otra forma desperdiciadas, en una trama de inteligibilidad que les restituya el poder disruptivo. Y en esta tarea la disputa es en la academia, en los barrios, en las organizaciones, en todos los ámbitos en los que se nos juega la vida.



Miguela, comedor “Los Amigos”, en movilización por el 8 de marzo en Berisso, 07/03/2017.

Referencias bibliográficas

- Alainez, C.; Fajardo, F. y Sacco, M. (2008). “La vagancia se organiza: primeros pasos de sistematización sobre prácticas educativas con jóvenes de barrios populares de La Plata y Berisso enmarcadas en un movimiento social (2006-2008)”. En *V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*. Congreso llevado a cabo en La Plata, Argentina.
- Alcoreza Prada, R. (2003). “Perfiles del movimiento social contemporáneo. El conflicto social y político en Bolivia”. *OSAL*, 12, pp. 35-46. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal12/d1prada.pdf>
- Alfonso, M.; Díaz Lozano, J. y Ruiz Castelli, C. (comps.). (2018). *Movidas por el deseo. Genealogías, recorridos y luchas en torno al 8M*. Buenos Aires: Cátedra Virginia Bolten, Fundación Rosa Luxemburgo y El Colectivo.
- Alonso, G. y Díaz, R. (2012). “Reflexiones acerca de los aportes de las epistemologías feministas y descoloniales para pensar la investigación social”. *Debates Urgentes*, 1 (1), pp. 75-98.
- Alzugaray, L. (2008). “Capital social y capital militante en una organización de trabajadores desocupados de la ciudad de La Plata”. *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Congreso llevado a cabo en Misiones, Posadas.
- Amorós, C. (1985). *Hacia una Crítica de la Razón Patriarcal*. Madrid: Anthropos Editorial del Hombre.
- Andújar, A. (2005). “De la ruta no nos vamos: las mujeres piqueteras (1996-2001)”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Jornadas realizadas en Rosario, Argentina.
- Andújar, A. (2014). *Rutas argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes 1996-2001*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Andújar, A. (2018). “Luchas y confluencias: apuntes para una genealogía feminista del paro de mujeres en la Argentina”. En Alfonso, M.B.; Díaz Lozano, J. y Ruiz Castelli, C. (comps.) *Movidas por el deseo. Genealogías, recorridos y luchas en torno al 8M* (pp.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cátedra Virginia Bolten, Fundación Rosa Luxemburgo y Ed. El Colectivo.

- Anzorena, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza: Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (Ediunc).
- Anzorena, C. (2013b). “Desigualdades que persisten: el lugar de las mujeres en las políticas sociales (Argentina 2000 a 2010)”. *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Núm. especial: América Latina. Recuperado de <https://webs.ucm.es/info/nomadas/americalatina2013/claudiaanzorena.pdf>
- Anzorena, C. (2015). “¿Qué implica la protección social para las mujeres? Un análisis feminista de las políticas sociales y de igualdad en Argentina”. *Oxímora Revista Internacional de Ética y Política*, 7, pp. 98-118. Recuperado de <http://revistes.ub.edu/index.php/oximora/article/view/14390/17833>
- Anzaldúa, G. (1987). “La conciencia de la mestiza: Towards a New Consciousness”. En Anzaldúa, G. *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza* (pp. 99-120). San Francisco: AuntLute Book Company.
- Arditi, B. (1995). “Rastreado lo político”. *Revista de Estudios Políticos*, 87, pp. 333-351. Recuperado de http://www.cepc.es/rap/Publicaciones/Revistas/3/REPNE_087_334.pdf
- Auyero, J. (2002). *La Protesta, Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Centro Cultural Ricardo Rojas.
- Auyero, J. (2002b). *Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Desarrollo Económico.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Barrancos, D. (2008). *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bartolomé, M.A. (2010). “En defensa de la etnografía. El Papel contemporáneo de la investigación intercultural”. *Revista de Antropología Social*, 12, pp. 199-222. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/viewFile/RASO0303110199A/9713>
- Basualdo, E.M. (2008) “La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales”. En Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) *Derechos Humanos en Argentina. Informe 2008* (pp. 307-326). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hooks, B. (2004). “Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista”. En Hooks, B.; Brah, A.; Sandoval, C. y Anzaldúa, G. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 33-50). Madrid: Traficantes de sueños.

- Belloti, M. (2018). "Memorias, genealogías, historias del movimiento feminista y de mujeres". En Alfonso, M.B.; Díaz Lozano, J. y Ruiz Castelli C. (comps.) *Movidas por el deseo. Genealogías, recorridos y luchas en torno al 8M*. Buenos Aires: Cátedra Virginia Bolten, Fundación Rosa Luxemburgo y El Colectivo.
- Belucci, M. (2016). "La mitad invisible de la historia". *Revista Herramienta*, 58. Recuperado de <http://132.248.9.34/hevila/HerramientaBuenosAires/2016/no58/17.pdf>
- Bebel, A. (1981). *La mujer y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.
- Bertaux-Wiame, I. (1993.) "La perspectiva de la historia de vida en el estudio de las migraciones interiores". En Marinas, J.M. y Santamarina, C. (eds.) *La historia oral: métodos y experiencias*. Buenos Aires: Debate.
- Bertoni, G. (2014). *Del Movimiento al Frente: Dinámica política en el Frente Popular Darío* (Trabajo final de grado). Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1028/te.1028.pdf>
- Bidaseca, K. (2003). "El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. Acciones colectivas y alianzas transnacionales". En Jelin, E. (Comp.) *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales* (pp. 161-202). Buenos Aires: Del Zorzal.
- Bidaseca, K. (2011). "Mujeres blancas buscando salvar a mujeres color café: desigualdad, colonialismo jurídico y feminismo postcolonial". *Andamios. Revista de Investigación Social*, 8, (17), pp. 61-89. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/628/62821337004.pdf>
- Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (1975). *La reproducción. Los elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Editorial Laia.
- Bretal, E. (2016). "El ocaso de Swift en Berisso: representaciones de ex-obreros sobre las tensiones entre el capital y el trabajo". *Theomai*, 33, pp. 83-100. Recuperado de http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO_33/7.%20Art_Eleonora_Bretal.pdf
- Burkart, M. y M. Vázquez (2009). "Dilemas y desafíos de la coordinación: el caso de las organizaciones de Trabajadores Desocupados autónomas en Argentina" en Schuster, F., Pereyra, S. y Germán Pérez, compiladores. *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados pos crisis de 2001*. Al Margen Editorial, La Plata.
- Butler, J. (2000). "El Marxismo y lo meramente cultural". *New Left Review*, 2, pp. 109-121.

- Cabnal, L. (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Guatemala: ACSUR y Las Segovias.
- Caffenzis, G. (2016) "Commons,". En Fritsch, K.; O'Connor y Thompson, A.K. (eds.) *Keywords for Radicals: The Contested Vocabulary of Late-Capitalist Struggle*. Chico, CA: AK Press.
- Caggiano, S. (2008). "La experiencia del género. Un ensayo con Joan Scott". *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, 2, pp. 38-49. Recuperado de <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/04/artic151.pdf>
- Campione, D. y Rajland, B. (2006). "Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos", en Caetano, G. (Comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp. 297-330). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101020012032/caetano.pdf>
- Carrasco, C. (2003). "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?". En León, M. (Comp.) *Mujeres y trabajo: cambios impostergables* (pp. 5-25). Porto Alegre: CLACSO. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101012020005/leon.pdf>
- Carrasco, C. (2017). *Cuaderno Bolteneano, compilación de textos*. Buenos Aires: Cátedra Virginia Bolten y Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas y Sociedad de Economía Crítica.
- Causa, A. (2007). "La configuración de la trama de mujeres desocupadas (piqueteras). La acción colectiva antes, durante y después de los piquetes". *V Congreso Europeo de Latinoamericanistas*. Bruselas, Bélgica.
- Cecchini, S. y Madariaga, A. (2011). *Programas de Transferencias Condicionadas. Balance de la experiencia en América Latina y el Caribe*. Santiago: CEPAL – Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI). Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/27854/S2011032_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Cháneton, J. (2007). *Género, poder y discursos sociales*. Buenos Aires: Eudeba.

- Chejter, S. y Laudano, C. (2002). *Género en los Movimientos Sociales en Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CECYM.
- Cielo, C. y Vega, C. (2015) “Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual”. *Nueva Sociedad*, 256, pp. 132-144. Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/4110_1.pdf
- Cieza, G. (2012). “Argentina. Una necesaria autocritica de la izquierda independiente”. *La Haine*. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/una-necesaria-autocritica-de-la-izquierd>
- Colectivo Situaciones. (2002). “Asambleas, cacerolas y piquetes. (Sobre las nuevas formas de protagonismo social)” en *Borradores de investigación*, 3. Recuperado de http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores_03.html
- Comelli, M. (2010). “Autoconvocadas por la vida. Mujeres en acción frente a la megaminería a cielo abierto en Tinogasta, Catamarca”. *Conflicto Social*, 4, pp. 128-153. Recuperado de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/400/359>
- CONADEP. (1984). “La acción represiva”, en CONADEP *Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cross, C. y Freytes Frey, A. (2007). “Movimientos piqueteros: tensiones de género en la definición del liderazgo”, en *Argumentos*, 20 (55), pp. 77-94. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59505503>
- Cross, C. y Partenio, F. (2004) “Mujeres y participación: Las organizaciones piqueteras y las relaciones de género”. *II Congreso Nacional de Sociología y VI Jornadas Nacionales de Sociología*. Buenos Aires, Argentina.
- Cross, C. y Partenio, F. (2011). “¿Cuál cambio social? Construcción de vínculos políticos en un espacio de mujeres piqueteras”. *Revista Punto Género*, 1, pp. 187 – 209. Recuperado de <https://revistapuntogenero.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/16861/17561>
- Curiel, O. (2005). “Identidades Esencialistas o Construcción de Identidades Políticas. El dilema de El dilema de las feministas afrodescendientes”, en Candelario, G. (Comp.) *Miradas Desencadenantes. Los Estudios de Género en la República Dominicana al inicio del tercer Milenio*. Santo Domingo: INTEC.
- Dagnino Contini, A. (2017). “Sentidos sobre el trabajo en los discursos de lxs jóvenes del barrio Nueva York de Berisso”. *Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias*

Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. Recuperado de http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/10377/sentidosobreeltrabajoenlo.pdf

Dalla Costa, M. y James, S. (1972). *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI.

Dalla Costa, M. (2009). *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Editorial Akal.

Daunes, L. y Korol, C. (2016) “Las mujeres del Frente, relato a dos voces. Celina Rodríguez y Adriana Pascielli, ‘la Tana’”. En Korol, C. (Comp.) *Feminismos Populares. Pedagogías y Políticas* (pp. 237-252). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones América Libre, Editorial El Colectivo y Chirimbote.

Dávila Legerén, A. y Huici Urmeneta, V. (2017). “Escucha, silencio y discursividad en investigación social cualitativa...no extractiva”. *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*, 3, pp. 361-370.

D'Amico, V. (2009). “‘Todo por los chicos’ o las disputas en torno de los sentidos de la política: Nociones legitimadoras, planes de empleo y proyecto colectivo en un espacio de sociabilidad local”. *Cuestiones de Sociología*, 5-6, pp. 55-78. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/13148/Documento_completo_.pdf?sequence=1&isAllowed=y

D'Atri, A. y Escati, C. (2008). “Movimiento Piquetero/a en Argentina”. En Batliwala, S. (ed.) *Cambiando el mundo: Conceptos y prácticas de los movimientos de mujeres* (pp. 1-17). México: AWID. Recuperado de https://www.awid.org/sites/default/files/atoms/files/cambiando_el_mundo_-_movimiento_piquetera_en_argentina.pdf

D'Cristófaro, C.; Plaza, E. y Margueliche, J. C. (2007). “El papel de la autonomía dentro del movimiento social. El caso Frente Popular Darío Santillán Villa Progreso (Berisso). Construcción de centros decisorios de poder como soporte de acción”. *IX Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía*. La Plata, Argentina. Recuperado de http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.728/ev.728.pdf

Deambrosi, N. (2009). *'Ni Berisso, ni La Plata: Villa Argüello': Territorio y organización social en un barrio del Gran La Plata 1958- 2008* (Trabajo final de grado). Universidad

Nacional de La Plata, La Plata. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.575/te.575.pdf>

De Certeau, M. (1986). “Usos y tácticas de la cultura ordinaria”. *Revista Signo y Pensamiento*, V (9), pp. 23-30.

De Certeau, M. (1996). “Valerse de: usos y prácticas”. En De Certeau, M. *La invención de lo cotidiano I. El oficio de la Historia* (pp.35-48). México: Ed. Iberoamericana.

De Lauretis, T. (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. Madrid: Cátedra.

Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados*. Buenos Aires: Eudeba y Libros del Rojas.

De Sena, A. y Chahbenderian, F. (2011) “Argentina, ¿trabaja?”. *Polis*, 30. Recuperado de <http://polis.revues.org/2136>

De Sousa Santos, B. (2005). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: CLACSO y UBA.

Diani, M. (2015). “Revisando el concepto de Movimiento Social”. *Encrucijadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 9. Recuperado de <http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/161/145>

Díaz Lozano, J. et al. (2004). *Código de Barras* (Trabajo para la cátedra Periodismo de Investigación). Facultad de Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. (Sin publicar).

Díaz Lozano, J. (2015). “Movimiento en Femenino. Trayectorias de vida de mujeres que participan en organizaciones populares”. En Nateras Domínguez, A.; Medina Carrasco, G. y Sepúlveda Galeas, M. (coords.) *Escrituras emergentes de las juventudes Latinoamericanas*. México: Gedisa.

Díaz Lozano, J.; Fajardo, M.F. (2013). “Experiencias de educación popular en géneros y sexualidades con jóvenes del Frente Popular Darío Santillán (período 2008-2012)”. En *Relaciones de género [s] y sujetxs diversxs*. La Plata: Edulp.

Dinerstein, A.C.; Contartese, D. y Deledicque, M. (2008). “Notas de investigación sobre la innovación organizacional en entidades de trabajadores desocupados en la Argentina”. *Realidad Económica*, 234, pp. 50-79. Recuperado de <https://sociologiaeconomicaunlp.files.wordpress.com/2012/09/notainnovacionorg-dinerstein.pdf>

- Elizalde, S. (2006). "El androcentrismo en los estudios de juventud: Efectos ideológicos y aperturas posibles". *Última década*, 25, pp. 91-110.
- Elizalde, S. (2008). "Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista". *Oficios Terrestres*, 23, pp. 18-30.
- Elizalde, S. (2011). *La otra mitad. Género y pobreza en la experiencia de mujeres jóvenes*. La Plata: Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.
- Engels, F. (2007). "La Familia". En Engels, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (pp. 6-38). Buenos Aires: Luxemburg.
- Espinosa, C. (2009). "Cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede o, ¿hasta dónde llega la 'ideología de la armonía'?" En Tiscornia, S.; Kant de Lima, R. y Eilmbaum, L. (orgs.) *Burocracias penales, administración institucional de conflictos y ciudadanía. Experiencia comparada entre Brasil y Argentina* (pp. 143-160). Buenos Aires: Antropofagia.
- Espinosa, C. (2013). "Cuerpo y política: acerca de la palabra como técnica corporal". *Revista de Antropología*, 22, pp. 191-208. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169036843009>
- Fajardo, F. (2018). Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, La Plata. Sin entregar.
- Fajardo, F.; Longa, F. y Stratta, F. (2012). "Investigación y movimientos sociales. Problemas y perspectivas". *Debates Urgentes*, 1, pp. 99-113. Recuperado de <http://debatesurgentes.files.wordpress.com/2012/04/investigacion-y-movimientos-sociales-problemas-y-perspectivas.pdf>
- Falquet, J. (2007). "División sexual del trabajo revolucionario: reflexiones en base a la participación de las mujeres salvadoreñas en la lucha armada (1981-1992)". En Femenías, M.L. (Comp.) *Perfiles del feminismo iberoamericano*, Vol.3 (pp. 93-122). Buenos Aires: Catálogos.
- Falquet, J. (2003). "Mujeres, feminismo y desarrollo: un análisis crítico de las políticas de las instituciones internacionales". *Desacatos*, 11, pp. 13-35. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13901102>

- Falquet, J. (2009). “La regla del juego. Repensar co-formación de las relaciones de género, clase y “raza” en la globalización neoliberal”. En Dorlin, E. *Género, raza, clase. Para una epistemología de la dominación*. Paris: PUF.
- Falquet, J. (2016). “Hacia un análisis feminista y dialéctico de la globalización neoliberal. El peso del complejo militar-industrial sobre las mujeres globales”. En *Cuadernillo Boltereano*. Material de Cátedra Libre Virginia Bolten.
- Falquet, J. (2016b). “De los asesinatos de ciudad Juárez al fenómeno de los feminicidios. Nuevas formas de violencia hacia las mujeres”. En *Cuadernillo Boltereano*. Material de Cátedra Libre Virginia Bolten.
- Faría, N. (2013). “La formación como instrumento para la construcción de un abordaje antipatriarcal”. En *En busca de la Igualdad. Textos para la acción feminista* (pp. 9-32). San Pablo: SOF.
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Federici, S. (2011). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Federici, S. (2013a). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas Feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2013b), *La revolución feminista inacabada. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. México D.F.: Escuela Calpulli.
- Féliz, M. (2007). “¿Hacia el neodesarrollismo en Argentina? De la reestructuración capitalista a su estabilización”. En Asociación economía/docencia/investigación (AEDI) *Anuario EDI 3. Economía Argentina ¿Coyuntura favorable o nuevo modelo?* (pp. 68-81). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Féliz, M. (2012). “Sin clase. Neodesarrollismo y neoestructuralismo en Argentina (2002-2011)”. *Século XXI: Revista de Ciências Sociais*, 2 (2), pp. 9-43.
- Féliz, M. (2014). “Neo-developmentalism, Accumulation by Dispossession and International Rent - Argentina, 2003–2013”. *International Critical Thought*, 4 (4), pp. 499-509.
- Féliz, M. (2015a) “¿Qué hacer...con el desarrollo? Neodesarrollismos, buenvivir y alternativas populares”. *Sociedad y Economía*, 28, pp. 29-49.

Féliz, M. (2015b) "Limits and barriers of neodevelopmentalism: Lessons from Argentina's experience, 2003-2011". *Review of Radical Political Economics*, 47 (1), pp. 70-89.

Féliz, M. y Díaz Lozano, J. (2018). "Trabajo, territorio y cuerpos en clave neodesarrollista. Argentina, 2002-2016". *Perfiles Latinoamericanos*, 26 (52). México: FLACSO.

Féliz, M.; López, E.; y Fernández, L. (2012). "Estructura de clase, distribución del ingreso y políticas públicas. Una aproximación al caso argentino en la etapa post-neoliberal". En Féliz, M. (et. al). *Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina Contemporánea* (pp. 203-224). Buenos Aires: Editorial El Colectivo.

Féliz, M. y Pérez, P. (2007). "¿Tiempos de cambio? Contradicciones y conflictos en la política económica de la posconvertibilidad". En Boyer, R. y Neffa, J.C. (coords.) *Salidas de crisis y estrategias alternativas de desarrollo. La experiencia argentina* (pp. 319-352). Buenos Aires: Institut CDC pour la Recherche, Trabajo & Sociedad, y CONICET.

Féliz, M. y Pérez, P. (2010). "Políticas públicas y las relaciones entre capital y trabajo. Contrastes y continuidades en la posconvertibilidad a la luz de la historia argentina". En Figari, C.; Lenguita, P. y Montes Cató, J. (eds.) *El movimiento obrero en disputa. La organización colectiva de los trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: CICCUS y CEIL PIETTE.

Fernández, H. (2015). *Apuntes sobre la precarización laboral en el Sector Público Nacional*. Buenos Aires: ATE, CTA e IDEP. Recuperado de http://www.ateargentina.org.ar/idep/documentos/134Análisis_sobre_la_precarizacion_laboral_en_el_sector_publico_nacional.pdf

Fernández Álvarez, M.I. (2015). "Contribuciones antropológicas al estudio de las cooperativas de trabajo en la Argentina reciente". *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, 07, pp. 37-63- Recuperado de http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/revcesot/revcesot_n7_02.pdf

Fernández Álvarez, M.I. (2010). "Desafíos de la investigación etnográfica sobre procesos políticos "calientes"". *Contextos, Revista d'antropologia i investigació social*, 4, pp. 80-89.

Fernández Cordero, L. (2017). *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Ferraudi Curto, M.C. (2014). “Las fronteras cambiantes entre lo político y lo social: aportes etnográficos al debate en torno de “el 2001” en Argentina”. *Sociohistórica*, 34. Recuperado de https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2014n34a01/pdf_17
- Fiszbein, A. y Schady, N. (2009). *Transferencias monetarias condicionadas. Reduciendo la pobreza actual y futura*. Washington DC: Banco Mundial.
- Fraser, N. (1997). “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas en torno a la justicia en una época ‘postsocialista’”. En Fraser, N. *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”* (pp. 17-54). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Frediani, J.C. (2014). “La tierra vacante al interior del proceso de expansión urbana en el Gran La Plata”. *XVI Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía*. La Plata, Argentina. Recuperado de en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4100/ev.4100.pdf
- Gago, V. (2015). *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Galassi, G.L. (2011). “Los nuevos pobres en Argentina con la crisis de 2001: criterios de cuantificación y comparación de su perfil con los pobres estructurales”. *XI Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Neuquén, Argentina.
- Giorgetti, D. y Fajardo, F. (2015). “Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción de lo juvenil en el Frente Popular Darío Santillán”. En Chaves, M. y Segura R. (eds.) *Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Granemann, S. (2017). “Monetarización y financiarización de las políticas sociales: ¿expresiones del neodesarrollismo?”, en Félix, M.; Pinassi, M, comp. *La farsa neodesarrollista y las alternativas populares en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires : Herramienta. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.561/pm.561.pdf>
- Grimberg, M. (2009). “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Revista de Sociología e Política*, 32, pp. 83-94.
- Grimson, A. (2003) “La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires-Informe Etnográfico”. *Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series*, 02.

- Grimson, A.; Ferraudi Curto, M.C. y Segura, R. (comps.). (2009). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grosfoguel, R. (2014). “Las colonialidades de los estudios descoloniales en las Américas”. Conferencia realizada en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México D.F., México.
- Grosfoguel, R. (2015). “Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico”. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo*, 4, pp. 33-45. Recuperado de <http://www.usc.es/revistas/index.php/ricd/article/viewFile/3295/3620>
- Grossberg, L. (1992). “Articulation and Agency”. En Grossberg, L. *We Gotta Get Out of This Place. Popular Conservatism and Postmodern Culture*. New York-London: Routledge.
- Grossberg, L. (2012). *Estudios culturales en tiempo futuro: Como es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guadarrama, M.E. (2001). “Mujeres y Movimiento Popular Urbano”. *Anuario de Hojas de Warml*, 12, pp. 75-91. Recuperado de <http://revistas.um.es/hojasdewarmi/issue/view/11201>
- Gúber, R. (2009). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial y Norma.
- Gúber, R. (comp.). (2014). *Prácticas Etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social (Ides) y Miño y Dávila.
- Gutiérrez, R. (2013). “Insubordinación, antagonismo y lucha en América Latina ¿Es fértil todavía la noción de “movimiento social” para comprender la lucha social en América Latina?”. *Cuadernos de cátedra Jorge Alonso*. Recuperado de http://www.catedraalonsocietas.udg.mx/imagenes/documentos/seminario_anual/texto_Raquel_gutierrez.pdf
- Gutiérrez, R. (2015a). *Horizonte comunitario-popular. Antagonismo y producción de lo común en América Latina*. México D.F.: Benemérita Universidad de Puebla.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2015b). “Políticas en femenino. Transformaciones y subversiones no centradas en el Estado”. *Revista Contrapunto*, 7, pp. 123-139
- Gutiérrez Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Gutiérrez, R.; Navarro, M. y Linsalata, L. (2016). “Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión”. Documento de cátedra seminario Entramados comunitarios y Formas de lo político. Posgrado de Sociología. BUAP.

Halperin Weisburd, Leopoldo et.al. (2011). *Problemas de género en la Argentina del siglo XXI: feminización de la pobreza e inequidad del mercado laboral*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Haraway, D. (1995). “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”. En Haraway, D. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-346). Madrid: Cátedra.

Haraway, D. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio*. Barcelona: Editorial UOC..

Hartmann, H. (1980). “Un matrimonio mal avenido, hacia una unión más progresiva entre feminismo y marxismo”. *Zona Abierta*, 24, pp. 85-113.

Harding, S. (1998). “¿Existe un método feminista?”, en Bartra, E. (comp.) *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.

Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires: CLACSO.

Hendler, A.; Pacheco, M. y Rey, J. (2012). *Darío Santillán. El militante que puso el cuerpo*. Buenos Aires: Planeta

Hoggart, R. (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México D.F.: Grijalbo.

Iglesias, M.E. (2012). *Un estudio de las prácticas de formación de las mujeres en los procesos de organización social* (Tesis de Grado), Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Sin publicar.

Iglesias M. E. y Díaz Lozano, J. (2012). “Trayectorias militantes de mujeres en organizaciones sociales”. *Congreso Internacional de Comunicación, Géneros y Sexualidades*. La Plata, Argentina.

Isola, F. (2015). “Las posibilidades de movilidad social en un grupo de mujeres, pobres y vulneradas. (Área de San Vicente, Provincia de Buenos Aires, 2013-2015)”. *Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina*. La Plata, Argentina. Recuperado de http://seminariosms.fahce.unlp.edu.ar/sceyms/sceyms-2015/actas-2015/RC_Isola_Zorrozuza.pdf

- Izquierdo, M.J. (1983). *Las, los, les (lis, lus). El sistema sexo/género y la mujer como sujeto de transformación social*. Barcelona: LaSal.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Jelin, E. (1985). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Jelin, E. (2003). Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/ar/ar-025/index/assoc/D4331.dir/cuaderno2_Jelin.pdf
- Jolivet, N.; López Mac Kenzie, J. y Benítez, M. (2005). *Praxis y discurso criminalizador de la protesta social en la Argentina 1997-2005: quiénes, cómo, y por qué*. Sin publicar.
- Kergoat, D. (2000). "Division sexuelle du travail et rapports sociaux de sexe". En Hirata, H.; Laborit, F.; Le Doare, H. y Senotier, D. (coords) *Dictionnaire critique du féminisme* (pp. 33-54). Paris: PUF.
- Korol, C. y Daunes, L. (2016). *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*. Buenos Aires: El Colectivo.
- Laberiano Agüero, M. (2013). *Experiencia de acompañamiento comunitario y pastoral en Ayacucho -Una perspectiva de trabajo en salud mental*. Lima: Comisión Episcopal de Acción Social.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Laudano, C. (2017). "#Movilizaciones #Ni una menos y #Vivas nos queremos en Argentina. Entre el activismo digital y #El Feminismo lo hizo". *Seminario internacional 13th Women's World Congress and Fazendo Genero 11*. Florianopolis, Brasil.
- Laufer, R. y Spiguel, C. (1998). "Las puebladas argentinas a partir del Santiagueñazo de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha". En López Maya, M. (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Lindón Villoria, A. (2000). "Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una

- presentación)". En Lindón, A. (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 7-18). Barcelona: Anthropos, Colegio Mexiquense y CRIM-UNAM.
- Linsalata, L. (2015). *Cuando manda la asamblea: lo comunitario-popular en Bolivia: una mirada desde los sistemas comunitarios de agua de Cochabamba*. México D.F: Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos.
- Lobato, M. (1990). "Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del frigorífico Armour, 1915-1969". En *Anuario del IEHS V* (pp. 171-205). Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1990/Mujeres%20en%20la%20f%C3%A1brica.%20El%20caso%20de%20las%20obreras%20del%20frigor%C3%ADfico%20Armour,%201915-1969.pdf>
- Longa, F. (2012). "Identidades colectivas y nuevas demandas sociales: Las generaciones políticas y la cuestión de género en el Frente Popular Darío Santillán". *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata, Argentina. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2048/ev.2048.pdf
- Longa, F. (2017). "Del antipatriarcado al feminismo, derivas del ethos militante en un movimiento social de la Argentina (2004-2015)". *Estudios de Género*, 3 (5), pp. 57-89.
- Longo, R. (2012). *El protagonismo de las mujeres en los movimientos sociales*. Buenos Aires: América Libre.
- Lorde, A. (2003). *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Madrid: Editorial horas y Horas.
- Lozano, J.I. (2008). "Trayectorias en el mundo del trabajo de jóvenes en situación de pobreza. Un estudio de casos del barrio Aeropuerto de La Plata". *V Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata, Argentina.
- Lucita, E. (2006). "Algo más que 30 años". En *La Haine*. Recupero de https://www.lahaine.org/mundo.php/algo_mas_que_30_anos
- Lugones, M. (2008). "Colonialidad y Género". *Revista Tabula Rasa*, 9, pp. 73-101.
- Luna, L. (1996). "Aspectos políticos del género en los movimientos por la sobrevivencia: El caso de Lima 1960-1980". En Luna, L. y Vilanova, M. (comps.) *Desde las orillas de la política. Género y poder en América Latina* (pp. 85-100). Barcelona: Universitat de Barcelona, ICD y Generalitat de Catalunya.

- Magliano, M.J. (2015). "Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos". *Revista Estudos Feministas*, 23 (3), pp. 691 – 712. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2015000300691&script=sci_abstract&tlng=es
- Mallimaci Barral, A.I. (2009). "Estudios migratorios y perspectiva de género. Apuntes para una discusión sobre la relación entre los géneros y las migraciones". *Revista Estudios*, 22, pp. 1-14.
- Manzano, V. (2006). "Formación de dirigentes, jerarquía y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: un enfoque antropológico de los movimientos sociales". *Revista de Antropología*, 9, pp. 77-92. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16942006000100006
- Manzano, V. (2007a). "Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales", en Cravino, M.C. (ed.) *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 101-134). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Manzano, V. (2007b). *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social* (Tesis de Doctorado). Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Buenos Aires, Argentina.
- Manzano, V. (2009). "Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza". En Grimson, A. Ferraudi Curto, M.C. y Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Manzano, V. (2016). "Tramas de bienestar, membresía y sujetos políticos: La organización Tupac Amaru en el norte argentino". *Revista Ensamblés*, 4 y 5, pp. 54-71. Recuperado de <http://www.revistaensambles.com.ar/ojs-2.4.1/index.php/ensambles/article/view/74/49>
- Marini, R.M. (1996). "Proceso y tendencias de la globalización capitalista". En *La teoría social latinoamericana, Cuestiones contemporáneas, Tomo IV* (pp. 49-68). México: Ediciones El Caballito.

- Massey, D. (2005). "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones". En Arfuch, L. (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 101-128). Buenos Aires: Paidós.
- Masson, L. (2004). *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Masson, S. (2011). "Sexo/género, clase, raza: feminismo descolonial frente a la globalización. Reflexiones inspiradas a partir de la lucha de las mujeres indígenas en Chiapas". *Andamios. Revista de Investigación Social*, .8 (17), pp. 145-177. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62821337007>
- Merklen, D. (2005). *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Millán, M. (2001). "Las mujeres zapatistas de fin del milenio". En OSAL. *El zapatismo y los derechos de los pueblos indígenas* (pp. 23-26). México D.F.: CLACSO.
- Mazzeo, M. (2005). *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Mazzeo, M. (2006). *El sueño de una cosa (Introducción al poder popular)*. Buenos Aires: El Colectivo.
- Merklen, D. (2005). *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Milla Villena, C. (2003). *Ayni. Semiótica de los espacios sagrados. Ley de la Reciprocidad*. Lima: Asociación Cultural Amaru Wayra.
- Miguez, P. y Semán, P. (2006). *Entre santos, cumbias y piquetes: las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Millett, K. (2010). "Engels y su teoría revolucionaria". En Millett, K. *Política Sexual* (pp. 204-235). Madrid: Feminismos.
- Milstein, D. (2009). *La nación en la escuela. Nuevas y viejas tensiones políticas*. Buenos Aires: Miño y Dávila e IDES.
- Mohanty, C. (2008). "De vuelta a 'Bajo los ojos de occidente'. La solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalista". En Suárez Navaz, L. y Hernández, R.A. (eds.) *Descolonizar el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes* (pp. 407-464). Valencia: Editorial Cátedra Colección Feminismos.

Molina, C. (ed.). (2006). *Universalismo básico. Una nueva política social para América Latina*. México: Editorial Planeta Mexicana.

Morzilli, M. (2014). *Impacto de la Asignación Universal por Hijo (AUH) en la escolaridad de las familias pobres: El caso de Villa Argüello (Berisso) 2007-2013* (Tesis de grado).

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. La Plata, Argentina..

Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1151/te.1151.pdf>

Natalucci, A. (2011). “Entre la movilización y la institucionalización”. *Polis*, 10 (28).

Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30518550012>

Nicanoff, S. (2014). “La izquierda independiente en su laberinto: crisis, política e identidad y lucha de clases”. *Contrahegemonía*. Recuperado de

<http://contrahegemoniaweb.com.ar/la-izquierda-independiente-en-su-laberinto-crisis-politica-identidad-y-lucha-de-clases/>

Novick, M.; Rojo, S. y Castillo, V. (comps.). (2008). *El trabajo femenino en la posconvertibilidad. Argentina 2003-2007*. Buenos Aires: CEPAL.

Pacheco, M. (2004). “Del Piquete al Movimiento. Parte I: De los orígenes al 20 de diciembre de 2001”. En *Cuadernos de la FISYP* (Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas), 11. Recuperado de <https://epdf.tips/del-piquete-al-movimiento.html>

Pacífico, F. (2015). “Los jueves tenemos cooperativa. Mujeres, formación “pre laboral” y programas de “inclusión social”. *XIII Jornadas Rosarinas de Antropología Socio-cultural*.

Rosario, Argentina. Recuperado de <http://hdl.handle.net/2133/5431>

Palermo, Z. y Quintero, P. (comps.). (2014). Anibal Quijano: Textos de la Fundación. El Desprendimiento. Buenos Aires: El Signo Ediciones.

Partenio, F. (2005). “Entre el trabajo y la política: las mujeres en las organizaciones de desocupados y en los procesos de recuperación de fábricas”. *VII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires, Argentina.

Partenio, F. (2006). “Género y política: reconstruyendo la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros”. *Anais do Seminario Internacional Fazendo Género 7 - “Gênero e preconceitos”*. Brasil: Universidade Federal de Santa Catarina.

Partenio, F. (2007). “El trabajo, la casa, la política: una difícil convivencia”. *Encrucijadas*, 40. Recuperado de

http://repositorioubasibbi.uba.ar/gsd/collect/encruci/index/assoc/HWA_377.dir/377.PDF

Partenio, F. (2008). “Género y participación política: Los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina”. *Informe final del concurso: Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO. Recuperado de

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2008/deuda/partenio.pdf>

Partenio, F. (2011). “La producción de géneros: experiencias de mujeres trabajadoras en la gestión de fábricas recuperadas” (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Buenos Aires, Argentina.

Pateman, C. (1995). *El Contrato Sexual*. Madrid: Anthropos.

Paz, P. y Schteingart, D. (2011). “Mercado de trabajo y género. El caso de las empleadas domésticas”. *10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires, Argentina.

Pérez, G.; García, A. y Vázquez, M. (2007). “Poner el cuerpo. Sobre los significados de la Masacre del Puente Pueyrredón”. *Revista Ciencias Sociales*, 67, pp. 36-38.

Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de sueños.

Pérez, P. (2008). “Desigualdades de género en mercado de trabajo argentino (1995-2003)”. *Trabajos y comunicaciones*, 8 (34), pp. 171-200. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3729/pr.3729.pdf

Pérez, P. y Barrera, F. (2012). “Estructura de clases, inserción laboral y desigualdad en la post-convertibilidad”. En Féliz, M. et. al *Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina Contemporánea*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.

Pérez, P. y Brown, B. (2015). “¿Una nueva protección social para un nuevo desarrollismo? Políticas sociales en la Argentina posneoliberal”. *Estudios sociales del Estado*, 2, pp. 94-117.

Petrucelli, A. (2005). *Docentes y piqueteros: de la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto y El Fracaso..

Petrucelli, A. (2012). “Esbozos críticos para investigadores militantes”. *Debates Urgentes*, 1, pp. 11-23. Recuperado de <https://debatesurgentes.files.wordpress.com/2012/04/esbozos-criticos-para-investigadores-militantes.pdf>

Polanyi, K. (2009). *El sustento del hombre*. Madrid: Capitán Swing.

Porto-Gonçalves, C.W. (2009). *Territorialidades y lucha por el territorio en América Latina. Geografía de los movimientos sociales en América Latina*. Caracas: Editorial IVIC.

Prada Alcoreza, R. (2003). “Perfiles del movimiento social contemporáneo. El conflicto social y político en Bolivia. Las jornadas de septiembre-octubre de 2003”. *OSAL*, 12, pp. 35-46. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D3632.dir/4d1prada.pdf>

Quirós, J. (2006). “Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires”. En *Anuario de Estudios en Antropología Social* (pp. 151-159). Buenos Aires: IDES. Recuperado de http://cas.ides.org.ar/files/2012/10/EAS_2006.pdf

Retamozo, M. (2011). “Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina”. *Polis*, 10 (28), pp. 243-279.

Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakaxutxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rodríguez Enríquez, C. (2005). “Economía del cuidado y política económica: una aproximación a sus interrelaciones”. En *Trigésima octava reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina*. Mar del Plata: CEPAL.

Rodríguez Enríquez, C. (2015). “El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado”. *Serie Documentos de Trabajo: Políticas públicas y derecho al cuidado*, 2. Buenos Aires: Equipo Latinoamericano de Justicia y Género.

Rodríguez Enríquez, C. (2015b). “Economía feminista y economía del cuidado Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad”. *Nueva Sociedad*, 256, pp. 30-44. Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/4102_1.pdf

Rodríguez Enríquez, C. (2011). *Programas de transferencias condicionadas de ingreso e igualdad de género. ¿Por dónde anda América Latina?*. Santiago de Chile: CEPAL.

Reguillo, R. (2000). “La clandestina Centralidad de la Vida Cotidiana”. En Lindón Villoria, A. (coord.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 77-94). Madrid: Anthropos.

Rowbotham, S. (1979). “Lo malo del ‘patriarcado’”. En Samuel, R. (ed.) *Historia popular y teoría socialista* (pp. 248-256). Barcelona: Grijalbo,.

Sassen, S. (1991). “The Global City. New York, London, Tokio”. Princeton: Princeton UniversityPress.

- Sautú, R. (2003). *Todo es teoría*. Buenos Aires: Lumiere.
- Schettini, P. y Cortazzo, I. (2015). *Análisis de datos cualitativos en la investigación social: procedimientos y herramientas para la interpretación de información cualitativa*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Schmukler, B. y Di Marco, G. (1997). *Madres y democratización de la política en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.
- Schuttemberg, M. (2012). “Los movimientos sociales “nacional populares” en la etapa kirchnerista: una revisión crítica de la bibliografía sobre el período”. *Intersticios, Revista Sociológica de Pensamiento crítico*, 6 (2), pp. 191-207.
- Sciortino, S. (2012). *Una etnografía en los Encuentros Nacionales de Mujeres: políticas de identidad desde la afirmación de las mujeres de los Pueblos originarios* (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Sciortino, S. (2017). “Semillas, hijos y pueblos: cuando la maternidad se conforma en lucha”. *Corpus*, 7 (1). Recuperado de [http:// corpusarchivos.revues.org/1857](http://corpusarchivos.revues.org/1857)
- Sciortino, S. (2018) “El trabajo de cuidado entre las titulares del programa social ‘Ellas Hacen’: una etnografía sobre arreglos familiares, leonas y mujeres superpoderosas”, en Cuadernos de Antropología Social, ICA, FFyL, UBA. En prensa.
- Scott, J. (1996). *El género, una categoría útil para el análisis histórico*. México: PUEG-UNAM.
- Scott, J. (1999). “Experiencia”. *Revista Hiparquia*, 10 (1), pp.59-83.
- Schachter, S. (2011). “El ocaso metropolitano, archipiélagos, desmesura y exclusión”. *Herramienta*. Recuperado de <https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=1558>
- Schmukler, B. y Di Marco, G. (1997). *Madres y democratización de la política en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.
- Schteigart, M. (1990). *Los productores del espacio habitable: estado, empresa y sociedad en la ciudad de México*. México: El colegio de México.
- Segato, R. (2011). “Género y colonialidad: en busca de las claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial”. Bidaseca, K. y Vázquez Laba, V. (comps.) *Feminismo y Poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina* (pp.17-48). Buenos Aires: Ediciones Godot.

- Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Segato, R. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el árbol.
- Segato, R. (2007). “Que cada pueblo teja los hilos de su historia”. En *Conselho Indigenista Missionário*. Recuperado de <https://cimi.org.br/2008/12/28186/>
- Segura, R. (2011). “La trama relacional de la periferia urbana en la ciudad de La Plata. La figuración establecidos-outsiders revisitada”. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, X, pp. 85-106.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera: Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: Editorial de la UNSAM.
- Semán, P. (2009). “Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización”. *Magüaré*, 23, pp. 181-205. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/14978/15777>
- Semán, P. (2009). “Nota de investigación: Más allá de la descripción, más acá del dualismo: efectos cruciales de un recorrido entre países, investigaciones y disciplinas”. *Estudios Sociológicos*, XXVII (81), pp. 1041-1059. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6163888.pdf>
- Seta, S. (2014). “Nueva izquierda independiente y la política, una relación tormentosa”. *Contrahegemonía*. Recuperado de <http://contrahegemoniaweb.com.ar/nueva-izquierda-independiente-y-la-politica-una-relacion-tormentosa/>
- Stratta, F. (2011). “La disputa por el espacio urbano. Las tomas de tierra en el Gran Buenos Aires durante los años ochenta”. *Herramienta*, 48. Recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-48/la-disputa-por-el-espacio-urbano-las-tomas-de-tierra-en-el-gran-buenos-aire>
- Stratta, F. (2014). “Epílogo”. En Mazzeo, M. *Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina*. Rosario: Puño y Letra.
- Stratta, F. y Barrera, M. (2009). “¿Movimientos sin clases o clases sin movimientos? Notas sobre la recepción de la teoría de los Movimientos Sociales en la Argentina”. *Revista*

Conflicto Social, 1, pp. 118-121. Recuperado de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/444/401>

Suárez Bustamante, M. (2003). *Caracterización del Programa del Vaso de Leche*. Lima: Dirección de General de Asuntos Económicos y Sociales del Ministerio de Economía y Finanzas. Recuperado de https://www.mef.gob.pe/contenidos/pol_econ/documentos/carac_vaso.pdf

Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M. (2007). “Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo”. *Cuadernos del CENDES*, 65. Recuperado de http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082007000200003&lng=es&nrm=iso&tlng=es

Svampa, M. (2009). “Postfacio”. En Svampa, M. y Pereyra, S. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M. y Viale, E. (2014). *Maldesarrollo. La Argentina extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz Editores.

Tabet, P. (2005). “Las manos, los instrumentos, las armas”. En Curiel, O. y Falquet, J. (comps.) *El Patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin-Paola Tabet-Nicole Claude Mathieu* (pp. 57-129). Buenos Aires: Brecha Lésbica.

Thompson, E.P. (1981). *Miseria de la Teoría*. Editorial Crítica: Barcelona.

Thompson, E.P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

Thompson, E.P. (1984). “La política de la teoría”. En Samuel, R. (ed.) *Historia popular y teoría socialista* (pp. 301-317). Barcelona: Crítica.

Thwaites Rey, M. (2004). *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*. Buenos Aires: Prometeo.

Torres Carrillo, A. (2006). “Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2), pp. 167-199.

Vaggione, J.M. y Avalor, G. (2007). “El barrio y sus mujeres. La cotidianeidad en los movimientos piqueteros de Córdoba”. *Anuario*, 10. Buenos Aires: La Ley.

Valdés Gutiérrez, G. (2001). “Hacia un nuevo paradigma de articulación (no tramposo) de las demandas emancipatorias”. *Artículos y Ensayos Utopía y praxis latinoamericana*, 14, pp. 48-57.

Vallés, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis Sociológica. Recuperado de <https://metodologiaecs.files.wordpress.com/2014/11/vallesmiguel-tc3a9cnicas-cualitativas-de-investigacic3b3n-social-1999.pdf>

Varesi, G. (2011). “Argentina 2002-2011: neodesarrollismo y radicalización progresista”. *Realidad económica*, 264, pp. 33-59.

Varesi, G.Á. (2013). *Modelo de acumulación y hegemonía en la Argentina post-convertibilidad, 2002-2008* (Tesis de Grado). Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.807/te.807.pdf>

Vargas, V. (2008). “Nuevas formas de participación política y de luchas feministas en lo local y en lo global en el nuevo milenio”. *IV Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Rosario, Argentina.

Vargas Valente, V. (2008). *Feminismos en América Latina Su aporte a la política y a la democracia*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.

Varsavsky, O. (1969). *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Vásconez, A. (2012). “Mujeres, hombres y las economías latinoamericanas: un análisis de dimensiones y políticas”. En Esquivel, V. (ed.) *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (pp. 42-97). Santo Domingo: GEMLAC ONU (Grupo de Género y Macroeconomía de América Latina). Recuperado de <http://www.gemlac.org/attachments/article/44/Economia-feminista-desde-america-latina.pdf>

Vázquez, M. (2009). “La política desde abajo: narrativas militantes de jóvenes desocupados y desocupadas en Argentina”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7 (1), pp. 423-455. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20131106051953/art.MelinaVasquez.pdf>

- Vila, M. (2011). *En los zapatos de otros. La construcción de la subjetividad colectiva en un movimiento de trabajadores desocupados* (Tesis de Grado). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. La Plata, Argentina. Recuperado de <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.389/te.389.pdf>
- Vilas, C. (1995). “Actores, sujetos, movimientos ¿dónde quedaron las clases?”. *Sociológica*, 28. REcuperado de <http://cmvilas.com.ar/attachments/article/84/2804.pdf>
- Vitale, L. (1987). *La mitad invisible de la Historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta.
- Vommaro, G. (2006). “‘Acá no conseguís nada si no estás en política’: Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política”. En Centro de Antropología Social-IDES *Anuario de Estudios en Antropología Social 2006* (pp.161-177). Lanús: IDES.
- Vommaro, P. (2012). “Los procesos de subjetivación y la construcción territorial: un acercamiento desde experiencias de organizaciones sociales en Buenos Aires”. En Piedrahita Echandía, C.; Díaz Gómez, Á. y Vommaro, P. (comps.) *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 63-76). Bogotá: Magisterio y CLACSO.
- Voria, M.A. (2012). “La porosidad de las fronteras entre lo público y lo privado frente a la ‘cuestión del cuidado’”. En Barroso, S.; Dovio, M.; López Tessore, V.L. y Giannoni, M.I. (comps.) *Mujeres en cuestión. Escrituras, ideologías y cuerpos*. Buenos Aires: Teseo.
- Wainerman, C. (1996). “¿Segregación o discriminación? El mito de la igualdad de oportunidades”. *Boletín Informativo Techint*, 285, pp. 59-75.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona-Madrid: Egales.
- Zemelman, Hugo (1999) “La historia se hace desde la cotidianeidad”. En: Zemelman, H.; Dussel, E.; Franco, R.; Peters, A. y Dieterich, H. *Fin del capitalismo global* (pp.209-223). México D.F.: Siglo XXI.
- Zibechi, R. (2003). “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”. *OSAL*, 9, enero, pp. 185-188. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal9/zibechi.pdf>

Otros materiales:

Anred. (2018). Lanzamiento de la Campaña contra la violencia hacia las mujeres. Buenos Aires: Anred. Recuperado de <http://www.anred.org/?p=25579>

ANSES. (2012). La Asignación Universal por Hijo para proyección social en perspectiva. Buenos Aires: ANSES. Recuperado de <http://observatorio.anses.gob.ar/archivos/publicaciones/OBS-000255%20-%20AUH%20en%20Perspectiva.pdf>

INDEC. (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 del INDEC. Buenos Aires: INDEC. Recuperado de http://www.indec.gov.ar/nivel4_default.asp?id_tema_1=2&id_tema_2=41&id_tema_3=135

Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales (FCAyF- UNLP). (2017). Campo 6 de agosto. Producción Sustentable con y para la comunidad [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=1yx_JYCOKco

Guía ONG. (2018). Recuperado de <https://www.guiaongs.org/directorio/ongs/un-techo-para-mi-pais-argentina-5-1-1912/>

DEP-CTA. (2015). “Apuntes sobre la precarización laboral en el sector público nacional”. Documento de Trabajo.

Ministerio de Educación de Bolivia. (2013). *Unidad de Formación Nro. 10 “Educación Productiva y Tecnológica en el Modelo Educativo Sociocomunitario Productivo”*. Cuadernos de Formación Continua. La Paz: Equipo PROFOCOM.

Ministerio de Desarrollo Social- MDS. (2009). *Resolución 3182/2009*.

Ministerio de Desarrollo Social. (2015). *Ellas hacen. Mujeres en acción por una vida mejor*. Recuperado de <http://www.desarrollosocial.gob.ar/ellashacen>

Municipalidad de Berisso. (2014). *Colectividades en la Asociación de Entidades Extranjeras*. Recuperado de <http://www.berisso.gov.ar/noticia/nuevas-colectividades-se-integran-a-la-asociacion-de-entidades-extranjeras>

Municipalidad de Berisso. (2018). *Mapa de barrios y calles*. Recuperado de <http://berisso.gob.ar/pdfs/proveedores/mapa-barrios-berisso.pdf>

Municipalidad de Lima. (2017). *Programa el Vaso de Leche*. Recuperado de <http://www.munlima.gob.pe/gerencia-de-desarrollo-social/subgerencia-de-programas-alimentarios/vaso-de-leche>

Página 12. (2009). “Los piqueteros levantaron campamento”. Buenos Aires: *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-134667-2009-11-04.html>

Semanario El mundo de Berisso. (2009). *Cooperativas sin punteros*. Recuperado de http://www.semanarioelmundo.com.ar/archivo_2009/1221/informacion_general_1221/informacion_general_1221_05.html

Semanario El mundo de Berisso. (2011). *Lucha por las tierras*. Recuperado de https://www.semanarioelmundo.com.ar/archivo_2011/1254/informacion_general_1254/informacion_general_1254_03.html

Documentos políticos:

Área de Formación del Frente Popular Darío Santillán. (2009). *Formación de formadores y formadoras para el trabajo de base*. Recuperado de www.formaciondelfrente.blogspot.com/www.frentedariosantillan.org.

Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal Seguro y Gratuito. (2018). Quiénes somos. Recuperado de <http://www.abortolegal.com.ar/about/>

Colectivo Situaciones. (2002). “Asambleas, cacerolas y piquetes. Sobre las nuevas formas de protagonismo social”. *Borradores de investigación*, 3. Recuperado de http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores_03.html.

Espacio de Mujeres del FPDS. (2008). *Cartilla de Formación en Géneros, feminismos y patriarcado del Espacio de Mujeres del Frente Popular Darío Santillán*.

Frente Popular Darío Santillán. (2004). *Nuestra política para construir un presente y un futuro con trabajo, dignidad y cambio social*. Recuperado de http://www4.autistici.org/mtdenelfrente/politica/ind_politica

Frente Popular Darío Santillán. (2007). *¿Qué es el Frente Popular Darío Santillán?*. Recuperado de <http://www.frentedariosantillan.org/1/index.php?blog=15&cat=175>

Frente Popular Darío Santillán. (2007). *Cartilla trabajo: El trabajo y su forma en el capitalismo*. Recuperado de http://frentedariosantillan.org/fpds_ant/descargas/2007-trabajo-FPDS.pdf

Frente Popular Darío Santillán. (2010a). *Escuelita de Formación de Formadorxs en Géneros. Módulo 1*. La Plata.

Frente Popular Darío Santillán. (2010b). *Escuelita de Formación de Formadorxs en Géneros. Módulo 2*. La Plata.

Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional (2010). “Cooperativa sin punteros”. Comunicado de Prensa. Fecha: 13/05/2010

Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional (2014). “*Gestión sobre cooperativas en el Municipio Berisso*”. Informe Interno. Fecha: 30/09/2014.

Frente Popular Darío Santillán La Plata, Berisso y Ensenada. (2011). *Taller en defensa de las tierras*. Recuperado de <http://fpds-lpberissoensenada.blogspot.com.ar/2011/08/taller-en-defensa-de-las-tierras-de.html>

GEPSAC (Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva). (2006). “Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003”. En *Documentos de Trabajo N° 48*. Recuperado de <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/iigg/dt48.pdf>

MTD Aníbal Verón. (2003). *Darío y Maxi. Dignidad Piquetera*. Buenos Aires: Ediciones 26 de junio.

MTD Aníbal Verón. (2005). “Las Mujeres Resistimos y Luchamos”. *Noticias Piqueteras*, 6.

ANEXO
Observaciones y talleres realizados

Año 2012

Nota de campo N°1. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 9 de agosto 14hs.

Nota de campo N°2. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 23 de agosto 13:30hs.

Nota de campo N°3. Observación de movilización a la Autopista La Plata- Buenos Aires. Jueves 30 de agosto 11hs.

Nota de campo N°4. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 9 de agosto 14hs.

Nota de campo N°5. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 6 de septiembre 14hs.

Nota de campo N°6. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 13 de septiembre 13:30 hs.

Nota de campo N°7. Observación de Campamento de Géneros en La Plata. 15 y 16 de septiembre.

Nota de campo N°8. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 20 de septiembre 13 hs.

Nota de campo N°9. Observación de asamblea y Jornada de trabajo en Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 27 de septiembre 11hs.

Nota de campo N°10. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 4 de octubre de 2012 14 hs.

Nota de campo N°11. Observación en Encuentro Nacional de Mujeres en Posadas, Misiones, 6 a 8 de octubre.

Nota de campo N°12. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 11 de octubre 14hs.

Nota de campo N°13. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 18 de octubre 14hs.

Nota de campo N°14. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 1° de noviembre 14hs.

Nota de campo N°15. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 29 de noviembre 13hs.

Nota de campo N°16. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Miércoles 5 de diciembre 14hs.

Nota de campo N°17. Observación. Recorrido por el barrio Villa Argüello. Viernes 24 de diciembre 10hs.

Año 2013

Nota de campo N°18. Observación de Plenario de FPDS Berisso, Villa Progreso. Viernes 22 de febrero de 2013, 9hs.

Nota de campo N°19. Observación de reunión de “mesa” de Berisso en Los Amigos, Villa Argüello. Martes 5 de marzo, 14hs.

Nota de campo N°20. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 7 de marzo, 14hs.

Nota de campo N°21. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 14 de marzo, 14hs.

Nota de campo N°22. Observación de espacio de discusión política (seguimiento de Victoria), Villa Progreso. Jueves 14 de marzo, 18hs.

Nota de campo N°23. Observación de trabajo barrial de las mujeres luego de inundaciones en Villa Argüello. 14 a 17 de abril.

Nota de campo N°24. Observación de jornada de trabajo en Juanito Laguna, Villa Argüello. Sábado 25 de mayo, 14hs.

Nota de campo N°25. Observación de taller de “despatriarcalización del FPDS” en La Plata. Sábado 25 de junio, 16hs.

Nota de campo N°26. Taller cine debate con mujeres, en Juanito Laguna, Villa Argüello, Sábado 3 agosto, 10hs.

Nota de campo N°27. Observación de reunión de “mesa” de Berisso en Los Amigos, Villa Argüello. Martes 6 de agosto, 14hs.

Nota de campo N°28. Observación jornada de trabajo en Juanito Laguna, Villa Argüello. Sábado 31 de agosto, 10hs.

Nota de campo N°29. Observación de asamblea de Madres Unidas, Villa Argüello. Viernes 7 de septiembre, 18hs.

Nota de campo N°30. Observación de “Pollada” en Villa Nueva. Sábado 8 de septiembre, 12hs.

Nota de campo N°31. Taller de formación sobre aborto, en Arana. Viernes 14 de septiembre, 9hs.

Nota de campo N°32. Taller cine debate con mujeres, en El Carmen. Jueves 26 de septiembre, 14hs.

Nota de campo N°33. Observación en Encuentro Nacional de Mujeres en San Juan, 17 a 19 de octubre.

Nota de campo N°34. Observación de reunión de “mesa” de Berisso en Madres Unidas, Villa Argüello. Martes 22 de octubre, 14hs.

Nota de campo N°35. Observación de taller de Mujeres en Encuentro Nacional Territorial del FPDS, La Plata. Sábado 10 de noviembre, 13hs.

Nota de campo N°36. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Jueves 21 de diciembre, 14hs.

Nota de campo N°37. Taller sobre sexualidad en Juanito Laguna, 28 de dic de 2013 luego de la asamblea del sábado, a las 15 hs.

Año 2014

Nota de campo N°38. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Lunes 22 de septiembre, 9 hs.

Nota de campo N°39. Observación de Gestión Municipal, Berisso. Martes 23 de septiembre, 11hs.

Nota de campo N°40. Observación de pre- asamblea de Madres Unidas, Villa Argüello. Jueves 9 de octubre, 17hs.

Nota de campo N°41. Seguimiento de experiencias de mujeres antes, durante y después del Encuentro Nacional de Mujeres Salta, 11 y 12 de octubre.

Nota de campo N°42. Observación de Gestión en Ministerio de Desarrollo Social, sede La Plata, 13 de octubre, 10hs.

Nota de campo N°43. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Sábado 25 de octubre, 11hs.

Nota de campo N°44. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Sábado 1° de noviembre, 11hs.

Año 2015

Nota de campo N°45. Observación de Pollada en Los Amigos, Villa Argüello. Viernes 20 de febrero.

Nota de campo N°46. Recorrido con Celina y Silvia Federici por barrio Nueva York. Martes 14 de abril.

Nota de campo N°47. Observación de Taller de Formación de Berisso, Villa Argüello, 20 de abril.

Nota de campo N°48. Recorrido por Villa Argüello, encuentro con Rosa. Martes 5 de mayo.

Nota de campo N°49. Observación de taller de formación en Los Amigos, Villa Argüello. 12 de mayo, 9hs.

Nota de campo N°50. Observación de Pollada en Madres Unidas, Villa Argüello. Sábado 16 de mayo.

Nota de campo N°51. Observación corte por la luz, Villa Argüello, junio.

Nota de campo N°52. Observación de Talleres historia de Juanito X 2. 25 de abril y 9 de junio, 9hs.

Nota de campo N°53. Observación de Taller de Saberes Populares en Madres Unidas, Villa Argüello. Viernes 10 de julio, 17hs.

Nota de campo N°54. Observación de asamblea de Juanito Laguna, Villa Argüello. Viernes 9 de octubre, 9hs.

Nota de campo N°55. Seguimiento de experiencias de mujeres antes, durante y después del Encuentro Nacional de Mujeres Mar del Plata. Octubre.

Nota de campo N°56. Visita a Madres Unidas después del encuentro de Mar del Plata. Miércoles 21 de octubre, 16hs.

Nota de campo N°57. Recorrido con Luz por Villa Argüello. Miércoles 11 de noviembre, 8hs.

Nota de campo N°58. Observación corte por la luz, Villa Argüello, noviembre.

Nota de campo N°59. Observación de Gestión Municipal, Berisso. Noviembre.

Año 2016

Nota de campo N°60. Observación de movilización por cooperativas, CABA. Miércoles 16 de marzo.

Nota de campo N°61. Observación de asamblea Madres Unidas, Villa Argüello. Miércoles 30 de marzo.

Nota de campo N°62. Observación de mesa de Berisso en Villa Argüello, martes 5 abril, 14hs.

Nota de campo N°63. Observación de mesa de Berisso en Villa Argüello, martes 12 abril, 14hs.

Nota de campo N°64. Observación de visita de Jules Falquet a Juanito Laguna. Sábado 16 de abril.

Nota de campo N°65. Observación de mesa de Berisso en Villa Argüello, martes 19 abril, 14hs.

Nota de campo N°66. Observación de mesa de Berisso en Villa Argüello, martes 26 abril, 14hs.

Nota de campo N°67. Observación de movilización 1ero de Mayo, CABA. 1º Mayo.

Nota de campo N°68. Observación de taller de Jóvenes en el Olga Vázquez. Jueves 19 de mayo.

Nota de campo N°69. Observación de Gestión con el intendente de Berisso. Lunes 13 de junio.

Nota de campo N°70. Observación de taller Madres Unidas. Jueves 14 julio, 9hs.

Nota de campo N°71. Observación de reunión por tierras, Villa Argüello, septiembre.

Coordinación de espacios participativos

Taller sexualidad Juanito para mujeres adultas. Berisso, 28 diciembre de 2013.

Taller de Mujeres cooperativistas de Berisso y La Plata: Olga Vázquez. Agosto- noviembre de 2016.

Talleres género y sexualidad con jóvenes mujeres. Segundo cuatrimestre 2012.

ANEXO II

Entrevistas individuales y colectivas

N°	FECHA	ENTREVISTADA	EDAD	HIJOS- AS/ ¿JEFA DE HOGAR?	¿MIGRANTE ?	¿ESTÁ ACTUALME NTE EN EL FRENTE?	BARRIO/ COMEDOR
1	20/09/2012	ANABELA	JOVEN. GRUPO 1 COSTURA	2/ NO	NO	NO	VILLA ARGÜELLO
2	13/10/2012	DEBORA	JOVEN. GRUPO 1 COSTURA	NO/ NO	NO	NO	VILLA ARGÜELLO
3	14/11/2012	ESTEFANIA	JOVEN. GRUPO 1 COSTURA	2/ NO	NO	SÍ (VOLVIÓ LUEGO DE SER MAMÁ)	VILLA ARGÜELLO
4	04/12/2013	ROMINA	JOVEN. GRUPO 2 COSTURA	NO/NO	CHACO	NO	VILLA ARGÜELLO
5	16/12/2013 Y 06/11/2018	FLORENCIA	ADULTA. COORDINADORA GRUPO 1	NO/ NO	NO	SÍ	ESPACIO DE JÓVENES
6	12/08/2012 Y 19/08/2012	NORMA	ADULTA. COORDINADORA GRUPO 2	1/NO	BOLIVIA	SÍ	LA PLATA
7	05/ 05/2012 Y 12/04/2015	CATY	ADULTA	1/NO	FORMOSA/C HACO	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ LOS AMIGOS
8	12/10/2012 Y 18/12/2012	VIVI	ADULTA	1/SÍ	INTERIOR BS AS	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ JUANITO

9	08/06/2015	MARIELA	ADULTA	2/ SÍ	FORMOSA/C HACO	NO	VILLA ARGÜELLO/ VILLA NUEVA
10	14/06/2015	EMILCE	ADULTA	SÍ / NO	NO	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ LOS AMIGOS
11	08/06/2015 Y 15/07/2015	DOMINGA	ADULTA	4/ NO	BOLIVIA	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ MADRES
12	25/03/2015, 30/03/2015 Y 05/04/2015	MARGARITA	ADULTA	4/ NO	BOLIVIA	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ MADRES
13	15/04/2015	MIRTA	ADULTA	4/SÍ	SALTA	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ VILLA PROGRESO
14	13/04/2015	PATRICIA	ADULTA	3/SÍ	NO	NO	VILLA ARGÜELLO/ LOS AMIGOS
15	26/10/2015	ROSA	ADULTA	3/SÍ	PERÚ	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ MADRES
16	15/04/2015	AMIRA	ADULTA	3/SÍ	PERÚ	NO	VILLA ARGÜELLO/ MADRES
17	09/08/2015	RUTH	ADULTA	4/NO	BOLIVIA	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ MADRES
18	15/03/2016	CELINA	ADULTA	4/NO	INTERIOR BUENOS		BERISSO/ ESPACIO DE

					AIRES		GÉNEROS
19	29/04/2013	EVANGELINA	ADULTA	2/NO	SALTA		VILLA ARGÜELLO/ VILLA NUEVA
20	26/08/2015	GISELA	ADULTA	NO	NO	NO	VILLA ARGÜELLO
21	27/08/2018	ZULEMA	ADULTA	NO	PATAGONIA		BROWN/ESP ACIO DE GÉNEROS
22	15/08/2015	LUZ	ADULTA	1/SÍ	PERÚ	SÍ	VILLA ARGÜELLO/ JUANITO
23	10/08/2018	ADRIANA	ADULTA	2/SÍ	NO	SÍ (FPDS)	LANÚS/ESP ACIO DE GÉNEROS
1	10/09/2012	COLECTIVA GRUPO 1	JÓVENES				VILLA ARGÜELLO Y EL CARMEN
2	06/03/2013	COLECTIVA GRUPO 2	JÓVENES				VILLA ARGÜELLO Y LA PLATA
3	09/09/2015	COLECTIVA LOS AMIGOS	ADULTAS				VILLA ARGÜELLO
4	15/04/2015	COLECTIVA JUANITO LAGUNA	ADULTAS				VILLA ARGÜELLO
5	14/07/2016	COLECTIVA MADRES UNIDAS	ADULTAS				VILLA ARGÜELLO